· De la autora superventas ·

ANGY SKAY

LA GUARIDA DEL ALFIL

Trilogía Arcadiy vol.2





La guarida del alfil

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

www.editoriallxl.com
04240, Almería (España) Primera edición: noviembre 2023
Composición: Entre Libros Editorial ISBN: 978-84-19660-30-5

La guarida del alfil

vol.2

Angy Skay



Apunta a la luna. Incluso si fallas, aterrizarás en las estrellas.

Les Brown

La felicidad no perdona la cobardía.
Sin agallas, no hay gloria.

Daniel Habif

índice

1

El beneficio del golpe

Arcadiy Bravo

El saco regresó a mí con rapidez. Me cubrí el rostro, en posición de defensa, y seguí golpeándolo con bestialidad.

Uno, otro, uno, otro. Izquierda, derecha, izquierda, derecha, al centro, patada. ¡Pum! La quinta vez que se descolgaba del techo en menos de treinta minutos. Me limpié el sudor de la frente con el antebrazo, di un paso hacia atrás para tomar aire y me agaché con intención de recogerlo. Lo colgué como si fuese un autómata, con los labios entreabiertos, el corazón desbocado y la respiración ajetreada. Apoyé las manos en los laterales y mi cabeza reposó en la tela. Cerré los párpados con mucha fuerza.

Una semana.

Había pasado una puta semana desde que perdí a una de las personas a las que más quería en el mundo. En el mío y en el de muchas más. Había intentado por todos los medios no ir al cementerio, sentarme y simplemente contemplar la lápida de Riley, adornada con una frase que decía: «Fanático admirador de *Call of Duty*, *Fornite* y *Far Cry*».

Como él quería.

Como siempre dijo.

Apreté los dientes y solté el saco a plomo. Di un paso más, llevé el puño derecho con fiereza al lateral y lo golpeé con violencia. Casi me dejé el alma dando bandazos, maltratando mis puños sin protección, con frialdad y con la concentración puesta exhaustivamente en reventarlo sin miramientos.

De repente, me vino a la cabeza la cara de Vladimir.

«Vladimir».

Atrapé mi lengua con los dientes hasta que saboreé el hierro en el paladar.

Entonces me convertí en una máquina sin frenos que comenzó a golpear, a aullar como si se le fuese la vida en ello. No sentí la presencia de nadie en el recinto, aunque lo cierto era que alguien más se encontraba en la misma estancia.

Me había alojado en el apartamento contiguo al de Riley —donde seguía viviendo su hermana Eiren— y que anteriormente perteneció a Jack. Eiren se encontraba en Italia, tal y como habíamos acordado. De mi hermana de sangre y del de vida lo único que sabía era que estaban en Irlanda y que no demorarían mucho más tiempo su regreso, pues el primer trato con Cathal O'Kennedy casi llegaba a su fin.

Un objetivo más y de vuelta a casa.

«Tú tienes varios», me dije.

Había tratado por todos los medios de dar con Noa y Aarón siguiendo las pistas de la huida; tanto Ryan como yo habíamos fracasado de manera inevitable. Sin embargo, un mensaje de texto alentador llegó a mi teléfono dos días después del entierro de Riley. Al ver lo que ponía, supe que se trataba de Noa:

OK, Hades.

Primero él.

Cierto era que nuestro foco principal era encontrar al ruso, quien, por lo que había descubierto hacía solo un día, se alojaba en Grecia todavía. Noa me había dado el impulso para afrontar las largas noches de investigación tras ese mensaje.

Eiren y Enzo nos habían ayudado a descubrir la información que Riley había averiguado la misma tarde antes de marcharnos al Ágora romana. Adara se había explayado en sus explicaciones de cómo los sacaron del coche a los dos y de cómo Riley se dejó coger a posta para que ella escapase a la parte trasera de la zona, cuando los sollozos dejaron de ahogarla.

Resultaba que Peter Callum había estado vendiendo información confidencial, y no solo de la policía, sino de altos cargos del país británico. Esa información había derivado en un sinfín de problemas, pérdidas y muertes que no podíamos contar con los dedos de las manos, pero de los que Riley se había encargado de hacer una lista con datos, direcciones y todo lo necesario para dar con su paradero.

Peter había descubierto ese *hackeo* por parte de nuestro friki, motivo por el

que le había ordenado a Vladimir ejecutarlo, aprovechando así su venganza. Si lo miraba desde un punto de vista analizador, me daba cuenta de que era algo muy sencillo, pues yo mismo había descubierto cómo jugaba la brigada cuando estuve en Japón e hice mis averiguaciones: el jefe de la brigada de espías contrataba a la organización Keitaro para ayudarnos y, después de habernos unificado tanto a Aarón como a nosotros, nos liquidaban. Sin embargo, existía la ínfima posibilidad de no seguir ese patrón, y con toda probabilidad Peter no se fiaba de Natsuki —solo pensar en su nombre me hervía la sangre— por haberle hecho lo que le hizo a su familia. Era cuestión de tiempo que alguien como ella tomase represalias contra él, y todavía seguía extrañándonos que fuésemos incapaces de conseguir más datos sobre Keitaro.

Ahí entraba el factor sorpresa de Vladimir. Era su comodín, la torre desde donde miras todos los puntos del tablero para cerciorarte de que las piezas están bien colocadas. Porque si la japonesa fallaba, tenía la seguridad de que el ruso acabaría con el trabajo. Y otra cosa no, pero un poco de hincha me guardaba.

Seguí dándole puñetazos al saco con más y más fuerza hasta que empecé a notar el resquemor en mis nudillos. Era sangre. La sangre cuando estás quemándote la piel. No me detuve, continué cegado, recordando a Riley caer a cámara lenta sobre el pavimento del Ágora.

Cómo corría sin llegar a tiempo.

Cómo quería hacer desaparecer esa herida con una simple camiseta.

Cómo busqué un milagro que no apareció.

Había revivido el momento en mis sueños cada noche, a cada puto segundo, a cada instante en el que me permitía pensar. Sabía que el dolor solo lo calmaría el tiempo, que ni siquiera la venganza sería suficiente para curar las heridas que sangraban más que mis manos, ahora dañadas.

El saco se alejó hacia atrás y lo golpeé una última vez antes de frenar en seco. Ryan lo sostenía con ambas manos en alto. Lo apartó ligeramente y me contempló con mala cara. Vamos, con la misma de siempre.

—¿Es ira acumulada lo que huelo en ti? —cuestionó.

Me pasé el antebrazo por la nariz para limpiar las gotas de sudor que me caían. Cogí una botella de agua que había dejado al lado de un banquito pequeño, junto a la toalla, y le di un largo trago antes de contestarle:

—No sé si oler, olerás a algo más que a sudor. —Alcé la botella y dejé que el agua cayese en mi boca, sin llegar a tocar la boquilla. Era una costumbre que tenía desde siempre.

Rugió. Últimamente lo hacía mucho a modo de «Ya». Se veía que el armario empotrado que tenía por amigo andaba parco en palabras.

—Tal vez es rabia, porque al saco no le has hecho un agujero de milagro —opinó.

—Lo sacos están para golpearlos. De eso se trata el boxeo —puntualicé, instándolo con una mano a que se apartase.

—No he visto a muchos boxeadores por *hobby* que se dejen los nudillos entrenando. —Enarcó una ceja en dirección a las nuevas heridas.

—No soy como los demás —solté con chulería, quitándole hierro al asunto.

—Tampoco he visto a boxeadores por *hobby* que, mientras les pegan palizas a los sacos, piensen en otra cosa que no sea el saco.

—Yo no pensaba en nada —repuse de inmediato con tono huraño, pasando por alto su retintín.

—Y yo no conocía a este Arcadiy que habla cabreado como una mona todo el día.

Arrugué el entrecejo; él, impasible.

—No estoy todo el día cabreado. Vamos, suéltalo, que tengo que ponerme con unos documentos después de comer.

—No pensarás que voy a cocinar hoy, ¿verdad? —De nuevo, enarcó ambas cejas con sorpresa—. En el cuadrante de la nevera pone que te toca a ti, por si no lo has visto.

Suspiré agotado, porque el cabrón no me lanzaba el saco y sabía que estaba siendo una táctica de distracción de las suyas.

—Está bien, papá —añadí con hastío—, yo haré la comida. Y, ahora, suelta el puto saco, que no es tu novia.

Otra vez rugió, pero un pelín más fuerte. Resoplé mucho. Ya estaba preparado y con las manos en alto, dispuesto a atacar.

—Que te quede clara una cosa, *principito* —se jactó, y me dieron ganas de reventarlo. Para dos veces que habíamos llamado princesa a Adara, aquello me había condenado de por vida. Y era nuestra princesa. «La de Riley y la mía». Ese pensamiento me rompió por dentro—. Primero, yo no soy tu padre. —Supe que reprimió una palabrota en la garganta porque casi pude vérsela reflejada—. Y, segundo, a mí no me hace falta una novia. ¿Te has enterado?

Contuve el aire y no quise decirle que lo que de verdad le ocurría era que no había superado la separación con Lili, y eso que habían pasado años desde entonces. Ella mantenía su puesto en el Gobierno de Gran Bretaña. Lo sabía porque Riley me había confesado muchas veces que, cuando lo veía distraído y raro, cotilleaba su teléfono desde el ordenador y veía que había estado buscando noticias sobre su exmujer. Una mujer que no valía nada si no había valorado al hombre que tenía al lado.

Giré mi cuerpo y alcancé la toalla, porque continuaba inspeccionándome con atención. Me volví para ensañarme con el saco, pero Ryan lo mantuvo en las manos y en el aire. Alcé ambas cejas y cabeceé hacia la derecha para que se apartara, dándole a entender que nuestra conversación había terminado.

No contestó. Tampoco hizo un comentario más.

Descolgó el saco con una mano y lo lanzó a la otra punta del pequeño gimnasio. Yo seguí ese recorrido hasta que se estampó contra la pared, provocando que algunas armas que había en ese lugar alineadas en la estantería se cayesen.

—Mmm... —murmuré, sin saber muy bien qué decir.

Ryan puso los brazos en jarra.

—Deberías tomarte un día. —Una risa histérica brotó de mi garganta y negué con la cabeza, como si no pudiese creerme lo que decía—. Lo necesitas, Arcadiy.

Imité su postura y fruncí los labios. La risa se evaporó como el humo.

—¡No necesito ningún día, Ryan! —le ladré—. ¡¿A qué viene este asalto?!

Extendí los brazos en cruz, desesperado, notando que el pecho me funcionaba muy rápido y el pulso me ahogaba. Había identificado que la falta de aire que me comía en ciertas ocasiones se debía a lo que comúnmente se llama un ataque de ansiedad. Ansiedad leve, de la que podía controlar. O eso me creía.

Ryan entrecerró los ojos muchísimo y dio un paso grande, tan serio y rudo que me asustó.

—¿Cuántas bolsas de papel tienes debajo de la almohada para soportar esa ansiedad? —Otra zancada—. ¿Cuántas botellas de vodka tienes escondidas en la mesita? —Elevó una ceja tanto que casi le llegó al techo. Yo tragué saliva de manera disimulada. Otra zancada y ya lo tenía encima. La dio, claro que la dio—. ¿Cuándo piensas cerrar los ojos para descansar un poco?

Maltraté cada uno de mis dientes al apretarlos, sin dejar de mirarlo, hasta que fui capaz de contestarle:

—No necesito cerrar los ojos. Y ni se te ocurra volver a registrar mi habitación —sentencié iracundo, evidenciando la molestia.

Sentí que me temblaban los brazos y que la mandíbula comenzaba a rechinarme, en mitad de aquella batalla de miradas que decían mucho aunque lo callasen.

—Todos estamos afectados, Arcadiy —musitó con derrota—. Ni siquiera has llamado a Jack para preguntarle cómo se encuentra. Cómo lo lleva él. —Lo miré a los ojos, sin moverme. Hizo una breve pausa y finalizó—: Él era su mitad. Riley era su mitad.

De nuevo, la angustia se apoderó de mis terminaciones y el temblor en mis manos se hizo evidente. Ryan miró ese punto, en concreto mi mano derecha, porque tembló y mis dedos se movieron. Me giré con rapidez e intenté pasar desapercibido.

Los ojos comenzaron a inundárseme sin motivo. Traté de aguantarlas, de retener esas lágrimas para llorar a solas, para no derrumbarme más veces. Para no hacerlo delante de la roca que intentaba sacarme del abismo en el que estaba metiéndome. No solo me había fallado a mí, sino que había vuelto a decepcionar a Jack, y lo que más me dolía era que le había quitado algo excesivamente importante en su vida. ¿Cómo iba a atreverme siquiera a preguntarle cómo estaba?

De nuevo, me sentí ese peón que no avanza, el que estorbaba, el que había dirigido a un ejército a la muerte.

El que había perdido.

Comencé mi caminata de huida como un vendaval, escuchando el vozarrón de Ryan:

—¡Arcadiy! ¡Arcadiy!

Me mordí la lengua con mucha fuerza. Salí del gimnasio y atravesé el pasillo lleno de armas que daba al salón-cocina de la casa de Jack. Noté esa ansiedad crecer, pero anduve con pasos firmes hasta la mesa del comedor. Me apoyé en ella con las dos manos. Dejé mi cabeza caer unos segundos, sin embargo, cuando la levanté, grité con mucha rabia y barrí la mesa con la mano derecha. Las gotas que se derramaban de mis ojos impactaron contra el suelo y me vi limpiándomelas a manotazos, con agresividad, descontrolado.

«No puedo respirar...».

Traté de coger aire por la nariz, para después soltarlo por la boca.

El cuchillo. La sangre. Su cuerpo. Mi mano llena de sangre sobre su ataúd.

Me acerqué la palma y aprecié la herida del corte. Aquello bastó para perder la cordura que me había mantenido dos segundos, ido, mirándomela, como si quisiese retroceder en el tiempo y que nada de eso hubiese sucedido. Noté que mi cuerpo incluso se tambaleaba hacia atrás mientras escuchaba las voces de Ryan en la lejanía, como si fuese una música de fondo, muy muy oculta:

—¡¡Arcadiy!!

No supe en qué momento, pero me había movido, oyendo los atronadores latidos de mi corazón, sintiéndolos en los dedos de las manos, en mis labios, en mis oídos, como si quisiesen escapar. Y, de nuevo, esa falta de aire insana. Agarré la silla de madera de mi izquierda y la partí por la mitad sobre la mesa. Tras eso, comencé a darle patadas a todo lo que encontré a mi paso, haciendo

añicos un salón que ni siquiera era mío. Ryan trató de detenerme. Justo cuando fue a apresar mis brazos, me solté con un gran aspaviento y los elevé en el aire.

—¡¡¡No necesito un tiempo!!! ¡Necesito encontrar a Vladimir! —Rechiné los dientes y me acerqué a él, señalándolo con el dedo—. Encontrar a la puta japonesa y reventarla a hostias ¡¡hasta que le saque todo lo que necesitamos!! —me dejé la voz.

Subí las escaleras que daban a mi dormitorio, abierto desde la parte de arriba. Desde allí podías ver algo del salón y de la cocina si subías por las escaleritas que accedían a la única habitación del apartamento. Empujé la puerta con un manotazo bestial y casi la incrusté en la pared.

Necesitaba la puta bolsa.

Me senté en la cama, recordando que, bajo la almohada, tal y como había indicado el buscador de Ryan, tenía esparcidas unas cuantas. La alcancé y me la llevé a la boca, haciendo una O con ella. Inspiré y espiré dentro, intentando calmar mis pulmones desenfrenados. Un mareo me vino con ganas de hacerme perder el tiempo, por lo que entrecerré los ojos y respiré con más pausa.

Los pasos en la escalera se escucharon firmes. Lentos pero sólidos.

Cerré los ojos, sin percatarme siquiera de que de ellos continuaban cayendo gotas saladas que no controlaba. Y, entonces, tras demasiadas veces en las que la bolsa se infló y desinfló, conseguí abrirlos.

Ryan se encontraba con los brazos cruzados sobre su musculoso torso, apoyado en la pared. Una de sus piernas la tenía por encima de la otra y me observaba con tristeza y desconsuelo, pues sus gestos también plasmaban una añoranza infinita. Sus ojos negros se cubrieron por una capa de agua que no se permitió derramar.

Extendí una mano hacia la mesita, donde había un cenicero colmado de colillas hasta la bandera. Agarré el paquete de tabaco y lancé la bolsa al suelo, con la intención de encenderme un cigarro. Bajo la atenta inspección de Ryan, abrí el segundo cajón de la mesita, tiré al suelo las camisetas que había revueltas en el interior y saqué la botella de vodka que tenía escondida al final. Apreté el cigarro entre los labios para quitar el tapón. Elevé la cabeza y observé que me miraba con fijeza, sin mostrar ninguna expresión en su rostro. Me mordí la lengua, sin decir ni una sola palabra. No supe cuánto tiempo estuvimos así, callados, sin hacer un comentario desafortunado sobre cómo tenía el dormitorio, porque aquello era una pocilga.

Escuché unos pasos, esa vez elegantes, de zapato caro. Entrecerré los ojos al ser consciente de que Ryan no se movía de su posición. No necesité mucho

tiempo ni instinto para saber quién estaba en mi apartamento sin que me hubiese enterado. Olía a perfume muy caro, a ropa planchada, a traje de lujo. Los pasos no dudaban, sino que avanzaban con la entereza de quien no tiene miedo, de quien no teme lo que pueda encontrarse detrás de la puerta. Busqué de manera inquisitiva a Ryan. Este ni pestañeó.

Desvié mi atención hacia la entrada del dormitorio y lo vi, con las manos en los bolsillos de un traje verde oscuro con los bordes dorados. No tuve ganas ni de hacerle un comentario sobre la vestimenta, ¿para qué? Barrió la estancia con la mirada y torció el morro con desagrado, aunque tampoco se atrevió a hacer comentario alguno sobre el estercolero.

Suspiró antes de despegar los labios, aparentemente afligido:

—Arcadiy.

Aparté la mirada de él y la centré en Ryan, reprochándole que no me hubiese dicho que el italiano estaba allí mientras yo perdía el poco juicio que me mantenía en pie. Chasqueé la lengua antes de preguntarle:

—¿Qué haces tú aquí?

No contestó de inmediato, pero sí que se sentó a mi lado, sin permiso. Gruñí un poco. Separó las piernas, apoyó los codos sobre estas y miró al frente. Tras un suspiro, lo hizo en mi dirección.

—No seré yo quien te diga que estás hecho un desastre.

Envaré la espalda y mi rostro se oscureció, porque si pensaba darme la chapa como lo había hecho Ryan, mal íbamos. A él podía permitírselo porque era de mi familia, pero el italiano que tenía a mi lado no era nada para mí.

—Angelo. —La tajante voz de Ryan lo avisó de que no podía excederse si quería salir con todas las piezas dentales en la boca.

—Yo no me marché a Italia la semana pasada —dijo, como si no hubiese escuchado a mi amigo advertirlo—. He traído a unos cuantos hombres y han estado haciendo investigaciones.

Recordé sus ojos, esos marrones y mefistofélicos que juraron venganza sobre Riley sin tener por qué. Sobre mi Riley. El pecho se me encogió de nuevo. Aguanté estoicamente un segundo arranque de furia, de ansiedad y de mierdas. Busqué a Ryan por segunda vez. Me ratificó por su mirada que había venido a contarme algo que no le había dado tiempo entre mis ataques histéricos.

—Necesitamos al asesino firme. Al hombre que no encuentra contrincante que tenga cojones de echarle un pulso, Arcadiy —resolvió Ryan, sin moverse.

No dije nada, permitiéndoles que continuasen. ¿Dónde estaba ese hombre del que hablaban?

—Al griego-ruso que se planta en un tejado y consigue abatir a diez tíos en

menos de un minuto —apostilló Angelo, sin dejar de mirarme.

Mi atención estaba muy lejos de allí, fija en la pared.

¿Para qué querían que hiciese eso? Porque no era una metáfora ni una situación que hubiésemos pasado con anterioridad. No me encontraba estable ni emocionalmente bien, hablando con claridad.

—Sabemos a ciencia cierta que Peter está en Londres y no va a moverse de allí. Tengo a una persona que me ha asegurado que no va a marcharse de momento.

Giré el rostro, buscando una explicación. Y lo que vi no me gustó. Torcí la cabeza porque eso no podía ser. No podía haber formulado el pensamiento y que ahora apareciese como si nada.

—La exmujer de Ryan, Lili, es muy amiga de la mujer de Peter Callum y... —Angelo pareció meditarlo antes de proseguir. Miró a Ryan, y este asintió dándole permiso—: En una de las fiestas de Peter, su mujer le dijo a Lili que había unas personas que querían matar a su marido.

Mis ojos se posaron de sopetón en Ryan. El que tomó la palabra fue él:

—Cuando Lili descubrió que mi nombre estaba en esa lista de personas a las que liquidar, se puso en contacto conmigo. Ha tomado precauciones, pero dudo mucho que tenga tiempo suficiente como para no ser descubierta.

—¿Tu exmujer te ha llamado para avisarte de que quieren matarte? —tuve que preguntar, sin llegar a creérmelo. Ryan asintió—. ¿Después de llevar años sin hablarte?

Mi amigo volvió a cabecear, momento en el que Angelo se entrometió en mi desconfiada inspección que mi amigo pilló al vuelo.

—De momento, los motivos de Lili no son los más importantes, Arcadiy. Pero los tendremos en cuenta cuando vayamos a por ese hijo de puta.

—¿*Los*? —cuestioné, mirando a Angelo.

—Los —repitió con fuerza—. Si estoy aquí, es porque quiero ayudarte. Y es por eso por lo que tengo algo para ti, mucho más importante que todo lo demás. —Me tendió su teléfono después de sacárselo del bolsillo—. Con esto podemos empezar a cortar cabezas. No he querido mover ficha hasta que tú nos des la orden.

Otra vez al mando.

Otra vez a arriesgarse.

Toqué la pantalla y me levanté como si me hubiese impulsado un huracán. Sujeté el teléfono tan fuerte que temí partirlo. Miré a Angelo, con los dientes apretados y la mano tensa. Regresé mis ojos a la pantalla. Sabía que Ryan me inspeccionaba. Mi respiración volvió a descontrolarse y casi noté cómo de mis ojos expulsaba un fuego abrasador hacia el aparato.

En el Hefestión de Atenas, justo en el tejado, se encontraba una mujer, en posición de meditación, con las manos colocadas en las rodillas y contemplando el horizonte. Lo más gracioso y espeluznante a la vez era que sus ojos, negros como la noche, miraban con fijación el mismo punto desde donde habían disparado la foto. Como si estuviese retándome desde la distancia.

—Es de hace quince minutos —me informó Angelo.

Le solté el móvil a plomo en la mano, agarré la primera camisa que encontré a mi paso y comencé a descender las escaleras sin mirar atrás. Iba cegado, con la intención de coger un arma y con los ojos de Natsuki clavados en la retina, incrustados en mi mente como si fuesen agujas afiladas que querían sacarme la sangre a cuentagotas.

No escuché un simple comentario, ni siquiera intentaron detenerme cuando cogí la bolsa con el francotirador. Me guardé una pistola en la cinturilla del pantalón y alcancé las llaves del coche sin ver más allá de mi negrura.

Si la primera iba a ser la japonesa, yo me encargaría de darle el beneficio del golpe cuando pidiese clemencia, porque iba a lanzarla desde la corona del templo de Atenas.

2

Tardanza

Natsuki Tanaka

Había visto a ese hombre correr en dirección contraria cuando mis ojos se fijaron en él. Podría haberle clavado un sai desde la distancia, pero no habría servido de nada porque estaba allí subida por un simple motivo: que Arcadiy Bravo me encontrase.

Cerré los ojos y me dejé llevar por el sonido de la naturaleza, por el viento, por las sacudidas de los mechones de mi cabello lacio que se habían escapado de la diminuta coleta. Tomé una gran inspiración y les permití a mis oídos el poder de escuchar más allá de lo que únicamente queríamos oír.

—No falta mucho... —musité. Mi voz se entremezcló con el sonido del viento.

Exhalé ese aire y junté los dedos pulgares y anulares con mucha fuerza, permitiendo que la mala energía que llegaba desde la parte baja del Hefestión de Atenas atravesase los orificios que había creado. No era locura lo que experimentaba mi mente; era sabiduría. Y la sabiduría únicamente podíamos conseguirla cuando ejercitábamos mucho esa parte de nuestro cuerpo que solo trabajaba un diez por ciento, por mucho que los investigadores se empeñasen en decir que no estaba clínicamente comprobado.

Existían más factores en el mundo que lo clínico. Existían las energías, el poder de comunicarte con tu cuerpo, saber utilizar los elementos que la vida nos había brindado para algo más que malgastarlos, para algo más que romper todo a nuestro paso. Esos conocimientos que me inculcaron desde bien pequeña dieron lugar a que escuchase con claridad el canto de los pájaros, pero, a su vez, también las sólidas pisadas con las que una persona castigaba el pavimento rocoso de la entrada a uno de los monumentos más importantes

de Grecia.

Inspiré con más fuerza, llené mis pulmones y solté el aire cuando noté el resquemor abrasador de la falta de oxígeno. Mi mente parecía flotar cuando entraba en apnea; mi cuerpo también. Abrí los ojos con extremada lentitud y atendí a un punto fijo en la cornisa del monumento.

No había escaleras, pues se encontraba con un lateral lleno de gigantescos andamios para la reparación de una de las paredes. El Hefestión de Atenas o Teseion era uno de los templos menos conocidos de Grecia, pero el mejor conservado y, sin duda, uno de los que debían ser visitados. La entrada estaba asegurada, ya que había escalado por el mismo sitio para llegar a la cima.

Era silencioso.

Como un depredador a la caza de su presa.

Como un gato cuando marcaba el paso para subirse sobre un gran árbol sin hacer el mínimo ruido.

Agudicé más mis sentidos. Nada. Ni una simple hebilla chocando con el metal ni el impacto de sus botas militares, ni siquiera el roce de las armas. Porque dudaba mucho que Arcadiy Bravo no llevase armas.

Entonces, como si se tratase de uno de los dioses a los que tanto veneraban los griegos, el sol destelló por la izquierda y una cabellera muy rubia asomó, seguida de un impresionante salto por su parte. Ahí sí que hizo ruido, en el instante en el que las botas aplastaron la tierra que cubría el tejado. No existía la tardanza para él.

No desvié mi atención del frente. Tampoco me moví de mi postura, porque de reojo lo veía a la perfección. Contuve la respiración, completamente tranquila, esperando que accediese a mis peticiones sin ponerse como un loco. No tenía mucha pinta de darme margen de tiempo para hablarle, porque hincó una rodilla en el suelo y alzó un francotirador sin ningún esfuerzo.

Nunca en mi vida había sentido aquel ritmo frenético en el órgano que me otorgaba la vida. Era guapo. Era muy guapo, con aquel mentón marcado por la cólera, sin barba que cubriese su hermosa piel, unos labios esponjosos y muy apetecibles; apretados, desde mi punto de vista. Sus ojos... Sus ojos eran ese cielo azul que transmite la paz infinita, ese que cuando miras sabes que estás en casa. Aquel detalle me asustó, porque el corazón me brincó mucho más.

Ni siquiera había oído mi nombre en sus labios. No lo había pronunciado. Entonces sí, viré mi rostro una milésima hacia la izquierda, sin perturbar mi mirada clavada en él. Los músculos de sus brazos eran impresionantes, y me cortó la respiración sentir una breve excitación por un hombre, cuando lo que más quería en el mundo era que esa especie se extinguiese.

Ese pensamiento me llevó a una contradicción, porque el único hombre que no podía morirse en el mundo era mi padre. Y, también, debía admitir que era el único ser de esa especie al que amaba con todo mi corazón. O eso pensaba.

Separé los labios para dialogar con el rubio que apretaba iracundo el gatillo de su arma, sin embargo, al elevar la mano derecha en son de paz, el silbido de una bala se oyó y esta desfiló entre mi dedo pulgar e índice, sin provocarles daño visible. Noté el aire que aquel disparo atravesó.

No esperaba ese tiro inadvertido y me asombré.

No esperaba que no me diese una oportunidad de hablar.

Sí esperaba que se lanzase con encono en mi dirección.

—El próximo va a la cabeza —rugió en un tono extremadamente varonil, cargando de un movimiento brusco el francotirador.

Había estudiado mucho el perfil de Arcadiy Bravo. Era joven; que no estúpido. Disciplinado, una máquina de atravesar cabezas, de duros golpes ambidiestros, impresionantemente letal y mortífero con sus enemigos, al igual que con sus trabajos. Era un asesino digno de admirar, aunque todavía no hubiese sacado el mejor partido de él. Podíamos sumar a esa lista lo buen rompecorazones que era, los escarceos que se daba de vez en cuando sin volver a la vida de las damas que lo habían aguardado con la esperanza de un regreso que jamás sucedió. Esos pensamientos me encolerizaron un poco y no entendía el motivo. No todavía.

Su inseguridad. Su miedo. Ese monstruo del armario que había dejado que saliese para destruirlo en el momento en el que lideraba a un ejército de psicópatas como él. Sin embargo, en la última semana había retrocedido como los cangrejos, y las bolsas de papel y los salvajes golpes lo habían sustituido todo y habían enterrado a ese hombre junto a Riley Fox.

Entreabrí los labios para hablarle, cuando el movimiento de su arma resonó por el lugar al moverse un centímetro. Como iba diciendo, lo conocía lo suficiente para saber dónde herir su ego, así que no dudé, porque estaba segurísima de que no me escucharía si se lo pedía por las buenas. Regresé mi rostro al horizonte, dándole a entender que me importaba un comino si disparaba o no. Cerré los ojos, con media sonrisa en mis labios.

No iba a matarme.

Lo sentía en su energía cargada de rabia contenida.

—Te tenía por un asesino que se cobra sus venganzas como tal. No de un disparo en la lejanía, Arcadiy Bravo.

Intuí el crujido de sus dientes. Lo que sí percibí a través de mis oídos fue cómo tiraba el arma con mala leche. Sus botas sonaron con tosquedad,

pareciendo pisadas de elefante y no las de un hombre corriente. Eran las de alguien alterado, angustiado y dolido. Mi comentario había sido desafortunado, pero sabía que era la única esperanza de que reaccionase sin abrirme un agujero en la frente. El polvillo del suelo se elevó junto con el viento, avisándome de la gran tormenta que se avecinaba en mi dirección.

Podíamos percibir muchas más sensaciones de las que nos creíamos con los ojos cerrados; todo era cuestión de sentirlo. Medí los pasos que le quedaban para llegar a mí, y como si hubiese estado ensayando para ese momento, hice una voltereta hacia atrás cuando un puño de él descendió hasta clavarlo en el suelo. Lo supe porque abrí los párpados en el instante en el que ejecutaba ese movimiento, viendo cómo hincaba una rodilla en el suelo, con los dientes apretados y el puño casi hundido en el tejado. Se le marcaban todas las venas de la mano junto con las del antebrazo. Afianzó los dientes con garra y se levantó raudo, sin dejar de mirarme.

—Lo has hecho a posta —atestiguó.

Las manos se me convirtieron en puños a ambos lados de mi cuerpo, intentando comprimir la desazón que abrasaba mi pecho sin motivo; al tenerlo tan cerca, al verlo iluminado por los rayos de sol que alumbraban con fiereza su espalda. ¿Podría existir tanta perfección junta? «¿En qué estás pensando? Es un hombre», constató mi mente, dando por zanjado el tema.

Asentí en su dirección para confirmarle que sí, que había dejado escapar a ese tipo que me había hecho una fotografía mientras yo miraba con cara de psicópata a la cámara. De hecho, allí no había nadie más aparte de mis energías y yo. Ahora, compartidas con él.

—¿Qué quieres? ¿Una pelea antes de que te aplaste la cabeza? —me retó, al borde de echar espuma por la boca.

Llevé las manos a la parte trasera de mi espalda, junto al coxis. Estiré la columna sin ánimo de parecer altanera y me armé de paciencia, de esa infinita que convivía conmigo, antes de decirle:

—Quiero hablar contigo, Arcadiy Bravo.

Sus ojos se oscurecieron muchísimo, tanto que podrían haber asustado al más valiente. Dio un paso, agachó un poquito la cabeza, como si fuese a embestirme, y seguidamente dio otra zancada, esa vez más larga. Se quedó a un palmo escaso de mi rostro, por lo que tuve que elevarlo mucho para mirarlo a la cara. Parecía una enana comparada con su altura. Me sacaba tres cabezas, aunque eso no me amilanó para elevar la barbilla.

—Yo no hablo con traidoras como tú. ¡Y no vuelvas a llamarme por mi apellido, o te sacaré la lengua! —bramó, con los dientes muy apretados.

Sabía de sobra que no iba a dejarme contestarle, porque atisbé que su puño

derecho se cerraba, se alzaba e iba directo a mi cara. Tomé nota mental de hacer un sobresfuerzo para no llamarlo más con su apellido, aunque me costase horrores.

Desvié mi cuerpo hacia atrás, con el espacio suficiente para que ese impacto no me dañara el pómulo, pero él había cogido carrerilla y no se detuvo. Arrojó puñetazos de derecha a izquierda como una máquina a toda marcha. Intenté esquivarlos, únicamente defendiéndome de sus ataques, hasta que no me quedó más remedio que responder, pues era eso o terminar bajo tierra.

Fue durante una milésima de segundo. Una distracción muy tonta.

Fue su mentón marcado por la rabia, el sentimiento extraño que se revolvía como una mariposa incesante en mi estómago al mirarlo. Fruncí el ceño, contrariada por dichas emociones, y eso le otorgó el momento de gloria.

Danzábamos por el terrado como dos bailarines expertos. Él, muy furioso; yo, muy pacífica, con el entrenamiento digno de un samurái, como me había enseñado mi padre. Su puñetazo estelar me oprimió las costillas con violencia. Me doblé, perdiendo el control de sus movimientos. Mi concentración se esfumó y entonces llegaron los incesantes envites del temible asesino que tenía delante de mis narices.

Elevé los brazos y los coloqué en una equis perfecta, esquivando una retahíla de puñetazos que llegaba desde lo más hondo de su ser. Bajé los brazos con maestría para defenderme de los continuos golpes que no se detenían, como si hubiese puesto un automático que no tenía botón de apagado.

—¿Puedes escucharme un minuto? ¡Solo uno! —le pedí con esfuerzo.

Su mandíbula crujió cuando le propiné un golpe seco con una pierna. Pensé que le daría un infarto cuando se lanzó hacia mí como un tigre.

Hubo muchos topetazos que no esquivé. Cuando me cansé de hacer el tonto, y viendo mis nefastos intentos por que me concediese ese tiempo, me armé de valor y saqué mis dotes de paseo, pese a no querer dañarlo.

Nos golpeamos como bestias.

Pude ver en el reflejo de sus ojos cómo el asombro había tomado parte de él al descubrir que también sabía defenderme a la perfección. Que para mí no era rival. Que nada me separaba de poder aplastarlo como a una hormiga, si era lo que quería.

Elevé la pierna en alto, lo golpeé con violencia en la barbilla, por segunda vez, y mi talón se clavó en su hueso hasta que lo desestabilizó. Dio dos pasos atrás, aunque se recompuso más rápido que el silbido de una bala. Con un gruñido animal, se tiró sobre mí, acto que ocasionó que terminásemos en el

suelo, rodando por todo el tejado, atizándonos sin descanso.

—¡Detente ya! —gruñí, sosteniéndolo de la camiseta que previamente había rajado en un tirón seco para que no me partiese el brazo.

Aplastó su puño contra el pavimento cuando desplacé mi rostro a la izquierda, esquivando el golpe. Me enseñó los dientes al intentar darme un segundo puñetazo en la nariz. Subí las palmas de mis manos con mucha precisión, encajé su muñeca en ellas antes de que el golpe llegase y la retorcí en un movimiento seco. Gritó, arrastró su rodilla y la llevó al centro de mis piernas para dañarlo desde abajo.

Sonreí con malicia al dilucidar ese ataque, por lo que cerré los muslos con fuerza y su rodilla quedó encajada entre ellos. Apresado, se revolvió como un reptil, sin cejar en sus intentos por soltarse de mi inmovilización.

—Solo te pido que me escuches —le dije con toda la calma que podía tenerse en una circunstancia así.

Mi respiración se aceleró mucho al percatarme de que se acercaba con rapidez a mi rostro. No me había contestado, pero sí había visto el destello en mis ojos al tenerlo tan cerca. Sonrió malicioso y ese acto volvió a despistarme tontamente.

—No tengo nada que hablar contigo. Solo tengo que matarte —masculló.

Esos dientes que me había enseñado se clavaron en mi labio inferior con fuerza, casi sin percatarme de que se había colocado tan tan cerca. Solté un grito ahogado a la vez que aflojaba la resistencia de mis manos y mis muslos. Eso le daba una clara ventaja para arrancarme la cabeza, tal y como había dicho. Ahora sí ensanchó los labios.

Y yo sabía por qué.

Podía leerlo en sus ojos.

Podía leer que acababa de darse cuenta del horror que me provocaba estar con un hombre tan cerca.

Y eso no era bueno, pues sabría dónde, cómo y cuándo atacar.

No dijo una palabra, aunque su mueca lo mostrase todo. Yo me quedé paralizada en el suelo sin saber de qué manera actuar. Sujetó mi cuello con brutalidad, me levantó del suelo dos palmos y me arrastró hacia el borde del tejado con rapidez. Soltó mi cuerpo a plomo en la cornisa, afianzó su mano izquierda en mi garganta y se colocó a horcajadas sobre mí, aprisionando mi figura y las pocas posibilidades de escapar de él.

—¿Quieres que siga dándote la zurra de tu vida? ¿O puedo matarte ya? —me preguntó con chulería y enfado, todo al mismo tiempo.

—Te... he... parado... más golpes de... los que me has... dado —le respondí con una sonrisa pero con esfuerzo, pues su gran mano cada vez apretaba más.

Intensificó su asfixia. Pensé que podría romperme la tráquea cuando quisiese, a pesar de que mis manos sujetaban sus muñecas y ya se marcaban unos rojetes grandes entorno a ellas debido al brío con el que las oprimía.

—Yo no maté... a Riley Fox —musité al ver que no decía nada.

Sus ojos se tornaron de un azul muy intenso. Ahí lo vi. Esa ansiedad que se lo comía por dentro apareció sin previo aviso, aunque quisiese controlarla. Era el momento de deshacerme de su agarre.

—¡¡No pongas su nombre en tu boca!! —ladró, más colérico si cabía.

Solté sus muñecas y junté las manos, chocando la palma derecha con el dorso de la izquierda. Propulsé un golpe hacia delante, le di de lleno en su pronunciada nuez y se tambaleó hacia atrás, tosiendo. Me levanté un tanto dolorida, con la respiración frenética y una necesidad insana por que se detuviese.

No me asombró contemplar cómo sus ojos se cristalizaban, aunque aguantaban estoicamente el derrame de un río bravo. Al ver que no se escondía hasta el límite, me enorgullecí de una manera inexplicable. Porque los hombres no lloraban. Eso había oído durante toda la vida.

«Menos mi padre. Él sí llora, y siempre dice que no es malo».

Suprimí ese pensamiento, porque sentí que el pecho se me oprimía, y ahora, quien necesitaba ayuda era Arcadiy. «Bien hecho —me dije, dándome cuenta de que acababa de eliminar su apellido en mi mente—. Algo es algo».

Respiraba con dificultad, sin moverse y con los dos codos apoyados en el suelo, como si una gran losa lo hubiese aplastado y no lo dejase menearse ni un centímetro. Observé su pecho desacompasado, sus movimientos inusuales y el temblor que experimentaban sus manos. Seguramente le ardería el torso, aunque no iba a decírmelo.

Di un paso corto, pero sin dudar. Él seguía petrificado, sin moverse. Elevé una mano para pedirle unos minutos de paz de nuevo.

—Si no te parece bien lo que tengo que decirte, te prometo que te dejaré matarme sin oponer resistencia, pero necesito una tregua. Unos minutos. Solo te suplico unos minutos —le dije de carrerilla, con aplomo. Antes de que contestase, añadí—: Voy a entregarte a Vladimir Sokolov. Voy a ayudarte, pero necesito que me escuches.

No abrió la boca y no supe cómo tomarme eso. No se movía, pero en su pecho sí se intensificaba esa rapidez, lo cual dificultaba su respiración por mucho que quisiese esconderlo. Me acuclillé muy cerca de él, a la altura de sus rodillas, que permanecían semiflexionadas. Era consciente de que estaban dándole unos ataques de ansiedad enormes desde el entierro de su fiel amigo, Riley Fox. Lo había espiado a hurtadillas en su propia casa, desde ventanas o

con prismáticos, en lugares desde los que tenía unas perfectas vistas al apartamento de Jack Williams, donde él convivía con Ryan Moon. Ese dato lo omití, porque hubiese desatado su furia de manera irracional.

Continué con la mano extendida en su dirección, sin pretender tocarlo ni hacerle daño. Él no despegaba los ojos de mí, aún estático, como si no quisiese ofrecerme ese voto de confianza y fuese a matarme en cualquier momento. Sin embargo, había apreciado un destello en sus iris al pronunciar el nombre del ruso, lo que me confería unos segundos de margen.

—Inspira —elevé mi palma derecha hacia arriba, cogiendo el aire a la vez —, espira. —Cambié el movimiento de la mano hacia abajo, soltando el aire. Siguió sin moverse—. Inspira, espira.

Lo repetí, aun viendo que no me hacía caso. Sus manos temblaban cada vez más, y llegó un punto en el que atisbé una pequeña aceleración en un movimiento de sus hombros, como si se agitaran pero él tratara de retener esa acción. Estaba muy segura de que, si colocaba una mano sobre su pierna, podría sentir los latidos desbocados de su corazón por la presión a la que estaba sometiéndolo.

Cerré los ojos con una lentitud aplastante, me dejé caer en el suelo y crucé las piernas, para así demostrarle que mi confianza estaba en esa tregua que le había solicitado.

—Tienes que hacer lo que te digo y la ansiedad mitigará, Arcadiy...

Me mordí la lengua para no soltar el «Bravo». Noté su confusión sin verla. Contuve la sonrisa, porque no estaba la situación para caldearla más. Me alegró sobremanera que despegase aquellos espectaculares labios y dijese:

—Tienes esa tregua. Cinco minutos y te mato —sentenció esto último, y no pude reprimir la sonrisa.

—Necesitaré otros cinco para calmarte primero —añadí.

—No estás en posición de pedir tanto —objetó con malhumor.

—Ni tú tampoco. —No recibí respuesta a mi solemne afirmación—. Inspira y espira. Hazme caso.

Obedeció de manera ruidosa. Yo continuaba con los ojos cerrados, imitándolo. Sin percatarme, había colocado las palmas de las manos hacia abajo, sobre las rodillas flexionadas. La postura era la de un yogui, con la columna completamente estirada y el rostro en la posición ideal para no obtener de regalo una contractura debido a la rigidez.

—Te he dado una paliza, y estás con los ojos cerrados, delante de mí —añadió con incredulidad.

Alcé una ceja por lo de la *paliza.*

—Se llama confianza. Me has dicho que me dabas esa tregua —hice una

pausa—, y confío en que no mientes. Y lo de la paliza... Si eso no quiebra tu orgullo masculino, vale. Inspira y espira, ahora con los ojos cerrados.

Con aquel último comentario sobre su ego, moví los hombros con desinterés y bajé esa ceja enarcada. No lo vi, pero estaba segura de que habría puesto caritas por el tono que salió de su garganta después:

—¿Mi orgullo masculino, dices? —Me lo imaginé señalándose el pecho con el dedo.

—Eso he dicho. Cierra los ojos —le ordené con paciencia.

—¿Tú eres tonta? —cuestionó como si nada—. Vas armada hasta los dientes. ¡Estoy viéndote los sais desde aquí! ¡Y quieres que cierre los ojos!

Estaba calmándose sin ser consciente. Abrí un ojo y guiñé el otro para verlo. Aparté las manos de mis rodillas, las llevé a la parte trasera de mi pantalón, saqué de la cinturilla los sais y se los lancé al costado derecho. Levanté mi otro párpado de manera instantánea, metí una mano en mis dos botas y extraje dos cuchillos, una navaja, dos dardos envenenados y dos sedantes, acompañados del tubito para soplarlos. Sus ojos se entrecerraron. Extendí una palma hacia él, averiguando sus pensamientos.

—Calma. Te lo explicaré todo a su debido momento.

Acababa de descubrir que yo misma me había clavado el dardo sedante en el túnel de la fortaleza. Me llevé las manos al pecho, levanté una milésima mi camiseta ceñida y, bajo su asombro mal disimulado, agarré con fuerza las puntas ancladas a mi sostén, donde deslicé con sumo cuidado dos afilados aros que se ajustaban a la medida que quisieses, siendo mortales si te cazaban.

—¿Has terminado? —inquirió con sorna.

—Llevo un mangual y dos pistolas en la moto. Si quieres registrarme, adelante, aunque no deberías tener tanto miedo después de la *paliza* que me *has dado*.

Levanté las manos en el aire. «Que no lo haga —les supliqué a los dioses kami—. Que no me toque, por favor». Lo miré mucho, creyendo leer entre líneas que había atisbado un breve resquemor cuando elevé las manos. No era estúpido, aunque no supiese nada de mi vida, todavía. Me fijé en que su pecho comenzaba a moverse con tranquilidad. Sus labios mostraron una tenue sonrisa que no pudo reprimir.

Ese era el hombre al que yo había estudiado. El chulo que siempre iba riéndose con la vida de su mano, sin importarle lo que pudiese pensar el resto del mundo.

Cerró los ojos, prensó los labios y obedeció a mis instrucciones con la respiración. Me quedé embobada, contemplando cómo su fuerte pecho subía y bajaba sin esfuerzo. Intencionadamente, contenía un llanto desgarrador. Eso

no era bueno, y supe cuál era la solución.

—Ahora piensa en un lugar que te transmita paz.

—¿Qué cojones pretendes, Natsuki Tanaka? —me preguntó con tonito, sin abrir los ojos.

Me llevé las rodillas al pecho, sin dejar de mirarlo. Sonreí al percibir la sensación de deterioro en la cólera y cómo mencionaba mi apellido, pese a que ese pequeño detalle lo sacaba de quicio.

—Solo quiero que te calmes, Arcadiy Bravo.

Negó con la cabeza.

—Nuestra primera norma para darte esos minutos es que no repetirás mi apellido.

—Hecho —le dije, y me levanté. Él abrió los ojos—. Piensa en un lugar que te transmita paz, sin dejar de respirar. Cuenta si es necesario. Uno, dos, tres...

—¿Adónde vas? —me interrumpió, amusgando su mirada.

Me limpié las palmas de las manos, aunque eso daba igual porque estaba de suciedad hasta las cejas. Agaché un poco la barbilla para fijarme mejor en su destellante mirada. Si me colocaba al lado de él, su frente podría chocar casi con la parte baja de mi pecho. Desde mi posición, lo observaba e imponía. Imponía mucho el hombre que medía más de un metro ochenta y me contemplaba con seriedad.

—Te esperaré en el interior del templo. Necesitas estar solo. —Nos observamos con gravedad—. Recuerda lo que te he dicho.

Me giré sin esperar contestación, dejando las armas allí, a sus pies, como forma de pago y muestra de confianza. Yo no le había pedido las suyas. No era que no las necesitase, porque estaba claro que podría matarme si se lo propusiese, pero yo sí que confiaba en él.

Su mutismo me indicó que obedecería, ya que no levantó el trasero. Coloqué una mano en la cornisa y, sin mirar atrás, salté hacia el andamio.

3

Cinco minutos de rigor

Arcadiy Bravo

Petrificado.

Así me encontraba. ¿Qué cojones me había pasado y cómo había sabido ella que era un puto ataque de ansiedad? Cerré los ojos, no sin antes echarles una ojeada a todas las armas que había llevado encima, ahora a mis pies. No se había llevado ninguna, a sabiendas de que podría bajar silenciosamente y acabar con ella de un solo disparo. Bueno, quien decía de uno, decía de veintiuno.

La había acribillado a golpes. Sin embargo, se había mostrado tenaz, temeraria cuando había perdido el control de sus defensas, lo que me había indicado más de un aspecto de lo que ocultaba. Su serenidad se había esfumado cuando sus ojos se habían posado en mí con un brillo extraño, como si me hubiese analizado más de lo necesario, como si se hubiese percatado de detalles que se le habían pasado por alto.

Y yo, como un idiota, no había sido capaz de dispararle en la cabeza sin una explicación. O eso creía. Con los ojos cerrados, únicamente rememoraba los golpes que nos habíamos dado. Bajo mi punto de vista, la ansiedad se había calmado más cuando estaba delante de mí, hablando con ese tono de voz tan marcado, tan paciente, tan... sosegado.

¿Por qué me había dejado solo? Supe el motivo en cuanto mis pensamientos se marcharon y su nombre, dicho de la boca de Natsuki, resonó en mi cabeza: «Yo no maté a Riley Fox». Entonces entendí la soledad impuesta. Lo comprendí cuando las lágrimas se deslizaron por mi rostro. Imaginé que no solo se debía a ese pronunciado ataque de ansiedad, sino también a la tristeza que sentía en lo más profundo de mi alma. Me trasladé a un bosque, donde el aire que se respiraba únicamente era puro. Puro, no

podrido, como lo estábamos todos nosotros.

Y, gracias a mi incompetencia, habíamos acabado con lo más bonito de nosotros. Con Riley. Con esa persona que era pura, la misma que se encontraba en aquel bosque imaginario al que me había marchado. «Piensa en un lugar que te transmita paz». Allí, frente a mí, estaba él: con sus gafas de pasta, con su sonrisa divertida, con su consolita en la mano, con su brillante inteligencia y su corazón apagado, tan grande y glorioso como nadie lo había tenido en la vida. Entendí que mi lugar favorito, mi tranquilidad, estaba allí, con él.

Y deseé con más fuerza estar muerto.

Fruncí el entrecejo, pues mi corazón había menguado en sus cabalgadas. Ahora era Riley el que negaba con la cabeza; quise creer que escuchando mis pensamientos.

—Esto es para volverse loco —musité sin percatarme.

Levantó una mano y yo sonreí en mi mente. Necesitaba dar un paso, llegar hasta él, pero algo me lo impedía: una barrera enorme, como si se tratase de un muro de hormigón que no me dejaba avanzar hasta Riley. Fruncí de nuevo el ceño y él me observó con atención. No hablamos, a mí no me salía la voz, pero sí que pude leer una palabra en sus labios: «Confianza».

Irremediablemente, mi cabeza se fue a la japonesa, que estaba abajo, y raudo abrí los ojos e impulsé mis piernas. Me puse de pie y me llevé una mano a la frente con desesperación. ¿Todo eso podía inventármelo sin más? ¿Era lo que anhelaba? ¡Por supuesto! Pero ¿por qué no sentía esa sensación de intranquilidad? ¿Por qué se había calmado mi ansiedad? ¿Por qué mi primer pensamiento era para Natsuki? ¡Si lo que más deseaba era matarla!

«¿O no?».

—Mierda... —rumié con hastío.

Miré al frente cuando una nube de polvo apareció de la nada. El viento se había detenido hacía un buen rato, sin embargo, una corriente compacta atravesó el tejado y desapareció hacia abajo, por el mismo sitio por el que ella se había marchado.

Me erguí cuando un escalofrío me atravesó el cuerpo; uno de esos helados que te congelaban el alma. ¿Qué había sido aquello? Sin darme tiempo a terminar de hacerme la pregunta, el olor a Riley se coló por mis fosas nasales. Paralizado, ensanché los labios, negué con la cabeza y comencé a reírme como un desquiciado. Estaba perdiendo el juicio. Seguro. Iba a perderlo. Joder que sí.

Encaminé mis pasos por impulso hasta la cornisa por donde había subido y desaparecido Natsuki. Me detuve a mitad del camino, me giré y mis ojos se

clavaron en las armas que había en el suelo. Retrocedí, me agaché, las recogí con el miedo de que saliesen venenos letales que no esperaba y agarré mi francotirador antes de irme. Iba cargado como un mulo, pero conseguí acomodar las armas de manera que pudiese descender por el andamio sin partirme los cuernos que no tenía.

Mis ojos la buscaron, encontrándola con las manos por detrás de la espalda, al lado de una enorme moto. Me observó con atención. Bajé el último hierro que me quedaba y la contemplé en la distancia. ¿Cómo podía haberse evaporado ese cabreo descomunal que tenía antes de llegar?

Ryan y Angelo me habían dicho que se quedarían en la carretera, esperándome. Yo dudaba de que eso fuese verdad. Era más, me jugaba el cuello a que estaban más cerca de lo que pensaba.

—¿Has sido militar? —inquirí sin venir a cuento, por su pose rígida y firme. Ella negó con la cabeza, muy seria.

Me acerqué sin titubear y coloqué mi cuerpo al lado del suyo, dejando únicamente una distancia de dos pasos entre ambos. Solté todas las armas a nuestros pies y suspiré con fuerza después del estruendo.

—Cinco minutos.

Me crucé de brazos, viendo de reojo cómo su mirada se posaba en mí. Todavía seguía sin comprender por qué estaba dándole esa tregua que, en algún lugar de mi mente, no se merecía.

—Sé que no quieres que lo mencione, pero necesito que entiendas que yo no maté a tu amigo. Que ni siquiera supe de las intenciones de Vladimir Sokolov ni los planes de Peter Callum. —Intuí en su tono que había evitado a toda costa pronunciar el nombre de Riley.

—¿Por qué le disparaste a Aarón? —cuestioné, sintiendo que las preguntas se me apelotonaban en la cabeza sin coherencia ni orden.

Natsuki tomó una gran exhalación y la soltó ruidosamente. Sus ojos continuaban clavados en mí.

—Necesito que entiendas algunas cosas para poder explicarte los motivos por los que...

No me detuve en escucharla, pero sí que lo hice en las innumerables rojeces que marcaban su cuello, debido a la presión extrema que había ejercido en el tejado. También me percaté de las marcas del mismo color en su rostro, e incluso de un tenue hilo de sangre en la comisura de su labio. No quería ni imaginarme cómo estaría yo; me dolía todo el cuerpo.

—Estuviste con ellos durante meses —la interrumpí, sintiendo cómo la rabia se impulsaba desde mi interior con más fuerza según hablaba—, te ayudaron en tu misión encubierta de acercarte más a Peter, y aun así dejaste

que se los llevaran como a perros. Le disparaste a Aarón. —La observé con fijeza. Ella no cambió su pose altiva. Tampoco me interrumpió—. No hiciste nada cuando... —las palabras se me atascaron en la garganta, los dientes me rechinaron y la mandíbula me tembló— cuando... —Mi pulso acelerado tomó mis terminaciones y me vi incapaz de acabar ese reproche.

Natsuki aguantó mi mirada iracunda. Al ver que no finalizaba, concluyó:

—¿Qué querías que hiciera? De haber sabido que ese cuchillo iría en dirección al pecho de Riley Fox, yo...

Algo parecido a un cortocircuito explotó en mi cabeza. No supe en qué momento había dado una sola zancada, había estirado mi mano y volvía a tenerla a mi merced, sin tocar el suelo y casi raspando con sus pies la moto en la que había venido. Afiancé los dedos con inquina sobre su piel.

Los ojos me quemaron. Ya no sabía si de rabia, de desconsuelo o por el simple hecho de que mis pensamientos hubiesen cambiado y, en realidad, sí quisiese escucharla.

—Nos hiciste creer que estabas de nuestro lado cuando nos sacaste del piso franco en Madrid. —Ejercí más presión con la mano—. Después nos contaste una milonga cuando llegamos a Atenas —mascullé, e hice una pausa—. Y ahora... ¿A qué has venido ahora exactamente?

Tosió con fuerza, palmeando a la vez mi antebrazo para que la soltase. Ahí pude ver que no había tenido un punto de inflexión. Que podría matarla si apretaba solo un poco más y...

—Necesito... necesito que... que me ayudes —dijo al fin, no sin esfuerzo.

Agrandé los ojos tanto que casi se me salieron de las cuencas. Tampoco lo pensé cuando abrí la mano y la dejé caer a plomo en el suelo. El sonido fue estrepitoso, pero el golpetazo lo fue más, porque tiró la moto al suelo al chocar con ella. Su mirada asesina buscó la mía y la reté. De nuevo, tuve los santos cojones de retarla, a sabiendas de que era jodidamente buena.

Una risa histérica brotó de mis labios y negué con la cabeza, ido, pensando que no podía ser cierto lo que acababa de decirme. Pero no. Eso mismo había salido por su boca, y mis instintos asesinos me desestabilizaron, otra vez.

—Te voy a matar —rugí con fiereza.

Aguantó en la misma posición de la caída, aunque sí me percaté de que había desplazado su pierna derecha hacia un lado, como si estuviese preparándose para lo que estaba por llegar.

—Dame esos cinco minutos de rigor y te explicaré mis motivos —añadió sosegada.

Yo ya estaba con una pierna en alto, como si fuese a meter un gol en la portería. En ese caso, la pelota era su cabeza. Como ya imaginaba antes de

efectuar ese golpe sin pensar, Natsuki elevó las palmas con unos reflejos alucinantes. Las prensó entre sí, manteniendo mi tobillo atado a ese movimiento. Lo retorció y causó que me estampase en el suelo. Gruñí como un animal, me incorporé y ladré:

—¡A mí no vas a engañarme! ¡¿Te has enterado, o tengo que decírtelo en japonés?!

Hizo caso omiso de mi furia, me aguantó la mirada y abrió los labios con mucha lentitud:

—Tengo tantas ganas de matar a Peter Callum como tú a mí. Pero para que puedas hacerlo, primero tenemos que ayudarnos y...

El gruñido gutural que salió de mi boca fue descomunal. Me lancé a ella de cabeza, sin esperar a que acabase, comprendiendo en ese momento que Natsuki sí que escuchaba a las personas. Yo no.

Mi cabeza impactó contra un lado de su torso, lo que provocó que su cuerpo quedase encima de mi hombro izquierdo. Elevé el puño de la mano contraria y comencé una andanada de puñetazos en su costado. No escuché ni un quejido por su parte, porque se entretuvo más en hacer acrobacias sobre mi cuello. Ni pensar quería en cómo sus piernas habían quedado envueltas en mi garganta, de manera que, si alzaba el mentón, su vientre era lo primero que vería.

—¡Detente, por favor! —me pidió a gritos.

Llevé mis manos a sus piernas, tratando de quitármelas de encima, pues no veía nada y nos movíamos en círculos sin sentido: yo, intentando despegarme de ella a base de golpes y tirones de sus extremidades; ella... Ella me apretó con saña para que dejase de respirar.

—¡Ya puedes hacer más presión si pretendes asfixiarme! —siseé, sin sacar la cabeza.

Por aquel entonces, el enfado no me dejó ver la postura tan inapropiada en la que nos encontrábamos. Impulsé mis pies, cegado, hasta que encontré una columna del templo donde golpear su espalda hasta la saciedad. Un grito ahogado salió de su garganta con el primer impacto.

—¡¡Para, Arcadiy Bra...!!

Se quedó a medias, y yo pensé que, una de dos: o me soltaba, o le partía la espalda contra el mármol. La sujeté de las caderas y tiré de ella hacia atrás. Sus piernas se apretaron con más hincha, y cuando mi mano derecha la golpeó en el costado izquierdo, no lo dudó y entonces sí que contratacó. Me clavó un codo en la cabeza, después un puño firme cayó sobre mi morrillo y quise patalear de impotencia.

De repente, una bombilla se me iluminó y no me quedó más remedio que

recurrir a los trucos trampa de Jack. Abrí la boca, clavé mis dientes con saña en el interior de su muslo derecho y apreté con la intención de quedarme con la tela de su pantalón oscuro y un trozo de su carne pegado a mis dientes. El alarido retumbó en el templo. Pero me soltó. Me separé de ella cuando impulsó con sus manos mi cabeza hacia atrás, sin delicadeza. Al quedar libre de la cárcel de sus piernas, trastabillé y caí de espaldas en el suelo. Ella volvió a hacerlo a plomo y una mueca de dolor cruzó por su rostro.

Los dos nos miramos con las respiraciones agitadas, con el pulso a mil. Entonces reparé en que teníamos las armas a tan solo dos pasos. Esa apreciación también la tuvo la japonesa, porque antes de que me atreviese a dar un paso, los dos gateábamos a la vez, con mucha velocidad, hasta alcanzar una. Nos separamos con la diferencia de tres únicos pasos: yo, con mi pistola, sin seguro y lista para abrirle un agujero en la frente; ella, con los dos aros que se había sacado del sostén en el tejado. La batalla de miradas no tuvo fin. Ninguno dijo nada, aunque sí nos medimos las fuerzas con una gravedad inmensa.

Me había quedado de rodillas, con un brazo laxo y el otro firmemente apretado. Natsuki se mantuvo en esa posición de samurái que asustaba, con una pierna flexionada y alargada, mientras que la otra estaba recogida y a la espera de saltar como una fiera.

—¿Cuántas probabilidades hay de que esos aros lleguen a mí antes de que te haga un agujero nuevo? —le pregunté con sorna.

—¿Cuántas probabilidades hay de que mis aros lleguen y te corten la garganta antes de que esquive esa *única* bala?

Entrecerré los ojos por aquel tono depredador y porque, pensándolo con frialdad, llevaba razón; no en el curso de la bala —que podría ser—, sino en la agilidad que ella pudiese tener con aquellas armas letales que agarraba con maestría, conociendo de verdad el poder que albergaba con ellas.

—¿Probamos? —le sugerí con inquina.

Unos pasos se escucharon muy cerca. Ese detalle me hizo saber que tanto Ryan como Angelo habían llegado para quedarse, y no para continuar escondidos detrás de los jardines del templo. Ya los había visto al bajar.

—Aparta esas mierdas, japonesa —le ordenó Ryan, con una pistola apuntando a su cabeza.

Ella sonrió como si fuese un diablo. Angelo afianzó su arma sin temor y dio dos pasos que lo colocaron muy cerca de nuestra enemiga. Sus ojos estaban fijos en mí, sin embargo, yo sabía que lo que veía eran todos los puntos que había y las posibilidades de salir airosa de la situación. No bajó los aros.

—La organización Keitaro ha sido robada por mi primo: Haiden Keitaro —dijo sin venir a cuento—. Me fui con Vladimir Sokolov para engañar a Peter Callum y a mi primo. De esa manera, vosotros conseguiríais salvar a los policías y yo recuperaría el liderazgo de mi familia. En consecuencia, conseguirías acabar con el ruso también.

Su tono fue conciliador, pausado. Demasiado para la tesitura en la que nos encontrábamos.

—Tú no llevas el apellido Keitaro —solté a bocajarro.

Como anteriormente le había comentado a Jack, en el tiempo que estuve desaparecido había estado haciendo investigaciones y sabía que Natsuki pertenecía a una organización de Japón. No tenía claro a cuál, pero había estado en lo acertado. Tras la muerte de Riley, comprobé en los servidores de mi amigo que yo mismo había asesinado a su tío, Ayari Keitaro, enviado principalmente por la brigada de espías y, por ende, por Peter. La información concordaba con que el jefazo superior de Aarón y Noa quisieran acabar con el legado de los Keitaro. Por lo tanto, Natsuki no había mentido al decir que quería salvar a sus padres, aparentemente castigados por el rastrero de su anterior mandamás.

Pareció leerme la mente.

—Mi madre es la hermana de Ayari Keitaro.

—Y suponemos que también quieres vengar a tu tío —dedujo Ryan.

—Supones mal, Ryan Moon. —Lo miró de reojo, pero sus ojos volvieron con rapidez a mí—. Haiden Keitaro quiere tu cabeza por ese asesinato.

Entrecerré la mirada, sopesando sus palabras. Me bastaron tres segundos para llegar a una conclusión, levantarme y dar un paso hacia ella, que no se movió de su posición. Sujeté la pistola con más vigor.

—Entiendo. —Soné socarrón—. Quieres llevarme con tu primo para que me mate y, de esa manera, hacer un cambio por tus padres. ¿Los tiene él? —le exigí saber, consciente de que la respuesta sería afirmativa.

Cabeceó positivamente. Negué con la cabeza, y no me esperaba lo que dijo a continuación:

—He salvado a los policías y están a buen recaudo. Les he dejado órdenes establecidas a mis hombres para que los ayuden a salvar a su compañero, Klaus Campbell, y a la hermana de Noa Wood.

—¿Qué estás dicien...?

Fue la única vez que no me dejó terminar, incluso notando la confusión en mi voz:

—Tu novia iba a entregarse a Peter Callum para que los dejasen libres e iba a intentar salvar a Aarón Barranco. A ellos —se refería a Klaus y

Elisabeth— los secuestraron cuando nosotros estábamos aquí, en Atenas.

—¿Noa iba a entregarse, sin decirnos nada? —El asombro en la voz de Ryan fue perturbador.

Natsuki asintió. Recordé a Micaela, cómo me echó de la habitación la mañana antes de que fuésemos en busca de la placa base. «Ella lo sabía», pensé para mis adentros, tomando nota mental para reprocharle por qué motivo no me lo había comentado.

—Peter Callum no habría pestañeado antes de matarla. Ni siquiera la habría dejado hablar. Así que he salvado a dos de vuestros amigos. —Me observó, al ver que no decía nada—. Mientras ellos se esconden, me he encargado de mentirle a Haiden Keitaro. Él piensa que he venido a por ti —cabeceó en mi dirección— para llevarte a Japón. Entretanto, se excusará con Peter Callum diciendo que el ruso los ha perdido.

—Y de ahí que nosotros podamos coger al Vladimir de los huevos para hacerlo trizas —vaticinó Angelo, que hasta ahora se había mantenido al margen. Buscó mi atención—. Es lista de cojones.

El rugido de Ryan bastó para que no hiciese ni un comentario más de los suyos.

Enfoqué mi mirada en ella.

—¿Qué pretendes hacer cuando lleguemos a Japón?

Soltó el aire contenido, pero no bajó los aros de sus manos ni la posición de ataque. Nosotros tampoco.

—Sacaré a mis padres de la prisión en la que están y podrás marcharte de allí. Yo te ayudaré a escapar de las garras de mi primo si tú me ayudas a salvar a mi familia.

El silencio se extendió por el templo durante unos segundos que parecieron eternos, hasta que Ryan soltó lo que yo estaba pensando:

—¿Y dónde está el Guatayo? Tu hermano.

Nombrarlo de esa manera me recordó al friki y aguanté una sonrisa inapropiada. La japonesa se tensó, su rostro se volvió más agresivo y murmuró entre dientes:

—Iwao Keitaro no es mi hermano.

De nuevo, ese incómodo silencio regresó.

—Es el hermano de Haiden... —musitó Angelo. Los tres hombres que estábamos allí nos miramos—. Me quedo muerto.

Regresé mi atención a Natsuki, esa vez descendiendo mi arma. Parecía desconfiada, hasta que hice un movimiento de cabeza y tanto Ryan como Angelo me imitaron. Ella no se movió. Di otro paso y me quedé muy cerca. Me agaché para mirarla a los ojos. Sin miedo, elevé una mano, la deslicé por

el filo de los aros y me corté la yema del dedo índice.

—La manera de proceder la ordeno yo —sentencié, y ella asintió, viendo la gota de sangre que manchó el suelo—. Si me mientes una sola vez más, Natsuki Tanaka... —acerqué mi rostro mucho, por lo que se vio en la obligación de apartar los aros a ambos lados de mi cabeza, y miré sus labios sin pretenderlo; después, sus ojos—, mataré a tus padres delante de ti. Si después de eso te quedan fuerzas, no sabrás a qué dios suplicarle para que acabe contigo cuanto antes. Llorarás tanto que no podrás soportar el inmenso dolor cuando te despedace. ¿Te ha quedado claro?

Sus ojos brillaron, destacando un atisbo de poca cordura que me desarmó. Movió un centímetro el aro de la derecha y se cortó como yo había hecho, sin dejar de mirarme, el dedo índice de su mano izquierda.

Como si aquello pudiese marcar más terreno del que ya lo había hecho.

Como si aquello pudiese cerrar un pacto. Un trato.

—Que los dioses kami te escuchen, Arcadiy.

No supe qué fue ese sentimiento extraño que me recorrió el estómago y terminó en mi garganta, en un cosquilleo que no había experimentado nunca pero que me sobrecogió como no lo había hecho nada en la vida.

4

El ruso

Sin terminar de fiarme, habíamos acabado en el puerto de Atenas, ocultando la moto de la japonesa en un almacén y en dirección a las islas. Ryan me había preguntado de manera incesante si era lo correcto. Yo no lo sabía. Ni siquiera tenía una respuesta para su pregunta, pero estaba dispuesto a averiguarlo con Natsuki a bordo de ese barco que nos llevaría al puerto de Santorini. Total, ella ya era conocedora de dónde nos encontrábamos, aunque no le hubiese preguntado.

Lo peor de todo era que me crispaba no conocer el motivo por el cual me encontraba tan sumamente bien con ella, cuando la tenía cerca. Era como esa tranquilidad que buscas en un momento de caos en tu vida.

—¿No habría sido más fácil contarnos la verdad desde el principio? —escuché que Angelo le preguntaba.

Le habíamos requisado todas las armas, con muy mala cara y una amenaza lo suficientemente clara. Ella no había dudado en enfrentarse a mis acusaciones mudas.

—¿Ibais a confiar en una desconocida que os pedía ayuda?

Angelo prensó los labios; aquella mueca me recordó a Noa, e inevitablemente mi pensamiento fue para ella. Solo esperaba que se encontrasen bien, que hubiesen podido rescatar a su hermana y a Klaus, porque hasta el momento no teníamos noticias de nada excepto el escueto mensaje.

—*Vero.*[1] —Angelo sonó muy italiano—. Ya me escamaba a mí que el Guatayo —me miró y asentí, indicándole que el sobrenombre era correcto— fuese tan mudito. Los más tontos son los que no abren la boca. A la vista está.

Busqué a Ryan en el timón. Él ya estaba con la mirada clavada en mí. Aguanté la respiración y contemplé el agitado mar que embravecía las aguas

de las islas, muy cerca del puerto. La japonesa se encontraba sentada en el borde, con las piernas por fuera y los sentidos alerta, aunque no lo pareciese. Cuando Angelo se marchó al interior del puesto de mando, junto a mi amigo, supe que había llegado el momento de acercarme a ella y pronunciar un trato verdadero; uno que no se rubricase con dos cortes en los índices, como si eso fuera un acuerdo en toda regla.

Saqué un cigarro, agarré el pasamanos y me impulsé hasta quedar al lado de ella, con una pequeña distancia prudencial, pues había atisbado en sus temerosos ojos que la cercanía masculina no le agradaba en exceso. Tampoco tenía intención de descubrir el motivo.

—Se acabaron las medias tintas, los embustes y todo lo que tenga que ver para que no haya sinceridad en nuestro trato.

No la miré, pero de soslayo aprecié que asentía con la cabeza, sin dejar de contemplar el mar.

—Ya te he dicho que esa es la intención, aunque todavía no hayas querido escucharme.

—Disculpa si estoy un poco reticente. —Me guardé en el buche soltarle que habían matado a mi amigo, y ella lo notó.

—Cuando lo verbalices, cuando lo hagas real, será más fácil.

Ahí sí que giré la cara. Ella ya estaba observándome; Ryan y Angelo desde el timón también. El navío no era excesivamente grande ni podían contarse secretos. De hecho, mi amigo y el italiano permanecían muy callados, expectantes a la conversación.

—No quiero hablar de Riley. No estamos hablando de Riley —puntualicé con tono duro—. ¿Los dardos? —cuestioné—. ¡Ah!, Déjame adivinar. Te lo clavaste tú para que Vladimir escapase cuando estuvimos en la fortaleza.

—Me lo clavé porque si matabais a Vladimir Sokolov, mi familia estaba muerta. Ahora, Haiden Keitaro cree fielmente que puede confiar en mí. Y que el ruso muera no le importa, porque podrá hacerle creer a Peter Callum que tus amigos de la policía han escapado por culpa del ruso, y no porque yo impulsé a que así sucediese.

—No le importa porque sabe que yo mismo voy a matarlo y tú estás ofreciéndomelo en bandeja —vaticiné.

—Correcto, Arcadiy.

—¿Por qué ayudaste a Aarón y a Noa?

Suspiró.

—Porque mi padre me enseñó a hacer lo correcto. Me enseñó que las

decisiones se toman desde aquí. —Se tocó el corazón con la mano unos instantes.

Apreté los labios y contuve las ganas que tenía de partirme los dientes. No sabía ni cómo abordar la conversación. En el fondo, era consciente de que ella no tenía la culpa de nada —a medias— porque no lo sabía, porque no era conocedora del futuro incierto que nos esperaba. Y analizando la situación con frialdad, jamás la habríamos ayudado sin un motivo de peso, sin un aliento que nos indicase que debíamos hacerlo.

—¿Por qué tiene Haiden a alguien de su sangre prisionero? En concreto, a su tía —quise saber, con un interés palpable.

Natsuki tensó los hombros y aguantó el aire, como si no quisiese contestar a esa pregunta.

—Porque sabe que mi padre me enseñó a defenderme y le soy útil a su lado, no en su contra. —Me miró, y supe que no estaba contándome la verdad —. Y porque mataste a mi tío Ayari Keitaro cuando yo estaba dispuesta a hacerlo con Peter Callum. Es evidente que quiere tu cabeza por asesinar a su padre.

—Un asesinato poco fortuito, me temo —musité, contemplándola con fijeza—. ¿Qué más, Natsuki?

Apretó la mandíbula y dirigió la vista al mar. Me dio la sensación de que no era capaz de mirarme para continuar con su explicación:

—Mi tío Ayari Keitaro se enamoró de mi madre, Kaori Keitaro. Son hermanos. —Silencio—. Mi madre se marchó de casa y poco tiempo después contrajo matrimonio con mi padre, Eiji Tanaka, y nos tuvieron a mí y a mi hermana. Ella adoptó el apellido de mi padre, como es obvio, para desligarse de su propia familia.

Desvié los ojos a los dos que se encontraban taciturnos, bajo un silencio extremo, sin perder detalle. Angelo puso caritas que ignoré.

—¿Tu hermana está con ellos? —inquirí, sin saber muy bien cómo profundizar en la vida de ella, sin saber cómo demonios romper esa coraza que parecía no querer quebrantar.

—Mi hermana murió. Mis padres están solos en Magome, aislados del mundo por orden de Haiden Keitaro.

No abrí la boca en unos segundos, los necesarios para recomponerme del impacto que supuso esa información. Estaba sola. Sola en el mundo, defendiendo a su familia por encima de todo. Aquella cuestión me llevó a recordar los motivos por los que los padres de Natsuki se encontraban improductivos para la empresa que su hija tenía por delante, o simplemente para ayudarla a recuperar su propia organización.

Retomé la conversación:

—Intuyo que lo ha hecho para que no quieras demandar el legado de los Keitaro.

Me mordí la lengua, ya que pensé que la información iba a tener que sacársela con una cucharilla. Todavía no entendía la magnitud de sus problemas y por qué le costaba hablar.

—Mi madre, como es evidente, ya no podrá hacerlo nunca. La única persona por derecho que le queda soy yo, y Haiden no lo consentirá mientras viva.

—Tendrías que matar a tu primo para quedarte con el puesto, supongo.

Una mirada fría recayó sobre mí y me congeló. Sus manos se apretaron con fuerza al asiento blanquecino, y me esperaba de todo menos lo que dijo a continuación:

—Es cierto que vi una venganza apetecible cuando Haiden Keitaro me obligó a que te buscase, pues Peter Callum estaría en mi poder más pronto que tarde. —Ese «me obligó» me impactó, aunque no lo demostré—. Sin embargo, la situación de mi vida se ha vuelto mucho más turbia de lo que jamás imaginé, porque ha usado a mis padres para chantajearme a su antojo, para llevarme por donde ha querido y...

Se calló de golpe. Busqué la atención de Ryan y Angelo de nuevo. El primero enarcó una ceja, a la espera de que continuase con el relato.

—¿Crees que tu primo tiene algo que ver con lo que les ocurrió a tus padres?

Cabeceó lentamente en señal afirmativa.

—No es que lo crea. Es que estoy segura de que Haiden Keitaro ya lo había planeado desde un principio. Siempre han sido un poco particulares y nada familiares. Ya me entiendes.

Sí, entendía que el amor no correspondido era una mierda y que la gente estaba fatal de la cabeza. Casarse con su hermana. ¡Era de locos!

—¿Por qué no te llevaste a tus padres lejos de Japón después de lo ocurrido con Peter? Habrías tenido la posibilidad de empezar una nueva vida, apartada de ellos. ¿Todo por una organización? Podrías haber formado otra, compuesta por personas que no siguiesen a tu primo.

Mi tono fue normal, sin reproches ni amenazas, como si de verdad el tema que estábamos tratando me afectase, como si quisiese conocerla, sin ser consciente de ello. Lo dije todo de carrerilla, sin darme tiempo a pensar ni a recapacitar. Tampoco era que supiese muy bien de qué estaba hablando.

Ella, como de costumbre, esperó a que terminase mi verborrea para continuar:

—La revolución que se formó en todo Japón fue épica. Las dos familias más importantes del país enfrentadas por un amor que no fue recíproco. —Hizo una pausa que me pareció infinita—. La Yakuza nos amenazó: o solucionábamos aquel conflicto, o teníamos los días contados.

»Mis padres no tuvieron más remedio que acatar las órdenes del líder de la Yakuza. Y para que el mundo viese que las familias retomaban su alianza, decidieron casar a una pareja de sus hijos, aunque llevasen la misma sangre.

Natsuki se mojó los labios y desvió su atención a mí, clavándome aquellos ojos oscuros como la noche, ahora más turbios de lo que los había visto durante los pocos días que nos habíamos conocido.

—Tu hermana... —musité, intuyendo un final fatal.

—Mi hermana murió cuando tenía diez años, Arcadiy —susurró, y se me cortó la respiración—. Con diecisiete años me casaron con mi primo. Para nuestra familia es muy importante conservar el legado Keitaro, pero lo es más eso: la familia. Y la única que me queda está a miles de kilómetros de distancia, custodiada por los hombres de Haiden Keitaro. Si fallo, los matarán.

Atendí mucho a sus gestos, sin atreverme a separar los labios para pronunciar una breve palabra que aliviase el pesar sosegado con el que lo había narrado. Tal vez ahora podría comprenderla mejor, sabiendo que ella estaba allí, y no solo por sus dotes como buena samurái que había demostrado ser, sino porque no tenía otra opción que engañar a su propio marido para recuperar a su familia y, por lo que intuí sin preguntar, su libertad.

No quise profundizar en el tema tampoco, sin embargo, un hombre de pelo castaño, ojos del mismo color y muy analizador preguntó al aire:

—¿Quieres matar a tu propio marido?

Angelo no tardó en aparecer a nuestro lado, concretamente al de ella.

—Él me mataría a mí si se enterase de todo esto.

El italiano sujetó el pasamanos como había hecho yo minutos antes, se coló y se sentó en el borde.

—Normal, yo te asfixiaría con la almohada de saberlo, aunque entiendo que la organización es tuya y no de él.

Comprendí lo mismo al saber que su tío estaba muerto gracias a mí, y que a los Keitaro entonces solo les quedaba Kaori, la madre de Natsuki, y, en su sucesión, ella antes que Haiden o Iwao.

—Tus intenciones con las mujeres van más allá de asfixiarlas con una almohada, por lo que tengo entendido. No me alientan tus palabras, Angelo Fachinni.

—Eso son negocios. —Le restó importancia con la mano; ella puso muy mala cara—. ¿Qué? No me mires así, que he venido para echarte un cable.

Este —me señaló— es un cascarrabias, y yo soy mucho más guapo y amable.

La japonesa contuvo una sonrisa y yo puse los ojos en blanco, aunque me envaré al escucharla hablar, dirigiéndose a mí de nuevo:

—Debes saber que Vladimir está excesivamente rabioso contigo. No sé qué os enlazaría en el pasado, pero sí que tengo algo de información que mis hombres han conseguido.

Aguanté el arranque de decirle que, gracias a la inquina que me tenía, una de las personas más importantes de mi vida estaba en el cementerio. Angelo carraspeó y formuló la pregunta, dejando que aquel trago se deslizase por mi garganta:

—¿Tienes hombres a tu cargo?

—Algunos. Los que decidieron quedarse con mi padre. Sin embargo, deben ser muy cuidadosos para que mi primo no sospeche. De hecho, ellos son los que me han ayudado para que pudiese salvar a vuestros amigos.

—¿Puedo hablar con Aarón o Noa? —quise saber.

Natsuki cabeceó queda, en señal de afirmación.

—Puedes, pero es un riesgo. Si hablas con ellos, tendrán que cambiar de ubicación de forma veloz, pues Iwao Keitaro está buscándolos por todo el país. Sería muy peligroso si no han conseguido ponerse a salvo. ¿Lo entiendes?

De nuevo, supe sin preguntar que el motivo de que ella se encontrase allí había sido propiciado por su plan magistral; tuve que admitir que para nada desafortunado, de momento. Asentí de manera afirmativa, con la cabeza sobre los hombros y sabiendo que intentar hablar con Noa o Aarón tendría que esperar.

—Están a salvo. Es lo único que cuenta.

El vozarrón de Ryan nos sobresaltó porque no lo esperábamos. Dirigí la vista hacia él, aunque no se inmutó ni alejó su atención del timón o del mar. Había sido un cable directo y lo agradecí en silencio.

—¿Qué más sabes de Vladimir? Apenas lo recuerdo, por lo menos cuando llegó a la fortaleza —murmuré, intentando rememorar algo más del pasado.

—Su madre lo abandonó a las puertas de vuestro antiguo hogar, y tu instructor, ese al que tenías como a un padre, Anker Megalos, nunca quiso saber nada de él. De hecho, jamás le proporcionó su apellido, pese a saber que era de su sangre. —Se extendió en su silencio, sin apartarme la mirada—. Jack Williams y tú siempre habéis sido la debilidad de ese hombre, y no osó que nadie usurpase vuestro puesto.

Un gruñido salió de la garganta de Ryan; supe al instante que recordando las calamidades por las que había hecho pasar aquel tirano desgraciado a mi

hermana.

—Y el rusito tocapelotas se encabronó con el mundo y con los favoritos de Megalos. Un ataque de cuernos en toda regla, solo que con papá. Qué telenovela tenemos aquí, amigos.

El tono de Angelo no ocasionó nada aparte del silencio extenso que nos envolvió. Sin embargo, la duda se quedó allí implantada. ¿Por qué Anker nunca lo quiso? ¿Por qué nosotros, aun viéndose abandonado por su hijo legítimo, por Jack?

Natsuki pareció leerme la mente:

—Solo le quedabas tú, Arcadiy. Y en ti debía recaer su mandato el día que él faltase. A Vladimir Sokolov se lo llevaron los demonios; eso ha originado una cólera insana en él. No se detendrá hasta que termine contigo, tenlo claro.

Analicé el mar Egeo, el oleaje, incluso el golpe seco cuando Ryan llegó al embarcadero y bajó para amarrar. Asentí con lentitud, sin desviar mi foco de atención de un horizonte perdido que solo me hablaba de venganza, ya no de supervivencia. Eso ya no importaba.

—No si antes acabo yo con él —sentencié, y me levanté del asiento.

Tendí una mano en su dirección, invitándola a imitarme. Al principio la contempló dubitativa, como si aceptarla fuese lo peor que haría en el mundo, sin embargo, con más lentitud y titubeo que el que esperaba por parte de ella, la extendió y sus dedos se rozaron con los míos antes de aferrarme la palma con fuerza. Sentí un calambre inusual. Los dos nos miramos como si hubiésemos notado lo mismo.

Era pequeñita; por primera vez me atreví a inspeccionarla más de lo permitido. Le sacaba casi tres cabezas, aunque eso no era impedimento para que alzase el mentón con valentía y fijase aquellos oscuros y rasgados ojos en mí.

—Te ayudaré con tu familia, Natsuki Tanaka, y tú me entregarás al ruso intacto. ¿Trato hecho?

Apretó mi mano con una fiereza digna de admirar.

—Trato hecho, Arcadiy Bravo.

Al soltarse de mi agarre, una breve sonrisa surcó mis labios por el tirito de los apellidos. De reojo, aprecié que Ryan me observaba con atención, sin hacer ningún tipo de comentario, pero con los brazos cruzados a la altura de su pecho, en desacuerdo. No le quitó la vista de encima a la japonesa hasta que puso un pie en el pavimento. Esperó a que la siguiese para sostenerme del antebrazo y frenarme, a unos metros de distancia de ella y Angelo.

—No te fíes ni de tu sombra.

—No miente —le aseguré.

—No mentirá, pero tú vas a llamar a tu hermana o a Jack, vas a contarles los nuevos descubrimientos y vamos a actuar con cabeza.

Miré a mi amigo y, en tono guasón, le dije:

—A sus órdenes, mi capitán.

Un rato después y tras salir del puerto, hicimos una parada para comprar algo de comer preparado y nos dirigimos al apartamento, ese que se encontraba hecho un desastre, destruido en gran parte y con todo esparcido como si viviese un gran elenco de cerdos en su interior y no dos personas. Me detuve con la llave en la mano, pensando en si era lo correcto o no abrir.

Ryan me las quitó de un manotazo, miró hacia atrás buscando a la japonesa muda que nos acompañaba y añadió:

—No te asustes, pero últimamente vive un zoológico aquí dentro, y tenemos a uno de los tigres un poco desbocado.

Usó el mismo tono de siempre, rudo e implacable, bajo aquella mirada fiera que parecía perdonarte la vida a cada palabra que salía de su boca. No le di importancia a que me llamase cochino, porque él estaba viviendo conmigo, pero sí que advertí la mirada asombrada de Natsuki al referirse a mí como un tigre. Recordé pues que su organización era dirigida por ese animal. Por el tigre blanco.

—Te recuerdo que, en el cuadrante de esta semana, la limpieza te tocaba a ti —solté como si nada, dando un paso para adelantarla.

Angelo esperó el último para sorpresa de todos.

—Dentro de *mi* limpieza *no* entra recoger las astillas de sillas rotas, cristales por el suelo —uno crujió cuando avanzó por el pasillo— y este...

Ryan se quedó pensativo. Vi cómo olfateaba el aire, e inevitablemente mis ojos buscaron a la japonesa, quien, callada, arrugaba la nariz. Contuve una risotada, sin saber por qué en ese preciso momento me hacía gracia su gesto. Prometo que ducharnos, nos duchábamos. Lo demás era otro cantar.

—Ahora sí que puedo decir que esto huele a estiércol —anunció Angelo, sin filtro.

Natsuki contuvo una mueca burlona, apretando los labios mucho. Ryan se volvió como un vendaval, tan grande y venerable que asustaba con solo mirar esa ceja enarcada que casi llegaba al techo del apartamento. Sus músculos se definieron más, aprisionados bajo la camiseta de tirantes ridícula que siempre vestía.

—*Tú* —marcó Ryan con mucha fuerza— sí que hueles a estiércol. Y encima italiano.

—¡Cheee! —Angelo elevó un dedo en el aire—. Cuidado con mi país, americano de pacotilla.

—¿Qué me has llamado? —gruñó.

Me fijé en que el italiano había dado un paso y Ryan otro. Natsuki se quedó estática, frente a mí. Extendí las manos a ambos lados, mirándola a ella, para intentar calmar el ambiente, pues mi amigo había puesto una cara muy fea.

—Tranquilidad. Comemos y esto ya se recogerá cuando tenga que recogerse. Lo importante ahora es el ruso, no que el apartamento sea un estercolero o no.

Natsuki carraspeó, Ryan rugió con más fuerza y Angelo puso una cara de suficiencia que sabía a ciencia cierta que mi amigo iba a borrarle cuando menos se lo esperase. Extendí la mano, indicándoles que podían seguir por el reguero de cristales que llegaba hasta el salón.

Ryan se afanó en ir a por unos vasos mientras Angelo se sentaba al extremo de la mesa. La japonesa se colocó a su derecha, sin tomar asiento, y mantuvo su silencio como si fuese un juramento irrompible. Estaba más callada de lo habitual, que ya era decir. El italiano le echó una mirada guasona a mi amigo, quien no tardó en señalarlo con dos de sus dedos en dirección a los ojos, amenazándolo con claridad.

Alcancé la escoba y el recogedor para evitar daños mayores, oyendo el trasteo de las bolsas por parte de Natsuki, quien, con timidez, las revolvía despacio para sacar la comida.

—¿Qué necesitas para entrar allí? —le pregunté.

El ambiente se enrareció de golpe, como si la pregunta hubiese abierto un agujero entre nosotros.

—Nada. Llevo una semana en Atenas. —No dudó al decirlo—. Él me ha visto. De hecho, hemos estado juntos en la fortaleza, aunque piensa que estoy alojada en otro lugar.

Alcé el mentón, escoba en mano.

—¿Y dónde se supone que estás, si no te encuentras con él? Es tu único contacto aquí. —La mandíbula me crujió con solo mencionarlo.

Nos miró a todos con una calma pasmosa. A veces me asustaba tanto pragmatismo por su parte. Quiso evitarlo, pero me percaté del movimiento descendente de su garganta.

—He estado en la calle.

—¿Durmiendo una semana en la calle? —cuestionó Angelo con extrañeza.

Ella asintió. Terminé de recoger los cristales, pensando, sintiendo la rigidez de mis hombros cada vez más tensa. Entonces, como si hubiese podido leerla entre líneas, adiviné lo que no quería confesar:

—Has estado vigilándome.

Natsuki prensó los labios y apretó las manos en la mesa.

—No podía llegar el primer día y presentarme aquí sin más. —Pareció una disculpa—. También sabía el momento en el que los hombres de él podían encontrarme.

—Se llama inteligencia, japonesa —añadió socarrón el italiano.

—Si no hubiese querido, jamás habrían dado conmigo, Angelo Fachinni. —Su tono se endureció, dándole a entender al italiano que ella no era una cualquiera.

Comprendí los motivos, aunque enlacé las piezas que me llevaron a pensar que nos había vigilado a todos. Eso indicaba que era conocedora de mis recién estrenados ataques de ansiedad, de mis lágrimas, de mi rabia... Torcí el gesto y ella lo vio.

—¿Cómo entramos? —le pregunté con voz de ultratumba.

Un silencio incómodo se extendió por la estancia.

—Estoy segura de que tendréis un plano de la fortaleza.

No sabía en qué momento, pero Ryan había desaparecido de allí, había cogido ese plano que teníamos con una chincheta en la pequeña sala de debajo de las escaleras y lo había arrancado de cuajo. Cinco segundos tardó en tenderle el papel.

—Gracias, Ryan Moon. —Natsuki cabeceó queda, enfatizando ese agradecimiento.

—Plantéate eso de acortar lo de los apellidos conmigo también. Si es necesario que te amenace, la próxima vez que me llames Ryan Moon te meteré un palo por el culo y estiraré tus ojos un poco más. ¿He hablado claro clarinete?

Natsuki repitió el gesto de asentimiento con un amago de sonrisa; yo contuve otra porque había usado el *clarinete* de Riley.

—Lo intentaré... —Dudó, como si se le atascase en la garganta, pero dijo —: Ryan.

El rostro de Natsuki mostró suficiencia. Extendió la mano, apartó la comida a un lado y colocó el plano de manera que lo viese. Me acerqué a la mesa, frente a ella.

—Pues sí que es grande el sitio este —rumió el italiano por lo bajo al ver el enorme desplegable en la madera.

Todos lo ignoramos.

—Creo que no es necesario que te explique las entradas y salidas de este lugar, pero sí debo advertirte de que el ruso tiene unos planes muy distintos a los vuestros.

—¿Que son...? —La miré, y apoyé una de mis manos en el mentón,

aguantándolo con el antebrazo.

Ella observó esa parte, aunque apartó la vista casi de inmediato.

—Vladimir Sokolov quiere reconstruir el imperio de Anker Megalos, y ya están trabajando en ello.

Di un paso atrás y dejé caer esa mano que se había colocado en mi piel de manera casual.

—¿Que qué? —inquirió Ryan estupefacto.

Los oscuros ojos de la japonesa nos repasaron a todos. Incluso Angelo se mostró receloso ante la información.

—Hay muchísimos trabajadores en la fortaleza, reconstruyéndola. Sé que el ruso tiene negocios con Haiden Keitaro, pero todavía no he podido averiguar cuáles. Lo que sí sé a ciencia cierta es que está reclutando a un ejército.

—¿A un ejército de niños asesinos? ¡¿Qué pretende ese loco?! —Angelo de nuevo.

—Que tus negocios son una belleza, vaya —pinchó Ryan.

—No estamos hablando de mí —se molestó. Mientras, nosotros dos nos manteníamos la mirada.

Los ojos de ella se clavaron en mí con más intensidad. Yo continuaba pensando en la relación tan extraña que mantenía con su primo-marido. No la entendía y necesitaba respuestas, aunque en un principio no las hubiese querido.

—A un ejército que sea igual o superior al de su padre. Al del padre que nunca lo quiso. —Se mojó los labios antes de proseguir—: La fortaleza está muy avanzada. A lo sumo, en un mes habrán terminado. Y saben los dioses lo que podrá salir de allí.

Enmudecí. Miré a Ryan, quien me indicó que había llegado el momento de hacerle esa temida llamada a Jack. Asentí y afirmé con severidad:

—No le daremos tiempo a que termine de hacerlo. Ni a uno ni a otro.

5

Trampas mortales

Natsuki Tanaka

Fui incapaz de conciliar el sueño, así que me levanté del sofá cama que me habían dejado para dormir, porque la opción de quedarme en la única cama del apartamento era inviable; los dos eran gigantes y no entraban en un minisofá.

Descalza y con una camiseta que Arcadiy me había prestado, fui hacia la terraza y me quedé embelesada con la enorme luna que pintaba las islas griegas. Al abrir los ventanales, el aire provocó que un olor muy característico se colase en mi nariz. Olía a él.

Ryan se había metido en la cama de Arcadiy, y aunque al principio los escuché a los dos quejarse mucho porque no cabían, el grandullón pareció quedarse dormido casi de inmediato. Sin duda alguna, sabía de primera mano que su cansancio se debía a las largas horas que habían trabajado.

Me llevé la nariz al hombro casi sin ser consciente de ello. «¿Qué estás haciendo?». Ni yo misma lo sabía, pero aquel olor tan varonil me alteraba sin remedio. Apoyé las manos en la barandilla blanca, sin dejar de mirar el infinito océano que se perdía entre las montañas. El plan había sido simple: yo entraría como todos los días en la fortaleza y ellos se encargarían de ocultarse en uno de los tantos laberintos que el lugar escondía.

Agradecía una vida poder pisar el suelo de una casa, tener una almohada donde apoyar la cabeza, y allí me encontraba, con los ojos como un búho, sin dejar de pensar y maquinando mi plan de una forma que no perjudicase a mis padres ni al hombre que ya había sufrido lo indecente.

No había querido interferir ni prestar atención a la conversación de Arcadiy, pues se había salido de la estancia cuando Angelo se marchó. Se había quedado en la misma terraza en la que yo estaba, apoyado en la misma

baranda que ahora yo sujetaba con fuerza, y había llamado a quien decía ser su hermano de vida, a Jack. Lo había visto reflejado en sus ojos, en esos tan azules y carismáticos. El miedo, el pavor por no saber qué iba a encontrarse tras descolgarle. No me hizo falta preguntarle a Ryan; su contacto había sido inexistente desde que Riley falleció.

Cuánto sentía la muerte de ese muchacho. Nadie podría imaginarse lo que de verdad me había trastocado el cambio de los acontecimientos esa noche, lo que vendría después. El daño que le causaría a una verdadera familia que se protegía frente a todo, no como la mía. Rechiné los dientes sin percatarme, rememorando las palabras que mi padre siempre me decía como si fuese un mantra: «Haz siempre lo que te dicte el corazón».

El asesinato de Riley había sido el último impulso que había necesitado para saber que el bando adecuado no era el de Haiden ni ninguno que tuviese relación con él. Con él jamás salvaría a mi familia. Necesitaba apoyar a los rusos-griegos de verdad, sincerarme y pedir esa ayuda que sabía que habría sido denegada de buenas a primeras. Ahora nos encontrábamos en otra tesitura difícil de sobrellevar, aunque a cada minuto me convencía mucho más de que podría salir bien.

Tenía que salir bien.

Necesitaba ser libre, y eso solo iba a conseguirlo a miles de kilómetros de mi pasado. Sin embargo, el pasado era algo que me perseguiría mientras mis primos continuasen vivos.

—¿Una semana durmiendo en una piedra y no eres capaz de quedarte en la cama?

Su tono me alertó, tanto que intenté disimularlo, aunque supe que la rigidez de mis hombros me había delatado. Tragué saliva antes de ver aparecer una nube de humo blanquecina y, seguido de eso, unos brazos fuertes que se apoyaron a mi lado, manteniendo muy poca distancia de seguridad. Ninguna, a decir verdad, porque su codo rozaba mi camiseta. Intenté no alarmarme por el contacto.

—Lo siento —me disculpé, sin saber hacia dónde mirar—. Intentaré dormir de nuevo.

Me di media vuelta en dirección contraria a Arcadiy, quien agarraba en la mano libre una botella con un líquido transparente. No supe identificar qué era.

Al girarme, me sorprendí por la estructura del apartamento en sí. Me había fijado mucho en cada elemento, en cada pared blanca y en el cuerpo de aquellas casas en la isla. Era grande pero reducido, y, para qué mentirnos, se me antojaban más apetecibles las vistas del salón-cocina y las escaleras que

iban al dormitorio de arriba, donde dormía el hombre que tenía a mi derecha y al cual no me atrevía a mirar.

Me había rozado.

El contacto me quemaba la piel y me alteraba a partes iguales, pero lo disimulé. Sin embargo, la vida no estaba dispuesta a darme una tregua. Cuando mis pies descalzos se pusieron en movimiento, una mano caliente, fuerte y grande me sujetó del antebrazo. Mi rostro se giró con mucha brusquedad y con la cara digna de una asesina. Arcadiy levantó las palmas de las manos en una señal apacible.

Mi mano izquierda se había ido al borde de mi pecho, del mismo lado. Cerré los ojos un segundo al recordar que no tenía las armas en su sitio.

—No te he pedido que te vayas. —Sonó sosegado—. De hecho, no me molestas.

Mantenía las manos en alto. Asentí muy despacio, me giré y me situé en el mismo lugar que antes, solo que un poco más apartada, lo que me daba de margen el pequeño espacio que componía la barandilla de la terraza. Arcadiy se puso a mi lado, pero en esa ocasión recogió los brazos para mantener una distancia sin habérsela pedido. ¿Tan legibles éramos el uno para el otro? ¿O eso era lo que estaba viendo desde que nos habíamos reencontrado?

—Tú también deberías descansar —musité, sin saber qué decir e intentando romper ese silencio perturbador que arrastrábamos desde hacía dos minutos, mínimo.

—Tus armas están en el mueble del baño. A la entrada del apartamento.

El dato me dejó fuera de lugar. Elevé la barbilla, sin mirarlo. Él continuaba contemplando el mar, con los labios firmes y una expresión casi divina en sus facciones. Era terriblemente guapo.

—Supongo que gracias —musité, sin saber muy bien las palabras que debía decirle.

Intuí que ese acto se había producido porque había visto la dirección que mi mano había tomado. Él era más consciente de la situación que callaba, aunque no lo dijese o lo desconcertase saber en qué punto me encontraba. Como mujer, desde luego estaba abatida.

No lograba comprender las reacciones tan distintas que me producía Arcadiy —me costaba horrores no mencionar su apellido—, ya que nunca había temido a un hombre y parecía que apenas conseguía mantenerle la mirada cuando estábamos los dos solos. De hecho, desde que regresé de Reino Unido, ese sentimiento extraño se había magnificado por cien.

«Es por la situación. Te sientes culpable de algo en lo que no has tenido nada que ver», me dijo mi subconsciente, como si eso pudiera darle una

explicación lógica a que me temblaran las manos cuando estaba a su lado.

El humo de su cigarro volvió a sacarme de mis pensamientos, pero más lo hizo su pregunta:

—¿Te doy miedo, tigresa?

Obvié el apodo que había usado, porque entonces habría sido capaz de desmayarme delante de él, no obstante, sí que le presté atención a ese tono prepotente, cargado de una chulería que reventaba. Cuando mi rostro se giró con demasiada lentitud para mirarlo, me lo encontré con media sonrisa ladeada, los ojos brillantes y las cejas enarcadas con guasa.

—¿Te doy miedo yo, *griego*?

Le dio un trago a la botella; supe que para dejar la incógnita durante unos segundos. Eso sí, no desvió su atención de mí ni por un instante.

—¿Miedo yo? —Se señaló con la mano que tenía el cigarro. La contemplé hasta que llegó a su pecho, sin quemarse. No me había fijado siquiera en que no llevaba la camiseta puesta—. ¿De ti? —Chasqueó la lengua—. Siento decirte que a veces sí.

La saliva descendió por mi garganta silenciosamente. Contuve el aire en los pulmones, sintiéndome observada y sin saber qué contestar en una situación tan comprometida. ¿Por qué me observaba como si en cualquier momento fuese a saltar sobre mí?

Carraspeé incómoda. Él pareció percatarse de mi molestia y desvió la atención hacia el mar, sin borrar esa sonrisa tan amplia que le marcaba un par de hoyuelos en las mejillas. ¿Por qué me fijaba tanto en detalles que nunca había apreciado? Lo imité en el gesto al momento, ya que seguir contemplando su perfil me parecía descarado, por no decir que impulsaría a que esos ojos azules no se apartasen de mí.

—Tampoco es para tanto —le resté importancia—. Creo que debería tenerte más miedo yo a ti solo por ser quien eres.

—¿Y quién se supone que soy? —cuestionó con tono jocoso.

Elevé los ojos con ímpetu, lo miré de nuevo y aseguré con peso:

—Uno de los mejores asesinos del mundo.

La sonrisa pilluela se le borró de un plumazo. Había metido la pata, y con ella había atraído a los fantasmas del pasado: a su amigo. Una corriente de aire atravesó nuestros cuerpos. El aire entró por mis pulmones y mi piel se erizó al notar aquella característica sensibilidad a los sucesos extraños.

Miré la espalda de Arcadiy, pero mi atención se vio interrumpida cuando aprecié ese temblor ocasionado por la ansiedad. Su pecho subía y bajaba con mucha urgencia, inestable, descontrolado y sin saber cómo calmarlo. Suspiré, extendí la palma de mi mano en dirección a la tumbona que había detrás de

nosotros y lo insté a que se sentase, pese a saber que la cercanía era excesiva.

—No pasa nada —le dije al ver que no se movía del sitio.

El aire azotó su cuerpo, esa vez por detrás de su espalda. Todos éramos energía, y en energía nos convertíamos cuando moríamos, porque nuestra alma nunca moría. Sí, esa era yo: una persona con una sensibilidad muy grande para todas aquellas cosas que no tenían explicación. Por supuesto, no iba a decirle a Arcadiy que Riley Fox estaba bien, que se encontraba en paz, porque me habría tratado de tarada, y no teníamos una situación estable como para eso.

—Estoy bien.

Se giró como un vendaval hacia la barandilla, tomó un extenso trago de la bebida que había traído y se llevó el cigarro a los labios. Fui osada y me atreví a dar un paso, quitárselo de los labios y lanzarlo por el balcón. Fue un impulso que no logré controlar. Me miró como si me hubiesen salido tres cabezas.

—No estás bien. Déjame que te ayude a respirar. —Efectivamente, volvió a contemplarme como si me faltase un tornillo, pese a saber que lo que estaba pidiéndole lo ayudaría de nuevo—. Solo es respirar, Arcadiy. No hay ningún truco de magia.

Moví la mano en dirección a la tumbona y guie mis pies descalzos hasta ella mientras me contemplaba expectante. Me senté con las piernas cruzadas y comprobé de soslayo que no se me viese la ropa interior. No lo hacía, pues su camiseta era extremadamente grande para mi cuerpo, pero sí que se me veía piel en exceso. Coloqué las palmas de las manos, esa vez abiertas hacia el cielo, y él siguió mirándome sin saber muy bien qué hacer. Su pecho continuaba subiendo y bajando a una velocidad de vértigo, y tras un resoplido que casi despertó a todo el apartamento, se sentó como un burro en la otra esquina de la tumbona. No estábamos equiparados, porque, al apoyar el trasero, mi cuerpo se fue hacia delante cuando el objeto dio un pequeño bote.

—Lo siento —murmuró con tono grave.

Estábamos muy cerca, con una distancia mínima, ya que sus rodillas chocaron con las mías. Intenté arrastrarme un poco hacia atrás, pero la camiseta se me quedó pillada en una de las aberturas de la tumbona. Si tiraba con fuerza, se daría cuenta o, por el contrario, podría terminar desnuda delante de él, y entonces sí que me moriría.

—Disculpas aceptadas. —Carraspeé de nuevo e hice una nota mental para retenerlo la próxima vez—. Cierra los ojos.

—¿No tienes ningún arma escondida? —me preguntó de broma.

Sonreí y cerré los ojos antes que él, sintiéndome observada. Todavía seguía agitado, aunque intentase ocultarlo con sus salidas de tono.

—Coge aire por la nariz. —Lo hice también—. Retenlo. Uno, dos, tres, cuatro, suéltalo por la boca despacio. Otra vez. Inspira... Escucha cómo retumba tu corazón en el pecho, siente cómo galopa, cómo vibra. Aguántalo, hazlo tuyo. Y suelta muy muy despacio.

Otra de las cosas que me enseñó mi padre: la respiración; algo sumamente importante en nuestras vidas, algo que el hombre que tenía delante necesitaba para tranquilizar aquellos nervios que lo comían, la ansiedad que no controlaba. Estuvimos varios minutos moderándola, haciéndola nuestra, llenando nuestro espacio de una tranquilidad y armonía mezcladas con la noche estrellada y la enorme luna que nos vigilaba.

—No puedo hacer esto cada vez que... —Su rodilla rozó la mía; supuse que incómodo por la posición.

—Cada vez que qué, Arcadiy —No fue una pregunta. Necesitaba decirlo en voz alta.

—Esto es absurdo.

Empezó a reír a carcajadas y tuve que abrir un ojo para ver qué le ocurría. Él los mantenía cerrados, aunque eso no interrumpiese la risa histérica que le había dado.

—Disculpa que no entienda tu humor —murmuré, sin saber muy bien a qué se debía ese cambio.

—Un asesino con ataques de ansiedad. ¡Es surrealista!

—Perdona, se me olvidaba que eres una máquina y no un ser humano como el resto.

Ante mi tono sarcástico, sí abrió los ojos. No había estado fuera de lugar, pero pareció sorprenderlo porque me contempló durante muchos segundos con la mirada entrecerrada.

—¿Qué ocurrirá cuando tenga que sobrevivir y no pueda apretar un gatillo porque me dé esta mierda?

—Esa mierda se llama ansiedad, como bien has dicho —le recalqué, por si se le había olvidado—, y es una trampa mortal de la que todos salimos.

—Trampas mortales... —Negó con la cabeza y rio.

Continué con mi tono tranquilo, sin mover las manos de su posición y muy recta en mi sitio:

—Sí. Todos tenemos trampas mortales que debemos aprender a afrontar. Ahora mismo te encuentras en un estado de incertidumbre y culpa que estás convirtiendo en ansiedad. Pero todo eso pasará, Arcadiy Bra... —Me miró mal —. Arcadiy. Con ayuda, pasará y lo controlarás.

Elevó la barbilla un poco, lo suficiente como para parecerme más temerario de lo que ya era. Sus facciones se endurecieron y su rodilla volvió a

tocar la mía cuando se movió. Unió las manos en un agarre y me observó con detenimiento antes de soltar una bomba:

—¿Cuáles son tus trampas mortales, Natsuki?

Su tono fue bajo. Demasiado. Aguanté el carraspeo, la saliva y todo lo que pudiese delatarme. Pensé que si cerraba los ojos me quitaría la imagen divina de la mente y de la mirada, pero entonces me delataría y le demostraría que sí tenía un talón de Aquiles, aunque creía que él ya había descubierto eso. Esa ansiedad se llamaba hombre. Me daban pavor los hombres: que me rozasen, que me mirasen más de la cuenta, que me hablasen o que respirasen delante de mí, y sobre todo si lo hacían hombres como Haiden, a quienes calaba de inmediato. Eso no significaba que sintiera aversión por el sexo masculino; simplemente, cuando la situación se tensaba o había un mínimo roce, tenía pensamientos malos y siempre creía que me harían daño.

—Si te las cuento, ya sabrás lo mismo que yo —le respondí resuelta, con la misma calma de siempre.

Se impulsó un poco más hacia delante. Ahí sí que eché la espalda hacia atrás de manera brusca. Si no quería o pensaba que no lo sabía, estaba dándole indicaciones claras.

—Si ahora vamos a ser un equipo, me gustaría conocer a mi aliado.

—Aliada —lo corregí.

Sonrió de aquella manera tan embaucadora. ¡Por los dioses! ¿Cómo tenía esa perfecta dentadura siendo un asesino? ¿Es que nadie le había roto un diente en la vida? Extendió las comisuras de sus labios al ver mi atontamiento y la dirección que habían tomado mis ojos.

—Aliada —habló, y miré sus labios. Automáticamente, me centré, reprendiéndome por mis gestos idiotas—. Está bien, mi aliada no quiere contarme sus trampas mortales ahora, pero espero que lo haga en algún momento.

Se reclinó hacia atrás, aunque intentó que no apreciara ese gesto. Le salió fatal. Supe que lo había hecho para mantener la distancia que estaba pidiéndole sin palabras. El momento se tensó sin pretenderlo.

—Todo a su debido tiempo, Arcadiy.

—Hablas como si tuvieses una persona mayor en el cuerpo. ¿Te lo han dicho alguna vez?

Supe que ese comentario fue para destensar el ambiente. No me atreví a descruzar las piernas, porque él lo hizo y su enorme e impresionante cuerpo me obnubiló. Se quedó con las extremidades en el borde de la tumbona, las manos apoyadas en los agujeros de esta y la mirada penetrante en la persona que tenía delante: yo.

—Me llamas vieja porque envidias mi conocimiento y mi tranquilidad.

Un brevísimo gesto de mi ceja lo hizo sonreír y lo imité. La corriente de aire nos atravesó de nuevo y cerré los ojos. Inspiraba una armonía insólita. Una armonía que no había sentido en la vida, y eso me dio mucho miedo.

—En ocasiones, creo que eso es lo que temo de ti: la tranquilidad con la que tratas algunos asuntos.

—Digna de una buena samurái.

—Creo que voy a tener que recabar más información de esos samuráis de los que hablas. —Se levantó—. Todavía no me explico cómo llevabas tanto cacharro en el cuerpo.

No entendí por qué lo hice, ni siquiera supe en qué momento le había dado la orden a mi cerebro, pero mi mano se extendió con rapidez hasta que toqué la suya. Fue un abrazo al alma, porque la envolvió y la apretó sin apenas darse cuenta. Yo sí sentí ese contacto ínfimo que vibró en todo mi cuerpo.

—Arcadiy —lo llamé al mismo tiempo.

Sus ojos se encontraron con los míos y me quedé muda al ver su reflejo resplandeciente.

—Natsuki —musitó al ver que no hablaba.

Solté mi mano, que se había quedado suspendida sobre la suya, sin ánimo de apartarse. Ahí fui consciente de que su contacto, tal vez, no debería asustarme tanto, porque, por muy ilógico que pareciese, me sentía tremendamente a gusto cuando nos encontrábamos juntos.

—Te prometo que voy a ayudarte, pero solo te pediré una cosa.

Entrecerró la mirada, sin saber por dónde le saldría. Tenía un pálpito desde que salí de Reino Unido. Haiden Keitaro se había quedado conforme con mi argumento, pero era un tipo listo y no iba a permitir que sus asuntos con Vladimir Sokolov quedasen en el aire, y todavía no había aparecido en Atenas. Eso se reducía a dos posibilidades. La primera era que tomase los negocios que compartían, cuales fueran, cuando el ruso muriese, y la segunda, que se presentase allí cuando menos lo esperase. Me decantaba más por la última posibilidad que por la anterior.

—Tú dirás —me dijo al ver que seguía inmersa en mis pensamientos.

Exhalé un fuerte suspiro, tiré del enganche de la camiseta, me levanté de mi asiento y alcé la barbilla para poder mirarlo a la cara. Era tremendamente alto, y yo parecía un muñequito diminuto a su lado.

—Si en algún momento Haiden Keitaro aparece... —Dudé. Contuve la rabia por mi solicitud, aunque estaba exento de riesgo hacerla—. No lo toquéis. No arremetáis contra él ni intentéis matarlo.

Dio un paso hacia atrás de manera imperceptible. Lo capté al instante.

—Sientes algo por él —añadió como si no fuese una sorpresa.

No mostré ningún gesto en mi rostro.

—Tiene a mis padres, y si él o su hermano mueren, los hombres que se encuentran en Magome los matarán. —Silencio. Ahora, la que dio el paso fui yo—. ¿Lo entiendes? —No respondió, pero sí me observó con detenimiento —. Te prometo que no estoy mintiéndote, Arcadiy.

Pareció dudar antes de hablar, sin embargo, al final lo hizo, y para mi sorpresa soltó:

—Es una de tus trampas mortales.

Un mareo se apoderó de mí. Me sostuve con los pies firmemente anclados en el suelo, sin permitir que esa rabia insana me carcomiese. Debió notarlo, porque no pasaron ni dos segundos cuando sus enormes manos se colocaron en un gesto inofensivo sobre mis hombros. Los masajeó casi sin ser consciente, agachó el rostro y murmuró tras mi asentimiento de cabeza:

—Entonces, si no estás mintiéndome —se llevó una mano al corazón y sentí un nudo en el pecho—, te prometo también que no dejaré que nadie interfiera en tu misión. Si es que es una misión... No lo sé, estamos poniéndonos muy intensos.

Había torcido el gesto y su último comentario me sacó otra sonrisa. Asentí de nuevo, porque las emociones no me dejaban respirar. No sabía qué eran, no sabía por qué reaccionaba así, pero sí tenía claro que no podía permitir que lo matasen.

Me soltó el hombro que todavía tenía apresado, se colocó a mi lado tras recoger la botella y el paquete de tabaco, me miró de lado y añadió:

—Deberías intentar descansar. Mañana nos espera un día muy largo y duro.

Un mechón negro se cruzó por mi rostro debido al aire. No vi el instante en el que elevó una mano, recogió el cabello suelto y me lo metió por detrás de la oreja. Ese gesto me dejó sin respiración; ya no sabía por cuántas veces consecutivas. Su mirada se mantuvo atenta y fija en mí. Yo quise morirme porque no entendía las reacciones de mi sistema nervioso.

Sonrió de esa manera que te desmontaba la vida, se apartó del contacto con mi piel y caminó hasta el interior del apartamento. Algo o alguien me susurró al oído que era un tipo listo. Las personas más *místicas* podrían averiguar con rapidez de quién se trataba; las más escépticas podrían decir que era una corazonada.

—Sí. Un tipo listo tu amigo —murmuré al viento, y sonreí.

Sobraba decir que durante toda la noche no pegué ojo, pues únicamente sentía el contacto de Arcadiy en mi piel como si lo hubiesen dejado grabado a

fuego. Ahora, más que nunca, deseaba conocer mi verdadero destino.

6

Buscando una definición

Arcadiy Bravo

—Tengo a diez tíos apostados a las afueras de la fortaleza —anunció Angelo a primera hora de la mañana, como si hubiese descubierto América.

—¿Qué mierda son diez tíos, comparado con los rusos que hay dentro?

La ceja de Ryan casi raspó el techo. Me reí, porque el italiano estaba haciéndolo con toda su buena intención, pero no se daba cuenta de que entraríamos en terreno pantanoso y no teníamos ni idea de lo que encontraríamos.

—Tendremos que bordear la zona hasta la parte trasera —les dije, interrumpiendo la riña que comenzaron los dos—. No podemos acceder por la puerta principal ni por la colina.

—Donde casi os acribillaron a ti y a Jack —puntualizó Angelo, por si se nos había olvidado.

—Correcto.

Observé cómo Natsuki se colocaba las armas con una destreza innata; las suyas y las nuevas, que había sacado del almacén de tesoros de Jack. Afianzó el mangual en la parte trasera de sus pantalones elásticos, escondió los sais por las mangas de su camisa de licra y terminó ajustándose una catana a la espalda. Era una puñetera samurái.

Recordar el roce de la noche anterior me estremeció. No sabía qué habría ocurrido en su vida para que le tuviese tanto pavor a estar con los hombres —conmigo— a solas. Pensé que ese instante incómodo lo vivía solo en mi presencia porque tendría algún tipo de interés en mí, pero pronto lo descarté cuando desviaba el tema o se centraba en lo verdaderamente importante.

Tomé aire mientras cargaba el fusil, siendo consciente de que Angelo y Ryan me miraban, de que habían dejado de discutir por segunda vez y de que

los dos me habían pillado observando a la japonesa. Ryan puso mala cara, lo vi de reojo, y Angelo... Bueno, ese italiano estaba cortado por el mismo patrón que todos los italianos y no tenía vergüenza. Se encontraba con la cara de picarón, y tuve que poner los ojos en blanco al mirarlo directamente.

—Angelo, tú vigilarás la parte trasera con tus hombres y esperarás con el coche arrancado. —Evidentemente, los planes no le agradaron y hablé antes de que se quejase—: No quiero lidiar con el teatro de que te atrapen y encima tengamos que salvarte.

—¡Oye! ¡Que estoy de vuestro lado! —se indignó.

—Sí, hasta que te salga algo mejor —apostilló Ryan con maldad.

La japonesa sonrió, aunque no argumentó nada. Esperó paciente a mis instrucciones, aun sabiendo que me daba un pánico tremendo tomar las riendas de la situación, otra vez. Jack y Micaela no llegarían hasta que no estuviésemos en Italia, y aquel cometido teníamos que zampárnoslo nosotros solos. Eso no significaba que no me viese capacitado para coger al ruso y darle la paliza de su vida hasta que lo metiese en el avión con destino a Italia, sin embargo, todos sabíamos el gran problema que arrastraba desde la muerte de Riley con la jodida ansiedad.

—Ryan, tú vendrás conmigo. De camino, llama a Bill para que tenga listo el transporte.

Bill Turner era el fiel y joven amigo inglés de Jack, en Grecia. Era su contacto, su fuente de transporte y alguien en quien se podía confiar. Una de las personas que nos ayudó codo con codo a derrocar a Anker Megalos en sus tiempos. El mismo que continuaba teniendo una relación con la hija de Aldora, aquella mujer que nos cuidaba a todos en la fortaleza desde tiempos inmemorables. Su hija Callia, también criada allí como sirvienta, vivía con Bill en el centro de Atenas.

Natsuki me contempló con esa parsimonia y tranquilidad que a veces me ponía muy nervioso porque no sabía qué podría estar maquinando. Tenía las manos atrás, como un señor de ciento cincuenta años, la espalda muy recta y la mirada altiva. Un sargento en toda regla. «Sargenta», me habría corregido ella de poder leerme la mente. No supe el motivo, pero sus labios se curvaron.

—Natsuki Tanaka, a ti no tengo que decirte lo que tienes que hacer porque ya lo sabes.

Me encantaba llamarla con el nombre y apellido, ya por el hecho de joder. Su sonrisa se estiró y asintió con la cabeza antes de decir:

—De acuerdo, Arcadiy Bravo.

—¿Aquí huele a tensión sexual? —preguntó Angelo en el oído de Ryan, que se pensaba que no lo escuchábamos.

Me di la vuelta con las armas en la mano y oculté la carcajada que casi me salió al oírlo. Podría ser.

Ryan estuvo sembrado, como con todo:

—Aquí huele a la hostia que te voy a dar como no cierres la bocaza.

—Qué mal genio gastas, macho. Menos mal que soy italiano y tengo mejor humor.

Me adelantó por la izquierda, abrochándose la chaqueta de un traje azul estrafalario con ribetes de formas incomprensibles. No sabía qué sastre le hacía la ropa, pero desde luego se había lucido. Solo le faltaba llevar un neón en la frente con su nombre y apellido para no tener pérdida.

Nos montamos en el barco que iría en dirección al puerto de Atenas, donde Bill nos aguardaba con otros vehículos y la moto de Natsuki. Me senté en el borde y contemplé el mar, Ryan se puso al timón en soledad y Angelo se metió en el interior del camarote a estirar las piernas, según había dicho.

Pensé en Ryan, en que tendría que haberle preguntado cómo se encontraba acerca de toda la mierda de vida que nos había rodeado desde que Riley murió, desde que Lili reapareció para intentar salvársela a él. Ni siquiera me había preocupado por su estado mental, cuando él lo había hecho todos los días desde el entierro.

El asiento se movió un poco cuando un cuerpo pequeño se sentó a mi lado. Colocó las piernas por fuera, como si no importase que las olas nos salpicasen la ropa y terminásemos calados.

—Tienes pensamientos negativos —añadió nada más tomar asiento.

Ensanché los labios, obviando el tema.

—Según tú.

—Según yo.

—¿Eres adivina? —cuestioné con socarronería.

—A veces.

—Bien. —Me volví un poco para verla de frente. Ese gesto la asustó, ya que noté la tensión en sus hombros casi de inmediato. No podía imponerle, sin embargo, no sabía por qué se comportaba de esa manera conmigo—. Dime qué ves.

Antes de soltar aquella frase, había recordado el momento en el que nos dirigíamos a la avioneta verde. Cómo me había dicho que le incomodaba el tema, cómo había sujetado mi hombro haciéndome daño y cómo se había colocado en la parte trasera de la moto. Sin duda, era una mujer excepcional.

—Estás preocupado por Ryan Moon, pero no eres capaz de preguntarle por miedo a lo que pueda decirte.

Ignoré la confusión que me produjo que fuese tan certera y la interrumpí:

—¿Qué habíamos dicho de los apellidos?

Ahora me ignoró ella.

—Te da miedo liderarnos de nuevo. Te da miedo que muera alguien más. Pero déjame decirte que eso no ocurrirá si tienes los pies en la tierra, como siempre has demostrado.

—No me da miedo —repuse con mal tono.

Ella sonrió levemente y guardó silencio.

Nuestros ojos se mantuvieron fijos los unos en los otros, hasta que noté una cierta neblina en los míos de tanto fijarlos. Me guardé la pregunta de la videncia para otro momento, pero sí que me impactó cuando me pidió:

—Háblame de Riley Fox.

Tragué saliva, aun sabiendo que se había pasado mi sugerencia de los apellidos por el forro de los pantalones.

—Siento decirte que no creo que sea acertado que abordemos ese tema ahora. Quizá no recuerdas que nos dirigimos en busca del hombre que lo asesinó, y es posible que no llegue a pisar Italia.

—Arcadiy —mi nombre salió de sus labios como si hubiese sido una invocación que me dejó embelesado—, le prometiste a Adara Sabello que lo llevarías vivo, y sé que lo harás.

—¿Cómo sabes eso? —le pregunté, tal vez demasiado hosco.

Giró su rostro hacia el mar, supuse que evitando contemplar mi estupefacción. Aquello había ocurrido en el camposanto, cuando salí, y ella estaba en Reino Unido con Noa y Aarón, hasta donde yo sabía.

—En un momento de la noche, lo has mencionado varias veces.

Acababa de enterarme de que hablaba en sueños o, mejor dicho, en las breves cabezadas que había dado esa noche. Desvié la atención al mar. Mi vida había cambiado, se había puesto del revés, y no tenía ni puta idea de cómo colocarla en la misma sintonía en la que estaba antes. Ya nada sería igual, eso lo sabíamos todos, sin embargo, era consciente de que tenía que intentarlo por el bien de mi salud mental.

Al no escuchar ni una sola palabra de mi boca, los labios de Natsuki se despegaron de nuevo:

—Cuando estuvisteis en el Ágora, lo vi. —La miré fijamente—. Me aproximé al coche cuando os metisteis en el monumento, antes de que tu amiga llegase. Le dije que no se bajase, que cerrase las ventanas y el cierre del vehículo. —Pareció perderse en sus pensamientos—. Pero los mercenarios de Vladimir Sokolov los encontraron y se entregó para que la embarazada pudiese escapar. Fue un acto de valentía increíble.

Su susurro instaló un nudo en mi garganta.

—Una valentía que le costó la vida —rugí.

—Si no hubiese sido la suya, habría ocasionado tres muertes y una guerra. Lo sabes, ¿verdad?

Otro trozo de mí se quebró al pensar en la ínfima posibilidad de que le hubiese ocurrido algo a Adara o a las que ya consideraba mis sobrinas, sin haber nacido. Sí, Tiziano se habría vuelto loco y habría arrasado con el mundo entero, sin importarle a quién tuviese que llevarse por delante.

Me mantuve en silencio durante unos instantes, pensando en cuáles eran las palabras acertadas para definir a Riley. Sabía muy bien lo que Natsuki pretendía: que lo normalizara, que lo hiciese parte de mi día a día. Que nunca lo olvidase.

Yo jamás lo olvidaría.

Ninguno de nosotros lo haría.

—Riley era la parte bondadosa de todos nosotros. Era nuestro equilibrio y el del equipo de zumbados, como él mismo nos bautizó hace años. —Sonreí al recordarlo. La japonesa estaba muy seria—. Era un hacha con la informática, el mejor. También era único para sacarte de tus casillas, un histérico especialista en ponerte de mala hostia. Tenía muchas cualidades.

—Es emocionante la pasión con la que hablas de él.

Su mano se colocó sobre la mía. La miré sin saber en qué momento había llegado allí, y ella la apartó de inmediato como si hubiese tocado una hoguera. Decidí no darle importancia para no incomodarla más de lo necesario, o por lo menos no en aquel instante.

—Murió con miedo a un enfrentamiento, aunque tengo que puntualizar que últimamente estaba más suelto que de costumbre. —Estiré las comisuras de los labios—. Serían los años o que no le quedaba otra que adaptarse a nosotros.

—Él sentía devoción por vuestro grupo —musitó. Sin embargo, Natsuki no me miraba a mí, sino mi hombro izquierdo, el que estaba lejos de ella.

Sus ojos me buscaron, como si se diese cuenta de que la había cazado. De soslayo, contemplé el sitio donde había estado mirando. No quería hacer preguntas. No pensaba hacer preguntas, porque todo el misticismo que desbordaba era de chalados, y solo me faltaba aquello para terminar de volverme loco con el tema.

—También sentía devoción por todos los jueguecitos esos de la consola —le dije con guasa.

—Sí, pero bien es cierto que a veces no jugaba, sino que buscaba información, como la de quién era la japonesa que se sentaba en el mismo salón que vosotros.

Reímos a la vez.

—Riley era desconfiado por naturaleza, aunque eso no le reste valor a ninguna de las otras cualidades.

Natsuki llevó las manos a la barandilla y la apretó con fuerza antes de susurrar:

—A ti tampoco te restará valor su amistad si nunca lo olvidas.

Por descontado, sobraba decir que aquello no sucedería jamás. Eso siempre lo había tenido claro, pues cualquiera de nosotros se encontraba expuesto a un peligro constante, sin saber si un día podría no levantarse por tener un tiro entre ceja y ceja o si cualquier trabajo terminaba mal. Lo único que nos quedaba era continuar siendo mejores que el resto.

Siendo letales.

El silencio se extendió hasta que llegamos al puerto de Atenas. Tras saludarnos y recoger las pertenencias del barco, cada uno se dispuso a subirse a su vehículo, menos yo. Natsuki se había camuflado con un pañuelo que cubría su cabeza y los hombros, tratando de pasar desapercibida por si alguien la había seguido. Según ella, era bueno ser precavida, aunque no creía que Haiden hubiese desconfiado como para haberla espiado.

El rugido de la moto me puso la piel de gallina. Antes de que le diese gas y saliese de allí disparada, me acerqué. Puse una mano sobre la suya derecha y la apreté. Noté la rigidez en su brazo, y mi comentario fue inevitable mientras se levantaba la visera del casco con la libre:

—Tú me la has puesto antes encima, así que no estoy invadiendo ningún espacio sagrado.

Los coloretes llegaron a sus orejas, y eso que no podía verlas.

—Ha sido un gesto inocente —se defendió.

—Permíteme que dude de tu inocencia con las armas que cargas —me jacté, pero siguió tensa. Palmeé la mano y le dije—: Ten cuidado. Y si la situación se pone fea o crees que te han descubierto, ya sabes lo que tienes que hacer.

Asintió, sin decir ni una sola palabra. La imité y me separé justo antes de que el chirrido de las ruedas sonara en la carretera por donde se perdió. Si nos descubrían, no intentaría salvarnos ni se delataría. Nuestro acuerdo había sido muy claro: nuestra venganza, la salvación de su familia. Si algo se torcía, no era problema suyo.

Todavía no habían inventado una palabra para definir la tortura que le esperaba a Vladimir. Al ruso que tanto nos había arrebatado...

—¿Listo? —me preguntó Ryan, con la mano en la maneta del coche oscuro.

Me cargué el fusil al hombro.

—Listo. Vamos a por ese hijo de la gran puta.

Angelo se subió las gafas de sol y salió de allí, perdiéndose también en el asfalto. Nosotros lo hicimos detrás y no tardamos en llegar a la parte trasera de la enorme fortaleza que me había visto crecer, por desgracia. Aguanté el aire cuando la vi tan demacrada por esa zona, apreciando que varias grúas se alzaban en la parte delantera. Me sorprendió ser consciente de lo rápido que iban las obras, tal y como Natsuki nos había indicado.

El equipo de comunicación sonó con la voz del italiano:

—La japonesa en tierra enemiga.

—Bien. Andando.

Le di un golpe a Ryan en el pecho, abrí la puerta y desmonté con paso ligero. No tardamos en encaramarnos a la muralla, comenzar a escalar y llegar a una de las torretas que se encontraban sin vigilancia. Anclamos el equipo en condiciones para no despeñarnos en la subida y me cargué el fusil a la espalda para hacer el ascenso más ligero.

—Estoy hasta los cojones de escalar —se quejó Ryan, poniendo un primer pie en el muro.

—No reniegues, ya era hora de trabajar. —Le sonreí y subí.

Estábamos equivocados.

En esa torreta sí que había alguien, pero no lo veíamos. Miré a Ryan con los ojos abiertos y a la desesperada al ver a un niño de no más de seis años con un dispositivo con el que, supuse, podría comunicarse con quien se encontrara en la vigilancia. Estábamos con las manos apoyadas en el muro, sin haber llegado a entrar en la torreta, y aquel niño de ojos verdes nos miraba con asombro y perplejidad.

Era cierto. El cabrón estaba haciendo lo mismo que su padre. Había investigado a Vladimir, y había descubierto que Anker jamás quiso reconocerlo como hijo, de ahí que llevase el apellido de su madre, quien lo abandonó en la fortaleza cuando solo era un bebé.

Estiré la mano en dirección al pequeño, pero Ryan se me adelantó:

—Tranquilo, venimos a ayudarte.

Sin embargo, lo que mi amigo no sabía era que allí esas tácticas no funcionaban, pues si Vladimir estaba llevando a cabo la misma enseñanza que su padre, el chiquillo no tardaría en apretar ese botón y avisar a quien estuviese al mando de los espías, como los llamábamos antes. A todos nos sobornaban con algo. O, mejor dicho, a todos nos daban palizas sin titubear hasta casi morir desangrados si incumplíamos una orden de aquel cabronazo, y, con esas edades, era mentira que no temías a los latigazos o a cualquier

tortura.

A todos nos enseñaban qué había que hacer y qué no para llegar a ser un buen asesino.

Para ser el mejor.

No le di tiempo a que argumentase nada, porque todo pasó a una velocidad de vértigo. El niño apretó el botón y me percaté de que no había ningún comunicador, sino que era un simple círculo que alertaba al resto de que en esa torre ocurría algo.

—¡Mierda! —rugí, y me lancé sobre él.

Mi intención no era hacerle daño. Estaba seguro de que no habría nadie más en el mundo que odiase tanto o más a las personas que hacían aquellas atrocidades con chiquillos. Lo sujeté del cuello en un breve movimiento y le tapé la boca y la nariz para que no pudiese respirar. Conté los segundos que necesitaba para dejarlo inconsciente, ejerciendo la presión correcta, sin matarlo. El pequeño cayó desplomado tal y como había previsto, sin embargo, el gran inconveniente se nos presentaba por las escaleras, en las que ya se oían botas militares y armas.

—¡Rápido, Ryan! ¡Por aquí!

Escuché su bufido cuando lo hice saltar por el lateral que daba a uno de los corredores. Toda aquella parte pertenecía a la zona antigua, la original que no había sido afectada por la explosión y que se mantenía tal cual la recordaba, lo que nos daba un punto extra. La conocía como la palma de mi mano. Nos agachamos para evitar ser vistos, y corriendo como pudimos de cuclillas llegamos a un lateral en el que sabía que había un pasadizo. Coloqué las manos en la muralla y palmeé con agilidad.

—¡¿Qué haces?! ¡Nos van a matar! ¡Sigue, capullo!

—¡Oh, cállate! —susurré, ignorándolo y sin mirarlo. Algo hizo clic en la pared—. ¡Aquí! Vamos, vamos, vamos...

La piedra se corrió hacia un lado y se abrió un agujero por el que cabíamos tumbados y por el cual tendríamos que avanzar arrastrándonos hasta llegar al siguiente nivel. Ryan me miró con los ojos abiertos como platos. Lo insté a que entrase el primero, ya que el tiempo escaseaba y el sonido de las botas se escuchaba cada vez más cerca.

Un acento ruso y muy marcado resonó por la fortaleza, indicando que habían avistado a los infiltrados; o sea, nosotros. Ryan entró como un vendaval, arrastrando su enorme cuerpo. Al principio dudé de si cabría o no, pero lo hizo. Lo seguí, girado para quedar de cara al corredor, y seleccioné el bloque de la pared de nuevo para que se cerrase y no pudiésemos ser vistos. Aquello era enorme, una cámara en la que nos escondíamos cuando Jack y yo

queríamos pasar desapercibidos de las garras de Anker; el lugar donde me quedé solo durante mucho tiempo, a la espera de un hermano que jamás regresó. Todos los recuerdos de allí eran sumamente dolorosos, así que, por el bien de ambos, los aparté.

—Sigue hacia delante, verás una compuerta. Ábrela y salta. No hay una caída excesiva.

—¿Estás loco? ¡Me encuentro casi atrapado! ¡Y encima tú estás al contrario!

—Ryan, no podía cerrar si no me ponía al revés, así que haz de guía e indícame dónde está el hueco para no partirme los sesos.

—Los sesos voy a estampártelos yo, Arcadiy. ¡Yo! —gruñó y resopló, aunque avanzó.

Tuve que contener una sonrisa al escucharlo cagarse en todo lo conocido, blasfemar y seguir soltando pestes por la boca. Me había acostumbrado a su compañía, y el día que decidiese regresar a Estados Unidos iba a echarlo de menos.

Mis ojos se fueron a una de las esquinas que dejábamos atrás en ese laberinto, donde entrabas sentado si no medias más de un metro y medio. Había unos agujeritos muy pequeños en el muro de carga de la fortaleza por donde pasaba la luz. Jack y yo nos habíamos escondido en el hueco del final innumerables veces, después de haber robado de la cocina chocolate negro en tabletas. Allí nos habíamos atiborrado, y, como era lógico, al día siguiente nos habíamos puesto malísimos. Aun así, esa costumbre no la perdimos durante todo nuestro tiempo juntos.

—Aquí está la trampilla —musitó muy bajo—. ¿Crees que habrá alguien?

Negué con la cabeza, aunque de poco me sirvió porque Ryan no podía verme.

—No. Los pasadizos de la fortaleza están ocultos, ni siquiera aparecen en los planos, excepto dos o tres. Los descubrimos Jack y yo, y creo que no hay nadie que sepa de su existencia. Por lo menos, no queda nadie vivo.

Escuché el seguro de una pistola; supuse que por no fiarse. No era para menos.

—Por si acaso —rumió.

Sonreí, arrastré las rodillas hacia atrás y el sonido de la trampilla sonó muy flojito. Agradecí que no estuviese oxidada.

—¿Ves algo? —me interesé.

—Otro laberinto, pero al menos en este podremos estar de pie.

Oí cómo su cuerpo se arrastraba hacia delante. Entonces fui consciente de que la postura en la que se encontraba mi amigo no era la más idónea para

saltar, pues tendría que hacerlo de cabeza. Sin embargo, a Ryan no iba a enseñarle nadie cómo tenía que parecerse a una gelatina para entrar en los sitios. Todos sabíamos de dónde procedía.

Ni un quejido por su parte.

—Baja, rubiales.

El tono fue igual de flojo que el resto de las palabras que había soltado por la boca. Me arrastré como una culebra hasta que llegué al final, coloqué las manos en el borde de la trampilla y estiré las piernas para que quedasen colgando antes de saltar. El golpe fue seco, pues había como mucho un metro y medio de distancia en esa primera sala. Le indiqué con la mano que debía seguir el estrecho pasillo por el que entrábamos de lado, hasta que llegamos a una pared secundaria. La puerta de salida se encontraba oculta por otra piedra gigantesca, pero nos vimos atrapados durante unos instantes porque alguien apareció en la habitación contigua.

Me aproximé al halo de luz que se colaba a través de las rejillas de ventilación. Pude discernir el cuerpo de Natsuki. Miré a Ryan con los ojos entrecerrados al presenciar una escena que me alteró las pulsaciones, ya que aquello no estaba previsto ni entraba dentro de nuestros planes.

Mi amigo se colocó el dedo en los labios, pidiéndome un silencio extremo. Me revolví inquieto, aunque no pude apartar la mirada de las rejillas. Uno, porque no teníamos margen ni para darnos la vuelta, y dos, porque se me atascó la garganta al escuchar esa voz y suponer lo que sucedería:

—Mi querida *sukoshi*[2]. —Se juntó a su espalda. La rigidez de la japonesa fue excesiva—. Tenemos unos minutos para nosotros.

Natsuki continuó con su gesto fingido de calma.

—¿Qué haces aquí, *otto*[3]?

Busqué una definición en mi cabeza para dilucidar lo que ocurría, aunque no me hizo falta ser muy listo para darme cuenta de la necesidad de la mujer que aguantaba la respiración. La necesidad de salir corriendo.

—Tenía que saber que mis negocios con Vladimir no correrían peligro antes de que interfirieses en los planes que me habías comentado.

Vi cómo la saliva de Natsuki descendía por su garganta. Ella entreabrió los labios para coger aire cuando Haiden empujó sin contemplaciones ni delicadeza su cuerpo hacia la mesa de madera que presidía la sala. Aferré las manos al fusil que previamente me había colocado delante cuando entramos en el laberinto. Si conseguía quitar la rejilla...

La mano de Ryan detuvo mi movimiento casi involuntario. Lo miré y negó con la cabeza. La voz de Natsuki me distrajo y el corazón comenzó a bombearme con más fuerza:

—*Otto*, no creo que sea el momento para...

Ni siquiera cuestionó si lo que estaba haciendo era lo correcto o no. Le presionó la cabeza contra la mesa en un golpe seco que le ocasionó una herida en la ceja izquierda, pues el rostro de Natsuki miraba hacia nosotros.

Aguanté el aire cuando aprecié desde la distancia que una lágrima caía por su mejilla derecha. Creí escuchar cómo me crujía la mandíbula.

—¿Te atreves a cuestionar cuándo debo o no tomar a mi mujer? —le preguntó con tono áspero.

Ninguno de los allí presentes éramos buenas personas, pero ese ser era despreciable. Apreté con más inquina el fusil, sabiendo que no podía hacer nada si quería seguir respirando, si quería que no le ocurriese nada a Ryan, y si quería atrapar al ruso entre mis garras.

La mano de mi amigo comprimió mi brazo en un agarre silencioso. Los ojos de Natsuki parecieron fijarse en la rejilla en la que nos encontrábamos. Como si nos hubiese sentido. Como si supiese que estábamos allí.

Cerré los ojos con fuerza, sin saber qué hacer ni cómo actuar. Miré a Ryan con desesperación cuando vi que Haiden tiraba de sus pantalones. Mi amigo negó con la cabeza. Yo intenté revolverme, pero Ryan sacó un cuchillo de caza en una clara amenaza de que, si hacía un movimiento más, me rajaba la garganta. No habló. No hizo falta porque sus ojos inyectados en sangre lo decían todo. La rabia, la desesperación por no poder ayudarla, también estaban machacándolo a él.

—No...

El tono prudente de Natsuki y la sumisión con la que le había respondido terminó de reventarme las entrañas. ¿Hasta dónde llegábamos por salvar a nuestra familia? ¿Qué no habría pasado esa mujer ya en la vida?

El nudo en mi garganta se intensificó.

Las manos me temblaron.

Y tuve miedo de no controlar mis actos y volver a poner en peligro a mi verdadera familia.

7

¿A qué sabe el dolor?

Mis pisadas resonaban con cada paso que daba a través del corredor por el que se accedía a la zona de la fortaleza a la que intentábamos entrar. Ryan no había abierto la boca; yo tampoco. Mis labios eran una fina e inquebrantable línea. Ni siquiera sabía cómo gestionar las emociones que bombeaban con fuerza en mi pecho.

—No podíamos hacer nada —soltó en voz baja, siguiendo la estela de mis pisadas, un buen rato después.

No le contesté.

La imagen de Haiden detrás de ella, quien se mantuvo con los ojos cerrados durante toda la violación... Porque sí, eso había sido una violación en toda regla y ahí no había discusión ninguna. Aparté los pensamientos con rapidez, ya que sentí que si continuaba así fusionaría los hierros del fusil con mis manos.

Uno: ya sabía qué temas no tocar con Natsuki, como el de su primo-marido, hijo de la grandísima puta.

Dos: también cualquier cosa que tuviese relevancia con el sexo y con los piropos.

Tres: por supuestísimo, ahora entendía la tensión que destilaba cuando me acercaba a ella, el pánico siquiera por que la rozase.

¿Cómo no me había dado cuenta antes? Pues sencillo, porque no la conocía.

—La rejilla habría hecho muchísimo ruido, por no decir que no somos Hulk y no habríamos podido arrancarla. El arma no cabía por los agujeros, Arcadiy. Y la puerta de salida era imposible abrirla sin que tuviésemos a diez tíos acribillándonos mientras tratáramos de escapar. —Rugí por toda respuesta

—. ¿Quieres hacer el favor de hablarme? ¡No pienso cargar con otro trauma tuyo!

Fue muy dramático. En otra ocasión me lo habría tomado a broma y habría sonreído, sin embargo, me detuve en seco. Se estampó con mi espalda y fruncí el ceño en una clara mueca de enfado. Apreté los labios tanto que pensé que desaparecerían en esa línea. Después lo hice con los dientes, sin saber qué decir, mientras me giraba para mirarlo a la cara.

—¿Y bien? —Alzó una ceja, dándome a entender que, o explotaba, o explotaba.

No contesté.

Regresé a mi largo camino, sin hacer ni un solo comentario. Por más que quisiese, la escena se repetía en mi cabeza una y otra vez: los golpes secos, los jadeos de ese miserable; la lágrima de ella, su mueca de dolor, esos ojos rasgados y cerrados que me quebraron y que seguramente guardaron un llanto arrollador. ¿Cómo podía una persona tener esa inexistente sensibilidad con alguien de su familia? Nunca mejor dicho.

Ahora comprendía también el motivo de no tocar a Haiden. Sí, era proteger a sus padres, eso no había que mencionarlo siquiera, pero también tenía claro que quería matarlo. Por encima de todo, quería matarlo. No era para menos, aunque en aquel instante a mí me recorriese lava por las venas.

Las pisadas sonaron con mucha más fuerza en la tierra por la que continuábamos caminando. El pasadizo nos llevaría, si no lo habían derruido todo, a la enorme habitación en la que siempre había dormido. Era como un campamento militar, solo que sin el «como». Detrás de unos armarios gigantes había un hueco enorme de madera desde donde podías acceder al recorrido por el que avanzábamos. Aprenderse aquellos pasadizos había sido complicado en sus tiempos. Ahora, era como andar en bici: nunca los olvidabas. Y no los olvidaba porque yo había pasado mi puta vida allí.

—Arcadiy...

El tono cansado de Ryan se hizo eco en un murmuro por todo el pasillo. Aguanté el aire antes de soltarlo. Lo miré. Ya había llegado a mi lado y esperaba un comentario por mi parte, expectante.

—¡¿Qué quieres que te diga?! —me exasperé.

Ryan chasqueó la lengua y bufó más alto de lo debido. A fin de cuentas, mi salida de tono había sido un susurro porque todavía pretendíamos que nadie nos encontrase. Alzó las cejas y esperó, cruzándose de brazos al mismo tiempo, como si estuviese dándome esa fracción de segundo para que desembuchase. No lo hice tampoco.

—Quiero que me hables, que no te lo guardes dentro. Lo que ese tío ha

hecho no tiene nombre, pero es algo que *no* te incumbe. —Hizo mucho hincapié en la negación.

Di un paso para estar más cerca de su cuerpo y, sobre todo, de su rostro.

—Aunque *no* sea nuestro problema, *no* me parece justo.

—¿Ahora eres juez? —Puse mala cara por su tono, aunque entendí a continuación por qué lo decía—. Lo importante para nosotros es nuestra familia, Arcadiy. Esa chica está lejos de serlo, así que hazme el favor de pensar con la puta cabeza y de no dejarte guiar por los impulsos.

—No me he dejado llevar por ningún impulso —gruñí.

Mostró su disconformidad con un breve gesto.

—Si no hubieses tenido una rejilla o una puerta de piedra, ¿qué te habría impedido salir y partir por la mitad a ese cabrón?

Contuve las ganas de abofetearlo. Tenía razón. Mis impulsos me habrían llevado a salir a pecho descubierto, sin meditar las posibles consecuencias, que sin duda serían que tanto Ryan como yo acabásemos con un agujero en la frente. Incómodo, me di la vuelta y continué con mi paso hasta dar con la madera que accedía al armario. Apenas veíamos, pues la escasa luz era la que entraba desde los conductos de ventilación, casi pegados al suelo.

Busqué con los dedos el acceso mientras me hacía en la cabeza una paranoia monumental sobre si de verdad me dejaba guiar por los impulsos y jamás tendría la cabeza sobre los hombros para no llevar al abismo a las personas que me importaban. No lo tenía claro, pese a saber que el plan magistral debía seguir todos los cursos impuestos y en un orden milimétrico para que nada se saliese de lo estipulado.

Ryan pareció leerme la mente. Aquel hombre era de otro planeta. Aun así, nos quería. Nos amaba en exceso y no hacía una mínima distinción entre unos y otros.

—Eres uno de los mejores hombres con los que me he cruzado en mi vida. Testarudo y zoquete, pero un gran hombre, Arcadiy. —No lo miré, pero sí sonreí. No hubo muestras de afecto por su parte. Una mano en el hombro, un contacto, no. Ryan no era de esos. Ryan lo decía todo con aquel vozarrón que resucitaba a los muertos—. Y como tal sé que vas a lograr todo lo que te propongas, aunque eso conlleve malas decisiones algunas veces. No te cuestiones, porque entonces vetarás quien verdaderamente eres.

Detuve mis dedos y elevé el mentón porque eso contradecía el sermón. Lo busqué con los ojos y lo encontré a mi izquierda, listo para tirar de la madera que ya había hecho clic, indicando que podíamos entrar en el armario.

—¿No has dicho...?

Estiró la comisura de sus labios en una siniestra sonrisa.

—Si hubiese tenido la oportunidad, habría sido igual de necio que tú.

—¿Aunque no sea de nuestra familia?

—Aunque no sea de nuestra familia —repitió, con un breve asentimiento. Sostuvo la puerta con garra—. Vivimos capullos y capullos en el mundo. El mandarín este es el extremo de otra cuerda distinta a la nuestra.

Afiancé mis manos en el borde de la madera.

—¿Tú eres consciente de lo que te has contradicho? —inquirí.

Me miró como si fuese idiota.

—¿Sabes lo que es la psicología inversa, mamón? Agarra —me ordenó, y con sobresfuerzo conseguimos abrir un hueco para acceder. Rugió y añadió —: Que no se te olvide quién va primero.

Mi rostro se contrajo y Ryan entró, pistola en mano. La rabia bullía por mis venas a una velocidad descontrolada para mi gusto, así que traté de contar hasta diez antes de entrar en el enorme espacio. Coloqué una mano por delante de Ryan cuando casi llegaba a las puertas por las que entraríamos en la enorme sala de camas. Miré a ambos lados del armario, recordando cómo me escondía en ocasiones para poder llorar sin que Anker o el resto de los niños que podrían chivarse me viesen. Era incomprensible. ¿Un niño no podía llorar?

No. Nosotros no debíamos hacerlo si queríamos evitar ser castigados de la manera más cruel que pudiésemos imaginar.

Por aquellos tiempos aprendí que se te concedía la licencia del llanto como máximo una semana. Lo que tardabas en intentar adaptarte a tu nueva vida entre armas, muerte y degenerados de los que tenías que huir. Por fortuna, yo no había sido uno de esos niños, aunque por desgracia sí que lo había visto en algunos de mis compañeros, a quienes los hombres que nos vigilaban se llevaban a rastras para abusar de ellos en partes de la fortaleza donde Anker no los veía. Y si lo sabía —que seguro que lo haría—, se le dio muy bien hacer como que nunca se enteraba. El sufrimiento era un aliciente para necesitarlo en nuestras vidas. Yo fui un claro ejemplo de eso.

—¡Eh! —El sonido seco de un golpe de Ryan en mi antebrazo me alertó de que me había ido más lejos de lo permitido. Lo miré—. ¿Qué te pasa?

Negué con la cabeza. Seguí el camino hasta el pomo desgastado y abrí con mucho cuidado de no ser visto. La puerta crujió en exceso. Apreté los dientes, como si eso pudiese evitar que rugiese de nuevo, tiré de ella hacia fuera y entrecerré los ojos en busca de personas.

No había nadie.

Lo único que se encontraba medio intacto eran las literas. Al lado de estas había una mesita de reducidas dimensiones que compartíamos cuatro

personas. Tragué saliva de manera inevitable, apartando los pensamientos horripilantes que cruzaban por mi cabeza como si quisiesen que lo recordase todo de golpe y en aquel momento. Me vi en una de esas camas, tapado hasta la nariz, con los ojos descubiertos y un cuchillo que había robado de la cocina entre las manos. No nos estaban permitidas las armas en las habitaciones; siempre supuse que sería para que *los niños* de Anker no sufriesen daños. Como en cualquier sitio en el que haya personas de distintas edades, nacionalidades y pensamientos, había disputas. Disputas que siempre intentábamos camuflar para que ni Anker ni ninguno de sus hombres abusones lo descubriesen.

—Deja de pensar ahora.

El tono de Ryan se me antojó exasperado. Contuve el resoplido para no despeinarle la calva, abrí un poco más la puerta y salí. Él lo hizo detrás de mí, apoyándose en la misma pared en la que estaba yo, pues el armario quedaba frente al largo pasillo que separaba las literas; enfrente, la salida, ahora abierta a otro gigantesco recibidor desde donde sí veía cascotes por todas partes.

Me atraganté al recordar lo que había sido aquello. Lo grandioso que siempre me había parecido. Lo interminable.

Había sido mi hogar durante tantos años...

Algo se atascó en mi garganta. No tendría que haber sido así. No tendría que haberme tocado esa vida. Y sin embargo regresaba de nuevo.

Me fui a otro recuerdo cuando mis ojos se quedaron clavados en la cama que había ocupado Jack durante tanto tiempo.

Me senté en la cama de Jack. De ese hermano que llevaba semanas sin dar señales. No sabía adónde se había marchado, pero algo muy dentro de mi pecho me decía que no volvería a verlo. No en mucho tiempo.

Sostuve una de sus camisetas en un puño, una con las que padre nos había uniformado para que fuésemos iguales, aunque a nosotros dos nos pasaba la mano de vez en cuando. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Me había aferrado tanto a él que ahora no había nadie con quien pudiese compartir mis días, pues el resto de los niños me miraban con animadversión por lo que significábamos para el gran líder de la fortaleza.

Tomé una fuerte bocanada de aire cuando la puerta de la habitación se abrió. Pensé que eran el resto de los niños. Sin embargo, eso no podía ser porque había controlado las horas y estaban cenando. Todos menos yo. Alcé el mentón, tembloroso y mojado por aquellas gotas saladas que tan bien sabían en mis labios. El corazón me latió con mucha fuerza al encontrarme a

padre en la entrada, con ese bastón que siempre lo acompañaba. Me sorbí la nariz con urgencia al verlo caminar en mi dirección mientras mi mente maquinaba la tremenda paliza que me esperaría porque me había pillado llorando. Y allí no se lloraba nunca. Nunca nunca.

Se sentó a mi lado, hundió el colchón y agachó un poco la cabeza para no darse con la litera de arriba. Cuando ya estuvo encajado, sus ojos se afilaron como si fuese un águila a punto de atacar y me miró, aún con las manos apoyadas en el bastón.

—¿Por qué no has ido a cenar, Arcadiy?

—No... No... tenía apetito, padre —titubeé, al borde de mearme en los pantalones.

Cabeceó muy despacio, en señal afirmativa.

—Pero sabes que a la hora de la cena, aunque no tengas hambre, debes estar en el salón principal —sentenció con tono duro.

Otra de las interminables normas que teníamos. Con hambre o no, él tenía que vernos a todos allí, como si fuese un recuento antes de irnos a la cama. Como si fuese una... cárcel.

—Lo... siento. Me dolía la tripa y...

Busqué una disculpa convincente, tal y como me había enseñado Jack. No lo miré a la cara, por supuesto, ya que eso me habría delatado porque todavía tenía los ojos cristalinos. Sin embargo, él ya lo había visto.

—Y como te dolía la tripa, has estado llorando con una camiseta de Jack en las manos. —Suspiró de manera ruidosa.

Pensé que ahí vendría la somanta de palos y los ojos me escocieron. No quería que me pegase, no quería que me hiciesen daño, y llevaba semanas sin la única persona que me había protegido allí.

Pero Anker Megalos no había abandonado su cena para golpearme o, en el caso contrario, para abrazarme con fuerza y consolarme como haría cualquier padre. Lo había hecho para envenenarme como solo él sabía.

—Yo...

—Jack ha sido un cobarde. No se merece estar aquí —soltó iracundo.

Con el tiempo y el recuerdo de ese momento, analicé que Jack no había sido cobarde; yo sí había sido un necio por creerlo. Como un niño inocente que era, le pregunté:

—¿Por qué, padre?

Me atreví a mirarlo a los ojos. Él ya estaba haciéndolo.

—Siempre he querido lo mejor para vosotros, Arcadiy. Para todos mis niños. —Con una mano abarcó el aire, hasta que esa mano terminó apuntándome a mí—. Pero, sobre todo, lo he querido para ti. Para mi hijo. Y

Jack no ha podido soportar eso.

Abrí los ojos mucho, porque no entendí si lo que quería decirme era que mi hermano me tenía envidia, como el resto de los niños nos profesaban a los dos. Eso no era coherente. Jack siempre había sido el mejor.

—No comprendo...

—¿Por qué piensas que él siempre ha estado contigo, Arcadiy?, ¿que no se ha juntado con el resto de los niños? Dime, ¿por qué crees que es?

—Porque le caía bien —le respondí resuelto, como si hubiese acertado una adivinanza.

Él sonrió con maldad.

—No, hijo. Estás equivocado. Jack se juntó a ti porque sabía que eras mi hijo. Mi hijo —recalcó.

Por aquel entonces, yo ya había olvidado de dónde provenía, cómo llegué a la fortaleza y lo traumática que fue mi llegada allí. Todo había sido gracias al apoyo de Jack, y ahora no concebía que lo que padre me contaba fuese cierto.

—No soporta que tú seas mi niño favorito —argumentó con firmeza.

Como era evidente, me lo creí al mismo tiempo. ¿Jack enfadado por no ser el favorito de padre? ¿Cómo podía ser eso? ¡Era el mejor asesino de la fortaleza!

—¿Soy... soy... tu niño... fa... favorito? —tartamudeé, todavía asombrado por la confesión.

Anker abrió los ojos de manera desmesurada, como si no pudiera creerse que estuviese preguntándole aquella tontería. Lo que hacía la inocencia, por favor...

—¡Siempre lo has sido! ¿Acaso lo dudabas?

—Pero Jack...

—No tienes nada que envidiarle a Jack —me interrumpió—. Arcadiy, tú has sido desde el principio el mejor de todos mis niños. ¿Dudas de mi palabra?

Su tono autoritario, la ceja alzada y aquel semblante ocasionaron que mis nervios hablasen primero. Negué con la cabeza muy rápido tratando de no enfadarlo. No quería que se molestase por mis preguntas absurdas, así que pensé que lo más acertado era mantenerse callado mientras él hablaba.

Se levantó y tuve que elevar la barbilla para mirarlo. Tendió una mano en mi dirección, lo imité y me coloqué al lado de él.

—Jack ha sido un cobarde porque ha descubierto que no gobernará, que no será mi sucesor. Eso lo ha enfurecido y ha decidido abandonarnos, sin agradecer siquiera que ha tenido un techo bajo el que resguardarse del frío,

un plato en el que comer o una ducha donde lavarse cada día. Sin pensar en mí.

Sus últimas palabras escondían un dolor que con los años analicé. Por aquel entonces tampoco fui capaz de verlo. Me enrabietó muchísimo que Jack no hubiese valorado todo lo que padre me decía, porque era cierto que teníamos bastante que agradecerle.

—Arcadiy, todo lo que hago es por ti, para que sepas cómo manejar la fortaleza cuando yo no esté. —Se adelantó para sujetar mi mano y ese contacto me extrañó muchísimo—. Quiero que entiendas la importancia de estar siempre a mi lado, de que mis enemigos son los tuyos. ¿Comprendes?

—Sí, padre. Claro que lo comprendo.

Sonrió con la mueca del mismísimo diablo, tan desconocida para un niño tan inmaduro.

—Entonces, ¿entiendes qué significa Jack, a partir de ahora, para ti? ¿Para los dos?

No tuve que pensar mucho. Vi su orgullo reflejado en el rostro cuando le contesté:

—Un enemigo.

—Exacto. Jack Williams se ha convertido en nuestro enemigo principal. —Sujetó mi hombro derecho, ejerciendo más presión de la necesaria—. No importa que me haya hecho daño a mí, Arcadiy. Lo que importa es que se ha olvidado de ti. Le ha dado igual que te quedes solo, sin amigos, y le ha dado igual lo que te ocurra. ¿Entiendes ahora por qué?

—Porque...

—¡Porque pretendió desde el primer momento asesinarte!

Mis ojos se agrandaron tanto tras su interrupción que no fui capaz de gestionar la confesión.

—¿Quería matarme? —El asombro y el dolor se reflejaron en mi pregunta, porque esas palabras sonaban irreales en mi cabeza.

—¡Claro! —bramó como si fuese obvio—. ¿De verdad piensas que ha estado todos estos años a tu lado porque de verdad te apreciaba? ¡Jack siempre ha sido un mentiroso! —Hizo un teatro de diez. Y me lo creí de principio a fin—. Por eso yo siempre estaba cerca de vosotros, vigilando. No quería que te ocurriese nada, y sabía cómo se comportaba Jack cuando quería algo de alguien.

—¿Iba...? ¿Iba a matarme? —cuestioné atónito.

Me contempló durante lo que pareció una eternidad. Ese gesto me puso nervioso porque no entendía a qué se debía su inspección. El Arcadiy adulto habría adivinado desde el minuto uno que era porque trataba de

convencerme, porque estaba mintiéndome como un bellaco y porque todo eso era una obra maestra para llenarme de ira hacia la única persona que me había querido de verdad por aquel entonces.

—¿Sabes a qué sabe el dolor, Arcadiy? —Negué con la cabeza—. A venganza, hijo mío. A venganza. Y esas lágrimas que has soltado por alguien que no te tiene en estima hay que hacérselas pagar.

Pensé mucho antes de abrir la boca. Cuando lo hice, tal vez no fueron las palabras acertadas, pues esas le dieron alas para terminar de convencerme sobre todo lo que me había contado:

—Pero Jack es el mejor asesino.

—No, hijo mío, no. —Sus ojos brillaron con la emoción de un tirano—. Tú eres el mejor asesino.

8

Asuntos pendientes

—Hay un vigilante en el pasillo —le anuncié en un susurro—. Quédate aquí.

Aparté los pensamientos negativos que me carcomían las entrañas y avancé hasta el lateral de la enorme puerta de salida. Un tipo de aspecto rudo se había plantado allí, y antes de que nos viese teníamos que quitárnoslo de encima, o se daría la voz de alarma, por segunda vez. Supuse que se encontraba apostado en la puerta por culpa del niño que había dado el aviso de que alguien había entrado en la fortaleza sin permiso. Lo bueno de aquel botón era que no sabían quién era, porque no había habido una comunicación directa.

Ryan asintió y no me di tiempo de reacción cuando ya tenía al tipo agarrado de la nuca. Lo introduje después de un quejido que apenas se oyó en el pasillo y le coloqué mi otra mano en la boca. Mi amigo cerró la puerta con rapidez; yo apreté la cabeza del hombre contra la pared de la izquierda después de soltarlo.

—Te veo un poco agresivo. ¿Qué te perturba? —me preguntó con gracia.

—Este lugar. Tengo que salir de aquí —le respondí sin pensar.

Ryan enmudeció. Me aparté de la realidad cuando le di la vuelta al tipo, lo sujeté de la garganta con una mano y apreté..., apreté... Sin mirarlo, le solté la boca, la cual le había tapado al girarlo, y dirigí las dos manos hasta el cuello. El sonido del clac me confirmó que lo había matado.

Cómo podía cambiar tu vida en dos segundos.

—Tenemos que esconderlo, porque se darán cuenta cuando vean que falta uno.

Miré a Ryan, quien continuaba con el semblante serio, sin hacer ni un solo comentario y, tal vez, mostrándome una mueca de arrepentimiento por el tono que había usado hacía escasos segundos.

No dijo nada. Tiró de la mano del muerto y entre los dos conseguimos meterlo debajo de una de las literas, haciéndolo invisible al resto de los ojos que pudiesen buscarlo sin escarbar. De repente, la puerta se abrió y los dos sostuvimos nuestras armas con mucha fuerza, dispuestos a disparar.

—¡Joder! —farfulló Ryan—. ¡Casi te mato!

—Shh... Shh...

Tras esa solicitud de silencio, Natsuki cerró la puerta y miró hacia el suelo, viendo la mano del hombre sobresalir por la litera. Le di una patada de manera casual, ocultándola. No sabía cómo mirarla a la cara, cómo no fijarme en esa ceja izquierda, ahora con un apósito que cubría su pequeña herida.

—¡¿Qué hacéis?! ¡La fortaleza está revuelta! —murmuró alarmada.

Sus ojos se fueron a la puerta, alertados por el sonido de unas botas.

—Nos ha cazado un renacuajo... —intentó explicarse Ryan, porque yo todavía continuaba sin saber cómo actuar por lo que había visto.

Parte de la rabia se la había comido la persona que se encontraba muerta debajo de la litera, sin embargo, la otra parte seguía muy viva dentro de mí. No me dio tiempo a reaccionar porque Natsuki tiró de mi mano con urgencia y Ryan se escondió en una de las columnas que había en la zona izquierda de la estancia, con la pistola en una mano y el cuchillo de caza en la otra. La japonesa había tirado de mí, y mientras la puerta se abría, estuve veloz y conseguí arrastrarla al suelo, hasta que terminamos debajo de una de las literas del fondo de la habitación.

Nos habrían cazado de lleno.

Me coloqué un dedo en los labios, indicándole silencio. También fui consciente del error, pues estábamos los dos de lado, tan juntos que su vientre rozaba el mío, al igual que su aliento, que impactaba contra mis labios sin reparos. Mi dedo índice era lo único que nos separaba.

Aprecié su gesto, con la mandíbula apretada, y su cuerpo me indicó las ganas que tenía de salir corriendo de allí. De alejarse de mi cercanía. Tuve que doblar las rodillas cuando la puerta terminó de desplazarse y las botas militares resonaron por el pasillo que conducía a donde estábamos. Di gracias a que las camas estaban cubiertas por unas colchas que ocultaban el suelo.

Las primeras literas tenían cajones en la parte inferior. Era un buen despiste para pasar desapercibidos. Sin embargo, que Natsuki estuviese conmigo nos ponía en un aprieto, porque si por un instante Haiden se pensaba que estaba de mi lado, sus padres morirían.

Al flexionar mis extremidades, la japonesa no tuvo más remedio que meter su pierna izquierda en medio de las mías y subir la derecha sobre mi cadera, de manera que quedábamos encajados y alejados de los bordes de la cama.

Llevé mis manos con tiento a su cadera para acercarla a mí, pues, aunque sabía que tenía un deseo irrefrenable por salir corriendo, si continuaba echándose hacia atrás la verían.

Mis ojos impactaron con los suyos y le pedí calma. Intenté por todos los medios transmitirle una seguridad que sabía que no sentía.

—¿Has visto a alguien? —preguntó el que había entrado. Advertí que otras pisadas se sumaban a las que ya había.

Aquel iris oscuro me atrapó tanto que dejé de oír lo que acontecía a mi alrededor. Eran hipnóticos, distintos, especiales. No sabía por qué me llamaban tanto unos ojos negros como la noche, por muy místicos que fuesen.

—Tranquila —susurré tan bajo que apenas se me escuchó.

Natsuki asintió con la mirada, aunque continuaba manteniendo la respiración en los pulmones. ¿Qué capacidad de apnea tenía una persona mortal?

—No he visto a nadie entrar aquí. Es imposible que accedan por el techo —se jactó el que había llegado.

—¿Y dónde está el hombre que había en la puerta? —preguntó el primero, que no se movió del sitio.

—¿Habrá ido a mear?

El tono guasón del segundo sacaba sin duda de quicio al primero. A mí me lo sacaba aquel cuerpo menudo que parecía querer fundirse con mi piel. Me regañé mentalmente cuando sentí que algo más se despertaba, y aquel no era el momento ni el lugar para eso. Pensé con más fuerza en lo que acababa de ocurrir con Haiden, para ver si eso le mandaba señales directas a la sangre que comenzaba a agolpárseme entre las piernas. «Ahora no, ahora no, ahora no», me dije como un mantra.

Natsuki enarcó la ceja, dándose cuenta de dónde estaba el problema.

—Son las armas —musité, escuchando cómo los pasos se alejaban de nosotros.

—Las armas —repitió ella, vocalizando mucho.

—Las armas —me defendí, muy exaltado. Eso me delató.

Sin embargo, pese a que escuchábamos las pisadas alejarse, ninguno de los dos se separó. Las manos de la japonesa continuaban colocadas sobre mi pecho, como queriendo mantener la distancia que no había permitido. No la había permitido para que no nos cogiesen, o eso pensaba.

La manta se levantó con brusquedad y la cabeza de Ryan asomó desde arriba. Los dos elevamos el mentón a la vez. Eso ocasionó que nuestras pieles chocaran sin querer. Estábamos demasiado cerca.

Y ella olía demasiado bien.

—¿Vais a salir de ahí, o pensáis quedaros en plan tortolitos todo el día?

Tragué saliva al sentir los ojos de Natsuki clavados en mí mientras se separaba con lentitud. Me molestó su lejanía, aunque entonces tampoco entendí el motivo, pero sí el calambrazo que me había provocado la distancia. Me gustaba, eso no podía negarlo.

—Acaban de marcharse —justifiqué mi tardanza de segundos.

Natsuki se había arrastrado como una serpiente por el otro lado de la cama. Estaba casi seguro de que lo que pretendía era alejarse de mí. La mirada acusatoria de Ryan recayó sobre el empalme de dos pares de narices que lucía. Negué con la cabeza, imitándolo a él, dándole a entender que no había sido mi culpa.

—Tienes unos cojones...

Fui a rebatir que eso no había sido provocado por mí, sino por ella. Era un acto desesperado e inmaduro, pero es que no sabía qué decir ni tampoco podía controlarlo. El perfume de la japonesa se coló por mi nariz. Nunca me había parado a determinar un olor característico de ella, y en ese instante sí que lo había hecho. Estaba impregnado de una esencia mística también. Era como si llevase en el cuerpo una tienda esotérica, con fragancias diversas, inciensos varios y purificación. Olía a espiritualidad, no tenía otra comparativa mejor, y ese aroma me envolvió como si fuese el sitio más acogedor del mundo.

—Vladimir Sokolov está en los sótanos. Van a cavar un acceso hasta el centro de Atenas. Uno que no tenga nada que ver con los túneles iniciales que dan al alcantarillado.

Sus ojos se fijaron en la puerta. No aparentaba estar nerviosa, pero yo notaba que sí lo estaba.

—Es el momento de atraparlo.

Ryan sostuvo el arma con fiereza en la mano, mirándome. Esperando una confirmación que no llegó, pues continuaba inmerso en los gestos de ella. La japonesa alzó un poco sus rasgados y oscuros ojos, indicándome que contestase.

—Arcadiy Bravo —me llamó, y torcí el morro. Ese gesto le hizo gracia porque estiró las comisuras de sus labios un poco.

—¿Por qué estás tan alterada? —quise saber, y se envaró.

—No estoy alterada —atestiguó.

Enarqué una ceja, evidenciando que sabía que mentía. Fui a contestar, pero Ryan pasó por mi lado y me empujó con el hombro para que continuase. Un brevísimo movimiento de cabeza fue suficiente para que me colocase delante de ellos y guiase el camino. Natsuki me adelantó y colocó una mano por delante de mi vientre, sin tocarme, pidiéndome un permiso no verbalizado

para pasar primero. Asentí, asomó la cabeza y nos indicó que podíamos salir al siguiente recibidor. Allí se repartían varios largos pasillos donde había habitaciones interminables. Debíamos atravesar un buen trecho para llegar a la zona de los sótanos. Sin embargo, yo conocía cómo manejarme y recordé que justo en la entrada de la cocina había una escalera de caracol, muy pequeña y directa, que iba a la planta inferior que andábamos buscando.

Tiré de la mano de Natsuki en un impulso para que cambiase de ruta cuando comenzábamos a ser visibles para los hombres que vigilaban por allí.

—¡Por aquí! Hay un sitio más seguro por el que nadie nos verá.

Ryan se mantenía a mi espalda. La japonesa soltó mi mano como si le quemase y me vi en la obligación de darle la explicación del porqué de ese contacto. Ella asintió y me siguió. Eso sí, con la mano muy apartada de la mía. Aguanté las ganas de soltar una sonrisa por ese gesto, aunque recordé de inmediato el posible reparo de mi contacto y mi semblante se oscureció.

Entramos en un silencio devastador en el primer corredor que nos llevaría a la cocina y de ahí a las escaleras que había mencionado. Di gracias por no encontrarme a nadie más, justo en el momento en el que un hombre se nos cruzaba. No hubo tiempo de reacción, porque Ryan elevó el cañón de la pistola y le voló los sesos en mitad del pasillo.

—Eso ya no hay quien lo esconda —murmuré.

Menos mal que llevaba silenciador, aunque el desastre que había organizado no podríamos ocultarlo.

—Camina, ¡vamos! —se apresuró a decir Ryan—. Si nos cogen diez, nos trincharán como a unos pavos.

Parecía que el ambiente en el exterior se había calmado un poco, aunque continuaba escuchando voces rusas gritar, ordenar y dirigir a los trabajadores que intentaban levantar aquel infierno.

—¿Por qué te has enfadado?

La voz de Natsuki me despistó cuando llegábamos a la escalera de caracol. Ryan se puso el primero en cuanto separé la puerta que lo blindaba. Eso me indicó las profundas ganas que tenía de coger a aquel cabronazo; unas ganas que bajo ningún concepto mencionó.

—¿Cuándo me he enfadado? —le pregunté, mirándola por encima de un hombro, pues ella era la segunda en ese laberinto.

Mi amigo hizo como que no escuchaba la conversación.

—Soy un poco reacia al contacto, debo admitirlo. No me gusta que me toquen.

Casi me atraganté al escuchar eso, porque trataba por todos los medios de olvidar lo que había ocurrido en la sala que daba al pasadizo. Mis ojos quizá

me delataron cuando me miró un breve instante, ya que aprecié que los de Natsuki se entrecerraban, como si me leyese la mente. Cambié de tema con una rapidez pasmosa y mi habitual tono bromista:

—Ya. Tuve una ligera idea la primera vez que me colocaste un sai en la garganta.

—Entraste en mi habitación sin permiso.

Supe que mi tono no la había convencido, pues, aunque continuaba su paso detrás de Ryan, me observaba alternadamente con poco —ningún— disimulo.

—Fue por una buena causa. Mira hacia delante, o te caerás.

Soné a papá pato, pero es que no sabía cómo quitarme aquellos inquisidores ojos de encima. Lo peor fue su sinceridad aplastante. Ya no tenía claro si es que había perdido la capacidad para mentir desde que nos contó la verdad.

—Cuando estábamos debajo de la cama, has estado tenso.

—Eso lo hemos visto todos, para desgracia de mis ojos. —Ese fue Ryan; pensé que hasta las pelotas de aguantarse un comentario.

—He estado tenso porque tú estabas tensa —me defendí, sin saber por qué.

—¿Y por qué has reaccionado así? —inquirió, y su mano señaló mi entrepierna.

No podía estar preguntándome aquello.

—¿Qué? —Soné idiota. No tenía por dónde cogerla.

—Estabas tenso y te has excitado —soltó sin contemplaciones.

Aguanté el aire, porque estaba a punto de darme un paro cardiaco. De la garganta de Ryan salió una ronca carcajada y quise molerlo a golpes. El pinganillo que llevábamos en la oreja pareció querer salvarme la vida:

—¿Me... es... cu... cháis? ¿Hola? ¿Hola? Joder, menuda mierda de cacharros que tenía el friki en su casa.

Presioné el interfono con la mano derecha.

—¿Angelo?

—¿Es que nadie se ha dado cuenta de que llevo casi una hora sin dar señales de vida? —nos reprochó ofendido.

Ryan detuvo su descenso y me miró cuando llegamos a la puerta que daba a los sótanos donde habían tenido a Agneta, a Adara y a Tiziano encerrados en su tiempo, antes de intentar destruir la dinastía que ahora el ruso pretendía resucitar. Natsuki entendió de inmediato que había que dejar el tema de conversación y cerró los ojos. No quise hacer ningún comentario, pero me dieron ganas de preguntarle si iba a ponerse a meditar en plena reyerta.

—Haiden Keitaro sabe que estáis aquí. Recordad lo que hemos hablado sobre él. Entiende que tiene que dejaros escapar para poder saldar la deuda

con Peter Callum, así que dudo que os haga daño —murmuró.

Yo la miré mal.

—¿Ya estamos ocultando información?

—Tenía que notarse que nos escondíamos. No he hecho nada malo —se defendió con tranquilidad—. Él ha impulsado que el ruso llegue aquí. Y están solos.

—¿Y por qué ibas a fiarte de una persona así? —le pregunté con mal tono.

Sus ojos brillaron, como si acabaran de descubrir que lo había visto. Me equivoqué en el gesto, pues apartar mi mirada de ella solo le dio la razón.

—Porque sabe que su caballo siempre predice qué movimientos hacer para que le salga la jugada perfecta.

«Su caballo». Ella era su caballo. Ella era la que movía esas piezas en el tablero de ajedrez en el que yo seguía siendo el peón que renació.

No me dio buena espina. A Ryan tampoco, porque afianzó la pistola en una mano y, por descontado, el cuchillo de caza en la otra. Dejé acomodado el fusil en mi espalda, permitiendo que mis manos quedasen libres por lo que pudiese suceder.

—Natsuki...

No me dio tiempo a continuar, ya que, por segunda vez desde que la conocí, me interrumpió, no sin antes llevarse una mano al corazón, como si con ese gesto me afirmase que era verdad:

—Te prometo por los dioses kami que no estoy mintiéndote.

«Y yo te prometo por los dioses griegos que voy a intentar no matar a tu marido». Evidentemente, no lo dije.

—Eeeh... ¿Hola? —Angelo de nuevo—. Yo empiezo a confiar en la japo, si os sirve de ayuda.

Resoplé despacio, contemplé a Ryan, quien con una breve caída de ojos me indicó que estábamos preparados para lo que fuese, y asentí. Mi amigo empujó la puerta, soltó la presión en el interfono —que no sabía durante cuánto tiempo había mantenido presionado— y nos dio paso a un lugar tenebroso, sucio, lleno de moho e infestado de bichos.

Natsuki me observó una última vez, al igual que Ryan; supe que esperando indicaciones de quién entraba primero. Por supuesto, si había llegado el día de morir e iban a acribillarme a balazos, mejor que fuese yo y le diese tiempo al resto de huir. Contemplé a la japonesa con una mirada tan intensa que me quemó los ojos. No hizo falta separar los labios, pues la amenaza se encontraba tácita en esas palabras no dichas.

Me concentré en la oscuridad, en el inmenso laberinto al que habíamos accedido. Allí, de espaldas, mirando una de las celdas vacías, se encontraba

Vladimir hablando con Haiden, que estaba detrás de él. La postura del japonés me pareció muy similar a la de Natsuki, solo que él tenía las manos por delante del vientre, demostrando egocentrismo. Cuando estaba quieta, la japonesa las llevaba casi siempre a la espalda, como una verdadera sabia.

El ruso continuaba hablando sobre la mejor opción para abrir el túnel, y yo reparé según avanzaba en el perfil de Haiden. Su cabello era oscuro y tenía más o menos la misma melena que Natsuki. Los ojos eran dos pozos negros, y no me hizo falta más luz que la que se colaba por los conductos de ventilación. Tenía una estatura media, atlético, y por su porte sabía que estaba en la misma estancia que él.

De repente, aun esperándomelo, su rostro se giró hacia la derecha y nuestros ojos impactaron. Los míos estaban fijos en los suyos, mi mandíbula se mantenía fuertemente apretada y traté de no maltratar mis manos en puños, pues habría delatado que tenía ganas de partirle aquel rostro de prepotencia y de muñeco diabólico.

Los pies se me anclaron al suelo. Era consciente de que una amenaza a la persona que me había permitido el paso sin matarme en la fortaleza no era lo más adecuado. Sin embargo, el resentimiento por lo que le había hecho a Natsuki, independientemente de que no nos conociésemos de nada, no podía obviarlo. No podía olvidar su rostro, los ojos cerrados, las ganas de huir y no poder... Una sonrisa maquiavélica se dibujó en los labios del japonés del demonio.

Natsuki pareció percatarse de nuestro duelo, por lo que se aseguró de colocarse a mi lado para llamar mi atención. Yo ya andaba ideando las mil formas de matar al japonés y al ruso. A los dos juntos. Pensé que a los Sabello no les importaría que los llevase en el mismo saco, y tampoco que los cortásemos a cachos juntitos.

Creí que no podría detestarlo más de lo que ya lo hacía, pero me equivoqué cuando abrió la boca y pronunció mi nombre:

—Arcadiy Bravo.

Era un tono gélido, lleno de maldad y ensañamiento hacia el resto del mundo. Era un timbre que había escuchado en muchas personas que se creían superiores al resto de la humanidad. De las que daban asco y detestabas a la primera de cambio.

Un carraspeo me sacó del escrutinio, como si hubiese sido una llamada de atención para que dejase de retarlo. Y él estaba dándose cuenta de eso. Inmediatamente, mi atención se desvió cuando Vladimir caminó por al lado de Haiden y me observó con los ojos a punto de salírsele de las órbitas.

—¡Tú! —exclamó con mal tono, y sacó una pistola.

—Haiden Keitaro —añadí con más soberbia de la permitida.

Escuché el suspiro de Ryan acompañado del clic de su arma al elevarse por encima de mi hombro izquierdo, apuntando al mismo hombre que me encañonaba a mí.

—¡Habéis sido vosotros! ¡Habéis burlado la seguridad! —Y comenzó a reírse como un demente. Porque no estaba exaltado por nuestra aparición, y mucho menos atemorizado. Estaba eufórico.

Un error común en los que creen que tienen el poder.

Lo observé con mucho asco mientras se revolvía debido a las carcajadas. Entonces, sin esperarlo, me fijé en la palidez de su piel, en sus ojos, tan azules como los míos. En aquella cicatriz en la parte derecha del cuello, otorgada por mí hacía años. No hablé, y la situación se tornó pintoresca.

Haiden continuaba mirándome, con las manos en la misma posición anterior, pendiente de todo; Natsuki se había desplazado unos pasos a la derecha, había colocado las manos a su espalda y aguardaba como el señor mayor que a veces parecía tener en el interior, y Ryan continuaba pistola en alto, aunque el ruso la hubiese bajado para continuar riéndose a carcajadas.

—Me encargaré de explicarte la de cosas que voy a hacer aquí mientras te torturo. ¡Pienso levantar el imperio de *mi* padre! —Hizo mucho hincapié en el posesivo.

Nadie habló, ni siquiera Haiden, quien no despegaba su atención de mí. No me había movido del sitio, y aunque seguí escuchando su monólogo, mi cabeza se fue una semana atrás, a la muerte de Riley.

—Ha tenido valor de entrar en nuestro territorio —le dijo a Haiden. El japo ni lo miró—. ¿Has visto? Siempre ha sido así. El que llamaba la atención de todos. De mi padre, por supuesto. Y el desagradecido que no valoró nada de lo que tuvo. Podríamos echárselo de comer a los perros.

Se respiraba una tensión inhumana. Vladimir buscó un amiguismo en Haiden que no llegó. Pude percibir que ese detalle lo perturbaba; imaginé que sin entender por qué el japonés no movía un músculo y solo me contemplaba. Y, a mí, no iba a intimidarme.

Afiancé mi última mirada en Haiden, dándole a entender que acabábamos de quedarnos con unos asuntos pendientes que resolveríamos más adelante. No hicieron falta palabras, porque hasta Ryan lo captó.

Irremediablemente, la mente se me nubló y un gran nubarrón gris apareció en ella.

Riley.

Riley con un cuchillo enorme atravesando su pecho.

Riley escupiendo sangre.

Todos corriendo en su dirección.

Mi desesperación, mi ansiedad, mis ganas de curarlo de manera mágica en el suelo del Ágora. Mi miedo.

La pérdida de una de las personas a las que más quería en el mundo.

Un corazón desquebrajado y muchos rotos.

Un ataúd descendiendo en un último adiós.

«Riley, allá donde estés, te juro venganza. Los juramentos se sellan con sangre».

Descendí la mirada hacia la mano derecha, donde me había hecho el corte. Mis facciones se endurecieron.

Di un paso firme. Di un paso letal.

—¿Haiden? ¿Qué es esto? —Su tono se me antojó nervioso. Mis terminaciones ya estaban al límite—. Llama a tus hombres, que vamos a divertirnos un rato.

El tono jocoso y perturbador fue emitido con un claro propósito: ocultar que estaba cagándose en los pantalones. El japonés ni parpadeó. Continuaba con la atención fija en mi persona.

Otro paso.

Vladimir levantó la pistola, y lo mismo que la levantó la bajó, porque Ryan disparó a su muñeca, ocasionando que se perdiera en el suelo. El japonés le dio una patada para apartarla del ruso.

—¿Haiden? —Lo miró espantado. Supe que mis ojos se habían vuelto los de un depredador—. ¿Natsuki?

Tras la búsqueda de ayuda en todos, Haiden movió la cabeza un centímetro, ordenándole a Natsuki que abandonaban el sótano. Tuve tiempo de reaccionar. Si se marchaba con él, estaría expuesta a su marido.

—Ese no era el trato —proclamé con rotundidad.

Los dos se detuvieron en mitad del tenebroso pasillo. La japonesa me contempló sin saber qué estaba haciendo, aunque lo disimuló estupendamente. Haiden la miró y después lo hizo conmigo.

El ruso no se movió del sitio, pues Ryan lo encañonaba y no había permitido que se agachase en busca del arma.

—¿A qué te refieres? —me preguntó Haiden directamente.

—Debe quedarse conmigo hasta que vayamos a Japón.

—¿Y para qué se supone que tienes que venir tú a Japón?

Era rápido y listo. Sin embargo, lo que no sabía era que yo tenía más tablas y agilidad que cualquiera de los que estaban allí. Natsuki no se delató con ningún movimiento, pese a no saber qué estaba sucediendo, porque aquello no entraba dentro del plan. Acordamos vernos cuando regresásemos de Italia.

Fruncí el ceño como si estuviese confuso.

—Se suponía que me ayudabas a entrar aquí para coger a este miserable —señalé a Vladimir, aunque le hablé a ella, mostrándole una falta de respeto gigantesca a Haiden—, y luego iríamos a Japón para ayudaros con vuestros asuntos familiares.

—¿Qué está diciendo? —Nadie hizo caso a la pregunta del ruso.

—Pues que estás muerto —se escuchó por el pinganillo a Angelo.

Natsuki trató de aguantar la sonrisa de orgullo que casi le floreció en los labios. Haiden, como si supiese de qué iba el tema, asintió complacido por el gran trabajo de su *caballo*.

—Espero noticias tuyas, *sukoshi.*

—Claro*, otto.*

Pasó por alto el gran desplante que le había hecho al responderle a ella, asintió con respeto hacia su marido y escuché la confusión en el tono de Vladimir:

—¿Haiden? ¡¿Adónde vas?! ¡¡¡Haiden!!! ¡¡¡Haiden!!!

El que sonrió diabólico fui yo, al girarme y encontrarme con unos ojos que no tenían ni chispa de altanería, arrogancia ni ningún término que hubiese definido a Vladimir. El terror lo había acaparado todo.

La voz de Natsuki se hizo eco en la oscuridad que se cernió sobre él:

—Vladimir Sokolov, que los dioses kami te perdonen. Tendrás tiempo de meditar acerca de tus actos cuando tu alma abandone tu cuerpo y llegues al nuevo mundo.

—¿Qué...? —murmuró atónito.

Mis ojos se clavaron en él con una clara sentencia: la de muerte.

9

Nostra famigghia

Tal y como teníamos previsto, Angelo nos esperaba a las afueras de la fortaleza en la misma zona por la que habíamos entrado nosotros. La salida no había sido complicada, ya que Haiden había ordenado el alto el fuego. Natsuki aún no había hecho comentario alguno sobre lo que había ocurrido en el sótano.

Cuando pusimos un pie en la pista de despegue del aeropuerto de Atenas, encaminé mis pasos titánicos hasta el coche en el que había metido al ruso, custodiado por Angelo y dos de sus hombres. No había querido marcharme con él, pues una posible disputa entre los dos habría desencadenado que lo matase allí mismo e incumpliese mi promesa.

Los dedos me picaban, las manos también. La ira, iracunda y oscura, comenzó a recorrer las venas de mis brazos según me acercaba al destino.

«Riley...». Pareció que lo susurraba el viento.

Un paso firme. Dos, tres, cuatro, cinco... «Cuenta...», me dijo mi cabeza al notar esa sensación que me hacía perder los estribos, me llenaba los ojos de lágrimas y me ahogaba los pulmones. Entonces lo sentí. Los nervios, la fatiga, la falta de control en cada respiración.

«No», me dije. No podía permitir que un ataque de ansiedad coronara el momento. No ahora que me encontraba a cinco pasos de la puerta que me separaba de aquel hijo de la grandísima puta. Escuché las pisadas fuertes de Ryan a mi espalda. Ni siquiera fui consciente de lo que apretaba los puños por la desesperación de calma y la necesidad de llegar a mi objetivo.

Por segunda vez, la muñeca me tembló. Cerré los ojos, sintiendo que aflojaba la marcha. Me regañé mentalmente por permitirme aquella flojera. «Tienes que vengarlo», me recordó el subconsciente. Me encontré detenido en mitad de la caminata, con Angelo mirándome desde la puerta del copiloto, desmontado del coche. Bill estaba en la rampa del avión que nos llevaría a

Sicilia, pues a última hora habíamos recibido el cambio de planes. Era comprensible que Adara no quisiese impregnar su nuevo hogar de venganza, sin embargo, a los Sabello les daba absolutamente igual eso y habían decidido el sitio estelar en el que se llevaban a cabo las atrocidades, sobre todo si eran venganzas.

Sentí que una mano se entrelazaba con la mía. Eran unos dedos finos, pequeños, fríos y tan firmes que asustaban. La miré cuando tiró de mí, impulsando mis pies hacia delante para que continuasen, y la escuché musitar:

—Uno, dos, tres, cuatro... Inspira, espira. Inspira, espira. Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

De manera inconsciente lo hice, maravillado por la belleza de la japonesa que marcaba el paso, sin importarle que los ojos del italiano estuviesen escudriñando nuestro agarre. No quise imaginarme la cara que habría tenido que poner Ryan.

Me tragué el nudo de emociones que me reventaban en el gaznate justo cuando casi ponía un pie en la puerta que guardaba a Vladimir. Natsuki me soltó. Su cabello negro, corto y desfilado ondeó con el viento cuando se giró en dirección a Angelo. No aprecié el gesto socarrón del italiano porque estaba más centrado en abrir la puerta.

Un tipo se bajó.

Mis ojos impactaron con los de él y...

Metí la mano como un becerro en el interior del vehículo. El otro hombre que nos acompañaba salió del extremo contrario, imaginé que dilucidando lo que ocurriría. Agarré a Vladimir de la camiseta y la rajé en el proceso de sacarlo del transporte a rastras.

—¡Eh! ¡Eh! —se quejó—. ¡Natsuki, ayúdame! ¿Qué haces, niñata de mierda? ¡¿Qué habéis hecho?! Se lo contaré a Peter. Le diré que sois unos sucios japoneses...

Natsuki se encontraba en la postura de sabio, sin pestañear.

Elevé mi puño y lo dejé caer, ignorando el discurso y las amenazas del ruso para quien quisiera escucharlas. Atisbé de soslayo que algo había caído a la vez que se tambaleaba hacia un lado.

—Vámonos de viaje —soltó Ryan detrás de mí.

Vladimir rio de manera macabra cuando escupió la sangre que le había provocado perder un diente. Apreté la mandíbula, controlando las ganas de asesinarlo y despellejarlo en la pista.

—Te veo rabioso, *payaso favorito*.

«Que no te desestabilice». No lo haría, porque no solo se lo debía a Adara, sino a todos. No sonreí, no podía. Creí que borrar todo atisbo de chulería en

mi rostro lo asustaba, porque por norma general yo no era así y podía vacilarte sin necesidad de aparentar seriedad.

Se irguió hasta quedar de pie, mirándome, con las manos apresadas por unas esposas que le habían puesto al salir de la fortaleza. Le di otro puñetazo, esa vez con más fuerza. Lo supe cuando la cara se le giró a la derecha. La sangre de la nariz le mojó la camiseta, la sonrisa fue apagándosele y el mal carácter resurgió con ansias.

Extendió los brazos hacia mí.

—Suéltame y déjame que por lo menos me defienda.

Sin aviso, Ryan pasó por mi lado, lo miró muy muy de cerca, y le dio semejante cabezazo que escuché el clac de algún hueso de la cara desplazado. El quejido de Vladimir fue incluso más fuerte, sin embargo, no se esperaba que Angelo apareciese por su lateral derecho y le colocase un collar en el cuello. Él abrió los ojos todo lo que pudo.

—¡¿Qué estáis haciendo?! ¡¿Pensáis matarme en una pista de aeropuerto?! —Rio, pero esa risa era histérica—. ¡¡Natsuki!! ¡¿Dónde está vuestro honor de mierda?!

No la escuché enervarse por los comentarios dañinos del hombre que tenía delante. Saqué la pistola, sin miramientos, y le quité el seguro. Vladimir abrió los ojos más todavía y disparé en el medio de las esposas. Dio un paso hacia atrás con un pequeño sobresalto en el momento en el que el acero cedió y las esposas cayeron.

—Ya estás en igualdad de condiciones.

Se llevó la mano al cuello y tiró del collar.

—¡Me has puesto un puto collar para perros!

Miró a Angelo. Este movió los hombros con desinterés y dijo:

—Sí. ¿Sabes lo que hace? —Sus hombros repitieron el gesto—. Yo no puedo ensuciarme el traje, pero...

Apretó el botón que proporcionaba el calambre. El ruso cayó de rodillas mientras Angelo sonreía con verdadera maldad. El gesto de Ryan fue perturbador, porque no sabía si tenía ganas de freírlo con el cacharro que le había puesto el italiano, si quería molerlo a golpes o qué era lo que no expresaba. Aguanté el aire, aproveché sus piernas flexionadas y le golpeé con saña las costillas. Hundí mi pie todo lo que pude, siendo consciente de que esos golpes le ocasionarían más de una fractura.

Cegado, escuché un carraspeo apenas audible. Era Ryan. Me aparté del ruso que se doblaba de dolor, giré mi cuerpo y cerré los ojos, viendo a Natsuki como último reflejo. Ella me observaba, con los labios apretados, las manos a la espalda y el gesto militar, al lado de Angelo.

—Tengo que reconocer que el maltrato animal me sobrepasa. No me gusta. —Ryan sonó tajante—. Eso que llevas al cuello sirve para maltratar a los animales. Sin embargo, tengo que admitir que los monstruos sí pueden llevarlos.

Escuché la risa de Vladimir y me giré. Ryan estaba muy cerca de él de nuevo.

—Quítamelo y entonces veremos a ver si tanto músculo sirve para algo —le vaciló el ruso.

Ryan cabeceó en dirección a Angelo, quien habló:

—Apagado. ¡Tachán! Ahora puedes pelearte sin que te fría como a un pollo. —Vladimir lo miró mal, buscando aquel puntito rojo que indicaba que estaba desconectado—. Pero, como comprenderás, no puedo permitir que te escapes. No me deja mi jefe.

Su tono jocoso cabreó al ruso más de la cuenta, pues rechinó los dientes, me buscó con la mirada y entrecerró los ojos. Con lentitud, fue a levantar un puño. Digo con lentitud porque no fue lo suficientemente rápido como para que Ryan no lo viese. Mi amigo detuvo el golpe, dejando su puño en alto, y otro clac muy característico, con sonido a rotura de muñeca, se escuchó en el aire.

La ametralladora de golpes que pintó el rostro del ruso fue devastadora. Ryan no le dio un respiro para poder controlar el arranque de furia que lo había arrollado y arremetió contra él sin piedad, sacando la rabia en todo su esplendor.

—Sube —rugió mi amigo, empujándolo con sus golpes certeros a la rampa — al puto —puñetazo, puñetazo, puñetazo— avión.

Avancé ligero y adelanté a Ryan por la izquierda cuando Vladimir se incorporaba. Nos medimos las fuerzas; era evidente que las mías estaban mucho más intactas que las suyas. Estiró las comisuras de los labios como si aquello le pareciese gracioso y dijo:

—Tu amigo parecía un cerdo desangrándose.

Un zumbido me perforó los oídos.

El mismo zumbido que sientes cuando estás a punto de perder la conciencia por un mal golpe. Escuché el gruñido animal de Ryan y lo vi todo a cámara lenta. Él intentó ponerse por delante de mí para ahogar al ruso, quien sonreía y se tambaleaba de un lado a otro. Yo lo sostuve con mi mano izquierda de la camiseta de tirantes, y antes de que Angelo lo electrocutara —la luz se había puesto verde— le aticé un puñetazo en medio de la frente que provocó su desmayo.

—Se acabó la fiesta. Nos vamos —sentencié autoritario—. Que lo recojan

tus hombres, Angelo.

—Pues vaya. Yo ya tenía esto a más de medio nivel, ¿sabes?

Ignoré el comentario de Angelo, pero sí que oí la patada certera que Ryan le dio al cuerpo inerte de Vladimir, tirado en la rampa de cualquier manera. Cabeceé en dirección a Bill, a modo de saludo. El chico me correspondió sin alterarse por nuestro espectáculo.

Adelanté mis pasos hasta el primer asiento. Lo único que habíamos podido conseguir era ese avión de carga, ya que los Sabello se dirigían a Italia con Aarón y Noa, bajo aceptación del patriarca de la familia, Claudio Sabello, para que unos expolis se metiesen en su hogar. Por mucho que Tiziano fuese el capo de la *Nostra famigghia*[4] y ahora regentase todos los negocios, el *papa*[5] seguía siendo el *Don*[6] y era el que tomaba las decisiones en esa casa de tarados; como lo estábamos todo el equipo de zumbados al completo, solo que ellos eran un tanto particulares.

Estiré dos cuerdas en una reja que separaba el cargamento de unos grandes cuadriláteros, cerca de las dos filas de asientos que había. Tiré de ellas hacia la parte derecha del avión, a la espera de que llegasen los hombres de Angelo con el desvalido ruso. No podía imaginarse lo que le esperaba cuando llegase a Italia. Yo tampoco.

—¿Vas a colgarlo como a un chorizo?

Miré a Ryan. Su torrente de voz indicaba un cabreo a gran escala.

—Sí. Eso pensaba hacer —le respondí, y tiré de la cuerda para encajarla.

Asintió quedo y soltó el rifle en el asiento de al lado; supe que con la clara intención de quedarse allí, por si despertaba en el camino. Angelo no tardó en aparecer para extenderle el mando del collar.

—Me ha quedado claro que eres animalista y cazador de monstruos —soltó el italiano con gracia.

—Me cae mejor mi perro Skype que tú —escupió el otro, y Angelo sonrió a la vez que le daba dos sonoras palmadas en la espalda.

Aunque el tono de Ryan fue huraño, aprecié que estiraba un poco las comisuras de los labios. Recordé a ese American Stanford que anteriormente fue de Micaela y que desde hacía años vivía con Ryan en Estados Unidos. Ahora que estaba fuera, era la vecina quien se quedaba con él siempre que lo necesitaba.

El tiempo pasó volando cuando atamos al peso muerto de Vladimir, quien iba hecho un cromo. El rostro comenzaba a inflamársele debido a los golpes, las costillas también. No sentí ni un ápice de pena. Traté de no pensar en las palabras que me había dicho el cabronazo sobre Riley, pues aquello habría ocasionado que sacase la pistola allí mismo y le disparase a bocajarro.

Me giré cuando terminé de comprobar que las cuerdas estaban tan bien atadas que le dejarían unas buenas marcas, si no le cortaban la circulación antes. Me encontré de frente con Natsuki, que se había sentado al lado de donde yo había colocado el fusil. Atravesé el hueco que nos separaba y me senté. Metí la mano en el pantalón y saqué una cajetilla de tabaco. Pese a saber que no fumaba, le ofrecí uno.

—No, gracias. Eso mata mi cuerpo.

Chasqueé la lengua con diversión.

—Un disparo también te mata —repuse.

—Sí, pero el tabaco intoxica. Si tú mismo no te cuidas, te matas. No te sirve de nada.

Entrecerré los ojos.

—Qué intensa eres a veces, Natsuki Tanaka. —Sonrió y negó con la cabeza. Aproveché ese momento de silencio que habíamos creado—. Gracias.

—¿Por qué? —Regresó su mirada a mí.

Me coloqué el cigarro en los labios y le di una extensa calada. Mataría mi cuerpo, pero necesitaba calmar los nervios que me carcomían.

—Por darme las fuerzas para contar hasta diez —le dije con socarronería. Sus comisuras se estiraron de nuevo—. Sé que no te gusta el contacto, por eso lo valoro mucho más. Me refiero a que no te gusta que te toquen —repuse de carrerilla.

El silencio fue más grande e incómodo. Fui consciente del error que había cometido al decir eso. Se tensó. Lo aprecié de reojo porque los dos nos habíamos apartado la mirada al mismo tiempo.

Me sorprendía muchísimo cómo era Natsuki, la capacidad innata para decirte verdades como puños o para hablarte sin anestesia de cualquier tema, como sucedió a continuación:

—Lo has visto —afirmó sin medias tintas.

No supe qué decir. ¿Qué se contestaba a eso? ¿Cómo actuaba ante aquello? Si mentía, malo. Si no mentía... Si no mentía, ¿qué?

—Natsuki...

Busqué su mirada, que estaba fija en el asiento vacío de enfrente. Ryan no nos prestaba atención, y contando con la distancia que había entre uno y otro, no creí que pudiese escucharnos.

—No me mientas, Arcadiy.

Solté un resoplido. Esa vez fui yo quien se recostó en el asiento a plomo, como si acabase de quitarme un peso de encima cuando intenté justificarme:

—El acceso lo teníamos por los túneles del interior. La puerta de salida se encontraba al lado de la sala en la que tú estabas. Yo... —Apreté los labios,

sin saber cómo continuar—. No sé, Natsuki. No sé qué decirte.

Busqué su mirada, pero no la encontré. Estaba tiesa en el asiento, con los oscuros ojos brillantes y clavados al frente, aunque sabía que no se echaría a llorar. No delante de mí.

Nos quedamos en silencio unos segundos, o casi un minuto. Fue largo e incómodo, de nuevo.

—¿No vas a decirme nada? —se interesó, guiando su atención a mí.

Nuestras miradas impactaron con vigorosidad.

—¿Qué quieres que te diga? —Silencio—. Entiendo que estás protegiendo a tu familia por encima de todo, y lo acepto. Yo haría lo mismo. No comparto lo que estás aguantando. —Pensé antes de soltar lo último, pero al final lo dije. Total, con respecto a la sinceridad, ella se llevaba la palma cuando quería —. Me pareces una mujer con una valentía digna de admirar.

Una sonrisa irónica perfiló sus labios.

—¿Valiente se le llama a alguien que se deja maltratar por su marido?

Me pareció más un cuestionamiento por su parte que una pregunta. Aun así, solté lo que pensaba sin filtro, ya que estar con ella me provocaba esa sinceridad desmedida que tampoco podía controlar:

—Me parece valiente que puedas soportar ese maltrato por querer salvar a los miembros «de tu familia. —Omití verbalizar el pensamiento que pasó por mi mente: «Pese a las circunstancias en las que están».

Silenció su voz durante un rato demasiado extenso, como si hubiese querido cortar la conversación de raíz y lo hubiese conseguido. Mejor le valdría haberse quedado callada.

—¿Por qué te has excitado conmigo dos veces?

La miré como si tuviese tres cabezas.

—¿Que qué? —La estupefacción estaba clara en mi tono.

Me observó como si fuese lerdo y no captase la pregunta a la primera. No tenía mucha duda, desde luego.

—Sí. *Tu arma* se puso dura cuando forcejeamos después de salvarte en la nave, en Madrid, y ahora, en la fortaleza de Atenas.

Lo dijo con una tranquilidad pasmosa. El corazón empezó a latirme muy rápido. ¿Cómo iba a sacarle ese tema de conversación, ni siquiera a explicárselo, después de lo que estaba pasando?

—Me abrumas, Natsuki Tanaka —resolví.

Ella mostró una tímida sonrisa.

—Solo es una pregunta, Arcadiy Bravo. No hay ninguna trampa.

Fruncí el entrecejo, mirándola. Boqueé como un pez y regresé la vista a Ryan, que se mantenía estático, sin dejar de contemplar a Vladimir, quien se

tambaleaba de un lado a otro con los vaivenes del avión.

—No te entiendo —solté al final, recostándome de nuevo en el asiento.

La japonesa aguantó el aire y a mí la situación me pareció un jodido examen.

—Solo quiero saber por qué te pasa eso. Por qué reaccionas así. ¿Eso ocurre con todas las mujeres que ves? ¿No puedes acercarte a ninguna? —Mi cara tuvo que ser un poema, porque repuso muy ágil—: Me refiero a si tu cuerpo despierta de esa forma cada vez que estás con alguien. Por ejemplo, a mí no me gusta que me toquen porque... Bueno, ya sabes por qué.

Hizo un movimiento de mano y no hicieron falta muchas palabras más. Me pregunté la sabiduría que tendría acerca de las relaciones con los hombres.

—No te gusta que te toque nadie del sexo masculino, intuyo.

Pareció exaltarse por poder mantener esa conversación conmigo. Una conversación un poco rara.

—¡No!, o sea ¡sí! No le tengo miedo a los hombres, ni mucho menos. Sí a Haiden cuando se acerca a mí de esa forma —su tono bajó dos decibelios—, porque me hace daño. Sin embargo, me pongo muy alterada cuando tú me tocas.

Lo dijo tal cual lo pensaba, sin miedos, sin máscaras, sin camuflar. Y me pareció lo más maravilloso que había oído en la vida. Me quedé prendado de ella, de sus gestos, de sus manos al moverse nerviosas, hasta que me miró con inocencia. Cuántas cosas me había dicho en una sencilla frase.

Carraspeé cuando retomó su pregunta:

—Entonces, ¿tu reacción es así siempre? Me refiero, ¿los hombres siempre actuáis de la misma forma cuando veis a una mujer?

—No, Natsuki. —Mi respuesta fue lejana, como si mi voz no estuviese allí, que no lo estaba. Me contempló expectante—. *Mi arma* se despierta cuando me gusta alguien.

La conversación era, cuanto menos, surrealista. En otras circunstancias me habría partido de risa mientras lo hablábamos, pero es que me daba cuenta de que el tema de verdad la tenía descolocada. Sus mejillas enrojecieron tanto que los coloretes le llegaron al inicio de las orejas.

—¡Oh!

Su breve exclamación ocasionó una sonrisa diminuta en mi boca.

—Sí. ¡Oh! —la imité.

Apretó los labios, como si quisiese ocultarlos, después elevó la mirada que había apartado de mí y había clavado en el suelo, giró el rostro un centímetro y me observó con el pensamiento en otra parte.

—¿Quieres decir que yo te gusto?

Lo pensé muy poco. ¿Me gustaba? ¡Claro que me gustaba! No sabía si era una atracción digna de un polvo y después se olvidaría, pero me gustaba. Tampoco estaba el asunto para proponerle nada de aquello, y más viendo los derroteros por los que iba nuestra conversación. Eso me daba a entender que, en referencia a la sexualidad, no sabía absolutamente nada.

Clavé mis ojos azules en los suyos.

—Sí, claro que me gustas. Eso no tiene nada de malo, Natsuki.

Pareció cavilar algo, y con total naturalidad me preguntó:

—Entonces, si yo reacciono así solo contigo, ¿es porque me gustas también?

Reí roncamente y negué con la cabeza.

—No lo sé. Los sentimientos de cada uno pueden ser muy cambiantes, y eso no puedo aclarártelo.

Asintió como si no pudiese creérselo. Elevó su mano izquierda con cierto reparo. Con el dedo índice tocó la mía, como si fuese un extraterrestre o un objeto gelatinoso. No me entraron ganas de reír a mandíbula batiente, sino de enseñarle las cosas bonitas que existían en el mundo y que, por lo que se veía, desconocía.

Su contacto me quemó la piel pero me gustó. Me reconfortó ese tacto delicado, suave y misterioso que empezaba a querer conocer.

—Impresionante... —musitó.

Me quedé hipnotizado por el movimiento de su mano. Expresé lo primero que me vino a la cabeza, sin filtros, como estaba siendo ella; no le debía menos:

—Estupefacto me hallo. No he tenido una conversación de este tipo con una mujer en la vida.

Su semblante mostró estupor. Separó su dedo y me asombré al ser consciente de que ese gesto no me había gustado tanto.

—No has tenido conversaciones así, imagino, porque tú solo vas y... les haces esas cosas a las mujeres. —Me apartó la mirada muy rápido.

Me pareció increíble que le diese vergüenza hablar de un tema desconocido con un desconocido, valga la redundancia.

—¿Qué se supone que hago con las mujeres? —Crucé los dedos y apoyé los codos con verdadero interés sobre mis rodillas.

Pareció dudar. Sin embargo, al final lo soltó tal y como le vino:

—Bueno... Ya has visto cómo actúa Haiden Keitaro conmigo. —Se avergonzó, pero no le costó decirlo. Era increíble. En todos los aspectos, era increíble—. ¿Tú haces lo mismo? —Su cabeza se levantó de un golpe para mirarme a los ojos.

Aguanté el aire, porque la desazón junto con la mala leche me recorrieron el gaznate. Tuve que respirar un par de veces antes de responderle:

—No. Yo no hago eso ni jamás se me ocurriría hacérselo a alguien. El sexo está para disfrutarlo, no para traumatizar ni maltratar.

Mi tono fue demasiado rudo y se percató de esa molestia.

—Perdóname. No quería enfadarte —repuso de carrerilla, y se dispuso a levantarse—. Solo era una pregunta. Yo no pretendía ofenderte ni...

La sujeté de la muñeca con delicadeza al oír el nerviosismo que pugnaba en su voz. Ella miró el agarre y después a mí con asombrosa rapidez.

—¿Me permites? —le pregunté, observando la sujeción y sus ojos de manera alterna.

Se quedó muy recta.

—Sí —susurró.

Tragué saliva antes de hablarle con franqueza, como estaba haciendo ella:

—Lo que Haiden te hace no tiene nombre. Si tú no quieres, él no debe tocarte. Si tú no quieres, él *no* debe meter su arma en ti. —Recalqué con mucha fuerza el no, tomando aquel comparativo que parecía no asustarla tanto—. Si tú no quieres, él no tiene derecho a rozarte siquiera la muñeca. ¿Entiendes lo que te digo?

Asintió varias veces. Ryan nos miraba.

—¿Por eso tú me pides permiso, aunque sea con los ojos, como debajo de las literas? —murmuró, pero me pareció más una afirmación que una pregunta.

Imité su gesto y asentí.

—Haiden es un maltratador, Natsuki. Los maltratadores no respetan nada, ni siquiera se respetan a ellos mismos. —Hice una pausa demasiado larga. Los ojos de Ryan me observaban muy atentos, podía verlo de soslayo. Entonces entendí que nos escuchaba—. Yo solo soy un hombre, nada más. Y como hombre, mi deber es respetar a las mujeres. Da igual quien sea, siempre hay que respetarlas.

Sus siguientes palabras me dejaron estupefacto, porque no las entendí:

—Honradez, justicia, valentía, compasión, cortesía, sinceridad y lealtad. —Cabeceó de manera afirmativa varias veces. Solté su agarre despacio—. Llevas el código del sintoísmo en la sangre. Los dioses kami estarían orgullosos de tenerte en sus filas. —Sonrió con cariño y adelantó el paso para perderse en el fondo del avión.

No me levanté para ir en su busca. Imaginé que necesitaba estar en soledad para recapacitar sobre la información que le había dado o, quizá, sobre lo que habíamos hablado.

Ryan tenía clavada su mirada en mí con un gesto de orgullo en el rostro que desapareció en cuanto Vladimir abrió los ojos. Según mis cálculos, estaríamos llegando al aeropuerto de Sicilia, así que no había dado mucho tormento en el camino.

Que los dioses kami de Natsuki se apiadaran de él, porque ese no sabía quién era la *Nostra famigghia*.

10

Un último deseo

No nos demoramos en entrar en Catania, atravesar la carretera que nos llevaba a la morada de los Sabello y aparcar en la entrada. Íbamos en un coche. El ruso se encontraba en medio de Angelo y de mí, Ryan iba al volante y Natsuki de copiloto. Los hombres de Angelo se habían marchado a Italia con Bill, y después este último regresaría a Atenas. No creíamos que hiciese falta más personal del que ya había en la casa de los Sabello, algo que confirmé cuando accedimos por la verja grande, donde más de diez hombres estaban repartidos. Supuse que eran la vigilancia de los Sabello y que habrían rodeado el perímetro. Si ya sabía que Vladimir tendría cero probabilidades de escapar con vida de allí, ahora lo ratificaba.

El amplio verde de la entrada de la vivienda familiar ya se atisbaba muy cerca. La mano me tembló un poco, aunque lo disimulé escondiéndola entre mi pierna y la puerta. ¿Por qué me daba ansiedad ahora? Adara. Esa era la respuesta. No quería verla destrozada, no quería verla hundida, y me aterraba que su mirada me recriminase algo. Nunca lo había hecho, sin embargo, sabía que la muerte de Riley la había sobrepasado. No me había interesado en llamarla ni siquiera una vez para preguntarle cómo estaba, aunque a mí tampoco me hubiese llamado nadie. Quizá era demasiado exigente con las situaciones que se escapaban de mi control.

Abrí la puerta del coche con el rostro siniestro. No habíamos cruzado ni una sola palabra durante el camino, pues le habíamos puesto cinta americana en la boca al ruso antes de salir del avión, e iba atado de pies y manos con dos gruesas cadenas, como si fuese un condenado a muerte, que lo era.

En la entrada de la vivienda estaban casi todos. Antonella y Claudio

Sabello, los padres de Tiziano, abarcando la puerta, con las manos por delante del vientre y los rostros muy serios, como los del resto. A su derecha, como si fuesen el brazo armado de Dios, se encontraban, en el siguiente orden, Tiziano, Romeo, Valentino, Dante, Piero, Claudio, Enzo y el hombre de confianza de Claudio padre: Francesco. Faltaban Alessandro y Adara. A la izquierda... A la izquierda estaba mi familia de sangre: Jack, Micaela, Carlo y... mi sobrina Aleshka. A su lado, Aarón y Noa.

Sentí que me ahogaba, pero lo que más noté fue la tensión y la tristeza de reencontrarnos todos para una venganza. Para matar al hijo de puta que nos había arrebatado tanto. Mis ojos se fueron hacia el arco principal de la casa cuando una sombra cruzó el pasillo que daba acceso a la entrada principal.

No me lo esperaba.

Todos habían salido del coche excepto Vladimir. Angelo se había acercado al lado de los imperturbables italianos, por supuesto, y Ryan y Natsuki habían decidido quedarse delante del vehículo. Los ojos de Noa se cruzaron de manera fugaz conmigo, y después con la japonesa.

La sombra del pasillo se hizo visible cuando Claudio padre se apartó. Adara apareció, sujeta del brazo de un temible Alessandro. El semblante dulce de mi amiga había desaparecido. Ahora se encontraban unas grandes ojeras que lo abarcaban todo. Le eché un vistazo rápido y vi un rostro apático, unos pómulos demasiado hundidos por la pérdida de peso y una barriga que hacía mención al poco tiempo que podría quedarle para dar a luz a esas dos gemelas. Era una Adara que clamaba venganza. Una Adara que jamás imaginé.

—Arcadiy —fue lo que obtuve como saludo.

El gesto me quebró un poco el alma, aunque no quise demostrarlo. Apreté la mandíbula, asentí quedo y metí una mano en el interior del transporte. Sin esperar, sujeté al ruso y tiré de él hasta sacarlo como si fuese un trapo. Lo lancé al suelo sin tacto y este se quejó de dolor al recibir el impacto en las costillas dañadas.

—Adara. —Usé el mismo tono frío y distante. Todos los Sabello me contemplaron como si le hubiese faltado el respeto a un dios. Ignoré los rictus sombríos—. Aquí tienes mi promesa.

No contestó. Dio un paso adelante, después otro, con cuidado y soltándose de Alessandro. Se llevó una mano a la espalda y la otra la colocó sobre su bajo vientre. Claudio padre avanzó un centímetro, pero ella lo detuvo al extender una mano. Tiziano no se movió de su posición.

Miró al suelo, contemplando al ruso con cara de asco y un odio que jamás había visto en ella. Vladimir la buscó, y pude apreciar que bajo la cinta

americana se mostraba una sonrisa perversa, pese a saber que iban a matarlo.

—Quítale la cinta —solicitó en tono neutral pero distante.

Tiziano fue el que dio el paso, antes que nadie. Se agachó para estar a su altura, tiró de ella con fuerza, haciéndole daño a posta, y el ruso dijo, con la misma sonrisa que me había imaginado:

—¿Todo esto es por mí? Menuda bienvenida... —se jactó—. Si llego a saberlo, la habría matado a ella. —Cabeceó en dirección a Adara.

La nombrada se mantuvo quieta, sin cambiar un ápice de su expresión facial. Tiziano sonrió, y yo conocía muy bien esa sonrisa. Era sádica y no auguraba nada bueno. Ni siquiera supimos el momento en el que ocurrió, pero había sacado la navaja del bolsillo, la había abierto y sin dilaciones le había cortado el lado derecho de la cara, haciéndole la sonrisa más grande, separándole la piel.

El alarido fue descomunal.

Tiziano se acercó mucho a su rostro, compungido por el dolor.

—Si en algún momento de tu corta y miserable vida —silbó con inquina y tenebrosidad— se te ocurre volver a gastar una bromita sobre mi mujer o mis hijas... —los ojos de Tiziano se tornaron negros, muy negros—, te colgaré en lo alto de un poste y te despellejaré hasta que te veas los vasos sanguíneos. Ya intentaré que no mueras antes. Tengo experiencia en eso, *ruso*.

Se levantó, me miró y regresó a su postura de mafioso temerario con el resto de sus hermanos. Pude escuchar el quejido ahogado de Vladimir antes de que Adara sentenciase:

—Llevadlo dentro. —Sus ojos verdes se clavaron en mí mientras continuaba—: Quiero que sienta dolor. Un dolor insoportable. Que sufra hasta el último momento, que se desangre, que suplique clemencia y que, aun así, ruede su cabeza.

Tragué saliva al escuchar la contundencia con la que habló. Sin embargo, pese a ese cambio radical en su tono, cuando Romeo y Piero avanzaron para llevarse al ruso, Adara continuó su camino en mi dirección y se lanzó a mis brazos con verdadero anhelo. Tuve miedo de envolverla en un abrazo tierno. Mis ojos buscaron la ayuda de su marido, y Tiziano ya me esperaba con una sonrisa en los labios.

—Joder, Adara... —musité, y metí mi cabeza en su cuello—. Pensé que te habían cambiado por la novia de Chucky.

Sentí que su cuerpo temblaba y busqué su rostro mientras la envolvía con los brazos. Me miró. Allí vi el reflejo del sufrimiento que había pasado, ese que no le permitiría seguramente dormir ni comer, ni siquiera continuar.

—Lo siento mucho. —Sus ojos brillaban. No la entendí—. No he podido

llamaros a ninguno. No he podido mandarte un simple mensaje porque la pena me ahoga, Arcadiy.

El sonido de un golpe seco nos devolvió a los dos a la realidad. Elevé el mentón y me encontré a Jack pateándole la cabeza a un Vladimir que trataba de cubrirse en el suelo. Tiziano se acercó para detenerlo, porque acabaría matándolo a hostias. Claudio padre buscó mi ayuda y me separé de Adara tras un breve vistazo. Antes de deshacerme de su contacto, me sujetó una mano.

—No me juzgues por lo que he hecho.

No entendí lo que quería decirme, pero tardaría menos de cinco minutos en hacerlo. Me aproximé con pasos apresurados a Jack, viendo perfectamente cómo Tiziano le arreaba una patada a las mismas costillas que yo había pateado, para acto seguido disimular. No iba a cambiar en la vida.

—Jack. —Tiré de su brazo al llamarlo.

No pronunció una palabra, y no hacía falta, pues la rabia estaba patente en su mirada iracunda. Volví a tirar de su brazo, pero nada. Busqué ayuda en mi hermana, que se encontraba apoyada en la pared, junto a mi sobrina Aleshka. En los semblantes de ambas también se reflejaba el fiero clamor de la venganza.

—¡Jack! —bramé. Pareció bastar para que dejase de golpearlo.

Escupió con desdén sobre su rostro y pasó por su lado para entrar en la vivienda. Detrás de él, los anfitriones; después, los hermanos Sabello junto con Angelo, quienes sujetaron al ruso como si fuese un saco de basura para llevárselo con ellos; mi hermana, mi sobrina, Carlo y Francesco fueron los siguientes. Tiziano se quedó conmigo, Ryan nos adelantó con Adara, y Natsuki se esperó la última, a mi espalda. Mis ojos se clavaron en las dos personas que quedaban en la calle: Noa y Aarón. La primera se lanzó a mis brazos, donde la recibí con un fuerte gesto cariñoso mientras agasajaba su cabello.

—Estás bien —musité sobre su cabeza—. Aarón. —lo saludé. Choqué mi puño con el suyo y nos sonreímos, aunque esas sonrisas no fueron alegres.

Sentí cómo el rostro de Noa se alzaba. No me hicieron falta ojos en la nuca para adivinar que estaba contemplando a la japonesa, inmóvil a mi espalda.

Se separó de mí lo justo para poder mirarme a la cara. Tocó mi mejilla, aunque su atención no estaba puesta en mí al completo, pues sin querer alternó entre mis ojos y el cuerpo menudo situado detrás de mí.

—Me alegro de verte, Hades. —Sonrió y juntó su frente con la mía.

Cerré los ojos momentáneamente, sintiendo aquel contacto que me pareció necesitado. La había echado de menos, sí, pero algo en mi interior me dijo que no tanto como me había imaginado. El corazón no me había latido a la misma

velocidad que cuando me había encontrado con Natsuki en Atenas, y eso me asustaba.

—Siento interrumpiros, pero tenemos que acabar con esto ya —anunció Tiziano.

Con una última sonrisa en mi dirección y una mala cara en la de la japonesa, Noa se separó y entró con Aarón en la casa. Tiziano se encendió un cigarro, soltó el humo y me ofreció uno que decliné.

—¿Cómo está? —fue lo único que le pregunté, refiriéndome a Adara.

—Terriblemente mal. No hace falta que te cuente mucho después de haberla visto. —Le dio otra calada—. En casa, Riley tenía su habitación, ya sabes que le encantaba venirse aquí con nosotros un tiempo. —Miró a Natsuki e hizo un silencio extenso antes de decir—: No ha permitido que se saque ni se toque nada del dormitorio. Lo ha cerrado a cal y canto, como si fuese su lugar sagrado. Necesito que esto acabe, Arcadiy.

Se lo veía derrotado, y lo comprendí. Chasqueé la lengua, momento en el que la presencia de Natsuki se hizo evidente a mi derecha.

—Hoy se acabará, Tiziano. Tendremos que superar esto juntos.

El italiano siciliano parecía ido, como si no supiese qué decir. Miró a la japonesa de nuevo. No sabía el porqué de tantos intercambios de miradas, como si quisiesen decirse algo que yo no debería saber. Enarqué una ceja, cuestionándolos.

Lo que salió de la boca de Tiziano me dejó más estupefacto de lo que creí:

—Me ha pedido algo que... —Se frotó el mentón con desesperación—. Esa no es mi bambina, principito. No lo es.

Tras eso, rio como el demente que era. Lo di por perdido, pero sí que me volví de cara a Natsuki como un vendaval.

—¿Tú has tenido algo que ver?

Ya tenía las manos colocadas a la espalda. No podía enfadarme con ella, porque me daba la sensación de que todo lo que hacía era por ayudarnos de verdad, por ganarse mi confianza.

—Adara Sabello se puso en contacto conmigo antes de que yo fuese a verte a ti. Me pidió unos datos sobre el hombre al que vais a matar y yo se los facilité. No es nada malo ni te he mentido —añadió de carrerilla pero muy calmada.

Moví mi cabeza un centímetro, por si no la había escuchado bien.

—¿Qué coño habéis hecho, condenados?

La voz teatral de Tiziano me sobresaltó:

—¡Pasen y vean! —Lo siguiente lo dijo bajito, pero lo escuché—: Gracias, japo.

—No me las des —le respondió ella con esa parsimonia y tono misterioso.

—Te pediría que te unieses a mi mafia, pero ya tienes una organización que recuperar y eso infringe nuestras normas.

—Con que tengamos un tratado de paz entre los Keitaro y los Sabello, me basta.

No escuché más partes de la conversación porque me aligeré a descender los escalones que me separaban del sótano de las torturas, como Adara lo llamaba. Los bajé de tres en tres, casi sin tocarlos, hasta que llegué al último.

Habían limpiado la zona de estanterías y muebles, y la sala estaba cubierta con un enorme plástico transparente. Vladimir estaba sentado de cara a un telón negro en el que no se veía nada porque las luces se encontraban apagadas, y al fondo, algunos de los que habíamos bajado, aunque no todos.

Valentino fue el que arrastró una silla al lado de Vladimir. No sabía qué iba a ocurrir, pero pronto lo descubrí cuando Adara salió de detrás de ese telón negro, se sentó a su lado sin ningún miedo y miró al frente.

—¿Alguna vez te han hecho daño, Vladimir? —le preguntó en tono neutro.

El ruso rio con nerviosismo, pese a tratar de ocultarlo.

—Eres una niñata estúpida que se cree algo por ser la mujer de un capo de mierda.

Una bala atravesó la sala desde mi lado izquierdo e impactó en la rodilla derecha del ruso. Viré el rostro y me encontré a mi hermana Micaela junto al cañón humeante. El grito de dolor hizo eco, seguido de unos agónicos jadeos. Mi mirada se posó en el telón negro, titubeante. Vladimir alzó el rostro al ser consciente de ese sonido.

—No me gustan las faltas de respeto. Vuelvo a preguntarte, ¿alguna vez te han hecho daño, Vladimir?

Sus ojos encolerizados se fueron a los míos al instante.

—Sí —escupió con mucha rabia.

—No hablo de ese daño. No del que es impuesto por culpa de otra persona que no te ha querido. —El ruso la miró con desdén—. Mi padre nunca te quiso a ti ni a mí ni a mi hermano. Ni siquiera a él. —Me señaló con un movimiento de cabeza—. Mi padre solo se quiso a él mismo. —Tras un extenso silencio, habló de nuevo—: Pero a mí sí me han hecho daño. Tú me has hecho mucho daño con la persona equivocada. —No le tembló la voz ni por un breve instante.

—Pues me alegro por ti, *hermanita* —se jactó, pese a saber que tenía todas las de perder.

Adara asintió, con los ojos fijos en el telón. No sabía muy bien qué había allí, aunque intuí que se trataba de personas, pues esos quejidos no eran

animales. El sollozo se escuchó de nuevo. Al ruso le cambió la cara y palideció.

—Claudio —Adara se dirigió al hijo mayor de los Sabello—, por favor. Antes había unas normas en las mafias. Unas normas que impedían tocar a mujeres y niños en asuntos de negocios o en problemas como los que hemos tenido nosotros. —Señaló a Vladimir y después a ella—. Pero eso ya no existe. Eso ya se ha perdido. Se le ha perdido el respeto a todo, incluso a dejar con vida a las personas que tienen bondad.

No era la misma Adara que hacía unas semanas. Ninguno éramos la misma persona porque el sufrimiento nos había hecho mucho daño, nos había cambiado. Mi amiga asintió. Claudio corrió el telón y, allí, colgados como si fuesen sacos, se encontraban dos hombres, dos mujeres y un adolescente de no más de diecisiete años. A su espalda, Jack el primero, y después Enzo, Angelo, Romeo y Piero.

—No... —bisbiseó Vladimir, y le dio un fuerte tirón a la silla. Ryan lo sentó a plomo, sujetándolo por los hombros—. ¡¡¡No!!! ¡¡No!!

Los hombres de mi familia que había detrás sacaron un sable y dieron un paso. Ese sable era muy parecido al que mató a Riley.

En medio de los gritos, Adara retomó la palabra:

—Pensaste que no daríamos con nadie que te importase. Pero todo el mundo tiene a alguien que le importa, como a mí me importaba Riley.

—¡¡¡No!!! ¡Ellos no tienen la culpa! ¡Suéltalos y mátame a mí! ¡¡Suéltalos!!

Desesperación. Eso era lo que marcaba su voz. Sí, no había mayor tortura que ver morir a tus seres queridos por actos que, tal vez, habías impulsado tú. En el caso del ruso, no había un tal vez, era algo contundente.

—Muerto el perro, se acabó la rabia, Vladimir —le dijo ella, y volvió a mirarlo como si no fuese la misma persona que me había abrazado en la calle —. Los tenías bien escondidos, pero mi gente es más inteligente que tú.

Miré de reojo a Natsuki, quien, aunque se mantenía en postura de sabia, desvió la atención hacia Tiziano una milésima de segundo, la suficiente para que yo los pillase al vuelo. Miré a mi sobrina Aleshka, situada al lado de Valentino.

—No tienes por qué hacerlo...

El quejido de la mujer más mayor retumbó en el salón, seguido del sollozo de uno de los hombres. Un cabeceo de Adara, un paso más de nuestra gente.

—Tú tampoco tenías por qué matar a Riley, Vladimir. Aun así, lo hiciste.

—Lo siento... —solicitó agónico—. Lo siento, por favor. Déjalos en paz, ¡yo pagaré la deuda que debo! ¡¡Ellos no tienen nada que ver!!

Todo atisbo de chulería se convirtió en una notoria desesperación. Buscó con terror a las personas que lloraban sabiendo su final. No reconocí a nadie. Antes de terminar con aquel sufrimiento, Adara se extendió en sus explicaciones. Eso no estaba bien, sin embargo, no pensaba ponerla en entredicho, y mucho menos delante de nadie, porque Riley tampoco se merecía morir. De haberlo sabido, yo también habría matado hasta a la última persona que le quedase en la tierra. No me hacía falta ser una mafia para tenerlo claro.

La japonesa dio un paso a mi lado. La observé de reojo.

—El primer hombre te crio junto a la tercera mujer cuando eras un adolescente casi adulto. Digamos que fue en la época en la que mi padre te sacó a rastras de la fortaleza. Todavía me pregunto el motivo de por qué no te mató.

—¡¡¡Porque me quería más que a todos vosotros!!! —escupió con rabia.

—Tiene que mirárselo —escuché que decía alguien, no supe si Romeo o Angelo.

—La segunda es tu futura mujer, sin embargo, ella sabía poco más de lo que pretendías hacer en tu vida. —Cabeceó hacia el último—. Ese chiquillo es su hijo, no el tuyo, pero lo quieres igual aunque siempre te haya odiado por separar a su madre de su progenitor. Es interesante la vida, ¿no crees? Tú, como padre, estás dispuesto a querer a alguien que no tiene tu misma sangre, cosa que a ti no te concedieron en el pasado.

Estaba siendo dañina, y me dio exactamente igual. Adara mantenía las manos sobre su vientre, en una postura relajada y con un tono firme, sin titubear y sin adornos. Era directa y clara, la digna señora del capo de esa familia.

—Hija de perra... —salivó.

—Un último deseo, Vladimir —musitó, mirando al frente.

Tiziano estaba como un pavo hinchado antes de Navidad, y ya no hablábamos de Claudio padre. Pese a lo grotesca que era la situación, las caras de orgullo de los Sabello eran épicas.

—No los mates, por favor... —solicitó en tono bajo el ruso, alejando de nuevo esos cambios de humor tan radicales.

Adara no mostró ningún gesto de afecto. Elevó la mano, la dejó suspendida y, girando el rostro hacia Vladimir, sentenció:

—Deseo no concedido.

Su mano descendió, y con ella, los gritos de dolor y los sables atravesando los pechos de las cinco personas que había colgadas en el frente. Mis ojos se fueron a mi sobrina, quien no separaba la vista de lo que acontecía. Los gritos

de Vladimir fueron vibrantes, hasta que Valentino llegó a su espalda y le colocó un trozo de cinta americana en la boca.

—Voy a darte el privilegio de quedarte con ellos a solas unos minutos mientras terminan de morir. El castigo será que no podrás hablarles, pero sí ver cómo se apagan sus miradas con lentitud, desangrándose. Como Riley. —Adara se levantó—. Después, voy a pedirle amablemente a algunos de mi *famigghia* que se queden contigo. Eso será una sorpresa.

Alessandro cogió la silla donde se había sentado su cuñada y la retiró. Extendió un brazo para que ella se sujetase de él y, ponzoñosa, terminó de decir mientras Vladimir lloraba en silencio:

—Puedes ir rezando para que no te toque alguien como mi marido, o podrás verte las venas del cuerpo. Te aseguro que no es agradable ni fácil de aguantar. —Colocó su delicada mano sobre su hombro izquierdo y le dijo—: Nos veremos en el infierno, *hermanito*.

Adara salió de allí, seguida de Claudio padre y Antonella. Aarón los siguió con Angelo, y Noa adelantó el paso también, no sin mirarme antes. Todos lo hicieron a continuación, hasta que me quedé el último. Natsuki me contempló, preguntándome de manera muda si estaba seguro. Asentí brevemente y ella me imitó.

Mis ojos se fueron a las personas que había colgadas, terminando de soltar sus últimos y agónicos respiros. No sentí nada por ellos, pero sí por la persona que tenía delante de mí, contemplándome con furia y cambiando su mirada al dolor cuando los enfocaba a ellos.

—No debiste hacerlo —murmuré, más para mí que para él. La mano me tembló—. Habrías podido ser quien quisieras, sin necesidad de imitar a nadie, sin necesidad de imitar la atrocidad que un día fue tu padre.

Su atención se enfocó en mí. Di una zancada y le quité la cinta americana. Estaba deseando que lo hiciese, ahí me demostró lo que le importaba que sus únicos seres queridos estuviesen marchándose de este mundo.

—¿Cómo puedes hablar así de él? ¡¡Te quería más que a nadie!!

—¡¡Anker no quiso nunca a nadie, Vladimir!! —mi grito lo descolocó.

Me giré y le di la espalda, tratando de controlar la agitada respiración que aceleraba mi pulso. «Uno, dos, tres, cuatro...». La cuenta comenzó en mi cabeza. No entendí por qué, pero fue la voz de Natsuki la que me imaginé, no la mía.

—¿Por qué no pude ser yo? ¿Por qué tuviste que ser tú?

Su primera pregunta plasmaba un deje de añoranza grandísimo; la segunda llevaba un rencor excesivo. Viré mi figura hasta contemplarlo y me percaté de que observaba los cuerpos laxos.

—Porque la vida es así de jodida, Vladimir. Tomamos decisiones inapropiadas, como las que tuviste tú al meterte con las personas equivocadas. Y —palmeé mi brazo y extendí mi mano hacia su familia— aquí están tus decisiones. —Lo miré con todo el odio del mundo—. Muertas. Tus decisiones están muertas porque tu sufrimiento verdadero es este, no el que vamos a infringirte los demás.

—Lo hice todo por él. Estaba dispuesto a seguir haciéndolo todo por él... —No me hablaba a mí, le hablaba al pensamiento de lo que podría haber sido y no fue.

—Luchaste por un imposible.

Apretó los dientes y me fulminó con la mirada.

—¡Luché porque quería a mi padre!

—No, Vladimir. No querías a tu padre, querías el afecto de tu padre. Son dos conceptos distintos.

Me apartó los ojos, como si aquella teoría tuviese el peso necesario para desestabilizar todas sus barreras.

—Lo matasteis en su propia casa. —Rio de manera macabra. Empecé a pensar que tenía un problema de bipolaridad—. Sois unos degenerados egoístas. Ratas de alcantarilla...

Interrumpí su siguiente retahíla de insultos:

—Un degenerado es una persona que intenta levantar un imperio como el de ayer, con niños que se asesinen entre ellos y tienen que matar por un trozo de pan. Eso es ser un degenerado —solté con aplomo.

—Nos enseñaron a crecer en este mundo al que ahora pertenecemos. —Parecía ido.

La ira bulló por mis venas como si tuviese un volcán dentro. Me acerqué a él veloz, apoyé mis manos en los reposabrazos y siseé:

—Jamás habría estado metido en este mundo si nadie me hubiese arrebatado a mi familia cuando tenía seis años, si nadie me hubiese lavado el cerebro y si no hubiese pisado aquella puta fortaleza nunca, Vladimir.

Elevó el mentón con tranquilidad, y aquellos ojos tan parecidos a los míos me inspeccionaron como si anhelaran ser yo. Estaba jodidamente loco.

—Y aun así disfrutas matando —su tono sonó a delirio—, asesinando a personas que no tienen la culpa de quiénes somos... —los miró—, y no lo has detenido, *asesino*.

—¡Los asesinos no detenemos los asesinatos, *ruso*! ¡Y mucho menos si son pagos de deudas o venganzas! Tal vez te perdiste una clase —bramé, recalcando su apelativo, como había hecho él.

Apretó la mandíbula y aprecié un brillo inusual en su mirada. Comenzaba

a tener sentimientos, a ser consciente de lo que acababa de ocurrir.

—No teníais que matarlos, ¡eran inocentes!... —musitó con agonía.

Le coloqué la cinta americana de nuevo y sentencié:

—Tú tampoco tuviste que matar a Riley. También era inocente.

11

Te envidio, pero gracias

Natsuki Tanaka

Me mordisqueé el labio en el exterior de la casa de los Sabello. Era un lugar muy hermoso, con muchos bosques y un extenso terreno a las afueras del gran bullicio. Aquello nada tenía que ver con mi adorado Japón, pero estaba muy bien.

Crují mis dedos de las manos, que los tenía entrelazados a la espalda mientras caminaba de un lado a otro. Me había asegurado de apartarme de la multitud de la casa, y aunque estaba preocupada tontamente por Arcadiy, concebí que lo mejor era alejarme de allí.

En mi soledad impuesta, sentí una presencia a mi espalda, aunque me contuve de sacar a la samurái que había en mí hasta saber de quién se trataba. El olor a perfume de mujer me impactó en la nariz y, por la firmeza de las pisadas, supe que se trataba de Micaela Bravo o de Noa Wood. No tenía muchas ganas de que fuese la segunda, aunque no iba a demostrarlo. Con la hermana de Arcadiy no tenía apenas confianza, pero me caía mejor. ¿Por qué? Noa Wood no me había hecho nada. Bueno, habíamos tenido nuestras rencillas y nos habíamos golpeado hasta la saciedad, pero eso no era nada, ¿no?

En efecto, el sistema kármico del mundo me dio en las narices y a lo grande. Bastó un centímetro mientras me giraba para encontrarme a Noa Wood caminando hacia mí. Todavía le quedaban unos pasos hasta llegar a mi altura, así que me fijé en ella y pensé en la cantidad de adjetivos con los que podría definirse a esa mujer.

Era extremadamente guapa, tenía las agallas de una guerrera y sus facciones se veían delicadas pero marcadas por alguien que pisaba fuerte por

donde anduviese; daba igual que lo hiciese con tacones o zapatos de deporte, como los que llevaba en ese momento. No acostumbraba a verla tan casual, porque siempre lucía despampanante y sumamente intachable. Hasta su melena rubia mostraba unas ondas en perfecta sintonía. Era increíble.

Sus ojazos azules se clavaron en los míos. Detuvo sus pasos para mantener la distancia necesaria entre las dos. Mi rostro se movió un poco a la derecha, prestándole más atención.

—Me asustas un poco cuando te pones en esa pose de sargenta y doblas el cuello.

—Yo no doblo el cuello —repuse, pero me di cuenta de que sí. Sí lo doblaba.

Hizo una mueca con el rostro y puso esos morritos tan particulares en ella.

—Está bien. —Elevó las manos y después las frotó con sus pantalones—. ¿Cómo estás?

Enarqué una ceja.

—¿Cómo estoy yo?

Noa Wood aguantó un suspiro.

—Yo no veo a nadie más, Natsuki —añadió con hastío. Qué borde era cuando quería.

Comencé a caminar de un lado a otro. Me percaté de que hacer eso mostraba un indicio retador, como si estuviese analizándola más de lo permitido, cuando en realidad lo hacía por pura inercia de no quedarme en el sitio. Sus ojos me siguieron con mucha lentitud. No me extrañaba que a Arcadiy le gustase esa mujer. Era magnífica, y cuanto más me fijaba, más me gustaba. ¿Podrían gustarme las mujeres también?

Estaba muy verde en todos los temas relacionados con el amor y el sexo, de manera conjunta o por separado. Sin embargo, me sentí aliviada al saber que disponía de una persona a quien preguntarle todas mis dudas mientras llegábamos y actuábamos en Japón. De repente, me vino un pensamiento: el de si podría parecer una idiota o si Arcadiy podría pensar que estaba cachondeándome de él. Tenía que mantener una de esas conversaciones sinceras, cuando se diese el momento.

—Se me hace extraño que me preguntes por mí. Hasta hace poco querías arrancarme la cabeza.

Exhaló con fuerza y se metió las manos en los bolsillos de la enorme sudadera que llevaba. Creí ver antes de salir que Dante Sabello se la había lanzado por la escalera. ¿Podrían gustarte dos personas a la vez? Porque a Noa la había visto con Arcadiy y con el gemelo de Tiziano.

—Ya, bueno. —Cabeceó de manera afirmativa—. Hemos tenido nuestras

rencillas.

Se creó un silencio muy incómodo entre las dos. Dejé de caminar, porque me agobió pensar que podría estar retándola con mis pasos. Ella no dejaba de controlar cada uno de ellos, y yo, cada mirada suya. Qué situación tan extraña.

—Estoy bien, gracias —le dije por toda respuesta, deseando que se marchase de allí y me dejara con mi soledad.

—Ya. —Segundo silencio—. Oye, Natsuki... —Elevé la barbilla para contemplarla bien. Era tan alta como Arcadiy, y yo parecía un enano a su lado —. Me gustaría ayudarte.

—¿Ayudarme a mí? —Pareció una pregunta altanera, que no lo era.

Me mostró su perplejidad por la manera de decírselo. Prometo que no fue con malas intenciones.

—Sí —recalcó con tonito.

—Pero vosotros debéis acabar con Peter Callum y su célula.

Chasqueó la lengua y, tras el tercer silencio extenso, añadió:

—Me cuesta mucho mantener esta conversación contigo porque en el fondo te odio.

Tuvo que notar mi asombro porque creí incluso que la cabeza se me había movido hacia atrás de la sorpresa. A lo lejos vi que Arcadiy acababa de salir del sótano y se disponía a fumarse un cigarro en la calle. Nos miró.

Noa se giró, lo vio, sonrió con verdadero amor y regresó a mí. Yo no daba crédito a lo que había dicho ni entendía los motivos.

—Disculpa, no sé si te he enten...

—Me has entendido perfectamente, Natsuki —me interrumpió, y dio un paso. Yo me puse en guardia inevitablemente—. Te odio porque yo lo quiero. Lo quiero de verdad.

Tragué saliva ante esa afirmación que tanto daño me hizo en el pecho, aunque tampoco entendí el motivo. Prensé los labios y mostré mi confusión. Aquella tía dura que pensé que comenzaría una pelea sin argumentos esbozó una triste sonrisa, se sacó las manos de los bolsillos y las colocó con fuerza en mis hombros.

Arcadiy continuaba mirándonos con fijeza.

—No se la juegues, japonesa. Porque si se la juegas, yo misma iré a Japón y te arrancaré la cabeza, aunque tenga que aprender artes marciales.

—¿Por qué iba a jugársela? —le pregunté con verdadero interés.

Soltó mis hombros y supe que su contacto había sido extremo o muy necesitado. De inmediato, me embriagó un sentimiento de valentía inaudito. Esa era Noa, una persona valerosa de pies a cabeza.

—No tienes un perfil precisamente lícito. Todos lo sabemos.

—¿Me habla una fugitiva? —cuestioné, y rio con soltura.

—No puedo creerme que sepas hacer bromas —dijo con una sonrisa en los labios. Una sonrisa que se apagó al momento—. Natsuki, lo de ayudarte era completamente cierto. Sé la situación que tienen tus padres ahora mismo y..., bueno..., yo solo quería ofrecerte mi casa en Castle Combe, en Reino Unido. Allí estarán bien protegidos. De hecho, todos terminaremos en el país para estar más cerca de Peter.

Muda. Así me dejó. Estaba ofreciéndome una ayuda desinteresada para mí y para mi familia mientras arreglábamos nuestras deudas con Peter Callum. De nuevo, me descolocó, y también permití que viese que yo era humana y que las cosas me asombraban.

—Supongo que gracias, Noa Wood.

—Supongo que de nada, Natsuki Tanaka.

Las dos reímos. Tenía que plantearme más en serio lo de los apellidos.

—¿Tu hermana y tu amigo Klaus están bien? —me interesé, acordándome del rubio de ojos claros.

—Sí. Ambos se encuentran en Mánchester, con el amigo de Klaus, Edgar Warren[7]. Cuando regresemos, iremos a por ellos para marcharnos a Castle Combe. —Asentí, y sin esperármelo, volvió a tener contacto conmigo. Colocó su mano en mi brazo y me soltó con firmeza—: Natsuki, te envidio, pero gracias. Gracias por todo lo que has hecho por nosotros.

Cabeceé en señal de un «De nada», porque sus palabras me tenían muda. ¿Por qué me envidiaba? ¿A mí? Esa mujer no tenía nada que envidiarme, y aun así atisbé la sinceridad en su mirada. ¿Cómo era posible eso?

Me soltó para marcharse de allí, con media sonrisa en el rostro. Antes de que se girase por completo, la sostuve del antebrazo y me miró con extrañeza por mi gesto.

—¿Por qué me tienes envidia? ¿Por no saber artes marciales? —le pregunté babélica.

Las comisuras de sus labios se ensancharon más y me mostró una perfecta y radiante dentadura. Hasta eso lo tenía bien.

—No le hagas daño. Ha sufrido mucho en la vida. Lo que menos necesita es que dos mujeres le den quebraderos de cabeza. Y yo soy plenamente consciente de cuándo tengo que retirarme.

Me extrañé. ¿De qué demonios hablaba?

—No entiendo lo...

—¿Vienes de otro planeta, Natsuki Tanaka?

Sonrió y se giró para continuar su camino, dejándome estupefacta e interrumpiéndome por segunda vez. O la gente tenía mucha manía con hacer

eso, o a mí mis padres me habían enseñado a ser demasiado respetuosa y solo lo hacía en contadas ocasiones. Me hacía gracia cuando me llamaba con mi apellido, porque lo hacía de una manera que recalcaba mucho el tono rudo de Noa Wood.

La vi alejarse. Arcadiy permanecía en la puerta, sin pestañear. Cuando ella llegó a su altura, le plantó un beso en la mejilla con un cariño que pude respirar desde el otro extremo. Ella le sonrió y él la observó confuso, tanto como lo estaba yo por sus palabras.

¿Qué había querido decir? Automáticamente, mi pensamiento se esfumó cuando Ryan salió, seguido de Jack y el macabro capo de los Sabello. Vi que Angelo Fachinni se despedía de ellos en la entrada y se marchaba con dos de los hermanos. Si no me equivocaba, eran Piero y Claudio Sabello. Había estudiado a aquella particular familia, y me parecían sumamente interesantes.

No me percaté de los movimientos de unas piernas fuertes y ágiles que avanzaban en mi dirección hasta que casi tuve a la persona en cuestión encima. Lo miré a los ojos e intuí las ganas que tenía de terminar con el asunto ya.

—¿Te encuentras bien, señor de ciento cincuenta años? —inquirió.

—Mmm... ¿Sí?

No pude reprimir la risa por cómo me había llamado. Se toqueteó las manos; supe que sin saber dónde meterlas. Hablé al ver que no sabía por dónde salir:

—¿Por qué has venido? Están esperándote. —Moví la cabeza con hosquedad hacia la entrada, donde estaban los tres que habían salido en su busca.

Resopló.

—¿Todo bien con Noa?

Lo miré a los ojos. Había verdadera preocupación en ellos.

—Sí —aseveré, sin querer dar más información que lo despistase de su cometido—. Arcadiy, vete. Estaré bien. De momento, estos no han querido matarme.

Rio. Aquella risa me pareció el sonido más enigmático que había escuchado en la vida. Apreté las manos con fuerza a la espalda, porque me entraron unas ganas tremendas de tocar las suyas. A mí. ¿Qué me pasaba?

—Me parece que tiene que ver cierta ayuda para encontrar a la familia del ruso —manifestó.

—Solo lo he hecho para que me dejasen una cama donde dormir.

—Eh, sabes bromear —me dijo con guasa, y reí porque Noa Wood acababa de decírmelo también. Dio un paso, y ese acercamiento me puso muy

nerviosa—. Eso no quita que el señor de ciento cincuenta años me deba una explicación de por qué no me había enterado de los nuevos acontecimientos.

Como bien había dicho Adara, ella se había puesto en contacto conmigo, y yo no había dudado en tirar de telas de araña hasta descubrir que Vladimir Sokolov tenía a alguien más. Todos teníamos a alguien. Si no era familia, eran amigos, vecinos, pero nadie estaba solo en el mundo. Me habían bastado un par de ubicaciones, llamar a la mujer que se había puesto en contacto conmigo y que los hermanos Sabello hiciesen el resto.

—Ahora no pienses en eso. Están esperándote —le dije, moviendo la cabeza hacia la entrada.

Elevó la mano derecha y a mí casi me dio un infarto. Me miró a los ojos, como si estuviese pidiéndome permiso para algo que no entendí tampoco, y asentí casi de manera autómata. Me envolvió en sus fuertes brazos, escondiéndome del mundo entero. Allí me sentí más feliz de lo que había estado nunca. La satisfacción que tuve al ser consciente de la necesidad de ese abrazo fue un maremágnum de emociones para mí, porque Arcadiy me había buscado para sentirse en paz. Para sentirse pleno.

La respiración se me cortó cuando lo escuché decir:

—No lo entiendo, pero tenía que abrazarte.

Estaba tiesa como un palo, con los brazos a ambos lados del cuerpo mientras él me envolvía por completo y su mano comenzaba a ascender hacia mi cabello negro.

—Estás pillando carrerilla con lo de la sinceridad.

—¿Puedes dejar de parecer un palo de escoba? —malmetió con guasa, y le dio un ataque de risa.

La alegría se me contagió y levanté las manos con más miedo del que quise reconocer. Las miré atónita, casi embelesada por el recorrido que hacían por sus brazos, tocándolos, sintiéndolos, hasta que llegué a su nuca y rocé las puntas de su cabello rubio con las yemas de los dedos.

Me sobresalté al escucharlo hablar de nuevo, porque no lo esperaba:

—Estás recreándote. —Sonó jocoso.

—¿Con qué? —le pregunté, sin comprenderlo.

Su tacto me pareció maravilloso. El estómago se me contrajo y sentí que algo más revoloteaba dentro de él. ¿Tendría hambre? No, aquello no tenía sentido con lo que sucedía, y era un momento muy inoportuno para que me rugiesen las tripas.

Se separó de mí y nuestras bocas quedaron muy juntas, pues él había descendido el rostro para tenerme muy cerca. Mi cabeza se encontraba alzada para mirarlo mejor. Allí vi la verdadera magia de unos ojos que me

hipnotizaron como si me hubiesen lanzado uno de esos hechizos de los que tanto se hablaban en mi hogar.

La respiración se me aceleró, escuché mis propios latidos en el oído e incluso creí que los suyos también. El aire pareció flotar con diversos colorines, como si todas las auras del mundo se hubiesen juntado a nuestro alrededor y nos envolviesen en un baile especial y fascinante. Miré sus labios, con unas ganas de besarlo que me asustaron. Yo no era así, nunca había sentido esos impulsos por un hombre. ¿Qué demonios me sucedía?

Me encontré entreabriendo la boca y me tambaleé un centímetro. Él se dio cuenta y me sostuvo con más ahínco de las caderas. Nuestros ojos parecían haberse quedado prendados los unos de los otros.

—¿Te encuentras bien? —repitió la pregunta, solo que esa vez su tono se me antojó ronco. Muy ronco.

—Sí... —musité.

Su atención se centró en mis labios y casi me desmayé. No sabía si rezarles a los dioses para que no me besase o que lo llevase a cabo ya para saber por qué tenía tantas ganas de que lo hiciese. Eso no era lo corriente. Los hombres no eran buenos, o eso me pensaba yo. ¡Bah! No sabía, estaba hecha un lío. O él era mi lío.

—¿Arcadiy?

La voz de Ryan me sobresaltó y el hombre que me sostenía sonrió con pillería. Soltó con lentitud mis caderas, ocasionando que tuviese que retirar mi contacto, de mala gana. Deslicé las manos por sus brazos, tocándolos un poco más. Ahora no quería que se alejase de mí. Él me contempló como si se hubiese dado cuenta y me avergoncé de inmediato, tal vez por estar actuando de una manera que no debía.

Sonrió como un canalla.

—Pórtate bien, tigresa.

Muda. Así me quedé por segunda vez en pocos minutos. ¿Por qué me llamaba de nuevo de esa forma? No supe qué contestarle, y mucho menos cuando depositó un casto beso en mi frente y se giró para marcharse de allí. El corazón me latió frenético, pues recordé en el mismo instante las palabras que mi padre me había dicho un día sobre esos besos.

Eiji Tanaka decía que las personas que te besaban en la frente eran protectoras. Que aquello era una muestra clara de que le importabas y te respetaban. De hecho, él siempre aseveraba que un beso en la frente era la muestra de amor más especial que uno podía tener.

Me sentí sobrecogida ante esos pensamientos mientras lo veía marchar hacia el interior de la vivienda. ¿Sería casualidad? ¿Sería el destino? ¿Sabría

siquiera lo que significaba ese gesto? No. No podía saberlo. Y aquello le había salido por inercia, tal vez por protección. ¿Y por qué me había llamado tigresa? «¡Ag!».

—Voy a meditar —me dije a mí misma.

Giré sobre mis talones y atravesé lo poco que me quedaba para llegar al bosque que había frente a la casa. Me interné en el esponjoso paraje y me detuve para descalzarme. Sentí la tierra en los pies, el gran magnetismo de la fuerza de la naturaleza en las plantas. Cerré los ojos y respiré con intención mientras permitía que mi espalda chocase con el árbol que tenía detrás. Fui deslizándome poco a poco, con los ojos cerrados, hasta alcanzar el suelo con mi trasero. No podíamos imaginarnos la cantidad de sensaciones que se percibían cuando cerrabas la vista al mundo y desarrollabas la capacidad de disfrutar de tu yo superior. Ese que escondíamos bajo capas y capas.

Ese fue el que me dejó adivinar que unos pasos titubeantes y cansados se acercaban a mi posición, casi dos horas después. Abrí un ojo, después otro, con una calma y una serenidad en el cuerpo radiantes.

—¿Llevas casi dos horas sentada en el bosque? ¿Estás bien?

—¿Por qué todo el mundo me hace esa misma pregunta hoy? —Le insuflé cierto interés a mi pregunta.

Adara —ya estaba dándoseme mejor lo de suprimir los apellidos— movió los hombros sin saber qué responder a eso.

—¿Me ayudas a sentarme?

—¿En el suelo? —dudé.

—Sí, en el suelo. —Sonrió.

Descrucé las piernas y me levanté veloz. La ayudé a sentarse despacio, con cuidado de no dañarla a ella o a las bebés. Tenía una barriga gigante y se notaba que esas niñas serían la alegría de aquella casa.

Se mantuvo en silencio, mirando la vivienda desde la lejanía. No quise interrumpir ese mutismo, aunque quisiese averiguar por qué había acudido a mí. No tardé mucho en descubrirlo. Se veía una tierna persona, nada que ver con la mujer determinante y dolida que había conocido en el sótano.

—Yo no soy así —musitó, con la vista fija en el horizonte—. Me he dejado llevar por el rencor.

Supuse que esperaba mi respuesta. Se la di con toda la sinceridad del mundo, esa que me caracterizaba, según Arcadiy:

—A veces es bueno dejarse llevar por el rencor. No debemos olvidar quiénes somos ni qué nos hace actuar así.

—¿Quieres decir que organizar una venganza de este calibre está bien?

—¿Tu amigo, Riley Fox, merecía menos?

—¡Por supuesto que no! —afirmó con rotundidad y exaltación.

Sonreí.

—Entonces has actuado según dicta tu corazón. Mi padre siempre me dice que todas las decisiones hay que tomarlas desde ahí.

Me observó durante unos segundos que me parecieron eternos. Desvié mi atención a ella, quien no apartó la mirada y me demostró que, bajo esa capa de aparente debilidad, se encontraba una fiera leona que lucharía por su familia hasta su último aliento si era necesario. Como yo.

—Quieres mucho a tu familia.

—Igual que tú, Adara Sabello. ¿Por qué has venido aquí? —quise saber.

Movió los hombros con desinterés.

—No lo sé. Te he visto desde la ventana de la cocina y me has transmitido una paz que necesitaba. —Apretó los dientes, visiblemente afectada—. No soporto estar dentro de casa. No hasta que no saquen la oscuridad que hay en el sótano.

Se tocó el vientre sin ser consciente. Incluso en mi estado de paz mental y tranquilidad, había escuchado los alaridos y los quejidos agónicos de Vladimir Sokolov. Supuse que la puerta del sótano se encontraba abierta, o que en ocasiones, si alguno entraba o salía, provocaba que el resto nos enterásemos. No quería pensar en qué le habrían hecho al ruso, pero sí me imaginaba la peor de las torturas.

—Es difícil no llevar a la muerte en la espalda cuando nos dedicamos a ser el bando malo de la historia —murmuré.

—Y aun así también tenemos una historia. También tenemos sentimientos y amamos, aunque peleemos con la muerte a diario —añadió ella, con la vista clavada en mí—. ¡Uh!

Tras esa exclamación, se rio y miró hacia abajo. Las bebés le habían dado una enorme patada que yo había apreciado desde la distancia. Contemplé el abultado vientre y sonreí. Tenía que ser muy bonito llevar a una criatura en el cuerpo. Esos no eran mis planes de futuro ni de lejos.

—¿Quieres poner la mano? —me preguntó, viendo que no decía nada.

Me gustaba su compañía, pese a tener un marido psicópata como lo era el capo de aquella mafia. En realidad, Tiziano Sabello me caía muy bien. Titubeante, acerqué la mano derecha a su camiseta. Le quedaba poco, podía olerlo en ella.

—Es... —Una patada. No oculté mi sorpresa—. ¡Oh, es emocionante!

Reí y me imitó.

—Sí, y agotador también. ¿Te gustan los niños, Natsuki?

Pensé en Haiden. En las vejaciones que me hacía, en la de veces que había

divulgado sobre cómo sería cuando tuviésemos descendencia, y la piel se me puso de gallina. En cómo pensaba arrancarme a ese niño si en algún momento me quedaba embarazada de él, aun cuando trataba por todos los medios que estaban en mi mano para que eso no ocurriera.

—No —respondí demasiado contundente. Rectifiqué—: Quiero decir, sí, claro que me gustan los niños. Pero no tengo pensamiento de tener ninguno.

Ella pareció comprenderme, aunque no llegaba a imaginarse cuáles eran los motivos. Supuse que Arcadiy no habría puesto al corriente a nadie de lo que había visto. Lo agradecí enormemente, porque lo que menos deseaba era que me mirasen con lástima, como si fuese un cordero degollado. No lo era. Sabía lo que tenía que aguantar y los motivos de ello, al igual que sabía que cuando llegase el momento le rebanaría el cuello como si fuese un cerdo.

—Yo en breve comenzaré la vida de mamá sin descanso, así que ya te contaré si no deben entrarte ganas nunca. —Su tono era anhelante, como si deseara que esas niñas llegasen al mundo ya.

—¿Por qué sin descanso? —me interesé.

—Tiziano quiere siete hijos que yo le prometí. —Rio como si le faltase una neurona.

—¿Y tú quieres siete varones?

—¡Ah, no, no! No tienen que ser niños, me refiero en general. —Miró la entrada de la casa, donde su esposo apareció—. Yo solo quiero que sea feliz.

Desprendía un amor casi inhumano. Las palabras de Noa Wood me vinieron a la cabeza y la envidié. Envidié sentir ese afecto por alguien que me quisiese de la misma forma. Contemplé en profundidad a Adara, impregnándome de esa pasión con la que observaba a su marido. Él, como si ese hilo rojo del destino que nos une lo hubiese llamado, miró en nuestra dirección y le sonrió con un amor inexplicable. Iba lleno de sangre por todas partes.

—Tendrás que sortear a la muerte, Adara Sabello. —Ella giró el rostro con brusquedad—. Y si es así, tendrás siete mujeres y dos varones.

Entrecerró los ojos con confusión y rio nerviosa.

—¿Eres adivina, Natsuki?

—¿Crees en los adivinos, Adara?

Mantuvo una respuesta, hasta que la soltó:

—Tiziano es demasiado *intuitivo*, digamos.

—Lo sé. —Sonreí y lo miré.

Se hizo un silencio cómodo para las dos: ella asimilando lo que acababa de decirle y yo pensando en quién era el hombre que nos contemplaba en la distancia, en cómo las personas con más sensibilidad terminábamos siendo

más afines, y eso que no habíamos hablado más de lo necesario. No hacía falta.

—Nueve. ¿Por qué nueve? —me preguntó con interés.

—Porque vuestra familia está destinada a llevar el número once.

—¿Qué es el número once? —cuestionó, sin ánimo de dudar de mis palabras.

La miré con una sonrisa en los labios. Sería capaz. Ojalá lo fuese y ojalá venciese a la muerte. Lo deseaba de todo corazón.

—El número once conecta con la luz y la oscuridad. —Respiró agitada cuando le di mi explicación, como si tuviese una connotación especial para ella—. Con la vida y la muerte. Significa fuerza, en otros aspectos, y es el fuego sagrado. Juntos sois el número once, Adara Sabello.

12

El amor de mi vida

Arcadiy Bravo

Dejé que el agua me calase hasta los huesos. Apoyé las manos en los azulejos de la ducha y respiré con agitación, viendo cómo la sangre de Vladimir descendía por mis manos hasta el sumidero. No estaba arrepentido por haber desangrado a ese miserable poco a poco, ni siquiera por la cantidad de cortes que Tiziano le había provocado hasta casi matarlo, o por la de fracturas que Jack había ocasionado en sus huesos. Cerré los ojos recordando su mirada agotada, hasta que al final pidió clemencia.

No se la dimos, pero fue suficiente para que terminásemos con su vida. Sin embargo, antes de que pudiésemos atravesarle el corazón con el cuchillo de caza que Tiziano nos tendió a mí o a Jack, este último pidió un minuto y salió en busca de algo, o, mejor dicho, de alguien.

No mostré sorpresa cuando la puerta se abrió y entró mi hermana con mi sobrina. Aleshka me miró. Me mostró un terror a lo desconocido, a qué pasaría después, cuando la voz de Jack resonó en el sótano:

—Nadie te juzgará si no estás preparada.

—Y nadie te juzgará si estás preparada —sentenció Micaela.

—Yo te recordaré toda la vida que hiciste un juramento —añadió Tiziano, destensando la situación como solo él sabía.

Me buscó a mí. Estaban sus padres, y sin embargo fue a mí a quien pidió ayuda y consejo. No había abierto la boca cuando sus celestes ojos ya profundizaban en mi persona. Vladimir se moría agónicamente.

—*To korísi mou*[8] —la llamé con cariño—. No busques aprobación en nadie. Busca aprobación en ti misma.

Pareció necesitar esas únicas palabras para darle el impulso de valentía que le faltaba. Era normal. Un primer asesinato nunca se superaba a la primera.

Yo todavía me acordaba del mío cuando cerraba los ojos.

Le quitó el cuchillo de las manos a Tiziano, se colocó delante del ruso y este la miró con sufrimiento. Estaba hecho un desastre, lleno de sangre, hematomas, cortes y falta de partes del cuerpo en algunas zonas, sujetas con torniquetes para que no se desangrase.

—Tú mataste a mi tío, Riley Fox —recalcó su nombre completo, y me recordó a la japonesa—, por la espalda. —Alzó el mentón y sentí un orgullo descomunal por su tono contundente—. Vladimir Sokolov, yo te sentencio a muerte. Ojalá te pudras en el infierno.

Le clavó el cuchillo hasta el fondo, sin apartar sus claros ojos de él, hasta que los del hombre de la silla se apagaron para siempre.

Miré a sus padres. Mi hermana tenía la mirada brillante, mientras que Jack mostraba una mueca de orgullo perturbadora; aunque más perturbador fue el tío Tiziano, quien asintió complacido, con los morros apretados y una clara mueca de satisfacción. La niña no esperó a que nadie le dijese nada. Salió del sótano y desapareció de allí.

Cerré el grifo de la ducha y abandoné el lugar. Me miré en el espejo, me envolví el cuerpo con una toalla y solté todo el aire contenido antes de irme a la habitación. Los Sabello se habían quedado en la casa de Antonella y Claudio, y los rusos-griegos nos habíamos marchado al nuevo hogar de Adara y Tiziano, junto con Natsuki. Los únicos que nos habían acompañado habían sido Dante y Alessandro, quienes llevarían a Noa y a Aarón al aeropuerto, ya que se marchaban a Londres esa misma noche. Ryan me había puesto al corriente de lo justo y necesario mientras llegábamos allí.

—¡Joder, Noa! —me exalté cuando abrí la puerta y me la encontré en la cama, sentada.

—¿Qué pasa, Hades? ¿No me esperabas aquí?

Sonrió con esa altanería que la caracterizaba. Se había cambiado la ropa deportiva por unos vaqueros, una camisa que se pegaba a su piel y unos tacones de infarto. Muy al estilo Noa. Sonreí por su tono picaresco, me acerqué y le di un latigazo con la toalla sobrante que llevaba en la mano antes de detenerme en la bolsa de mi ropa, la cual estaba sobre la mesa de escritorio de su derecha.

—No. Sigo sin acostumbrarme a que asaltes mi habitación sin preguntar.

Se levantó con galantería de la cama, se acercó a mí y me quitó la bolsa de las manos. Al final terminé frente a ella. Noté que sus dedos se posaban en la cinturilla de mi toalla y el aire se me cortó. Sus labios buscaron los míos y los acariciaron por encima, nostálgicos.

—Noa... —Fue una simple llamada de atención.

Lo que me dijo me descolocó:

—Me marcho ya.

Me separé de ella y le quité los filos de la toalla para cerrarla de nuevo. Mi miembro estaba despertando y no me veía capacitado para eso; no para usarla y tirarla como a un trapo, porque mi cabeza estaba funcionando a mil por hora y solo lo hacía en la japonesa, quien estaría en su habitación con miedo a salir y encontrarse con el resto porque no los conocía apenas.

—¿No os ibais más tarde? —le pregunté, y ella sonrió con tristeza.

Cuando habló, no me esperaba el cambio de conversación tan radical:

—Habrías sido el amor de mi vida, Arcadiy.

Me besó. Me besó con tanto amor que traspasó cualquier parte de mis barreras para demostrarme que era verdad. En ese beso lento que se tornó desenfrenado, pude oler la despedida y la rendición. ¿Por qué se rendía si no había motivos para ello?

—¡¡¡Biondaaa!!! ¡¡Se nos va el avión!! —se escuchó desde abajo.

Me separé de ella. La miré a los ojos y ambos nos quedamos prendados el uno del otro más tiempo de lo estipulado. Tenía sus manos en el aire, las cuales habían estado hacía escasos segundos sobre mi pecho.

—¿Te marchas tan pronto por Dante? —quise saber.

—¿Qué? —Parecía confusa—. ¿Dante? —Abrió los ojos como platos—. ¡Oh, no! ¡Arcadiy, no! ¡Lo que me faltaba! No quiero un Sabello en mi vida ni de lejos. Óyeme, ni de lejos. —Rio con fuerza.

—Entonces, ¿por qué huyes?

Dejó de reírse de golpe y me arrepentí de haber hecho aquella pregunta. Siempre me gustó verla sonreír, verla reír a mandíbula batiente sin demostrar ser la mujer dura que se había impuesto en la vida.

—Me marcho porque no soporto ver cómo la miras.

—¿Qué estás...?

—A mí no me has mirado nunca así —me interrumpió con una tristeza aplastante—. No sé cuánto tiempo llevo enamorada de ti, Arcadiy. Pero sí sé que no puedo soportarlo más y necesito alejarme de ti todo el tiempo que pueda. Necesito bajarme del barco.

Mis manos fueron cayendo lentamente hasta soltarla. No sabía qué decir ni cómo reaccionar. Era la segunda mujer que me dejaba sin palabras, y eso me asustaba bastante.

—Noa, no sé a quién dices que miro...

Su mano me cortó la conversación de nuevo cuando sostuvo mi mejilla en ella. Se acercó unos centímetros y me besó de manera casta en los labios, con los ojos cerrados. Yo no pude cerrarlos, porque me encontraba ojiplático

viendo la cantidad de sentimientos que Noa estaba dejando que percibiese con unas palabras y unos gestos.

—Cuídate mucho. Y, lo más importante —me miró fijamente—, sé feliz.

Tragué saliva. Sonrió con tristeza y se alejó poco a poco hacia la puerta. Me exalté al ser consciente de que no quería herirla, de que no quería que se marchase con aquellos ojazos repletos de lágrimas no derramadas por un amor no correspondido. ¿Tanto me amaba y yo no me había dado cuenta? «¿Y qué habría cambiado?». Nada. La respuesta era nada.

—Noa, espera —le pedí, pero no supe reaccionar y hubo un tenso silencio.

Se dio la vuelta y me contempló una última vez, con la mano puesta en el pomo y la intención de alejarse, tal y como había dicho. Las comisuras de sus labios se estiraron de nuevo antes de decir:

—Nos vemos en Londres, Hades.

Su tono retomó la fortaleza de siempre. Salió y, sin más, desapareció de allí. Me senté en la cama a plomo, con la vista clavada en el suelo y los ánimos en el mismo lugar. No entendía nada y mi cabeza estaba hecha un lío de cojones. ¿Por qué le había causado ese daño sin pretenderlo?

Como un cobarde que no podía mirarla a la cara, esperé a que la puerta de la calle sonase y que, tras eso, el rugido de los coches indicara que se alejaban. Solo entonces decidí que había llegado el momento de salir de la cueva, de salir a la calle para que me diese el aire y dejase de ahogarme como estaba haciéndolo.

Descendí las escaleras enormes de la segunda planta y llegué abajo. En el salón me encontré con Natsuki y Tiziano, sorprendentemente manteniendo una conversación que no escuché. Adara y el resto estaban en la cocina, o eso pensé porque oí muchas voces en la lejanía. Los dos del salón me miraron un segundo antes de que abriese la puerta que daba a la calle y me marchase.

Cerré los ojos en medio de aquella naturaleza y respiré como Natsuki me había enseñado, tratando de apartar los pensamientos de lo acontecido hacía solo unos minutos.

—Ya sabía yo que vendrías aquí como una sabandija cobarde.

«Micaela».

Apreté los ojos con más fuerza. No podía ser. No ahora.

—Me pillas en un mal momento. Luego me insultas —le dije como si nada, y escuché su risa.

—Por lo que veo, tienes problemas en el paraíso.

—No sé de qué problemas me hablas —objeté con rotundidad.

Ella llegó a mi lado y miró al frente, a la naturaleza.

—Pues mira, como no me gusta dar vueltas te lo diré, ya que tú eres un

cagón. —Se hizo la interesante, sin dejar de picarme.

La miré con una ceja enarcada.

—Yo no soy ningún cagón.

«Lo has sido», me recordé. Sin embargo, mi otra mitad me dijo que lo había hecho únicamente para no hacerle más daño a Noa.

—Noa lleva enamorada de ti mucho tiempo. ¿Qué esperabas? ¿Que se quedara a ver cómo te fijas en cada movimiento de la japonesa?

—Yo no me fijo en cada movimiento... —intenté quejarme.

Pero me interrumpió:

—Te fijas, Arcadiy. Aunque no quieras reconocerlo. Y me parece estupendo. Ya es hora de que asientes la cabeza.

—No me vengas a hacer de Cupido, que...

Nada, que no me dejaba hablar; al contrario, ni siquiera me miraba, hacía gestitos con la cara como si tuviese un monólogo en el que yo solo trataba de interrumpir y seguía y seguía:

—Es misteriosa. Me gusta. A ella también le gustas —ahora sí me contempló—; solo para que lo sepas y entiendas. Aunque te recuerdo que tenemos un millón de frentes abiertos. —Fui a hablar. Por supuesto, no me dejó—: Eso no impide que evoluciones en tu vida personal.

Gruñí, porque no sabía qué más hacer para que me permitiese el lujo de expresarme. Cuando se calló por fin, otra presencia se sumó a mi lado izquierdo y tuve que poner los ojos en blanco por su comentario:

—Ni en mis tiempos mozos armaba yo tanto revuelo. —Micaela rio—. Tú hermana sí. Aarón se lo sabe de memoria.

Ahora, la interpelada gruñó y yo reí a mandíbula batiente porque Jack me había echado una mano sin ser consciente. Micaela lo fulminó de un vistazo y yo metí el dedo en la llaga:

—Será que quiere que los demás no cometan los mismos errores que ella, por eso nos llama cobardes.

Jack hizo caritas.

—Habla por ti, no generalices —me amenazó con un dedo en alto.

—¿A que os doy un guantazo a cada uno por listos? —nos advirtió Micaela

Un «Uuuh» al unísono por parte de ambos alentó que ella se plantase delante de los dos y nos arreara un puñetazo en el hombro a cada uno. Me quejé de manera fingida y Jack también.

Nos mantuvimos en silencio unos segundos. Ahí me di cuenta de que los chapazos de hermana mayor me gustaban, que no me desagradaban cuando llegaban y que, tal vez, le había hecho daño a Noa sin pretenderlo.

—¿Cómo está Aleshka?

—No quiere hablar ni ver a nadie —me respondió Jack.

—Ha sido muy difícil. Riley era Riley y... —La voz de Micaela se apagó.

Apreté los dientes por contención, mirando un punto fijo en el bosque. Mi hermana giró sobre sus talones y desapareció de allí sin hacer un comentario más. Supe que necesitaba soledad, como todos, y ninguno de los dos se aventuró a ir tras ella. La pregunta de por qué no me había contado el plan suicida de Noa se quedó en el tintero.

Los ojos de Jack mostraban el dolor que continuaba sufriendo y que sufriría hasta no sabía cuándo. Sentí que el pulso se me aceleraba, aunque no pensé en decirle bajo ningún concepto que la ansiedad me carcomía. Cerré los ojos unos segundos, tratando de tranquilizar mi respiración, en esa cuenta progresiva que la japonesa me había enseñado.

—Cuando acabemos con esto, vamos a destruirlo todo —dictaminé con seriedad—. No quedará nada de nuestro pasado. Solo un mal recuerdo, Jack. —Busqué su atención y me miró, como si ese hilo invisible hubiese tirado de nosotros—. Lo reduciremos a cenizas, hasta el último ladrillo. Te lo juro.

Su mirada brillaba; la mía también. Aguantó el aire, tiró de mi antebrazo y nos fundimos en un abrazo necesitado.

—Joder, enano —susurró. Su tono cambió a continuación y determinó—: Acabaremos con el imperio de Anker Megalos para siempre.

—Para siempre —ratifiqué.

Lo apreté con fuerza en ese abrazo que debería haber llegado antes. Dejé escapar la tensión acumulada por no saber cómo mirarlo a la cara después de lo ocurrido y presté atención a sus siguientes palabras, que cambiaron de tema de manera radical:

—No quiero que te marches a Japón solo.

Me separé de él y lo observé confuso.

—¿El abrazo te ha dado tanta nostalgia como para eso? —Intenté bromear para destensar el ambiente.

Sonrió y repitió:

—No quiero que vayas solo, Arcadiy.

—Vosotros debéis acudir a Londres con Noa y Aarón. Ellos os necesitan, y Natsuki solo quiere salvar a su familia.

—No sabes a quién puedes encontrarte allí. ¿Y si es una trampa?

—No es una trampa, Jack. —Negué con la cabeza—. Es imposible pedirle más pruebas de confianza.

Señalé el interior de la vivienda, indicándole que me refería a la japonesa. Él asintió sin convencimiento.

—Deja que Ryan vaya contigo.

—Ryan se quedará con vosotros. Peter es más peligroso que un matrimonio al que hay que sacar de una montaña. Además, la japonesa dice que hay hombres que todavía le son fieles a su padre. —Torció el morro y toqué su hombro con cariño y un buen apretón—. Jack, sé cuidarme solo.

Mi hermano miró la entrada de la casa, donde se podía ver a la japonesa junto con Tiziano, Adara y Ryan charlando de manera distendida y sonriendo de vez en cuando. No sabía dónde estaba Micaela, pero tuve que dejar de buscarla cuando Jack me habló:

—Eso es lo que me da más miedo de ti. —El que apretó mi hombro ahora fue él—. Si desapareces otra vez, te juro que te mato cuando te encuentre.

Reí con la voz ronca y le vacilé:

—No serás capaz.

—Ponme a prueba y verás la paliza que te espera. —Me guiñó un ojo y se separó de mí—. Voy a buscar a mi mujer.

Asentí y se marchó. Mis ojos se clavaron en una de las ventanas de arriba. Allí estaba mi niña bonita, de cabello platino y ojos celestes como un amanecer radiante lleno de luz. Una luz que se encontraba apagada en ella.

No lo pensé. Me encontré subiendo las escaleras de casa en dirección al dormitorio de mi sobrina. Toqué dos veces antes de entrar, sin embargo, ella no me contestó. Abrí y me la encontré de cara a la ventana, donde la había visto desde el exterior.

—No quiero que te vayas con ella —afirmó decisiva.

Cerré la puerta para concedernos la privacidad que necesitábamos. Me fijé en su pijama de AC/DC, llegué hasta el borde de la cama y me senté a su lado, contemplando la ventana.

—¿Por qué? No va a ocurrirme nada...

—No me gusta que te guste ella.

Se llevó las rodillas al pecho después de esa afirmación. Aleshka no quería hablar con nadie nunca, excepto conmigo. Sabía que no iba a echarme de la habitación cuando llegase.

—¿Eso son celos, *to korísi mou?* —le pregunté con sorna.

—¡Por supuesto que sí! Toda la atención que le prestes a ella me la quitas a mí. Te recuerdo que yo soy tu niña favorita.

Reí sonoramente por la sinceridad tan espontánea.

—Estoy seguro de que os llevaríais muy bien. Natsuki medita, como tú.

Hizo un gesto de desaprobación con la mano. Estaba triste, sus ojos se encontraban ensombrecidos por una rojez que indicaba la cantidad de lágrimas que había derramado, y su cabello lucía alborotado.

—¿Estás afirmando que te gusta la japo?

—No hables de manera despectiva hacia una persona que no conoces —la regañé un poco.

Separó las rodillas, frunció el ceño y cruzó los brazos a la altura de su pecho.

—¿Y si te ocurre algo en Japón? Déjame que vaya contigo.

La contemplé como si tuviese tres cabezas.

—¡Ni de coña! No tienes edad para ir a este tipo de sitios. Tus padres me matarían.

—Los mataré yo a ellos si te ocurre algo. —Puse mala cara—. No han hecho mucho hincapié en ir contigo. ¡No pueden fiarse de ella! ¡No la conocen!

—Natsuki no está mintiéndonos, mi niña. Debes aprender a confiar un poco más en las personas.

No pensaba sacarle el tema de Vladimir. Me daba igual que estuviese focalizando toda su rabia en mí. Por lo menos la distraía del foco principal y le arrancaba algunas palabras, algún sentimiento distinto que no fuese el dolor por Riley o la dureza con la que podría llegar a tratarse por haber asesinado a una persona.

—Entonces, ¿te gusta de verdad?

Puse los ojos en blanco.

—¡Qué pesada, por favor! —me quejé de manera fingida.

Sí, claro que me gustaba.

—No me has contestado. —Mostró cara de hastío.

Me hice el sueco, porque tampoco quería que le cogiese una hincha desmedida a la japonesa. No le había hecho nada. Aleshka estaba en plena preadolescencia y cualquier aliciente para tomarla con alguien era muy fácil de magnificar.

—A mí lo que me gusta... —ronroneé, acercándome a su costado— ¡es sacar de quicio a una rubia!

Me lancé sobre ella con la intención de hacerle cosquillas en el cuello, en las axilas y en los costados. Las carcajadas debieron resonar por toda la casa, ya que en un determinado momento alguien abrió la puerta y nos miró. Era mi hermana, quien me agradeció con una caída de ojos la ocurrencia. Sonreí sin que mi sobrina se diese cuenta mientras gritaba y se retorcía:

—¡Para! ¡Tío Arcadiy, para! ¡No puedo respirar! ¡Para!

—No hasta que rectifiques y digas que quieres a tus padres por encima de todo.

Le clavé los dedos con más fuerza en el costado derecho.

—¡Que sí! ¡Que sí! ¡Retiro lo de matarlos, te lo prometo!

Me hice el débil cuando sentí que su mano se colaba por el bajo de mi camiseta, buscando la piel para pellizcarme. Al final, terminamos rodando por la cama como dos cansinos: yo dejándola a ella para que no pensase que había perdido una batalla y ella blasfemando en varios idiomas.

Me quedé bocarriba, con el brazo extendido y la cabeza de mi sobrina reposando en él. Se acurrucó con mimo y yo aproveché para tocarle el cabello, como tanto le gustaba. Un silencio se apoderó del momento mientras los dos contemplábamos el techo.

—¿Crees que el tío Riley estará orgulloso de mí?

—Él siempre ha estado orgulloso de ti, *to korísi mou.* Siempre —musité, notando que los ojos me escocían.

Aleshka se acurrucó más.

—Tío Arcadiy.

—¿Mmm? —No fui capaz de contestarle, o se habría percatado de que la garganta comenzaba a cerrárseme.

—¿Te quedas conmigo hasta que me duerma?

Intenté tranquilizarme antes de carraspear y decir:

—Claro que sí, mi niña. Me quedaré contigo el tiempo que haga falta.

13

Situaciones surrealistas

La casa dormía, sin embargo, yo no era capaz de conciliar el sueño por mucho que lo intentase. Había dado veinte vueltas en la cama y estaba harto de rodar de un lado a otro, así que me levanté. Bajé las escaleras descalzo, con la intención de no despertar a nadie en mi camino hacia la calle. Abrí la puerta de entrada, bordeé el exterior y me encaminé hacia la parte trasera, cerca de la piscina, donde había obras a medio acabar. El cabrón del italiano había construido aquel palacio alejado del resto del mundo en un tiempo récord.

Fui a sacarme la cajetilla de tabaco del bolsillo del pijama, cuando me percaté de una sombra al principio del bosque. Afiancé mi mirada en esa dirección, tratando de descubrir de quién se trataba. Lo único que vislumbré bajo el manto oscuro nocturno fue una figura mediana de espaldas a mí.

Avancé sigiloso, con la vista puesta en el objetivo, las manos listas para un ataque de improviso y con tensión en los brazos. Nadie había salido ni entrado de la casa; lo habría escuchado, y no había sido así. Todo sucedió a una velocidad vertiginosa, siendo aquella la primera situación surrealista de la madrugada.

En la oscuridad de la noche, elevé el brazo por encima de su cabeza y apreté su cuerpo contra él mío. Solo me dio tiempo a percibir que era menudo, pues previamente a bramar un grito de guerra, antes siquiera de intentarlo, unas manos pequeñas me sujetaron del antebrazo y, todavía no entiendo cómo, terminé volando por encima de su cuerpo hasta caer de culo en el suelo. A continuación, una llave que no había visto ni en mis mejores sueños ocasionó que me quedase inmóvil en la tierra.

—¡¡¿Natsuki?!! —me exalté, con sus manos en posición de partirme el

cuello.

—¡¡¿Arcadiy?!! —exclamó en el mismo tono perplejo.

No me soltó.

—No es por nada —golpeé sus brazos con mis manos—, pero estás... ¡ahogándome!

—Yo... —titubeó.

¿Por qué mierda titubeaba ahora?

—¡Natsuki Tanaka! ¡Coño! —La aporreé porque la tía seguía presionando con ganas—. ¡Que me partes el cuello!

—¡Oh! ¡Oh! —Pareció espabilar—. ¡Discúlpame! Lo siento, lo siento —repuso de carrerilla.

Lo primero que hice fue intentar recuperar la capacidad para respirar con unas grandes bocanadas que me quemaron el pecho. ¿Qué mierda me había hecho? Lo segundo, apoyar mis manos en la tierra mojada del bosque para levantarme del suelo. Antes de hacerlo, le pregunté con esfuerzo:

—¿Qué haces a las tres de la mañana...?

—¡No te gires! —me ordenó exaltada y muy rápido.

Y, como es evidente, levanté la mirada.

Había reculado unos pasos hacia atrás y estaba a la salida del bosque; o entrada, dependiendo de cómo se mirase. Desde luego, yo continuaba más dentro que fuera.

—¿Por qué no puedo mirar? —le pregunté, incorporándome.

Ella dio un paso atrás.

—No tengo mi ropa —me dijo acelerada—. Se la he dado a la señora...

—Cornelia —terminé por ella. Por su rostro, no se acordaba del nombre.

—Sí, Cornelia. No me traje la mochila de la fortaleza y no llevo nada —argumentó con mucha urgencia en su voz.

Me coloqué frente a ella, di dos pasos más, los mismos que ella retrocedió, y entonces la vi con un camisón de pijama sencillo.

—Vas vestida —añadí con evidencia.

—Esto es muy corto. —Parecía agitada.

Entrecerré los ojos, me volví hacia al bosque por si me había perdido algo y regresé mi atención a ella.

—¿Y? —No la comprendía—. La camiseta que yo te dejé también era muy corta.

—La prefería. Por lo menos me llegaba casi a los muslos.

Entonces reparé en su figura. Sí, el camisón le quedaba cortito, más de lo estipulado quizá para ella y sus costumbres. Iba descalza, sin una gota de maquillaje y estaba preciosa.

—Pues siento decirte que no tengo ninguna a mano para dejarte —solté con socarronería. Resopló.

Me fijé en que había reparado demasiado en mi pecho desnudo, sin embargo, preferí no hacer ningún comentario que la incomodase más de lo que ya estaba.

—¿Qué haces aquí? —inquirió.

Di otro paso, quedando muy cerca de ella.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunté de la misma forma, agachando un poco el rostro para verla bien.

—Estaba pensando —me contestó, como si estuviese hipnotizada.

Sonreí.

—Menos mal. Creí que ibas a decirme que estabas meditando.

—También lo hago algunas veces.

Fruncí el ceño y una sonrisa asomó a mis labios. De hecho, desde que había levantado el culo del suelo, estaba con ella enmarcada en mi rostro.

—Eres muy rara, Natsuki Tanaka. —Aprecié que se tiraba del vestido hacia abajo y negué con la cabeza—. ¿Vienes?

Me siguió con pasos cortos pero firmes hasta que llegamos a la zona de las obras. Me senté muy cerca de las anchas escaleras de la piscina y le indiqué que esperase allí. Me acerqué a la cocina y cogí un par de vasos y una botella de vodka. Al regresar, se encontraba con medio cuerpo en el agua, sentada, moviendo de manera extraña las manos en el interior.

—No sé cómo me han fallado los sentidos para no saber que eras tú —se amonestó ella misma.

Bordeé la piscina, saqué el tabaco para dejarlo en el borde y me metí en el agua cristalina sin miramientos, con el pantalón corto de dormir. Llené los dos vasos de vodka y le ofrecí uno. Me miró como si fuese un extraterrestre.

—Vamos, japonesa. Déjate llevar por un día y no seas una recatada.

—No soy recatada —gruñó, pero me arrancó el vaso de las manos—. Solo tengo unas costumbres que no son las tuyas.

Ensanché los labios, sabiéndome ganador.

—Bueno, las costumbres también hay que saber saltárselas de vez en cuando. —Moví la cabeza con un golpe seco—. Venga, ¿en qué pensabas de pie como uno de los árboles?

—Es que estaba a punto de abrazar a uno.

El vaso de vodka acababa de posarse en mis labios y el líquido se disponía a descender por mi boca cuando lo dijo. Casi me ahogué. Y digo casi porque lo escupí todo en la piscina. Tiziano iba a matarme.

—¿Ibas a abrazar a un puto árbol?

Ignoró mi tonito despectivo y añadió con su tranquilidad de sabia:

—Iba a abrazar a la naturaleza. Te da paz y calma los pensamientos. Tú eres un zoquete que no sabe apreciar el alma.

¿Me había llamado zoquete? Enarqué una ceja mucho, ahora sí dándole un sorbo al vaso. Uno bien largo. Seguía haciendo cosas extrañas con las manos en el agua, como si estuviese moviéndola de un lado a otro.

—Disculpa —le dije con retintín—, pero te recuerdo que a un futuro amigo no se le insulta, y más al que va a enseñarte cómo es la verdadera vida. —Moví ambas cejas haciendo el tonto y rio—. No estoy muy familiarizado con todas esas cosas del alma.

—Ya veo. Así que *futuro amigo que va a enseñarme la verdadera vida* —musitó con tono de guasa.

Se me fueron los ojos a sus esbeltas piernas. No quise tener pensamientos pecaminosos, pero parecía estar queriendo ponérmelo a huevo.

—Bueno, se supone que soy la persona con la que estás hablando de los temas tabús que no hablas con nadie. Tengo derecho a considerarme así. Cuando nos conozcamos mejor, te alegrarás de que haya sido yo.

Su mirada oscura se quedó prendada de mí, o más bien de mi desnudez en la parte superior de mi cuerpo. No hice comentarios, porque ya había entendido en el avión que Natsuki sabía mucho de armas, de organizaciones y de matar, pero poco del sexo, de la atracción o simplemente del amor. En esto último yo no era un experto, aunque algo sabía.

—Dime, ¿en qué pensabas antes de abrazar a ese árbol? —le pregunté con un tono distendido.

Su sonrisa se perfiló de nuevo. Movió las manos un par de veces antes de responder:

—Tengo muchas dudas, o tal vez siento mucha curiosidad por lo que desconozco. Y ahora me encuentro ansiosa por descubrir lo que no sé.

Asentí con una caída de ojos. Tan sincera como de costumbre.

—¿Dudas que no te dejan dormir?

Intenté sonar gracioso, no reírme de ella. Supe que lo había captado por sus gestos, pero su cambio radical de tema me cogió por sorpresa:

—Tengo que darte las gracias por haberme salvado de las manos de Haiden Keitaro un poco más. —Arrugó el rostro.

Tuve que preguntar inevitablemente, pese a chirriarme aquello de que fuesen primos hermanos y estuviesen casados:

—¿Alguna vez habéis estado bien?

Negó con la cabeza y siguió moviendo el agua con lentitud, como si la sintiera entre los dedos.

—Me falta al respeto siempre que tiene ocasión, al igual que el hermano. —Noté que contenía la rabia—. Otras veces parece amarme como si no existiese nada más en el mundo, aunque en el fondo sé que solo se quiere a sí mismo. A sus planes y a su futuro.

No quería hacer comentarios inoportunos porque sabía cuál era el motivo de que ella se mantuviese a su lado: no tenía a nadie. Me aventuré a colocar una mano sobre la suya, aprisionándola en el agua, sin permiso. Se quedó muy quieta al principio, sin embargo, a los pocos segundos la aceptó.

—Tú has abierto la veda al contacto en el avión —le recordé, y rio. Cambié mi tono por uno más suave—: Todo terminará pronto, ya lo verás.

Mal hice en afirmar aquello con tanta rotundidad. No teníamos ni idea de cuál era el destino. Ni idea.

Apretó mi mano con agradecimiento y volvió a cerrar los párpados, asintiendo unos nanosegundos. Cabeceé en dirección al vaso y levanté el mío, sin soltarle la mano.

—¡Brindemos por los que están despiertos a las tres de la mañana!

Elevamos los vasos, y al mismo tiempo una ventana de la segunda planta se abrió y alguien dijo a pleno pulmón:

—¡Salud! —Luego renegó—: Bajad la puta voz, que son las tres y media de la mañana, no las tres, y mi bambina está durmiendo.

Tiziano cerró con un portazo brusco y desapareció tal y como había asomado el cabezón, otorgándonos una privacidad que no le habíamos pedido. Natsuki sonrió, aunque aprecié que unos tenues coloretes asomaban en sus mejillas.

El sorbo que le dio a su vaso fue pequeño. Arrugó el entrecejo y tardó lo suyo en contestar cuando le pregunté:

—Ahora, dime, ¿qué te perturba tanto?

Me miró largo y tendido, como si no se atreviese a decírmelo. Profundicé en la ceja derecha alzada; la japonesa sonrió.

—En el avión me dijiste..., bueno..., que...

—¿Que...? —la insté.

—No quiero que pienses que soy una idiota por hacerte estas preguntas.

—No he dicho en ningún momento que seas idiota, Natsuki.

Fruncí el ceño por su comentario; ella me soltó la mano con nerviosismo.

—Dijiste que... que el sexo estaba para disfrutarlo. ¿Te referías a los hombres?

No mostré un gesto de confusión porque tenía muy claro que no sabía nada acerca del sexo.

—No. Claro que no. Las mujeres también lo disfrutan.

—¿Por qué hablas con tanta naturalidad sobre este tema? —me preguntó desviándose de la conversación principal.

—¿Por qué hablas tú con tanta sinceridad?

—No lo sé, me han enseñado a ser así. Aunque no suelo ser tan transparente con todo el mundo. —La confusión se mostró en su semblante, como si no entendiese el motivo.

—Todos deberíamos poder hablar de sexo de manera libre. Es algo natural y maravilloso. Nunca le he encontrado sentido a ocultarlo.

Tragó saliva, se mordió el labio inferior y pensó. Como si estuviese hablando con sus pensamientos, añadió sus comentarios sobre lo que acababa de decir:

—No sé nada porque él me toma como si fuese una yegua a la que montar. No sé qué se siente porque no lo quiero. Ni siquiera quiero tocarlo. Me asquea.

Mi pecho subió y bajó con celeridad. No deseaba ponerla entre las cuerdas y enfadarla más de lo que ya lo estaba. El tema del japonés mediano me ponía de los nervios, ya que cada vez que lo mencionaba recordaba el infortunado momento que Ryan y yo tuvimos que medio ver.

No lo medité correctamente, pues en un impulso me encontré tirando de la mano de Natsuki para afianzar sus caderas en un rápido movimiento hasta colocarla a horcajadas sobre mí. La perplejidad se mostró en su rostro, sofocado, con los ojos muy abiertos y las manos como si fuese a detenerla la policía. Su sexo se había quedado a un escaso palmo de mi polla, una que ya palpitaba y crecía aunque le ordenase que no lo hiciese.

—Lo siento. Soy un bruto —me disculpé deprisa—. Pero no sé hacerlo de otra manera para enseñarte que no es como lo piensas.

—Arcadiy... También podemos hablar como estábamos y...

Me incorporé para quedarme más cerca de ella. No reaccionó, pero sí abrió más los ojos.

—Hay asuntos que no pueden hablarse. Solo experimentarse. ¿Te pongo nerviosa? —inquirí con media sonrisa.

—¡Claro que me pones nerviosa! —atestiguó como si fuese obvio—. Creo que tú también me... ¿gustas? —Frunció el ceño—. A ti se te despierta eso —me señaló el paquete. Se dio cuenta de su tamaño—, y a mí me revolotea algo por aquí. —Se tocó el estómago—. Te prometo que no es hambre, lo he comprobado.

Una risita histérica me salió de la garganta. Era tan inocente que ni ella misma se daba cuenta de lo grandioso que era poder mantener una conversación de ese calibre con alguien. Me contempló mal.

—Lo siento, lo siento. Necesito acostumbrarme a esto —le pedí con una mano extendida en su dirección.

—¿Está mal que exprese esos pensamientos? —Parecía confundida.

Me giré un poco para apoyarme en la pared de la piscina, todavía sentado en la escalera. Ese movimiento produjo que su pelvis chocase con la mía. Me miró con asombro y se separó para evitar el contacto con mi miembro, aunque hubiese una tela por medio. Elevé las dos manos, soltándola.

—Natsuki, no voy a hacerte nada que no quieras ni para lo que no estés preparada. —Se puso tensa—. Relájate y no te anticipes. Yo no soy un monstruo.

—Pareces un guía de meditaciones.

—Y tú pareces una vara de hierro. Por favor, relájate.

Inspiró por la nariz, sin quitarme los ojos de encima, aguantó el aire y lo soltó por la boca con mucha lentitud. Aprecié que sus hombros caían y que sus manos terminaban entrelazadas a la altura de su vientre, e incluso llegué a sentir esa paz interior que transmitía.

—¿Por qué me colocas así?

—¿Por qué te sientes incómoda así? —la testeé.

Sus labios se fruncieron, como si no lo entendiese.

—No lo sé. Tal vez es la cercanía o sentir que... —Me miró la entrepierna.

—No voy a hacerte nada con mi arma, Natsuki. Vamos a hacer como que no existe. —Elevé las manos al cielo.

«Que alguien me dé paciencia», pedí a quien quisiera escucharme, porque podía oler que el camino iba a ser duro para mí. Tampoco sabía el motivo por el que me había metido de lleno a quitarle esas absurdas ideas que tenía sobre los hombres, sobre el sexo.

—No lo sé. ¿Por la cercanía? —me preguntó confundida.

—Tócame.

—¿Qué tengo que tocarte?

Me mordí la lengua. En otras circunstancias habría estado avispado.

—Los brazos, el pecho, la cara. Tócame lo que quieras y dime qué sientes.

Me arrepentí al instante de haberle hecho la propuesta, pero me contuve. Soltó las manos de su prisión con mucha lentitud y las estiró hasta que llegó a mis muñecas, las cuales no aprisionó con fuerza, sino en un tacto suave, reconfortante y pausado. Subió por los antebrazos, clavando sus pulgares de vez en cuando para sentir la piel. Siguió el recorrido hasta mis hombros y después descendió con tranquilidad por mi costado derecho. Se entretuvo en el gran tatuaje que cubría la zona: una calavera entremezclada con algunos dioses griegos en pequeña escala. En medio del cráneo, el tridente de Zeus se

encontraba atravesado.

—Eres más griego que ruso —musitó embelesada.

—De Rusia tengo la nacionalidad. El resto ha crecido en Grecia.

Retomó las figuras de Zeus, Afrodita, Hades, Poseidón, y continuó descendiendo hasta que se topó con los abdominales de mi vientre. Reprimí el aire y me miró.

—¿Por qué te alteras tanto?

¿Cómo le explicaba aquello? ¿Cómo le explicaba por qué me alteraba?, ¿por qué contenía el aire, sin llegar a ser más brusco? No lo pensé. Me incorporé un poco más; ella no se movió. Entreabrió los labios y, muy cerca de su boca, le pregunté:

—¿Confías en mí?

Asintió despacio. Allí aprecié que su pecho subía y bajaba descompasado, expectante por saber qué ocurriría. Entonces, sin pensarlo, la besé. Al principio no supo cómo reaccionar, y ahí confirmé lo inexperta que era, sin embargo, cuando mi boca marcó el paso que debía continuar, sus labios parecieron activarse y me siguieron el ritmo. La intrusión de mi lengua la pilló por sorpresa, aunque no se quejó. La entrelazó con la mía a la vez que mis manos afianzaban sus caderas y la pegaban todo lo posible a mi cuerpo.

Sus delicadas manos ascendieron con timidez hasta mis mejillas, las cuales enmarcó con tiento, como si no entendiese el motivo de estar expresando unos sentimientos que no había tenido nunca. A continuación, lo verifiqué cuando se separó de mis labios y me preguntó:

—¿Qué me pasa? Estoy... Estoy...

—Estás excitada —terminé por ella, y se sonrojó.

Sonreí con ternura, elevé una mano y le quité algunos mechones que se le habían pegado al rostro. Sus manos se habían apartado de mis mejillas para posarse en mis hombros, como si estuviesen aferrándose a un muro. Al ver que no hablaba, acerqué mi boca a su cuello y me atreví a lamerlo, deslizarme por su clavícula y después morder su mentón. Me buscó con la mirada; yo seguí el recorrido de su saliva al descender por su garganta.

—¿Puedo enseñarte por qué las mujeres también disfrutan del sexo?

Se alarmó, porque se apartó ligeramente de mí.

—¿Con tu arma?

«Ojalá». Evidentemente, no lo dije, y supe que me acostaría esa noche con un dolor de huevos inolvidable. Negué con la cabeza.

—No. Mi arma se quedará donde está.

—Entonces, ¿cómo piensas demostrármelo?

Mostró confusión y yo sonreí.

—¿Confías en mí? —repetí.

—Sí —me contestó con firmeza.

Pensé en miles de reacciones cuando colase mi mano derecha por debajo de su camisón. Millones distintas a las que vi. Tal vez fuese por esa confianza que había depositado en mí ciegamente, quizá hubiese sido eso lo que provocó que sus mejillas enrojecieran hasta casi explotar, aunque no se moviese ni saliese corriendo, como cualquiera habría hecho.

Apreté la mandíbula cuando llegué a la tela de su ropa interior. No aparté mi mirada ni un solo instante; ella tampoco. Coloqué mis dedos de manera estratégica, separé la prenda y su sexo caliente y húmedo me recibió. Con el dedo índice delineé la abertura desde abajo hasta arriba, presionando con ahínco su carne, sobre todo cuando llegué a su clítoris, previamente hinchado y listo para adorarlo. El pensamiento de sentarla sobre el borde de la piscina y devorarla hasta que se retorciese me pareció una idea fascinante. Idea que borré de mi cabeza de un plumazo. Aquello iba a ser demasiado para un primer contacto.

Sumé otro dedo más para rozar en círculos su botón. Lo hice despacio, mimando la zona, notando que ella también sentía cada roce, pues sus labios se entreabrieron y soltaron un pequeño jadeo que la sorprendió. Mi boca buscó la suya de nuevo en un intento por contener las ganas que tenía de perder los estribos y mandar la delicadeza a tomar por culo. Traté de tranquilizarme, aunque supe que mis besos se habían vuelto más exigentes y rudos en esa ocasión. No los declinó, sino al contrario, siguió el ritmo y eso me puso cardíaco.

Un jadeo salió de sus labios justo en el momento en el que sus caderas comenzaron a moverse solas.

—Arcadiy... —Gimió bajito, sin poder creérselo—. ¿Qué me pasa? Algo... algo raro me... No sé qué me pasa.

Sonreí en su boca, le di dos besos castos y la miré, ahora introduciendo dos dedos en su interior, solo en el inicio de su cavidad, mientras con el pulgar frotaba su bulto. «Tu bulto es el que va a explotar». A mi mente no le faltaba razón. Le hablé con la voz ronca, tomada por la situación y las sensaciones que estaba viviendo, aunque solo fuesen para ella:

—Disfruta, tigresa. Siéntelo y no te cuestiones.

Su cadera se movió en busca de ese placer que parecía querer arrollarla. Ensanché mis labios, muy pegados a los suyos, e introduje los dedos hasta el final, sacándolos y metiéndolos cada vez con más fiereza. Mi mano izquierda asió su cadera de manera que no pudiera moverse, sin llegar a ser lo rudo que normalmente era en ese tipo de situaciones.

Noté que sus dedos se clavaban en mis hombros y que los apretaba con fuerza mientras me observaba con verdadera extrañeza, mezclada con una lujuria desmedida. Ahí me di cuenta de que esa era la segunda situación surrealista que había experimentado ese día. Sin embargo, ese sentimiento, el de enseñar a alguien que había algo más bueno que la muerte, algo más bueno de lo que éramos, no sabía por qué, me llenaba el corazón de una forma indescriptible. ¿O tal vez era ella y su inocencia? No lo sabía, pero sí pensaba descubrirlo.

Mis dedos resbalaban con una facilidad pasmosa. Supe que Natsuki estaba perpleja por aquel chapoteo incesante que no dejaba de salir de su sexo. El sonido del agua al introducir y sacar mi mano se hizo más estridente, pero no importó. Solo importaba su placer, su gozo, y eso no iba a quitármelo nadie.

Presioné con fuerza su clítoris, lo moví en círculos y después en vertical, deseando escuchar su voz al gemir. Sus manos se apretaron con más fuerza en mi piel y supe que llegaba a la cúspide.

—Ar... Arcadiy... Algo... —Jadeó, pero no tuvo vergüenza al mirarme, porque no había dejado de hacerlo, excepto cuando nos besamos—. Esto es... ¡Oh, por favor!

Solté su cadera, la sujeté de la nuca, junté nuestras frentes y moví la mano que tenía ocupada abajo con más agilidad. Sus fluidos ya empapaban mi palma, mis dedos e incluso el agua de la piscina.

—Vas a correrte, Natsuki —musité, sobrevolando sus labios—. Deja que explote. Siente cómo te liberas.

Entreabrió los labios más, miró al cielo rompiendo nuestro contacto y agachó la mirada en mi busca cuando los espasmos fueron incontrolables. Tuve que acallar sus gritos con mi boca mientras la mano que tenía en la nuca volvía a retomar el agarre en su cintura descontrolada. Me explayé en deslizar la que jugueteaba con su sexo por toda su extensión, recreándome en el primer orgasmo que había tenido.

14

El saber no ocupa lugar

Natsuki Tanaka

Había amanecido y me encontraba sentada en la cama, con las piernas flexionadas y la barbilla apoyada en las rodillas. Mi respiración se descompasaba cada vez que recordaba lo que había acontecido la noche anterior. ¿Cómo era aquello posible? Sentí un burbujeo en la barriga, como si mi cuerpo lo rememorase cada vez que lo pensaba. Tragué saliva al visualizar los ojos de Arcadiy en mi cabeza, mirándome con esa fiereza indómita, trasteando mi sexo a su antojo y deleitándome como nadie lo había hecho en la vida.

Había sido una experiencia inexplicable y maravillosa, al igual que el sabor de sus labios. Me llevé las manos a los míos, con el mero fin de recordarlo. Los rocé con las yemas de los dedos y palpé la hinchazón que aún perduraba, atestiguando así lo que había ocurrido.

Mi mirada se fue a la ventana, cubierta a media altura por una fina cortina de estor de estilo clásico. En mitad del jardín, cerca de la piscina, la persona en la que pensaba estaba dándose una buena paliza con Ryan Moon. «Ryan», me corregí con una sonrisa. Debía intentar suprimir el apellido tanto en pensamiento como cuando hablase. Entreabrí los labios al fijarme en los músculos del griego. Se movían insinuantes, hipnóticos, bailarines y perfectos en aquella tez bronceada. Experimenté los calambres en las manos, rememorando esa parte también. La que me permitía tocarlo sin nada a cambio. De repente, me di cuenta de que había sido uno de los mejores momentos de mi existencia y que no quería olvidarlo por nada del mundo, pese a lo que pudiese suceder en un futuro.

El sonido de la puerta del dormitorio me sacó de mis pensamientos y, por

ende, del embobamiento que tenía en la ventana. Carraspeé incómoda al encontrarme con aquella niña de intensos ojos azules como los de su tío, cabello platino como el de su tía y mirada avispada y sanguinaria, aunque todavía fuese demasiado joven para reconocérselo.

Fijó su mirada con desprecio en mí, me repasó de los pies a la cabeza con descaro y regresó a mis ojos, que ya la esperaban impacientes. Yo también había escaneado sus piernas blanquecinas y su cuerpo cubierto por un pijama del grupo AC/DC. Al ver que no se movía pero que sí continuaba manteniendo la puerta entreabierta, le dije muy distante:

—Aleshka Williams.

—No me gustas —dictaminó sin medias tintas.

Qué raro... Era extraño no gustarle de buenas a primeras a nadie de esas dos familias. Ni a los Williams ni a los Sabello, entre el resto.

Enarqué una ceja y le respondí con tranquilidad:

—Una pena. Ahora, si solo has venido para decirme eso, el mensaje me queda claro. Puedes marcharte.

Le señalé la puerta, pero ella no se movió. La empujó con fuerza y cerró de un portazo. Deseé que no tuviésemos un combate, pues no me apetecía tener que enfrentarme a una preadolescente que, con seguridad, estaría venida arriba por haber cometido su primer asesinato hacía tan solo un día. Solté el aire que estaba conteniendo; una clara indicación de que no era lo apropiado quedarse conmigo a solas.

—Has estado mintiéndole a mi tío desde que te conoció y ahora pretendes llevártelo a miles de kilómetros de nosotros. ¿Qué piensas hacerle? —Se cruzó de brazos a la altura del pecho.

Elevé la barbilla, ensanché los labios y me acerqué al borde de la cama para levantarme. Ese acto la intimidó, porque retrocedió un paso hasta quedarse pegada a la pared, con acceso fácil a la puerta.

—¿Quién te ha dicho que quiera hacerle algo? —Me llevé las manos a la espalda en mi habitual postura correcta.

—Lo llevas reflejado en los ojos cada vez que lo miras. Como si tuvieses un neón en la frente que lo pone.

No mostré expresión alguna en mi rostro, aunque lo cierto era que sí me asombró que me dijese eso. Nunca había mirado a Arcadiy con ganas de asesinarlo, y mucho menos estando su sobrina delante. Los ruidos de los dos combatientes se escucharon en el exterior. Aleshka miró hacia la ventana; yo permanecí imperturbable.

—Siento mucho si te causo esa impresión. Lo único que necesito de tu tío es que me ayude, al igual que yo lo he hecho con él.

Eso era mentira. Me dolía el simple hecho de cerciorarme de que nuestra *amistad* tuviese una fecha de caducidad cuando recuperásemos a mi familia.

La chiquilla apretó los dientes en exceso; lo vi en el reflejo de su semblante estirado y rudo. Tenía muchos gestos de su padre, de Jack, aunque no fuese el biológico. Se notaba a leguas que Aleshka quería aprender de ellos, ser como ellos. En ese momento supe que esa niña sería alguien muy grande el día de mañana.

Di un paso más que la amedrantó, pero lo disimuló con una facilidad pasmosa cuando dijo:

—Si mi tío no regresa de una pieza, me encargaré de encontrarte hasta que deje tu cabeza en una pica.

Sonreí, y no con arrogancia y ganas de que se enfadase más —aunque creo que fue lo que conseguí—, sino orgullosa por vaticinar el poderío de liderazgo que llegaría a tener. Cuando abrió la puerta, alguien ya estaba esperándola en la entrada, con un porte chulesco, los brazos cruzados a la altura del pecho y una mueca socarrona en los labios.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de amenazar a mi invitada? —Aleshka no contestó, pero sí se enfureció más. Aligeró el paso para desaparecer por el pasillo y Tiziano le vociferó—: ¡Y deja de ver *Juego de Tronos*, que está afectándote a las neuronas!

Me percaté de la apariencia que tenía y levanté la mano indicándole que me diese un minuto para cambiarme. Rauda, cerré la puerta. No tardé en vestirme con la ropa que la ama de llaves me había dejado a primera hora de la mañana en la habitación y escondí todas mis armas en los lugares correspondientes.

Abrí en cuanto me calcé las botas.

—Disculpa. No estaba decente.

—Tan disciplinada para unas cosas y... —Lo miré de sopetón y se calló—. Perdona a la niña sin modales. Es una celosona y tú vas a llevarte a su tío favorito.

—Tranquilo. No se lo tendré en cuenta. ¿Necesitas algo?

—Solo quería decirte que ya tenéis listo el transporte para Japón. Tendréis que volar hasta Tailandia y allí os esperará un barco que os llevará a tu país.

—Gracias, Tiziano Sabello.

Cabeceó en señal afirmativa un par de veces y regresó sobre sus elegantes pasos, sin embargo, antes de avanzar mucho más de lo previsto, se volvió, me miró y elevó una de sus manos cargada de oro y con muchas pulseras en la muñeca que chocaban entre sí.

—Japo —ya estaba esperando que me llamase así—, no me la juegues. Me

caes bien, así que me jodería un montón tener que arrancarte los ojos.

Esbocé una sonrisa porque de verdad habíamos conectado. Me llevé una mano al corazón y le dije con voz profunda y sincera:

—Te juro por los dioses kami y por mi honor que no voy a fallarte.

Él me imitó con una sonrisa perversa y afirmó:

—Te juro por el honor de la *Nostra famigghia* que más te vale.

Una risa irónica resonó por el pasillo mientras se alejaba con galantería vestido con un traje blanco hecho a medida y sumamente fino. Aleshka había desaparecido y pensé que ya era hora de bajar a la cocina para desayunar. Las tripas me rugían, y ahora sí que era cierto que era debido al hambre.

Regresé a la cama para recoger el vestido que había dejado sobre ella y dárselo a la ama de llaves. Algo llamó mi atención más allá del campo y elevé el rostro, acertando al ver cómo una sombra se perdía en medio del bosque. Entrecerré la mirada. ¿Quién habría podido colarse en el perímetro de los Sabello? Inevitablemente Iwao se me vino a la cabeza.

Eso no era posible porque se suponía que él continuaba buscando a Noa y Aarón en Reino Unido. «Tampoco sabías que Haiden estaría en la fortaleza y te lo encontraste por sorpresa». Fruncí los labios, pensando que tal vez ellos sabían más de lo que me pensaba y que debía tener mucho cuidado si quería que no me pillasen organizando otro plan paralelo al suyo.

Me giré con brusquedad y con la mosca detrás de la oreja, pero me topé con un cuerpo duro y sudado que no esperaba. El grito salió de manera inevitable de mi boca y mis manos se fueron a la parte trasera de mi pantalón, de donde saqué los sais, los cuales alcé con una estudiada agilidad, en posición de defensa.

—¡Eh, eh! ¡Vale, vale! —Arcadiy elevó las palmas en el aire—. Me queda claro no volver a asaltar tu intimidad sin llamar antes. La puerta estaba abierta. —La señaló, justificándose.

Solté el aire contenido y bajé los sais, que se habían quedado a un palmo escaso de su garganta, en forma de equis. Los guardé en su sitio sin mirarlo. No sabía cómo afrontar aquel momento. Se suponía que no debía darme vergüenza porque no habíamos hecho nada malo, pero una parte de mí se enrojecía y se agitaba a la vez por lo que había sucedido.

La madrugada anterior, cuando sus manos dejaron de proporcionarme ese exquisito placer, Arcadiy salió de la piscina, depositó un beso en mi frente como había hecho en Catania y se marchó de allí, dejándome estupefacta. No intercambiamos una sola palabra y tampoco supe cómo reaccionar ante eso.

No contesté a la broma que acababa de soltar y bajó las manos.

—¿No quieres desayunar? Son las diez de la mañana y tenemos que irnos

cuanto antes.

Tragué saliva, intentando ocultar lo alterada que me ponía estar cerca de él. Asentí brevemente y me giré para recoger... ¿nada? Ya llevaba las dos únicas prendas que tenía puestas. ¿Qué narices estaba haciendo?

Contuve el aliento, a la espera de que se marchase de allí y pudiese respirar con tranquilidad. No lo hizo. Cuando lo busqué de soslayo, todavía seguía ahí, recorriendo cada parte de mi cuerpo, y creí que esperando algo de mí.

—Sí. Termino de recoger y bajo —mentí para que se marchase.

—¿Y por qué no me miras cuando me hablas?

Detuve mis movimientos, solté el vestido sobre la mesa y me giré. Estábamos a una distancia prudencial y la puerta me pillaba muy a mano por si tenía que salir corriendo. Lo dudaba, pero siempre podía no tener una respuesta coherente. Y, tal vez, lo más preciso era salir de allí como una cobarde. Todo lo que estaba pensando era una idiotez, porque nos iríamos juntos casi un día entero para llegar a mi país.

—Sí te miro —añadí como toda respuesta, e intenté poner buena cara y no temblar.

¿Qué me ocurría?

Arcadiy dio un paso y le asestó tal patada a la puerta del dormitorio que se cerró con un ligero portazo que me erizó la piel. Me tensé de inmediato, sin saber el motivo. Se acercó como un depredador, afiló su mirada en mi dirección y terminó colocando ambas manos sobre la madera, al lado de mis costados. Quedé apresada entre el escritorio y su enorme cuerpo.

—Natsuki, ¿estamos bien?

—¡Claro que estamos bien! ¿A qué viene esa tontería?

—A que estás dándole muchas vueltas a esa cabecita y no estás diciéndome la verdad.

—Yo siempre te digo la verdad. —Puso caritas y rectifiqué—: Ahora siempre te digo la verdad.

—Entonces, ¿por qué huyes de mí?

—Yo no he hecho eso. No te he visto.

Estrujé mis brazos con más fervor en mis pechos. Una de sus manos me señaló ese punto.

—Sí me has visto porque llevas más de media hora mirándome por la ventana. —Sonrió bobalicón—. Y estás intentando protegerte de mí con los brazos cruzados en el pecho. ¿Es por lo de anoche?

Descrucé los brazos, los solté con derrota y me dispuse a hacer lo que mejor sabía con él, que era contarle mis pensamientos tal y como me llegaban:

—Te fuiste. —No fue un reproche. Mi tono salió calmado y cordial.

—¿Estás enfadada porque me fui? —me preguntó con extrañeza.

—¿Qué? ¿Yo? ¡No! Tú te fuiste enfadado y no me lo dijiste.

—Creo que estamos manteniendo una conversación de besugos, como dice Tiziano. Yo no me marché porque estuviese enfadado.

—¿Y por qué me dejaste sola en la piscina?

Su cara mostró estupefacción, aunque en el fondo iba conociéndolo un poco y estaba pasándoselo bien a mi costa. Deslizó una mano por su barbilla y ese gesto me pareció demasiado sensual.

—No sabía si debía o no dejarte a solas para reflexionar sobre lo que había ocurrido. Tampoco sé si fue lo correcto o te asusté. Y si quieres todas las explicaciones pertinentes, necesitaba irme para aplacar el dolor de mi entrepierna.

Lo último lo añadió con gracia. Intenté aguantar la risa que estuvo a punto de salirme. Con él, todo parecía más bonito, más mágico y con más color.

—¿Asustarme? Ha sido lo más extraordinario que me han hecho en la vida.

Creí que había crecido dos palmos.

—Genial, entonces. ¿Vamos a desayunar? —ofreció, y señaló la puerta—. Me abruma un montón cuando sacas toda la sinceridad, porque me haces ser sincero a mí también y no pretendo escandalizarte.

Era consciente de que estaba costándole contenerse y hacer las cosas con calma. Yo, quizá, empezaba a necesitarlo todo con desesperación; tanta que había pensado en las posibilidades de encontrar un ordenador, un teléfono o lo que fuese para buscar información. Lo primero que se me había venido a la cabeza era poner en el buscador: «¿Cómo darle placer a un hombre?».

—¿Y qué hiciste? —le pregunté antes de que terminase de abrir la puerta y se marchase.

Recordé la sensación de tener tan cerca su miembro y me encogí. No sabía qué magnitud tendría aquello, pero para notarlo tan duro y grande...

Arcadiy contuvo una mueca burlona a mi pregunta.

—¿Qué hice de qué?

Sabía a la perfección a lo que me refería, aun así, pareció querer escucharlo de mi boca. No lo hice esperar, ese no era mi fuerte y ya debería saberlo:

—¿Qué hiciste para bajar *tu arma*?

La chulería con la que se lo pregunté se vio opacada por el retorno de la zancada que había dado en dirección a la salida. Traté de no borrar la mueca bravucona cuando se juntó mucho a mi rostro, sobrevoló mis labios y musitó muy cerca de ellos:

—Me toqué pensando en la japonesa que se había corrido en mi mano en la piscina. ¿Te vale como respuesta?

Aguanté el aire porque estuve al borde del desmayo.

—No sé qué es lo de tocarse. Me imagino que hablas de la masturbación.

Sonrió y sus labios rozaron los míos. ¿Podría tener más ganas de que me besase?

—Me lo anotaré en mi lista de pendientes para enseñarte cómo debes masturbarte.

Estuve a punto de decirle que por qué no me enseñaba a masturbarlo a él, pero me callé. Gracias a los dioses kami me callé, porque alguien apareció por el pasillo: Micaela.

Su hermano se separó de mí sin ninguna intención de hacerlo rápido; yo sí que tuve la necesidad de apartarme corriendo de él, como si me hubiesen cogido haciendo algo malo. La morena se detuvo en la entrada.

—Arcadiy, Jack está buscándote y estamos todos esperándoos en el salón para desayunar. Tenemos que matizar los últimos preparativos para vuestro viaje.

Me giré hacia el escritorio para coger, otra vez, el vestido.

—¡Sí! —dije muy exaltada—. Ya íbamos.

Pasé por al lado del cuerpo de Arcadiy como pude y aligeré mis pasos para desaparecer por el pasillo. Tenía una urgencia extrema por perder de vista la mirada inquisidora de Micaela y la burlona del rubio, porque me había dejado claro que le daba igual que nos hubiesen visto de esa manera. Aunque... No era nada malo, ¿no?

—Natsuki.

La voz de Micaela me detuvo en mitad del pasillo. Cogí mucho aire y me giré.

—Dime.

—Sé que no tienes ropa porque la dejaste toda en Atenas. Espero que no te importe, pero como tienes una talla parecida a la de Adara, te hemos preparado para el viaje una maleta que tengo aquí, ¿vienes?

«No, dioses, no. ¿Por qué me ponéis en esta tesitura?».

—Sí, claro —le respondí con alegría, aunque lo cierto es que no tenía ganas porque olía desde la distancia que esa sugerencia escondía algo más.

«Más amenazas no, por favor». No iba a tardar en averiguarlo. Arcadiy me miró con una sonrisa pilluela, marcando esos hoyuelos tan hermosos que me encantaba ver. Fruncí el ceño, dándole a entender que no sabía a qué venía aquel gesto.

Abrí la puerta del dormitorio de Micaela y ella la cerró cuando entró. Vi la

bolsa y caminé hasta el macuto, pero me sobresalté al darme cuenta de que había otra persona más en la habitación. Adara se encontraba sentada en un gran butacón de la esquina.

—Por favor, que esto no parezca una amenaza. Que no lo es —repuso de carrerilla la anfitriona.

—Bueno, tanto como que no lo es... —Micaela.

Me volví para enfocarlas con la mirada a las dos.

—¿Sucede algo? ¿No tenía que venir a por esa bolsa? —cuestioné, señalando el bulto de la cama.

—Correcto —añadió Micaela.

Las dos se miraron entre sí.

—Esto, Natsuki...

Adara dejó lo que iba a decirme en el aire, por lo que me adelanté:

—Sé que no merezco vuestra confianza. O no la merecía, más bien —rectifiqué—. Pero creo que ya he demostrado que no voy a mentiros. Arcadiy me ayudará para sacar a mi familia de allí y regresará con vosotros.

Me daba pavor pensar en ese plan, porque estaba escrito que él iba a ser el cebo de Haiden para que yo pudiese sacar a mi familia del Valle de Kiso sin incidentes. Ya les rezaba a los dioses para que no le ocurriese nada y saliésemos victoriosos de allí. Que viniese solo a una misión tan arriesgada ya decía mucho sobre el gran líder que era, sobre que sabía valerse por sí solo, y eso pensaba decírselo en cuanto tuviese la oportunidad.

—¿Te gusta mi hermano?

La pregunta de Micaela me dejó estupefacta, y ella notó ese desconcierto.

—¿No vais a amenazarme?

—Creo que mi marido ya se ha encargado de eso —me dijo Adara—. No se lo tengas en cuenta, sé que le caes bien.

Sonrió de manera afable y me pareció mucho más tierna de lo que en principio pensé. Micaela dio un golpe de cabeza en mi dirección, ansiando la respuesta.

—¿Qué debería contestar? —inquirí, mirando a la hermana del rubio.

—Arcadiy dice que eres la persona más sincera que ha conocido en la vida.

Ahí tenía la respuesta.

—Sí —añadí con firmeza.

Las contemplé a las dos, dándome cuenta del gesto de complicidad que se hicieron. ¿Por qué se miraron de esa manera? Micaela, la mujer dura e implacable que siempre me pareció que era, se sentó en la cama, extendió las manos y añadió en un susurro:

—Bien. Creo que es el momento de mover ficha.

No entendía muy bien a qué se referían, aunque me senté en la cama con ella. Me pareció una de las típicas quedadas que hacían las amigas. Una que yo nunca había tenido.

—No comprendo lo que queréis decir.

—A él también le gusta —apuntó Adara, como si yo no estuviese allí, e intentó levantarse de su asiento. Lo hizo con esfuerzo para llegar a nosotras.

Yo ya sabía que Arcadiy me gustaba y que yo le gustaba a él. No comprendía qué querían hacer o qué estaban diciendo, pero sí que me atreví a hacer una pregunta en medio de aquel campo de miraditas entre ellas, dado que se habían mostrado tan sinceras o expuestas, dependiendo de cómo se mirase:

—¿Puedo preguntaros una cosa, sin que os suene raro?

Vislumbré la sorpresa en ambas cuando terminaron con unos murmullos que no entendí.

—Claro, ¿qué necesitas saber? —se interesó la embarazada.

No sabía cómo formular aquella pregunta, por lo que la lancé sin filtros, tal y como hacía con el hombre por el que las dos se encontraban en la misma estancia que yo:

—Vosotras tenéis experiencia con ellos. Yo no. —Puse caritas desconcertantes; las dos me observaron expectantes—. ¿Podríais decirme cómo comportarme con un hombre, dados mis antecedentes?

—¿A qué te refieres con tus *antecedentes*? —quiso saber Micaela.

Les resumí muy por encima algo de lo que no tenían ni idea. Mentalmente, volví a agradecerle a Arcadiy haberme guardado el secreto. No entré en detalles, pero sí les conté que no tenía experiencia con el sexo masculino y que no estaba felizmente casada, como ya habrían podido vaticinar.

Lo que estaba ocurriendo con Arcadiy me removía las entrañas, hablando sentimentalmente, porque creí que estaba faltándole el respeto a mi familia. Debía hablarlo con mi padre cuando lo viese, pedirle perdón, si era necesario, por no haberme comportado como la fiel esposa que se esperaba que fuera en nuestra cultura, en nuestro país. En nuestra organización. Hablarle sobre lo que había vivido con Haiden y, tal vez, intentar explicarle que Arcadiy había sido un descubrimiento sin igual en un aspecto de la vida que desconocía.

—¿Y quieres que nosotras te digamos cómo puedes solucionar tu matrimonio? —Micaela de nuevo.

El aire se me cortó al pensar siquiera en intentar complacer a mi marido, cuando lo que deseaba con todas mis fuerzas era arrancarle los ojos.

—Se refiere a Arcadiy... —intervino Adara. Llegó hasta mi lado izquierdo, sujetó mi brazo y se apoyó para sentarse a mi lado. Tocó mi antebrazo con

cariño y me preguntó—: ¿Qué necesitas saber?

Ahí pude olvidarme del teléfono, de Internet, de buscar un ordenador y de todo, porque vi el filón para preguntarles abiertamente qué podría hacer para complacer a la persona que me había dado una vida que no sabía que existía, aunque nuestro periodo de tiempo fuese escaso.

Algunas veces era el recuerdo imborrable el que nos quedaba, y yo pensaba empaparme de la sabiduría de las dos mujeres que estaban sentadas en la cama conmigo y, por supuesto, del hombre que me había hecho rozar las estrellas.

El saber nunca ocupaba lugar.

15

Celos preadolescentes

Arcadiy Bravo

Habíamos desayunado, fumado, bebido un cuarto café y las mujeres adultas de aquella casa no habían aparecido. Estiré las piernas en el césped de la zona de la piscina, donde nos encontrábamos todos en corrillo.

—Eiren está desentramando toda la información que recapituló Riley. No sé cuánto tiempo va a llevarle —dijo Jack.

—Retorcido hasta muerto, mi friki cabrón. Ya podría habernos puesto las cosas más fáciles. —Tiziano miró al cielo y gritó—: ¡Una semana te mereces en el infierno! ¡Que sepas que allí pasa el tiempo más despacio!

—Estos números no tienen sentido ni aunque hablásemos de un cifrado secreto del Estado —rumió Ryan en un susurro, revisando unos documentos que Jack le había dado.

—¿Cuándo está pensado que asaltemos la vida de Peter? —quise saber, cogiendo un vaso de la bandeja que nos habíamos puesto en el medio con una jarra de café.

Jack frunció un poco el ceño cuando Ryan le ofreció los papeles, aunque no me pasó desapercibida la mirada que se lanzaron entre los tres. Esa mirada incluía un secreto del que yo no tenía conocimiento.

—Esto... Principito, una cosa. —Tiziano, cómo no. Sabía que ahí llegaba el secreto—. Que sé que tú eres capaz de ir hasta Japón y volver de una pieza, porque esa es tu especialidad, la de colarte como las sabandijas donde te sale de los cojo...

Había metido una pulla en medio de su discurso, muy a lo Tiziano. Por supuesto, lo interrumpí:

—Olvida ya que tu mujer se lanzó a mis brazos la primera vez que mató a una persona —renegué. Él abrió los ojos como si encima estuviese ofendido.

Si es que era un teatrero—. Suéltalo ya, Tiziano.

Su mirada se tornó oscura, como si hubiese llegado aquel hombre al que no podía ponérsele una pega, fuese la orden que fuese.

—Claudio y Alessandro van contigo. —Fin.

—No —sentencié con rudeza.

—Sí —afirmó con ahínco.

—No. —Ahora negué con la cabeza, reafirmándome en la negativa muy despacio para que tuviese más peso.

Se escuchó un carpetazo en el aire: Jack. Lo contemplé con mala cara. Ryan me observaba en silencio, desaprobando también mi decisión. Tiziano argumentó:

—Oye, te aseguro que la japo me cae bien. No es por ella. No. Es. Por. Ella —recalcó—. Pero no tenemos claro el plan y te marchas ya, vas solo y...

—Sacaremos a sus padres de allí y regresaré a Londres con el resto.

El italiano se mordió la lengua por la interrupción.

—Y para sacar a sus padres, primero tendréis que ir en busca de los aliados que los Tanaka tuvieron en su tiempo —puntualizó Jack.

Lo miré.

—Jack, dijimos que esto lo haría solo. No necesito que me mandéis dos niñeras para...

—¡Cheee, cheee! ¿Has llamado niñeras al mando más elevado de mis finanzas y a mi posible sucesor? —cuestionó el capo—. ¡Que te llevas a lo mejorcito!

—Menos mal que el resto no te ha escuchado decir eso —murmuró Ryan, dándole otra vuelta a los papeles.

Empecé a cabrearme porque estaban los tres confabulados, aunque Ryan se mantuviese en silencio.

—Enano... —Lo fulminé con los ojos. A Jack le importó una mierda—. Ryan no puede irse contigo porque lo necesitamos en Londres. Lili está en el ajo, y sin ella tenemos menos posibilidades de acercarnos a Peter.

—No he dicho que tenga que venir nadie...

Me ignoró y siguió con el discurso:

—Me encantaría ir mano a mano contigo, pero tu hermana y yo tenemos que organizar a los niños con mi madre y Carlo, y después debemos volar hasta Reino Unido con Noa y Aarón.

—Y los irlandeses, Cathal y Taragh, también vienen para el festín —apuntó Tiziano—. El ladrón de tesoros dice que quiere arrancarle la cabeza con sus propias manos, al final.

Me mantuve en silencio porque en esa conversación no pintaba nada. Ellos

notaron mi desacuerdo, por supuesto.

—No puedo permitir que te vayas solo, Arcadiy. —Jack. Se hizo un silencio extenso porque no objeté ni una palabra—. Si no, cuando acabemos con esta mierda, ¿quién va a venir conmigo a reventar la fortaleza?

Sus argumentos no me convencieron, como tampoco el tono que usó, porque me dio la sensación de que intentaban convencer a un niño de tres años. Me tocó los huevos y respondí con una clara evidencia de mi malestar: la ignorancia y el silencio. Vi que los ojos de los tres volvían a cruzarse, sin entender el motivo de mi mutismo.

Ryan soltó los papeles a plomo y habló:

—Arcadiy. —Su tono fue autoritario. No lo miré—. Te vas a miles de kilómetros de aquí. Quita esa cara de idiota remilgado si no quieres que te patee el culo desde donde estoy.

—Claudio y Alessandro serán invisibles —apostilló el italiano—. Solo estarán alerta por si los necesitas, nada más.

—Enano, sabes que es lo correcto, aunque te hayas impuesto marcharte con ella. Sé que confías en Natsuki, pero recuerda que es una desconocida para todos. Incluso para ti.

Era una desconocida. Una desconocida a la que había sobeteado a mi antojo mientras su sexo chorreaba en mi mano. No dije nada hasta el momento en el que me levanté, antes de salir del círculo de cuatro que habíamos formado, espetando:

—Tranquilos. Si alguien se muere, esta vez seré yo.

La tensión podía cortarse con un cuchillo. Me giré, sin escuchar que ninguno me rebatía; supuse que recordando a Riley y lo que nos había supuesto un primer asalto.

Me coloqué enfrente de la entrada al gran bosque, al otro lado de la vivienda y tan lejos de ellos como para escucharlos de fondo únicamente. Sentí el resquemor subirme por la garganta. Ahí, los movimientos comenzaron una batalla en mi mano derecha, y tuve que sonreír. ¿Dónde cojones iba una persona con ansiedad? ¿Podría ser un error? ¿Debería cuestionarme que el resto tenían razón?

—Lo hacen por tu bien.

Sonreí. Ni siquiera había escuchado los pasos de la japonesa. Viré mi rostro hacia la derecha y la observé. Se encontraba en la misma posición que yo, de frente al bosque, solo que la única diferencia que había entre ambos era que ella mantenía aquella postura de sabia.

—¿Has pensado que tal vez sea porque no se fían de ti?

—Sé que se fían de mí —resolvió muy rápida—. De hecho, acabo de darle

información a Ryan para ganarme otro voto de confianza.

—Progresas adecuadamente —le dije con media sonrisa al escuchar que no llamaba a mi amigo por su apellido.

—Lo mío está costándome —musitó, y torció el gesto—. Cuando estuve en Atenas, antes de ir a por ti —pareció atascarse un poco en esa parte y no entendí el motivo—, hice investigaciones sobre dónde se encontraba la placa base que Vladimir os quitó.

—Nosotros también hemos estado buscándola, pero perdimos el rastro en el mar de Filipinas.

Atisbé que sonreía de medio lado.

—Y si el último rastro fue ahí, ¿dónde crees que ha ido a parar?

Algo que ya sabía y que también tenía en cuenta: no regresar de allí sin la placa base.

—A Japón, por supuesto —dictaminé.

—Correcto. Tu hermana me ha facilitado un teléfono móvil y he conseguido hacer unas averiguaciones allí.

—¿Quién es tu contacto en Japón? —quise saber.

—Eso no tiene importancia. Haiden Keitaro ha dejado la placa base a buen recaudo. De hecho, está en la casa de uno de los hombres más poderosos de Tokio. Tendremos que robarla también.

Esos datos atajaban el camino, así que asentí.

—Lo tendré en cuenta. Solo necesito que me digas dónde es. El resto —miré hacia atrás un segundo, oyendo que los demás discutían— lo haré yo.

La mano de la japonesa se posó sobre la mía. Aquel roce provocó que la mirase de inmediato. Era la segunda vez que me tocaba de esa manera, sin darle miedo, sin pedir permiso y sin importarle que nuestras pieles se rozasen.

—Tú vas a ayudarme con mis padres. Sabes que antes necesito hablar con los hombres que aún quedan en nuestro bando, en el de mi padre —aseveró, y asentí con una caída de ojos—. Yo te ayudaré a recuperar la placa base antes de que abandones Japón.

Nos sumimos en un silencio. Quizá el destino me pusiese en bandeja cuál sería mi camino. Quizá, no estaba destinado a abandonar Japón con tanta urgencia.

—¿Qué pasa con Haiden? —le pregunté con verdadera preocupación. Si aquel hombre era la mitad de bueno que ella en las artes marciales, teníamos un problema.

—Me han comunicado que no aparecerá por el país de momento. Lo que quiere decir que tenemos una semana aproximadamente antes de que regrese de Grecia. También he estado investigando acerca de sus negocios.

—¿Todo esto acabas de hacerlo ahora? —inquirí, y sonrió.

Esa sonrisa llevaba como compañía unos coloretes rojizos que le llegaron hasta las orejas. Intuí que había estado hablando con las gobernantas de aquel sitio más de una cuestión.

—No —añadió con calma—. Lo único que he hablado con mi contacto es lo de la placa base. Lo demás llevo urdiéndolo desde que puse un pie en Grecia.

Me giré para mirarla. Hacía un minuto que había apartado la mano de mí, y aunque no me gustó, pensé que no era apropiado hacer ningún comentario. Tampoco tenía ni idea del motivo por el que deseaba tocarla con ansias.

—¿Sabes que tienes coloretes? —le pregunté con media sonrisa. Ella entrecerró los ojos y los tonos rojizos se intensificaron.

Se tocó las mejillas, comprobando que decía la verdad.

—¿Es malo?

Reí y negué con la cabeza.

—No es malo, pero podrías decirme qué habéis estado haciendo las tres ahí dentro. La verdad —recalqué.

Su mano se colocó en mi pecho de manera casual. No pude evitar sentir el calor que emanaba de sus dedos blanquecinos, pequeños y letales.

—Sí, claro. Cuando estemos tranquilos te lo diré.

Me asombré por la sinceridad aplastante con la que hablaba, y me atraganté al tener muy claro que las intenciones no eran para nada buenas. «Si es que se le puede llamar así». Qué le habrían dicho aquellas dos... Asentí, sin querer adelantar más acontecimientos.

No supe el motivo que me llevó a ello, pero de lo que sí fui consciente fue de mi cercanía, de mi mano envolviendo la suya para que no se apartase de mi pecho; de mi boca buscando sus labios y, casi sin darme cuenta, los míos sobrevolándolos. Cuando los toqué por encima, musité:

—Voy a besarte, Natsuki Tanaka.

Me sorprendió gratamente su afirmación:

—Me gustaría que me besases, Arcadiy Bravo.

Mi lengua hizo contacto con la suya de una forma muy distinta a la primera vez. No existía esa extrema timidez, sino todo lo contrario: había un ansia devastadora en la búsqueda de contacto, en que nuestra saliva se mezclase, en los roces de nuestros cuerpos, que comenzaron a contonearse de manera involuntaria en la entrada del bosque. Me vi obligado a detener aquel beso que ocasionó que mi entrepierna aullase dolorosa, separándome un centímetro que me permitió rozar con el pulgar su labio inferior. Me sentí agitado, sobrepasado por lo que notaba que brincaba dentro de mi pecho.

Tuve muchos pensamientos, más de los que podría haberle dicho si no pretendía asustarla. Sin embargo, los retuve como pude en la punta de la lengua. Ella no estaba dispuesta a darme esa tregua, pues su mano se paseó insinuante por mi vientre, y a mí se me cortó la respiración al pensar que podría terminar en otra zona que clamaba liberarse.

—No he podido dormir —susurró, sin apartar sus ojos de los míos.

Chasqueé la lengua con gracia, ya que tenía claro que íbamos a sacar el tema más de una vez. Sentía mucha curiosidad, y no era para menos, además de que estaba dispuesto a satisfacer esas necesidades. No se separó de mí, sino que su cuerpo se pegó más al mío y, evidentemente, mi miembro se endureció más de lo permitido.

—Ya somos dos.

Fue un gesto inocente; lo atisbé en la forma en la que me miraba. Aunque no quisiese pensar de manera sucia, no pude obviar que su figura se rozaba, que cada vez me presionaba más la polla y que los pantalones estaban a punto de reventarme. Se contoneaba sin ser consciente de lo que provocaba, aun sabiendo que eso estaba ahí. Latente y desesperado.

—¿Estaría mal si te pidiese que lo hicieses de nuevo?

—¿Ahora? —murmuré, porque me daba igual que a unos pocos metros hubiese más personas de lo permitido y nos mirasen.

De manera irremediable, la visualicé sobre el suelo del bosque. Para ser sinceros, me imaginé dentro de ella, llevándola hasta el extremo y sintiendo cada parte de su cuerpo. Contuve la respiración y pensé que me desmayaba.

—Cuando estemos solos —puntualizó, hipnotizada en mis ojos.

—Tendrás que dejarme enseñarte algo nuevo.

—Claro. Además, tengo más preguntas —bisbiseó con normalidad.

Se restregó con más fervor. Yo ya no aguantaba la presión del pantalón y tuve que separarme.

—Joder, Natsuki —rugí, y me aparté. Me contempló extrañada—. No puedo más. No puedes hacerme esto.

Pareció una regañina, que no lo fue. O tal vez sí.

—¿He hecho algo mal? —me preguntó con tiento, dando un paso hacia mí.

Me llevé la mano a la cara y la detuve antes de que se acercase de nuevo. Concentré todas mis fuerzas para que me diese la licencia de unos minutos, por lo menos hasta que se me bajase el calentón, aunque comprendí que Natsuki no sabía a qué me refería, y si no se lo explicaba, si no le decía que me superaba estar tan cerca de ella sin actuar, no lo entendería.

Alguien me detuvo cuando las palabras casi salían de mi boca:

—Tío Arcadiy, ¿va todo bien?

El tono de Aleshka no era dulce ni compasivo. Era letal y viperino, como el de una serpiente a punto de estrangular a su presa para asfixiarla y después comérsela. Los ojos de la japonesa me buscaron, sabiendo que los de mi sobrina estaban fijos en ella.

Carraspeé, intentando ocultar el nivel de gravedad que había entre mis piernas.

—Sí, Aleshka. ¿Ocurre algo?

—Mamá dice que han llegado Claudio y Alessandro. Me ha mandado a buscarte. —No apartó su mirada de Natsuki—. Y a ti también.

Lo último lo pronunció con tal desprecio que tuve que regañarla:

—Aleshka...

—Está bien —intervino Natsuki antes de que continuase con la bronca. Dio el primer paso, aunque se detuvo al lado de ella—. Iré a por la bolsa. Te esperaré allí.

Me lo comunicó a mí, aunque su mirada inquisidora no se separó de la de mi sobrina, quien, altanera, continuaba con la vista fija en la japonesa, retándola e intentando intimidar a un gigante. Me sentí orgulloso de ella. No imaginaba cuánto.

Me crucé de brazos, dándole gracias a la vida por concederme una tregua y haber hecho que el pequeño malhumor que había cruzado por mi semblante ayudase a que el mástil bajase para andar sin querer morirme del asco. Moví una mano en dirección a la salida del bosque, camino a la entrada de la casa, donde nos esperaban. No dijo nada, aunque sí levantó el mentón tanto que pensé que se le partiría.

—Conmigo no, *to korísi mou* —la advertí, dándole a entender que no necesitaba que se mostrase arrogante si quería seguir conservando todos los dientes de la boca.

—¡No me gusta! ¡No quiero que te vayas! —Pataleó, como una niña que era.

—No te gusta nadie que se acerque a tres kilómetros a la manzana. O sea, a mí.

—¡Eso no es verdad! —se defendió. Detuvo sus pasos y se cruzó de brazos a la altura del pecho—. Noa me gustaba.

Contuve el resoplido. Juro que lo contuve.

—Noa y yo solo somos amigos.

—Noa me gustaba —enfatizó con mucha fuerza, ignorándome.

—Aleshka... Que ves pájaros donde no los hay. Ahora no lo entiendes, pero cuando seas mayor...

—¡Ya soy mayor! —me gritó.

—¡Tienes once años! —Me puse a su altura, frunciendo el ceño por el enfado.

—¡Tengo casi doce! —Me señaló con el dedo—. ¡Soy tan mayor como para haber matado a una persona! ¡Así que no me vengas con tonterías!

Aquello me atascó el gaznate y berreé mucho más de lo que ella lo había hecho, amedrentándola:

—¡Porque es el mundo en el que te ha tocado vivir! ¡Eso no te da derecho a tratar a las personas mal! ¡A juzgarlas sin conocerlas! ¿O acaso eso te hace grandiosa? —cizañé con mala leche. Bajé el tono—: No ganarás más por comportarte como una niñata. Si tan grande te crees, piensa con esa cabeza que tienes.

Adelanté el paso, dejándola atrás y tras haber apreciado aquellos ojos tan bonitos cristalizados por un llanto repentino. Aleshka tenía un carácter tremendamente complicado, de mil demonios, como el de mi hermana cuando se ponía en sus trece. Sin embargo, mi sobrina había aprendido de buena tinta lo que era ser cabezota, tosca y futura reina. Todo había que decirlo.

—No quiero que me dejes sola.

Detuve mi caminata enfurruñada y suspiré porque ya no me quedaba otra. Demasiado tiempo había pasado conmigo y entendía qué era aquello: celos. Ni siquiera las semanas que habíamos estado separados habían sido suficientes para aplacarlos.

Me giré para mirarla. Las lágrimas ya salían de sus ojos sin ninguna vergüenza. Eso sí que lo valoraba en ella. No debía tener miedo a llorar, era algo que le había inculcado desde que llegó a nuestras vidas.

—¿Quién ha dicho que vaya a dejarte sola?

Sentí que había alguna que otra presencia más a mi espalda. Supe que eran mi hermana y Jack, quienes no osaron meterse en nuestra disputa. Estaba seguro de que habrían escuchado nuestros gritos desde la distancia. Retrocedí los pasos que había avanzado hasta quedarme delante de ella, sin tocarla. Aleshka tenía muchas cualidades bonitas, pero el carácter endemoniado de los rusos le corría por las venas como el que más. Necesitaba su tiempo, y la que debía dar el paso para la primera toma de contacto era ella. Esperé.

—Te veo en los ojos que te gusta la japonesa. Lo siento. —Puso morros de enfado—. ¡Y no me gusta que te guste!

—A veces no decidimos quién puede gustarnos.

Era una conversación un tanto peculiar para tenerla con ella, aun así, siempre había llevado mi sinceridad al máximo con Aleshka.

—¡Reconoces que te gusta! —Apretó los puños a ambos lados de su cuerpo.

Elevé una mano con cautela. Ese gesto me recordó a Natsuki y mi intento de acercamiento. Era una tontería negarle que me atraía la japonesa, cuando creía que todo el mundo se había dado cuenta de ese pequeño detalle sin importancia. ¿Qué tenía de malo que te atrajese alguien? La vida se trataba de eso: de momentos felices, de buscar conocer a otras personas, de sentirse bien, incluso hasta de enamorarse. Ojalá yo me enamorase alguna vez en la vida.

Mi sobrina asintió, como si con ese gesto me diese permiso para atraparla entre mis brazos. Besé su cabeza platina con cariño, la abracé todo lo fuerte que pude y, en la distancia, observé a sus padres, quien juntos me contemplaban con amor.

—*To korísi mou*, pueden gustarme muchas mujeres en la vida, pero tú siempre serás mi primer amor.

—Eso no es verdad —rumió, pegada a mi pecho—. ¿Y si os gustáis más y te quedas en Japón? ¿Qué haré sin ti? —Jadeó y después sollozó.

La separé de mi pecho, enmarqué sus mejillas con las manos y la miré con fijeza:

—Entonces, si eso ocurre, les pediré la custodia a tus padres y te llevaré conmigo al fin del mundo.

Sonrió y se abrazó con muchísima fuerza, más de la que podría tener una chiquilla como ella. Al fondo, en la entrada de la casa, Claudio y Alessandro aguardaban mi llegada.

Noté que alguien más se sumaba al abrazo. Cuando levanté la cabeza, me encontré con mi hermana y Jack. Este último me sonrió con mimo, me palmeó un hombro y terminó juntando su frente con la mía, dándome el aliento que necesitaba para separarme de ellos.

—Vuelve de una pieza, enano, o te reventaré.

Sonreí con cariño.

Ahora, mi próximo destino era el Valle de Kiso.

Un destino incierto y puede que un tanto particular.

16

Conociendo la vida

Natsuki Tanaka

Habíamos llegado a la pista de Palermo, en Sicilia. Habíamos hecho el viaje acompañados de uno de los singulares hermanos italianos sicilianos: Romeo Sabello. Me parecía muy enigmático, muy guapo y demasiado problemático, o por lo menos eso auguraba mi olfato extrasensorial. Atisbé que sus ojos verdes me miraron por el espejo retrovisor dos veces.

Claudio desmontó, después lo hice yo y el pequeño de esa familia bajó por la otra puerta. Arcadiy iba delante, y aunque no había dejado de hablar durante todo el camino con nuestro conductor, me dio la sensación de que me buscaba sin ser consciente.

La despedida había sido dura; pude sentirlo en el ambiente, en las caras largas de su familia. De Aleshka Williams no quería añadir nada, pues a esa pequeña tenía que perdonárselo todo. Estaba celosa de que alguien más llamase la atención de su tío, o eso había dicho Tiziano, que la conocía mejor que yo. Tal vez no le caía bien y punto. No a todo el mundo podíamos gustarle. Y, para ser sinceros, con aquel grupo tan particular tenía un problema, porque todos desconfiaban de mí.

El capo de la mafia siciliana había sido muy preciso cuando nos despedimos. Entendí que Adara le habría contado nuestra conversación y de ahí su preocupación. Tuve claro desde el primer momento que era alguien especial, alguien más sensible, como yo. Me sujetó del antebrazo en la despedida, me acercó a él y musitó en mi oído:

—Cuándo.

No fue una pregunta. Sabía que se refería a la posible muerte de su mujer. Lo miré a los ojos y vi algo que me encogió el corazón. El mundo se le

destrozaba, lo hacía con malicia y a pasos agigantados. Entendí que, pese a mi predicción singular, él se habría puesto en lo peor, no en lo mejor. Algo completamente comprensible.

Coloqué una mano con delicadeza y con un poco de miedo en su brazo derecho, no sin antes preguntarle de manera muda que si podía hacerlo. Él asintió.

—Pronto. Ten fe en tu dios.

Percibí cómo su alma se rompía, aunque no lo demostró. Buscó a su mujer con seriedad y la contempló como si el mundo se hubiese detenido. Yo me sentí mal por no poder curar ese pesar que cargaba, sin embargo, le pedí a mis dioses que la protegiesen a ella y a las niñas; en realidad, lo había hecho desde el momento en el que esa mujer de cabello platino se sentó conmigo en el exterior de la vivienda de los Sabello.

No se me olvidarían jamás los ojos de la pequeña Williams, en la distancia, observándome aniquiladores y deseándome más de un dolor de barriga. Esperaba que el tiempo y el regreso de su tío la hiciesen cambiar de opinión.

—Volaréis hasta Tailandia. En el puerto de Bangkok estará Malee Manoban, la persona que os llevará a bordo del ferri de mercancías. Toma. —Romeo le tendió un papel a Claudio—. Estas son las indicaciones de Tiziano. Tendréis un coche esperándoos al desembarcar.

—¿Dónde os alojaréis? —le pregunté con cierto resquemor, pues no podía siquiera pensar en decirle a mi padre que debía darles asilo a tres hombres.

Tres hombres que venían conmigo.

—Tranqui, japonesa. —Ese fue Alessandro, quien se apoyó de manera chulesca en la puerta del vehículo y se bajó las gafas de aviador—. Nosotros nos quedaremos en el pueblo de al lado para no molestar.

No entendí su sonrisa ni por qué Arcadiy bufó y lo miró mal.

—En... —Claudio, el más cabal de esos dos, cogió un papel— Tsumago.

Una caída de ojos bastó para darle a entender que sabía qué zona era.

—Desde Tokio tenemos unas cuatro horas en coche aproximadamente. Deberíamos ir en transportes distintos hasta el Valle de Kiso. Podemos hacer la primera parada en Tsumago, sin que nos vean —añadí—. Haiden... —pensé para retener el apellido; poco a poco, estaba consiguiéndolo— tiene hombres repartidos por todo el valle. Lo más probable es que, en cuanto me vea, salten las alarmas para que se dé más prisa en regresar al país.

Arcadiy pasó por mi lado, palmeó la espalda de Romeo y le guiñó un ojo. Su característico olor me mareó y provocó cierto revoloteo en mis partes íntimas. Me sentía desbocada, alarmada y deseosa de tener otro encuentro con él. Cerré los ojos momentáneamente, porque estaba saltándome mi código de

honor a todas horas. «Al *yomi-no-kuni* voy a ir», me dijo la voz de mi cabeza, refiriéndose al inframundo del sintoísmo.

No me percaté de que tenía al pequeño de los Sabello muy cerca. Tan cerca que casi respiraba sobre mí. Me asusté al verlo, aunque no mostré la sorpresa.

—Mmm... Qué interesante va a ser este viaje.

Su pérfida sonrisa me puso la piel de gallina. Esa familia tenía algo extraño en la sangre. Claudio lo golpeó con los papeles que había enrollado previamente.

—Ya basta, Alessandro. A ver si vas a venir para dar por culo en vez de ayudar.

Su tono no admitía réplica. Romeo puso los ojos en blanco, sonrió de esa manera que derretía polos enteros y me buscó.

—Te dejo con el Yin y el Yang —se burló, e hizo un saludo japonés con una breve inclinación de cabeza. Me gustó que no se equivocase, como solía ocurrir—. Nos vemos, Natsuki.

—¡Por supuesto, yo soy el Yin! —vociferó Alessandro, subiendo al avión —. Porque soy el que mola más. El gruñón es Claudio.

Rio a mandíbula batiente y pude ver la ceja alzada del hijo mayor de los Sabello. Una mueca burlona pasó desapercibida por mis labios.

Cuando me disponía a adelantar a Romeo, me detuvo sin tocarme. Un simple carraspeo bastó. Puse cara de hastío al girarme un centímetro y encontrármelo con las manos en los bolsillos, con los ojos muy brillantes y una clara advertencia.

—No voy a amenazarte. —«Mentira»—. Llevas a dos de mis hermanos: el que comienza el legado de los Sabello y el que lo termina. Qué irónico, ¿verdad? —Intensificó su mirada—. Van a volver de una pieza, al igual que el rubio al que te llevas. Porque ese no es de mi sangre, pero sí es mi familia. Y... —se aproximó un poco más, acercamiento al que yo correspondí sin movimiento alguno por mi parte; el aire ya no entraba entre los dos— si viene con un solo rasguño —continuó, bajando el tono—, te enseñaré a qué tipo de torturas se enfrentan las personas que no cumplen con su palabra. —Su voz se oscureció en exceso. No aparté la mirada de él.

—¿Crees que serán peor que las chinas? —malmetí, aun siendo de Japón. Las torturas chinas tenían unas críticas un tanto escalofriantes.

Sus labios se ensancharon con chulería, una que desarmaba. Asintió varias veces, hasta que dijo:

—No me gusta eso de arrancar las uñas; me entran arcadas solo de pensarlo. —Soltó un sonido chirriante por la boca, como si le diese grima—.

Peeero eso no quita que pueda planteármelo. Imagínate lo que sería arrancar una uña sin mirar. —Movió los ojos en un particular gesto socarrón.

Sonreí taimadamente, escuchando de fondo que Alessandro me llamaba. Ya olía lo que iba a tener que aguantar a ese jovenzuelo desenfadado y particular.

—Capto los conceptos rápido, Romeo Sabello. —Arrastré mucho su apellido.

—Comprendo que estés hasta las narices de que todos te amenacemos.

—Sabio por tu parte —apunté—. Adiós, Romeo.

Sonrió con arrogancia y una majeza que no había mostrado durante todo el camino.

Mientras llegaba a las escaleras del avión, escuché que vociferaba en medio del estruendo de unos motores que comenzaban a funcionar:

—¡Oye! ¡¿Tienes que decirme algo en particular sobre este año?!

Me giré para mirarlo y sonreí. Las palabras que había tenido con Adara habían corrido como la pólvora en aquella casa, y eso me había convertido en la clarividente pasajera de ellos. Asentí.

—Antes de que termine el año, llevarás un anillo de compromiso. —Levanté la mano—. Ten paciencia, Romeo Sabello, deberás ver más allá de las jurisdicciones y la maldad si quieres que los dioses sean generosos con tu porvenir. Serás juez, jurado y verdugo.

Hice una breve inclinación con la barbilla y me giré de nuevo. Justo antes de terminar de darme la vuelta, atisbé cómo Arcadiy me contemplaba con la incógnita plasmada en su rostro, y Romeo con cara de póker.

—¿Qué...? —Su pregunta quedó en el aire, hasta que arrancó—: ¡¿Qué dices, loca?! ¡Natsuki, mírame de nuevo, que no me has visto bien! ¡¡Estamos en otoño!! ¿De dónde te han sacado, del manual de videntes encriptados? —Le dije adiós con la mano mientras comenzaba a subir las escaleras—. ¡Natsuuukiii!

Antes de cerrar la puerta del avión, el rubio de mi espalda se detuvo con ella a medias, me miró y nuestros ojos se encontraron.

—No pienso preguntarte por mi futuro. Es que no quiero ni saberlo. —Aguanté la risa cuando se volvió de cara al hombre que habíamos dejado fuera y le dijo—: Le diré que te dé un número de teléfono para que puedas atosigarla.

—¿Qué? ¿Casado yo? ¡Oye, espera! —gritó—. ¡Que me voy con vosotros!

—Para qué habrás abierto la bocaza. Callada estás más guapa —gruñó Claudio en mi dirección.

El mayor de los Sabello pasó por mi lado, se ajustó la chaqueta de un traje

beis que vestía, apartó a Arcadiy, accionó el botón de las escaleras para que se cerrasen e hizo caso omiso de las voces de su hermano para que las detuviera.

—¡Claudio, me cago en tu padre! ¡Baja, que tengo que hablar con la japonesa!

—Vete a trabajar, que es lo que tienes que hacer. Valentino está esperándote en casa —le ordenó—. Déjate de marujerías y lárgate de aquí ya.

Y cerró. Sin contemplaciones ni esperas. Se acercó a la cabina del piloto, y desde atrás pude ver que Alessandro se encontraba al lado del hombre que supuse que nos llevaría a Tailandia.

—¿Quién conduce el avión? —pregunté con ciertas dudas.

Claudio salió, se sentó y me señaló uno de los asientos.

—Mi hermano. Te recomiendo que te pongas el cinturón. Es la segunda vez que pilota.

Me coloqué al lado de él y me lo abroché. Arcadiy sonrió y se puso frente a nosotros. El avión era pequeño, pero se notaba que era privado. Había unos doce asientos: dos enfrente de otros dos, donde nos encontrábamos sentados; al lado, los mismos; a nuestra espalda, cuatro de ellos, más grandes y en fila india; frente a estos, una barra, y delante de nosotros, la cabeza del avión con la cabina y un pequeño aseo antes de la puerta.

No recé porque me fiaba de las capacidades de los Sabello, de su familia y del resto.

Tras unos interminables minutos de silencio en los que me dediqué a mirar por la ventanilla el paisaje y después las nubes hasta el claro cielo, escuché que Claudio comenzaba una conversación:

—¿Tus padres son conscientes de tu situación? Tu padre, en este caso —rectificó.

—A mi padre nunca le cayó bien mi primo, pero tuvo que aguantarse con la decisión que se tomó en el momento de casarnos. —Lo miré con pesar—. Lo único que tengo que hablar con mi padre es que debo saltarme la mitad de mi código de honor por estar casada con Haiden Keitaro y querer asesinarlo. Eso es un crimen, nunca mejor dicho.

Lo último lo musité, aunque no había pasado desapercibida para mí la mirada que los dos se echaron. Pensé que Arcadiy no había contado nada, sin embargo, intuí que podría ser algo que saltase a simple vista. ¿Se notaba cuando te gustaba alguien o cuando hacías cosas con alguien? ¿Se vería en la cara? Tenía que preguntarle a mi amigo de confidencias.

—Entonces entiendo que conocen la situación que los recluye allí. En Magome.

Suspiré y regresé mi atención a la ventanilla.

—Magome siempre ha sido mi hogar, en realidad. Se ha convertido en una cárcel para ellos. Si yo traiciono a Haiden, ellos mueren. Si no lo hago, ellos viven.

—¿Cuántos hombres tiene vigilando la zona?

Arcadiy se mantuvo al margen, aunque atisbé que estaba pendiente de todos mis gestos.

—Muchos. Por eso he de conseguir que mis antiguos contactos regresen con nosotros. Si no, será imposible sacarlos de allí.

—Necesitaré una lista. Tenemos a gente conocida en Tokio. Es posible que podamos echaros una mano respecto a eso.

Lo miré agradecida. Me encargaría entonces de los más conocidos, y quizá los Sabello pudiesen conseguirme a peces gordos.

—No disponemos de mucho tiempo y debemos ser cuidadosos. En cuanto pongamos un pie en el Valle de Kiso, él sabrá que hemos llegado y aplazará sus negocios en Grecia.

El hermano mayor de los Sabello asintió, sabiendo que debíamos movernos rápido, o estaríamos vendidos. Si Haiden nos cazaba allí, dudaba mucho que consiguiésemos salir, pese a que Arcadiy era el cebo de última hora. Un cebo que solo debería aparecer cuando mis padres estuviesen a salvo. Así se lo había hecho saber en el momento en el que estructuramos el plan. Y aunque él no había dicho nada, intuía que algo lo preocupaba.

Cerré los ojos un rato, pues nos aguardaban demasiadas horas de vuelo hasta que llegásemos a nuestro destino. El viaje iba a ser largo y tedioso, tanto como que teníamos casi un día para llegar a Japón.

Cuando me desperté, era de noche. Por la diferencia horaria tan grande que había, llegaríamos a Tailandia sobre las cinco de la mañana y después tendríamos que coger el ferri de transportes que tardaría otras tantas horas en llegar al puerto de Tokio. El viaje era interminable.

Abrí los párpados e intenté ubicarme. ¿Dónde estaba? Los asientos habían desaparecido y me encontraba tumbada en una cama mullida, con una sábana que tapaba parte de mi cuerpo. Alguien me había descalzado y... Agudicé mi visión, encontrándome entonces a Arcadiy tirado de mala manera en un butacón, delante de mí. ¿De dónde había salido aquel dormitorio? Me senté en la cama, confusa.

—Está en la parte de atrás, pegado a la bodega. Por eso no lo has visto, exploradora.

Sonreí de manera débil y aparté la sábana.

—E imagino que tú, como un caballero, has visto que me quedaba dormida en los asientos y me has traído hasta aquí.

—Imaginas bien —dijo, con los ojos cerrados.

Alargué la mano para encender una pequeña lamparita que había a mi izquierda.

—¿Y Claudio?

Ahora sí que abrió los ojos a lo grande, y yo me sobresalté al darme cuenta de que alrededor de la cintura tenía una toalla como única prenda.

—¿Estás intentando omitir los apellidos de las personas con las que te encuentras? No me lo creo —añadió con dramatismo.

—Voy a intentarlo, sí —reí.

Me quedé embobada contemplándolo e intenté no fijarme demasiado en que su parte inferior estaba cubierta con una simple toalla y la de arriba sin ropa, porque la boca me salivaba sin un motivo comprensible para mí cada vez que miraba esos cuadraditos que marcaban su torneada piel. Todavía seguía pensando cuál era la causa de que, desde su llegada a mi vida, las ansias por conocerlo hubiesen crecido a tanta escala.

—Tienes una miniducha ahí. —Señaló una puerta pequeña a su derecha.

Enrojecí de inmediato al percatarme de que ese comentario había sido debido a que me había cazado. Me levanté de la cama como si me hubiesen empujado por la espalda y pasé por su lado intentando no rozarlo; algo meramente imposible, porque el espacio era más que reducido y el butacón se encontraba a los pies de la cama. No me pasó desapercibida la sonrisa burlona que me mostró, sin quitarme los ojos de encima.

Abrí y cerré la puerta con una rapidez pasmosa. Sentí la respiración agitada, las pulsaciones a mil por hora y los latidos del corazón desbocados. Posé las palmas de las manos sobre la madera y solté una exhalación, vaciando mis pulmones con pausa para calmarme. Me giré en dirección al reducido espacio y me aventuré a deshacerme de la ropa, no sin antes buscar el pestillo que cerraba la puerta del aseo.

Extendí la mano hacia él, sin embargo, algo me frenó y no lo corrí. Dubitativa, pensé en los motivos que me habían llevado a eso, aunque bien era cierto que sabía que Arcadiy no osaría entrar sin mi permiso. No lo había hecho para tocarme y no lo haría para asaltar mi intimidad y verme desnuda, por mucho que una voz me susurrase que estaba deseándolo en lo más profundo de mí —y no tan profundo—.

Entré en el cubículo y accioné la ducha durante unos minutos, muy pocos para los que me hubiese gustado estar bajo el agua caliente. Hubo un

momento en el que mi mano se fue de manera inconsciente al centro de mis piernas, no solo para limpiarlo, sino para sentir ese pellizco que un único hombre había provocado ahí. Noté un calambre cuando presioné mi clítoris y aparté la mano como si quemase. ¿Eso estaría bien? ¿Eso no estaría bien?

«Arcadiy dijo que el sexo estaba para disfrutarlo. No puede estar tan mal».

Alcancé la toalla, quité el exceso de agua de mi melena y la envolví en mi cuerpo. Miré el montón de ropa sucia y pensé si era lo correcto salir con aquella tela o no. Si debía ponerme la ropa o no. Estiré una mano hasta la manivela, prensé los labios un poco y al final abrí. No vi a nadie y solté el aire de golpe, hasta que puse un pie fuera y di un bote gigantesco.

—¿Esperas a alguien, tigresa?

Arcadiy estaba en la izquierda, pegado a la puerta de salida de la habitación. Tenía uno de sus musculosos brazos por encima de su cabeza, apoyado en la pared. No tardó en colocarse delante de mí, elevar el otro y dejarme encajada entre el aseo y su impresionante cuerpo. Miré hacia arriba para contemplarlo mejor y tuve que tragar saliva de manera visible cuando la puerta de mi espalda se cerró sola.

—Casi me matas de un infarto —murmuré atontada.

—Y yo que creía que las samuráis no se morían ni de infartos —se jactó.

Golpeé su pecho y se quejó de manera fingida.

—¿Esta es una táctica de intimidación o algo? —cuestioné, con las piernas temblorosas.

—Dependiendo de en qué estés pensando. Sería una buena idea para matar las ochocientas horas que nos quedan antes de llegar a Japón.

Reímos a la vez por su exageración, aunque su mirada era oscura y depravada. Lo peor de todo eso fue que me encontré expectante por ver qué iba a hacer.

—¿En qué estás pensando tú? —le pregunté con la voz agitada.

Sonrió con más énfasis.

Su mano derecha descendió hasta mi cabello y lo recogió detrás de mi oreja. Tras eso, delineó el contorno de mi rostro y siguió hasta mi barbilla, donde dejó su dedo pulgar sobre mi labio inferior.

—En muchas cosas sucias, Natsuki Tanaka.

El aire no consiguió entrarme en los pulmones al imaginarlo dentro de mí, y por muy extraño que pudiese parecer, mi excitación por ese hombre iba creciendo atrozmente.

Separé los labios para recabar aire y preguntarle:

—¿Cosas que yo no sé, Arcadiy Bravo?

Su dedo no se apartó de mi labio. Noté que algo más presionaba mi

vientre. Él alzó una ceja con gracia y rio, otorgándole a su rostro aquellos hoyuelos tan perfectos.

—Tú tenías más preguntas y yo quería enseñarte más cosas —ronroneó, y se acercó hasta detenerse en mi cuello—. Si me dejas.

Jadeé agónica al sentirlo en mi piel, coloqué las palmas de las manos en su pecho y le respondí en un susurro apenas audible:

—Claro que te dejo. Las preguntas se me han olvidado ahora.

Noté en mi cuello su clara sonrisa antes de que su lengua vivaz recorriera el perímetro de esa zona. Descendió con una parsimonia aplastante, llegó a mi clavícula y la besó, subió por mi barbilla, la mordió y se detuvo a menos de un centímetro de mi boca. La toalla se movió lo justo para que su mano trasteara en el interior y me cimbrearon las piernas de excitación.

—Me dijiste si podía hacer lo mismo. —Asentí, sin vocalizar palabra alguna—. ¿Puedo hacer algo distinto? —A lo mejor me puse tensa sin remedio, porque lo notó—. Nada que implique que utilice mi arma, te lo prometo.

Cabeceé en señal afirmativa. Unos segundos bastaron para que notase su mano descendiendo de abajo arriba, restregando una humedad que, de nuevo, había producido en un abrir y cerrar de ojos. Mi boca esperó con anhelo la suya cuando presionó mi clítoris y lo frotó un par de veces sin entretenerse. Yo ya parecía una gelatina.

—Arcadiy... —Gemí, impaciente por que me besara.

Él estaba al tanto, y así me lo hizo saber:

—Si tantas ganas tienes de que te bese —bisbiseó sobre mi boca, sin dejar de tocar mi sexo—, ¿por qué no lo haces tú?

Fruncí el ceño con asombro y lo detuve con mis manos en sus hombros.

—¿Eso está bien? Quiero decir, ¿puedo besarte yo?

Un gesto de picardía dibujó sus labios.

—Puedes hacer lo que quieras con este hombre que tienes delante, japonesa. Tocar, besar, investigar. —Clavó sus dedos en mi interior y un espasmo me sacudió. Me sostuve con fuerza a él—. Lo que quieras.

Busqué su boca con desesperación y me volví loca al ser consciente de que lo anhelaba, de que sentía nostalgia por sus labios cálidos, por su cercanía y por ese contacto que me brindaba sin pedir nada a cambio. Me aventuré con mis manos por la estrechez de su cintura, por sus músculos, y me detuve en su pelvis pronunciada por tantísimo deporte. Se apartó de mis labios, sacó las manos del fondo de mi sexo y el abandono me sobrecogió.

—No te cobraré.

Había extendido las manos a ambos lados de su cuerpo, separadas unos

centímetros de sus costados. Sonreí con timidez al ver que me indicaba que podía ver lo que escondía y aquello que tanto presionaba mi vientre. Aguanté la respiración antes de atreverme, con manos temblorosas, a deshacer el nudo que ataba su cintura. Alterné mi mirada de sus ojos chispeantes a la toalla, con miedo de ser una incompetente y no saber cómo actuar. La vergüenza comenzaba a apoderarse de mí y lo notó. Por mucho que las chicas me hubiesen dicho algunas tácticas para complacer a los hombres..., yo no sabía si me veía capacitada para ello.

Una de sus manos cogió la mía derecha y abrió la toalla sin miramientos. De ahí saltó hacia mí una enorme... ¡Por los dioses, era gigante! Me quedé petrificada contemplándola, grabando su grosor, las venas que la marcaban, la longitud... Eso... Eso... Aparté el pensamiento *ipso facto* de mi cabeza, aunque fue inevitable que pensara que mi actual marido no tenía aquel tamaño ni de lejos, a pesar de no haberlo visto desnudo nunca. Cuando Haiden me tomaba a la fuerza, lo sentía pequeño y fino.

—No es un dragón.

Elevé los ojos de inmediato, con confusión. Los bajé a la misma velocidad que los había subido, aunque sí vi que Arcadiy mantenía las manos en la cintura, a la espera de que hiciese algún comentario más.

—Es... Es... —Extendí mis dedos hacia ella, con miedo—. Yo nunca había... Nunca había visto a un hombre desnudo.

Se hizo el silencio. No necesité buscarlo con los ojos para saber que se encontraba estupefacto. Estiré la piel hacia atrás, conforme me habían dicho las chicas, y dejé mi dedo pulgar en la punta, caliente y mojada. Tracé algunos círculos y me atreví a deslizar la carne hacia arriba. Lo escuché rechinar los dientes y lo miré.

—¿Te he hecho daño? —me interesé con duda.

No me dio tiempo a mucho más, porque me sujetó de las axilas, descendió las manos hasta mi trasero y la toalla se arremolinó en mi cintura. Casi me dio un infarto al imaginarme desnuda delante de él, aun sabiendo que tenía que darme más vergüenza lo que estábamos haciendo, que no era el caso.

Encauzó sus pasos hasta el borde de la cama y me sentó en ella. Sostuve con más fuerza la toalla, evitando que se cayese y viese mis pequeños pechos. Se colocó de rodillas, abrió mis piernas y se quedó encajado entre ellas. Abrí los ojos como platos, pero eso a él pareció darle igual porque preguntó como si nada:

—Si no has visto a un hombre desnudo en la vida y nadie te ha enseñado lo que es el sexo de verdad, ¿por qué has hecho eso?

Me encogí de hombros.

—Me lo han dicho las chicas.

—¿Las chicas? —Puso caras—. ¿Mi hermana y Adara?

Asentí, porque pensé que no era nada malo. No debió serlo, ya que comenzó a reírse y a negar con la cabeza como si eso no fuera posible. Cortó aquel ataque cuando subió su mano derecha a mi centro y lo masajeó, sin dejar de observarlo. Tragué saliva con vergüenza, porque teníamos la luz de la lamparita encendida. Sin embargo, pese a la rojez que me subía por las orejas, deseaba verlo, deseaba saber qué iba a hacer. Y... y cuando acercó su boca...

Di un salto y terminé subida en la cama con la alarma en el rostro.

—¡¿Qué haces, Arcadiy?!

—¿Cómo que qué hago? —me preguntó ojiplático. Después movió una mano, restándole importancia, y me hizo la pregunta estrella—: ¿Confías en mí?

Estiré las piernas poco a poco, como si esas palabras fueran suficientes para domar a un tigre.

—Siempre. —Me salió sin pensarlo siquiera.

Asintió, tiró de mis tobillos y los encajó en la misma posición que estaban. Retuve la respiración porque el revoloteo que sentí en mi estómago no fue común, sobre todo cuando, sin dejar de mirarme, sacó la punta de su lengua y la puso ahí. Ahí abajo.

Aprecié su sonrisa canalla al mismo tiempo que sentía que sus dedos se movían laboriosos en la entrada de mi sexo. Desvió su boca hacia la cara interna de mis muslos, los besó, lamió y mordió con cariño, sin llegar a hacerme daño. En mi fuero interno deseaba que hiciese lo mismo que al principio, pero tampoco sabía si eso estaba bien o no.

«Por los dioses, ¿cuántos códigos de honor estás saltándote, Natsuki? ¿Cuántos?», me dijo la voz de mi conciencia; esa que se vio solapada cuando la boca de Arcadiy absorbió mi clítoris y jugó con él como un verdadero experto. Lo succionó de tantas maneras que pensé que perdería el sentido, y antes de ser consciente de aquello, me vi aferrando mis manos a su cabello mientras mis piernas se movían insinuantes hasta que lo abracé por el cuello con ellas.

Sus manos atraparon mi trasero y la imagen me pareció de lo más grosera, erótica y divina que había visto. «Estás conociendo la vida». Cerré la boca con mucha fuerza para no gritar, aunque era imposible que reprimiese los gemidos que escapaban de mis labios cada vez que la corriente me atravesaba la espina dorsal. Arqueé la espalda tanto que pensé que se me partiría, moví las caderas de una manera que ni en mis sueños y lo busqué con urgencia.

—Arcadiy... Arcadiy... —Jadeé sin saber dónde agarrarme.

—Córrete en mi boca, tigresa. Déjame que te pruebe.

Ese tono... ¡Por favor! ¿Cómo se podía ser tan sensual? ¿Cómo podía llevarme a ese extremo, teniéndoles tanto pánico a los hombres como se lo había tenido antes de conocerlo? Mi cuerpo convulsionó y sentí que desfallecía entre ahogos y suspiros amortiguados por la almohada que me había asegurado de sujetar. Ya no me importaba que la toalla estuviese abierta de par en par ni que me viese ni nada de nada. Solo podía acoger con ansias los calambres que me atravesaban.

Sujeté su cara con mis manos, lánguida por el segundo orgasmo que había tenido en la vida, y tiré de él hacia arriba, con la clara intención de proporcionarle el placer que quisiese. Si me hacía daño al enterrarse en mí, aguantaría. Lo haría porque él estaba regalándome algo maravilloso que jamás hubiese descubierto. Enmarqué sus mejillas con las manos, subió y me lancé a besarlo con desesperación, probando mi propia excitación.

—Natsuki... —Jadeó en mi boca cuando mis piernas lo atraparon.

Restregué mi sexo desnudo contra su miembro duro y dispuesto. Lo sentí caliente en mi entrada, listo para enterrarse en mí. Lo besé con más énfasis, deseando que lo hiciese ya, ahora que no pensaba en las consecuencias de que me penetrase. ¿O tal vez tampoco era malo y era el único concepto que había conocido?

—Hazlo —sentencié, y volví a la carga con mis labios.

Tenía un sabor difícil de describir. Era ácido, fuerte. Era mío. Moví las caderas invitándolo, pero su mano detuvo mi pelvis la segunda vez que subió.

—Natsuki, no —murmuró con agonía.

Mis labios se marcharon desesperados a su cuello mientras mis manos recorrían el contorno de su figura para terminar en su espalda. Balanceé las caderas, sin pensar en las consecuencias. Me sentí caliente, más de lo que había estado antes. ¿Acaso cuando tenías sexo deseabas más? Parecía ser que sí.

Ni siquiera me sacó del estado de embriaguez el haberme dado cuenta de que apretaba la mandíbula y también la mano que tenía libre, convirtiéndola en un puño que arrugó la sábana.

—Arcadiy, hazlo —le rogué desatada, rozándome con su falo en la entrada de mi chorreante sexo.

¿Qué me ocurría?

—No, Natsuki, así no —musitó con un deje de culpa. ¿Qué le sucedía?

Me balanceé con más ganas, llevándolo al límite. Lo sabía porque escuché incluso sus dientes rechinar.

—Arcadiy, tómame. Estoy pidiéndotelo yo.

De repente, sin esperármelo, sujetó mis muñecas, se separó y me observó solo dos segundos, los suficientes para que viese que su pecho subía y bajaba veloz. Tenía los ojos muy oscuros y aguantaba el aire como si no quisiese soltarlo. Me miró, bajó de la cama y se volvió de espaldas a mí. Sin pestañear, cerré la toalla alrededor de mi cuerpo, tragué saliva e intenté levantarme con cuidado al ver que se vestía a una velocidad de vértigo. Tenía los hombros tensos.

—Arcadiy...

—Ahora no —solicitó, poniéndose los pantalones.

Di el único paso que me quedaba para colocarme detrás de él.

—Arcadiy, ¿he hecho algo que...?

Su tono enervado y cortante me interrumpió:

—Ahora no, Natsuki —sentenció, extendiendo una mano hacia la izquierda.

Ni siquiera giró el rostro para mirarme, aunque su pecho temblaba. ¿Qué le ocurría? Sellé los labios, viendo cómo salía de la habitación con un sonoro portazo, sin mirar atrás.

Lo siguiente que escuché fue el sonido de una botella al chocar con un vaso, un golpe seco, intuí que en la barra que había en el avión, y silencio. Me senté en el borde de la cama, con la toalla cogida como una imbécil.

¿Qué había pasado?

17

La guarida del alfil

Me había costado lo mío salir de la habitación sin morirme de vergüenza. No porque Claudio nos hubiese escuchado, porque no estaba cuando lo hice, sino porque no sabía cómo entablar una conversación con Arcadiy. Tampoco tenía ni idea de los motivos que lo habían llevado a actuar así, si había hecho algo malo, si no...

Me senté en los sillones del avión, pues al parecer nos quedaba muy poco para llegar a Tailandia. Estaba sumida en mis pensamientos cuando el hombre por el que no dejaba de darle vueltas a la cabeza salió de la cabina del piloto, con Claudio. Me pregunté si era posible que hubiese tanta gente allí o había sido algo momentáneo en los minutos que había permanecido sola en la habitación.

No pregunté ni vi nada en los ojos de ninguno de los dos. Los del rubio no me miraron; es más, se sentó en los sillones de la derecha, no en los que habíamos estado inicialmente. Claudio sí que lo hizo a mi lado, me miró, sonrió cortésmente y se ató.

—Vamos a aterrizar.

Asentí, sabiendo que mi cara era el reflejo del alma. Desde luego, si Claudio lo sabía, era muy bueno ocultando secretos.

Al llegar, el mismo señor que nos había indicado Romeo, Malee Manoban, nos recogió y nos llevó a todos en un todoterreno al puerto de Bangkok. Casualmente, Arcadiy se había puesto delante con el hombre, evitando así mis inquisidores ojos que buscaban respuestas. Claro estaba que cuando nos encontráramos solos le preguntaría de manera insistente hasta sacarle la verdad.

Me quedé espachurrada entre los dos cuerpos de los Sabello. Claudio era

mucho más corpulento que Alessandro, se notaba en la edad, aunque el pequeño de esa casa tampoco era un yogurín. Claudio tenía los ojos verdes como los de Romeo, y vestía siempre con una elegancia digna de un señor de negocios que no se despeinaba. Sin embargo, sabía a lo que se dedicaba, y las habladurías no eran precisamente sobre que era un santo. Su cabello era más oscuro que el de Alessandro, y mantenía ese porte cordial que te descolocaba porque lo mismo estaba pensando en las mil maneras de torturarte. Por otro lado, el polluelo de los Sabello desprendía un aire jovial, vivaracho y una chulería tremenda. Era más informal a la hora de vestir. También había estudiado su perfil sanguinario, semejante al del actual capo de la mafia, Tiziano. Ninguno en el coche advirtió mi inspección, o eso pensé. Tampoco tenía nada que hacer.

No sabía cuánto tiempo llevábamos en el barco, pero habían pasado las suficientes horas como para que me entrase un sueño arrebatador si no atracábamos ya. Arcadiy había desaparecido, yo había comido algo con Alessandro mientras hablábamos de temas banales y nuestras distintas culturas, y antes de meterme en el camarote que me habían asignado a mí sola, me fui a proa para contemplar el esplendoroso océano sin límite.

El humo de un cigarro me chocó en el rostro; yo ya había escuchado sus pasos desde lejos, por muy silenciosos que estos hubiesen sido.

—¿No duermes un poco?

—Sí. Iba a irme a la cama un rato —le respondí. ¿Sonaría muy desesperado que preguntase por el griego que me llevaba de cabeza?

Se hizo un silencio entre los dos. Un silencio que supe que rompería de inmediato:

—Natsuki, me gustaría pedirte algo.

Estiré las comisuras de los labios mucho más.

—Por algo sabía que habías venido hasta Japón.

—No quiero que me hables de futuro. Paso de esas cosas —dictaminó. Yo pensé que, si fuera él, no pasaría tanto—. Lo único que quiero es hacerte una pregunta.

Me giré un poco y lo miré de frente. Tenía muy claro que si Claudio estaba allí, no había sido porque Tiziano le hubiese ordenado venir, sino porque él así lo había querido. Extendí una mano con desinterés hacia un lado.

—Tú dirás.

Pareció pensarlo antes de soltarlo, aunque al final lo hizo:

—Si te ayudo a recuperar tu organización, de la manera que sea, ¿podrías conseguirme una localización imposible?

—Nada es imposible, Claudio Sabello.

Su semblante se tornó gracioso, sumado a la misma galantería de siempre.

—Arcadiy me ha comentado que ibas a dejar de llamarnos con nuestros apellidos. Yo te lo agradecería.

«Han hablado». Intenté que los coloretes no me delataran. Él sonrió, tratando de quitarle hierro al asunto, supuse.

—¿Venías porque...? —Dejé la pregunta en el aire, apartando el otro tema a un lado.

—¿Podrías ayudarme a encontrar a una persona?

—¿A quién quieres encontrar que es tan difícil? —me interesé.

—A Domenico Rinaldi.

Presioné los labios, dándole a entender que sí, que no había ningún problema en hacerlo. Palmeó dos veces la barandilla y asintió con convencimiento. Pude ver un destello en su mirada. No sabía quién era aquella persona, aunque intuí que debía ser alguien muy importante.

—Bien —añadió.

Mi atención se fue al otro extremo del barco al ver que una sombra se movía por la cubierta. El corazón me brincó desbocado en el pecho y la que palmeó la barandilla fui yo, con una urgencia desmedida por marcharme de allí. No le di tiempo a decirme ni media palabra más cuando ya estaba andando en dirección al griego.

—Si me permites —le dije de carrerilla, ya desde lejos.

Avancé con pasos ligeros para llegar hasta él. No me vio, así que subí como buena samurái, de manera sigilosa, por algunos de los contenedores repartidos en la cubierta. Me puse detrás de él, coloqué mis brazos en jarra y esperé paciente mientras revolvía un cajón donde supuse que había armas.

—¿Puedes explicarme por qué te has enfadado?

—¡Joder, Natsuki! —blasfemó, y soltó el fusil que había agarrado—. ¡Qué puta manía de ir como un fantasma por la vida!

Acentué mi cara de enfado, sin saber por qué, y adelanté un paso para darle un golpe seco en el pecho con mi dedo índice.

—Fantasma tú —escupí con enojo—. ¿Qué he hecho?

—¿Qué has hecho de qué? ¿Por qué estás enfadada? —preguntó sin más.

—¡¿Yo?! —Me señalé—. Yo no he salido de la habitación sin mirarte.

Fruncí tanto el ceño que pensé que me quedaría sin él. Su mirada cambió, soltó el arma que había vuelto a coger y se cruzó de brazos. Necesitó algunos segundos para retener aire y soltarlo, como si no supiese de qué manera salvar la situación.

—No estoy enfadado. —Su tono había bajado dos decibelios y a mí me rompió todas las defensas.

Me desinflé como un globo y di un corto paso hacia él.

—¿He hecho algo mal?

Sonrió con ternura.

—A veces, tan inocente, y a veces, tan muñeca endemoniada. —Sonó socarrón. Tiró de mí y me envolvió entre sus brazos, para mi sorpresa—. Lo siento.

Me separé de él unos centímetros para poder mirarlo a la cara, mostrando mi perpetua confusión.

—¿El qué sientes, Arcadiy?

Se mojó los labios, y justo cuando se disponía a hablarme, Alessandro llegó con tono cantarín y anunció:

—Suspendemos la siesta, que estos le han dado caña al barco y nos quedan treinta minutos para llegar. —Resopló y estudió nuestro acercamiento, del que me solté al instante. Puso unos morritos curiosos, pero no le dio importancia y nos preguntó—: ¿Cargamos las armas?

Así hicimos. Ni conversación ni historias, porque nos colocamos en los distintos contenedores que Tiziano había enviado como armamento y nos avituallamos antes de desembarcar.

Me detuve en la vista del horizonte y en el inminente regreso a mi hogar. Noté cómo se me encogía el pecho al atisbar el enorme puerto de Tokio, uno de los más grandes de Japón. Regresaba a casa, regresaba con mi familia después de tantísimo tiempo, pues desde que me metí en el contenedor, en el puerto de Yokohama, no había regresado por quedarme con la brigada de Aarón. De eso habían pasado muchos meses. El sentimiento de felicidad me embriagó, pese a tener que apartar los pensamientos negativos que me colapsaban la mente. Los mantuve a raya, instante en el que otra persona se colocó a mi izquierda.

—Es impresionante —musitó, absorto en las vistas.

—Sí —imité su tono, sin apartar la mirada de la inminente entrada.

—¿Qué sientes al volver, después de tanto tiempo?

Su pregunta me descolocó. Aun así, mostré felicidad.

—¿Qué sientes tú cuando llegas a Grecia?

Sus ojos me buscaron con verdadero interés. Se notaba que ambos amábamos nuestro país.

—Que estoy en casa.

—Entonces sentimos lo mismo.

El silencio se alargó, sin desviar nuestra atención. Escuché que atracábamos y que el navío se detenía. No dejábamos de mirarnos, hasta que la voz de Arcadiy resonó lejana y pensativa:

—Ya has llegado a tu destino.

—Ajá. —No supe qué más decirle.

Más silencio.

Más miradas que no comprendí.

Más dolor en el pecho que no quise entender.

—Y cuando acabemos con esta mierda, podrás quedarte en tu Japón para siempre. Porque ya estás en casa.

Me mantuve taciturna durante unos segundos.

—Sí... Por fin estoy en casa y podré empezar de nuevo.

No me había dado cuenta de la presión que ejercía en la barandilla. Me vi obligada a apartar los ojos de él porque me quemaban. ¿Qué me pasaba? ¿Por qué me sonaba a una despedida repentina?

Porque lo era.

Porque eso era lo que me quedaba con él.

Él también había apartado la mirada. Carraspeó antes de hablar:

—Es verdad que el aire se respira mejor en el sitio de cada uno —bromeó, apenas sin ganas.

—Siempre serás bienvenido, Arcadiy.

Aquello estaba siendo agónico y seguí bloqueando las barreras que me decían a gritos lo que ocurría. Chasqueó la lengua, se echó la mochila al hombro y, tras un breve vistazo, añadió:

—Me pilla un poco lejos, pero gracias, Natsuki Tanaka.

Sentí unas ganas de llorar tremendas cuando se alejó de mí para descender por la rampa por la que ya iban los hermanos Sabello y el señor Malee. Cogí mucho aire, lo retuve y me llevé al mismo tiempo la mano al pecho, justo a la altura del corazón. Con los ojos abiertos de más, contemplé las luces del inmenso Tokio, descubriendo, permitiendo que esa barrera cayese en picado y me destrozase. ¿Podría estar enamorada de un griego? «Sí». Casi me ahogué en mi propia miseria al ser consciente de ese detalle.

No atiné a decir una sola palabra cuando llegamos a los coches, donde al final se decidió que iríamos los cuatro juntos porque un imprevisto de última hora llegó para desmontarme los planes y desconcertarme más de lo que ya lo estaba. A lo lejos, una sombra se hizo visible y no pude creerlo.

Arcadiy se mantuvo pensativo, pese a mostrar su desacuerdo inicial con la persona que acababa de poner un pie a nuestro lado. Pude ver que él si sabía que acudiría, lo que se reducía a que la única que no tenía constancia era yo. Ni siquiera podía centrarme en enfadarme por eso, porque otra cuestión más importante ocupaba mis pensamientos.

—¡¡¡Amigos!!! —Me miró a mí y colocó las manos como si estuviese

rezando para decir—: *Konnichiwa,* Natsuki.

Bufé. Los Sabello rieron a mandíbula batiente al verlo saludar de una manera errónea, o por su disfraz/traje más estrafalario que ninguno de los que había visto, o yo qué sabía ya. El rubio se mantuvo al margen, negando con la cabeza y con una tenue sonrisa que no me mostró sus preciosos hoyuelos. Dioses, me ardía el corazón.

—Angelo, no quiero desmoralizarte, pero los japoneses no usamos ese gesto para saludarnos. Simplemente hacemos una inclinación de cabeza. —Lo ejecuté con el saludo correspondiente—: *Konnichiwa.*

Era rosa. Rosa chicle con ribetes verdes de tonos pistachos. Una horterada en toda regla. Es que dañaba a la vista, y ni siquiera podía fijarme bien en los detalles del traje, porque no conseguía centrarme.

—Oh, disculpa. Los chinos tenéis unas costumbres muy raras.

—No es china, es japonesa —lo corrigió Arcadiy—. Angelo, ¿qué coño haces en Japón? ¿Para qué has venido exactamente?

—Se me había olvidado comentarte que él era una parte importante de nuestro plan para recuperar a tus aliados —intervino Claudio, mirándome—. Espero que no te importe.

Negué con la cabeza sin decir nada. Busqué a Arcadiy, que me pidió una disculpa muda, y entonces sí que, quizá, mostré un pelín de enfado.

—¡Oye!, no me pongas esa cara, que nosotros ya éramos amigos. ¿A qué viene tanto drama?

Solté la bolsa a plomo en el maletero del coche.

—A que debemos tener más confianza los unos en los otros. —El silencio se extendió—. ¿A qué se supone que vas a ayudarnos?

Sonrió de oreja a oreja, sacó algo del bolsillo de su pantalón y lo levantó en el aire. La tensión podía cortarse con un cuchillo.

—Tengo las invitaciones para la fiesta del tal... —leyó el papel como si fuese retrasado— Goro Yoshida. El que tiene la placa base de tu primo/ marido Haiden.

Sus labios se curvaron más. Asentí sin decir ni una palabra y me introduje en el coche callada. Atisbé que los hombres se miraron entre sí antes de colocarme en la parte trasera del vehículo. ¿Por qué estaba tan enfadada ahora? Porque tenía muchos sentimientos apelotonados.

Alessandro se subió al volante; a su lado, Arcadiy, y al mío, Claudio. Angelo sería quien se llevaría el otro coche. Supuse que él se quedaría en Tokio. Nuestro viaje interminable continuó, ahora en dirección al Valle de Kiso.

—Angelo se quedará en Tokio con veinte de sus hombres, por si los

necesitamos. La fiesta es en unos días. ¿Conoces a este tipo?

—Sí —le contesté tajante.

Alguien suspiró. No fue Claudio quien habló, sino la persona que menos esperaba, Arcadiy:

—Natsuki, la culpa ha sido mía. Debí decirte que Angelo vendría. No pensé que te molestaría, pero él tiene contactos en Tokio. Junto con los de los Sabello, podremos conseguir nuestros objetivos más rápido. Pueden facilitarnos la situación para...

—Para que todo termine antes, ya —lo interrumpí, y eso que no solía hacerlo en exceso.

Arcadiy se revolvió en el asiento para mirarme mejor. Alessandro me observó por el espejo retrovisor de manera alterna entre la carretera y mis actos. Me había llevado las manos al pecho, las había cruzado y estaba mostrando mi desacuerdo. Yo. Yo, que eso no lo hacía jamás y ya era la segunda vez que lo hacía con él.

—Natsuki, lo siento...

—¡No quiero que estés pidiéndome perdón a todas horas! —exploté, cortándolo de nuevo y descruzando los brazos—. ¡Quiero que me cuentes los planes como vayan a hacerse y ya está!

El silencio fue perturbador y me sentí desequilibrada. Yo, la persona más calmada de la faz de la tierra, desequilibrada, perdiendo los papeles y hablando con doble sentido en una simple frase. Arcadiy se giró como un vendaval en el asiento, puso unos morros gigantes y miró al frente.

La voz de Claudio, firme y serena fue lo último que escuché, descubriéndome con el ceño fruncido también:

—No volverá a suceder.

Durante todo el trayecto hasta que comenzamos a entrar en el territorio del Valle de Kiso no abrimos la boca. Ninguno. Lo único que se escuchó en el perturbador silencio de tres largas horas fueron los suspiros de Alessandro, quien le había dado zapato al coche para llegar antes; intuí que deseando desaparecer por culpa de la tensión que se respiraba en el ambiente.

—Debemos ser cuidadosos en Tsumago. Nosotros bajaremos en esa zona —señalé una indicación— e iremos caminando por la ruta de ocho kilómetros que llega a Magome. Tendremos una ventaja de un par de horas antes de que anochezca.

Ninguno contestó. El pequeño de los Sabello detuvo el vehículo donde le

había indicado. Yo me concentré en buscar indicios de los hombres de Haiden mientras ellos hablaban. Tenía un desfase horario tremendo y estaba comenzando a causarme estragos, como al resto.

—Estaremos conectados mediante los teléfonos y este dispositivo. —Claudio extendió unas mochilas en las cuales supuse que se encontrarían los objetos que había mencionado—. Mientras nosotros recolectamos lo necesario para la fiesta de Goro Yoshina, tú deberás ponerte en contacto con tu colega de aquí para ir atando cabos.

Asentí y lo miré, con el enfado aún permanente.

—Esto... Japo —me llamó Alessandro, sin soltar las manos del volante, y enfoqué mi atención en él—, necesitamos más información del Yoshina este. ¿Es posible?

—Sí —le respondí tajante—. Cuando llegue a mi casa, os enviaré todo lo que tenemos. Es el traficante de armas más grande de Asia. Distribuye a mandos selectos, ejércitos y a la peor calaña que podemos imaginar.

—Bien, pues empezaremos por ahí. Si los cálculos no nos fallan... —Claudio miró su teléfono.

—Una semana —añadió Arcadiy, para mi pesar—. Tenemos una semana para sacar a tu familia de casa, robar la placa base y recuperar tu organización.

Sin más comentarios, abrió la puerta del copiloto y salió. Claudio lo hizo después de él, tras soltar un suspiro. Me quedé fija en la luna delantera, viendo cómo los dos hablaban y el mayor de los Sabello intentaba hacerlo entrar en razón en algo que no logré escuchar. Los ojos de Alessandro ya estaban fijos en mí, con media sonrisa chulesca que me dieron ganas de borrar de una patada.

—¿Qué? —le pregunté de malas maneras. Yo no era así.

Él sonrió más.

—Me gusta cuando pierdes los papeles.

Le hice un gesto con la mano, dándole a entender que no me importaban sus pensamientos ni sus tonterías, pero cuando fui a salir del coche, su voz me detuvo de nuevo:

—¡Japo! —Lo miré desde fuera—. Es un buen tío. Mejor de lo que lo somos ninguno.

Mis ojos se quedaron clavados en el hombre que contenía una risa a la espera de una respuesta que no llegó. Cerré con delicadeza y tomé un par de respiraciones que me llenaron los pulmones. Esperé paciente a que Arcadiy y Claudio acabasen una conversación que habían detenido en cuanto fueron conscientes de mi presencia.

—Vamos. No deberíamos demorarnos más —añadí sin mirarlo.

No lo esperé, sino todo lo contrario: eché a andar camino arriba, en busca de la ruta que nos conduciría por medio de las montañas a Magome. Comenzaríamos por el camino asfaltado y la belleza de Tsumago, pese a que en cuanto entrásemos nos esperaban unos cinco kilómetros de subida tediosa. Aquella ruta me maravillaba y la hacían muchísimos turistas que iban a visitar la zona de Nakasendo, aunque lo ideal fuese comenzarla por Magome para evitar ese ascenso que nos llevaría de cabeza en pocos minutos.

A decir verdad, mi pueblo estaba olvidado de la civilización, a pesar de haber sido en su tiempo uno de los conductos principales para los comerciantes, ya que conectaba con Tokio. En la zona no había muchos supermercados, pues con el paso de los años era un sitio en el que solo vivían las personas de antaño, entre la más pura naturaleza, en el Japón rural.

Mis pisadas eran rudas como las de un caballo. Ni siquiera me aventuré a explicarle a Arcadiy el motivo por el cual tocaba la primera campana que se nos presentó en el camino, de las once que había. Once hasta llegar a Magome. Las tocábamos para espantar a los osos que pudiesen tener el interés de descender la montaña hasta donde nos encontrábamos. Indistintamente, no había que tener muchas luces para darse cuenta de que era por eso: había carteles cerca de cada campana.

Las pisadas se multiplicaron y supe que iba a adelantarme. Mi corazón latió con mucha fuerza al saber que se acercaba a mí. Lo había sentido a lo lejos, pero no tan cerca como hasta ahora, y eso que me había dado el margen de, mínimo, veinte minutos sin hablarme desde que entramos en la ruta. A esas horas, apenas había nadie. Y, para nuestro consuelo, una pequeña capa de agua comenzó a caer.

—Todo esto parece sacado de una película. Es como un cuento hecho realidad —comentó como si nada.

Estaba a mi lado; al final no me había adelantado. No le contesté. ¿Por qué estaba tan endemoniada? No me reconocía, y me daba pavor no saber manejar mis emociones, ¡jamás me había ocurrido algo similar!

Anduve con mucha más ligereza, castigando mis pies y acelerando para dejarlo atrás. Él me siguió, por supuesto. Esa vez me tendió una bolsa de frutos secos que no sabía cuándo había abierto porque no lo había escuchado. Me dio la sensación de que quería pasarme la pipa de la paz.

—¿Quieres? —Negué—. He visto en los carteles de la entrada que tardaríamos en hacer esta ruta unas tres horas. —De soslayo, vi cómo miraba al cielo. Me mordí la lengua porque me dieron ganas de sonreír—. Y está empezando a llover.

—Nosotros la haremos en una hora y media si aligeramos y no nos

entretenemos —refunfuñé—. El agua no es ácida. En Japón llueve bastante, dependiendo del año.

—Ahmm, vale, doña gruñona.

Esas palabras y su tono me hicieron detenerme. Me giré de manera brusca hacia él y lo miré. Estaba sonriendo como un canalla, con las manos a la espalda como siempre estaba yo.

¿Dónde había metido los frutos secos?

—No podemos perder el tiempo. Camina —le ordené.

—¿Te mola cuando me pongo en plan de señor de ciento cincuenta años? —«No te rías», me mentalicé—. A mí me gustas más así, y no tan enfadada que no se te puede ni soplar. —Lo sentí muy cerca del oído—. Lluvia ácida.

—Déjame.

Apreté el paso con ganas para que mis pies funcionasen con más agilidad, pero, claro, no había que ser muy listo tampoco para ver que Arcadiy medía cerca de dos metros y tenía las piernas mucho más largas que las mías.

—Cuidado, no vaya a ser que llegue yo antes a tu casa, y a ver cómo me presento a tu padre.

Frené por segunda vez en seco. «Dioses...». Había pensado en la inviabilidad de llevar a tres hombres a mi casa, pero me había olvidado de uno. Uno que me había frito las neuronas y por el que no había buscado una excusa para presentarlo en mi hogar.

Retomó la conversación pese a mi cara de espanto:

—Tranquila, seré el señor que se quede con las cabras... ¿Tenéis cabras? —inquirió con gracia. Mis barreras cayeron más y más y más—. Le diré al señor Eiji Tanaka que vengo a ayudarlo a salvar su organización y me ganaré el cuenco de arroz. ¿Coméis arroz? Espero que tengas tenedores, porque con los palillos no hay manera.

Seguí con la marcha, esa vez con media sonrisa por el tropel de preguntas y por la adivinación que había tenido al saber qué estaba pensando. Decirle a mi padre aquello era una buena excusa, pero no colaría.

—A fin de cuentas, se supone que es para lo que has venido, entre tantas cosas —le dije sin tonito—. Con mi padre no es necesario que mientas.

El estómago se me encogió por las ganas que tenía de verlo, de abrazarlo. De saber que estaba bien. Llevaba muchos meses sin saber de ellos, casi desde que me interné en la locura de colarme con los policías en su grupo de espías. Habíamos acordado no mantener contacto por la seguridad de ambos. Eso me destrozó en un principio, pero entendí que lo que menos quería mi padre era darme preocupaciones innecesarias.

—Genial. Entonces, si quieres, puedo charlar con él sobre cómo puedo

hacer que a su hija se le quite el enfado y me hable de una vez para que deje de decir tonterías.

—Su hija no está enfadada —hablé, con la calma que siempre tenía—. Tampoco hace falta que le digas cuándo estoy enfadada: él lo sabrá. De hecho —miré el cielo, llenándose de nubes negras—, ya sabe que estamos aquí. Los dos.

Arcadiy puso caritas, sin entender qué estaba diciéndole.

—¿Tiene un microscopio que alcanza ocho kilómetros casi?

Apreté los labios para no reírme. Esa sensación que tenía con él me maravillaba. ¿Se podía ser tan feliz con un hombre? ¿Podía sacarte tantas sonrisas seguidas aun estando enfadadísima? Él lo conseguía, desde luego.

Le descompuse el cuerpo cuando anuncié:

—No. Mi padre lo sabe todo. —Lo miré fijamente, sin dejar de caminar—. Hace años que es el *miko* del valle.

—¿Qué es un *miko*, Natsuki Tanaka? —me preguntó; él sí con tonito.

—Es difícil de describir, pero se los conoce con otros nombres en muchos lugares. Incluso aquí se ha puesto al día llamarlos profetas, sacerdotes, hechiceros, médiums... ¿Cómo lo llamáis allí?

Creí que dejó de respirar. Reprimí una carcajada cuando me respondió:

—Chalados. Se llaman chalados.

—Pues aquí son *mikos*. Médiums. Se dice que se parecen a las famosas Itako. —Me observó como si estuviese hablando en chino—. Son unas mujeres que dos veces al año se congregan en un lugar sagrado del budismo, dentro del cráter del volcán durmiente, en el Monte Osore. Allí hablan con los del más allá.

Lo contemplé varios segundos porque se había quedado callado. Movió los ojos de un lado a otro, después hizo una mueca con los labios y a continuación dijo:

—Anonadado me hallo. No sé qué decirte, pero podrías haberme avisado.

—¿De qué?

—Pues tampoco lo sé porq...

No le dio tiempo a terminar porque sujeté su antebrazo, me estiré de puntillas y con la mano libre le tapé la boca hasta que nos resguardamos dos pasos a la izquierda entre la maleza y unos enormes pinos. Enfrente teníamos las gigantes cañas de bambú, por lo que era imposible pasar desapercibidos en esa parte. Solté la boca de Arcadiy, que se mantuvo callado al ver pasar a dos hombres con metralletas en las manos y un traje negro con una sola distinción. Sin palabras, me preguntó quiénes eran.

—Los hombres de Haiden. Si te fijas, están señalados —susurré cuando ya

habían avanzado.

—Con Byakko, el gran tigre blanco de tu organización.

—No podemos matar a ninguno, o se dará la voz de alarma.

Habíamos llegado a la guarida del alfil.

18

Lo más bonito de mi vida

Mantuvimos la caminata en absoluto silencio, con todos los sentidos alerta y las armas cargadas con el silenciador puesto. No podíamos permitirnos un falso movimiento, o estaríamos perdidos. Nos quedaban menos de dos kilómetros para llegar a mi hogar, por lo que decidí que teníamos un cruce ideal si bordeábamos por la montaña en vez de por el camino de tierra.

Habíamos pasado distintos santuarios, antiguas posadas de camino, algunas cascadas o incluso el *sakura*, con más de doscientos cincuenta años de antigüedad, entre el hermoso paraje del bosque tupido.

Arcadiy se había mantenido unos pasos por detrás de mí, cubriéndome las espaldas sin dejar de caminar. Fue en ese momento cuando recordé que solo disponíamos de una semana y el carácter se me agrió de nuevo, sin motivo aparente.

—¿Has vuelto a enfadarte?

No sabía en qué momento se había colocado a mi lado. Estaba mirándome con verdadero interés. Hice los ejercicios prácticos de la respiración para no estallar como un volcán, pero de poco sirvieron.

—Te he dicho que no estoy enfadada —repuse con mal tono.

—Oh, sí. Te ha salido un carácter de mil demonios en el puerto de Tokio, te recuerdo.

—No todo en esta vida es sosiego, Arcadiy.

—Cuidado, que ahí va la verdadera tigresa —se mofó al escuchar que lo llamaba con tonito, otra vez—. ¿Por qué estás así? Dímelo.

Me detuve a pensar. No podía decirle que acababa de descubrir que estaba enamorándome de él. Mi sinceridad me impedía no contarle la verdad, pero sí darle la vuelta.

—Te refresco la memoria. —Hice un esfuerzo por saltar una roca—. Te recuerdo que tú saliste despavorido de la habitación en el avión y que has estado ignorándome en todo momento.

—Iba a explicártelo, pero llegó Alessandro.

—En el puerto —añadí con inquina, y lo miré mal—. ¿Necesitas un mes para decirme qué te ha ocurrido?

—No —soltó rudo.

—Entonces reconoce que has estado esquivándome. Y no mientas. Se supone que nosotros no nos mentimos.

Eso de sernos sinceros había salido de manera espontánea, sin pedirlo ni necesidad de pactarlo. Todavía continuaba maravillada por la fluidez de ambos.

Dejó de andar, aunque pronto retomó el paso cuando vio que no lo esperaba. No estábamos teniendo una conversación civilizada que se dijese, porque el tonito estaba implantado en cada palabra y su humor jovial había pasado a segundo plano.

—Siento si lo de Angelo te ha molestado, Natsuki —cambió de tema—. En realidad, no sé por qué no te lo conté.

—Oh, yo sí —dije irónica—: porque no confiáis en mí. Ninguno. Y es mejor mentirme que decirme la verdad.

—¡Yo no te he mentido! —se exaltó, llegando a mi lado—. Solo te he ocultado parte de la verdad. Eso no es algo grave para ponerse así.

Claro que no. Llevaba mucha razón, pero no iba a dársela. Agradecí que no mencionase que yo había hecho eso muchas veces, porque si no habríamos entrado en un bucle sin fin.

—Muy bien, Arcadiy. Aclarado. Camina.

—Ya estoy caminando —rugió, comenzando a encolerizarse. Fue a hacer un intento por cogerme la mano, pero la aparté con rapidez. Me miró como si me hubiesen salido tres cabezas—. Natsuki, no hagas eso.

Lo último no solo llevaba un deje de amenaza, sino de haberle hecho un daño gratuito por el simple gesto de negarle mi contacto.

—No estoy haciendo nada.

Sentí un nudo en la garganta difícil de explicar, tan difícil que no me dejaba respirar. Pensé que eran las emociones de volver a casa, del conjunto, sin embargo, en el fondo sabía que me mentía a mí misma.

Esos pensamientos se vieron aplacados cuando habló de nuevo:

—Estaba fuera de control. No quería hacerte daño, Natsuki. No quería asustarte.

Habíamos retomado el tema y a mí se me quebró un poquito el alma. Detuve mi caminata y me giré para mirarlo. Se había detenido a escasos centímetros de mí, los suficientes para que tuviésemos una distancia de seguridad.

Apreciaba muchísimo esa acción por su parte. Eso me llevó a la aclaración de la pregunta que había estado planteándome durante esos días: entonces, la penetración dolía con todos los hombres. Algo en mí se quebró, pues no entendí por qué el sexo era bonito si hacía daño.

—¡Te lo pedí yo! —añadí con fiereza, y me di un golpe en el pecho con el dedo índice—. ¡Yo, Arcadiy!

Había elevado el tono sin percatarme. Tampoco tenía claro el motivo. Dio un paso y la respiración se me agitó. Extendí una mano para que se detuviese.

—Deja de hacer eso, por favor —me solicitó, e hizo una pausa larga mientras me miraba con... ¿Por qué me miraba así?—. Prefiero un dolor de huevos extenso a ser una bestia contigo. ¿Tan complicado es de entender?

—¡¿Y por qué no me lo dijiste en el momento?! —me enervé.

—¡¡Porque estaba desatado, joder!! —Se puso a mi altura.

Dio otro paso. Yo lo retrocedí.

—Tranquilo —me sosegué, sabiendo que tenía los ojos al borde del llanto —, no volverá a ocurrir y así evitarás tener los *huevos* con dolor *una semana*.

Me observó estupefacto. Más estupefacta me quedé yo al ser consciente de que había dicho lo de los huevos y me había delatado sola con lo que verdaderamente me molestaba. Tragué saliva y él se percató de ese movimiento. Me giré en el mismo instante en el que sus labios pronunciaron mi nombre:

—Natsuki... —Seguí caminando sin detenerme. Me siguió—. Es eso... ¡Estás enfadada por lo de la semana! ¡Natsuki, para! —No le hice caso—. ¡Natsuki, coño!

Me alcanzó, tiró de mi muñeca y me giró. Con un breve movimiento me solté, le di un codazo en la mejilla y lo aparté un centímetro, porque no desistió hasta que me tuvo apresada entre la roca de la montaña y su cuerpo. Me revolví e intenté subir una de mis piernas para escapar de su prisión, aunque fue más listo y adivinó mi movimiento antes de que lo ejecutase.

—¡Suéltame! —Rechiné los dientes.

—Ha salido tu genio porque tenemos una semana para que te enseñe cosas que nunca has descubierto y para que tú me enseñes a ser un samurái. —Entrecerré los ojos porque lo soltó con su chulería habitual. Después añadió con asombro—: Increíble.

—Yo no necesito que me enseñes nada —escupí con rabia y me revolví de nuevo.

Aprisionó su cuerpo más al mío. Sus labios quedaron muy cerca de mi boca y sentí que me faltaba el aire.

—Tigresa... —ronroneó. Ya me encontraba desesperada por que esa boca

cayese sobre la mía—. Nosotros siempre nos decimos la verdad. El poder de la sinceridad, ¿recuerdas?

Su tono fue ronco, susurrante y enloquecedor. Rozó con cariño mi labio inferior, hasta que me miró a los ojos con profundidad antes de apoderarse de mi boca y saborearla con ansia. Jadeé en ella, notando el burbujeo particular que solo despertaba con él. Sus ojos inquisidores me hicieron la misma pregunta sin hablar.

—Es porque en una semana desaparecerás de mi vida y no volveré a verte jamás. —Mi tono calmado le otorgó un brillo extraño a su mirada.

El nudo se intensificó cuando murmuró antes de besarme de nuevo:

—Entonces aprovechemos esta semana como si fuese la última de nuestra vida, Natsuki Tanaka.

Me dejé envolver por el arrollador beso, olvidándome de que anochecía, de que la capa de agua era cada vez más densa y de que pronto estaríamos empapados. Cuando se separó de mí lo odié, tanto que quise quedarme en aquel bosque, con él, fundidos en el árbol si era necesario, pero juntos. No mostré signos del malestar que me producía lo que habíamos hablado cuando extendió una mano y la acepté.

Caminamos el trecho que nos quedaba hasta que, a lo lejos, atisbé las típicas casitas de madera del Japón más rural. Allí estaba mi hogar, separado de los demás, pues un extenso campo se hallaba plano en el lateral antes de adentrarse en otro bosque. Miré a Arcadiy, quien ya estaba a la espera de mi reacción. Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Déjame hablar a mí.

Asintió, sin decir ni media palabra. Avanzamos con rapidez, ojeando los alrededores y los posibles impedimentos que podrían ocasionarnos los hombres de Haiden. Se veía que allí no tenía la misma seguridad que en el resto del pueblo, e intuí que era porque no había motivos para vigilar a dos personas inválidas. La cólera casi me rompió la garganta.

Llegué a la parte trasera y me descalcé en la entrada. Señalé las botas de Arcadiy, indicándole que debía hacer lo mismo. No pude evitar mirar hacia atrás, hacia el campo donde mi padre y yo habíamos entrenado toda la vida, repleto de *sakuras*, que eran cerezos sumamente grandiosos, los cuales formaban un arco en perfecta sintonía antes de entrar en el esponjoso bosque con altas cañas de bambú. El agua de los riachuelos y de algunas cascadas se escuchaba desde allí, y sentí que mi alma se recargaba de la energía que le había faltado durante tantos días.

La agitación me recorría las venas, y por primera vez en la vida estuve nerviosa de encontrarme con mi padre cara a cara. Cerré los ojos un momento

para tomar un par de respiraciones profundas antes de abrir la puerta corredera. Lo que no me esperaba era que unos labios impactaran con los míos, aunando fuerzas.

—Tranquila, si veo que voy a meter la pata, puedes decir que soy mudo —musitó en mi boca.

Sonreí y le di un golpe cariñoso en el pecho, negando con la cabeza. Adoraba aquella sensación.

Como imaginé, la puerta trasera se encontraba abierta, sin cerrojo. Ese detalle no era casual, sino que significaba que Eiji Tanaka aguardaba mi regreso.

Corrí de manera lenta la madera, y antes de que llegase al final, me lo encontré en el pequeño salón, mirándome. El corazón se me encogió de gozo al ver su rostro cuadrado y serio con una radiante felicidad, acompañado por unos labios finos ensanchados y aquellos ojos tan particulares. Uno negro y otro blanco. Mi padre siempre dijo que los dioses lo habían bendecido con aquel don, pese a no tener visión en uno de ellos. Decía que su clarividencia se debía a que él les había hecho ese regalo antes de nacer para que así pudiesen otorgarle aquel don que ayudaría a muchas personas a lo largo de su vida.

Movió la silla de ruedas unos centímetros para acercarse. Iba ataviado con un *iromuji*, un kimono de un solo color; en ese caso, azul. Los colores que casi predominaban en los kimonos japoneses eran el azul y el rojo, sobre todo porque revindicaban su bandera; claro que había excepciones y muchos tipos de kimonos, cada uno para una ocasión distinta con colores diferentes.

—*Chichiue...* —musité apenas con un hilo de voz, llamándolo papá como lo había hecho siempre, como los verdaderos samuráis.

—Natsuki-chan.

Sonrió con amor al pronunciarlo. En Japón, los sufijos significaban mucho, y él siempre me había llamado así porque *chan* se usaba para las relaciones cercanas cuando nos referíamos a alguien con mucho cariño, como era nuestro caso.

No demoré más en lanzarme a los brazos de mi progenitor, permitiendo que las lágrimas se deslizasen por mis mejillas llenas de gozo. Sentí ese calor que solo puede darte un padre. En mi caso, me traspasaba las entrañas y me llenaba el corazón de un sentimiento que no tenía explicación.

—Estás radiante, hija mía —murmuró en un perfecto inglés; supuse que para que Arcadiy lo comprendiese. Teníamos una mezcla singular de idiomas. Se apartó de mí y retiró algunas lágrimas de mis mejillas. Reí y busqué sus manos para apretarlas—. Y veo que no vienes sola.

Lo miré con fijeza, sin saber cómo abordar el tema de Arcadiy, al que ya contemplaba de manera insistente. De repente, aprecié que sus ojos se iban a una de mis manos y la contemplaba con interés y una mueca particular en los labios. Esperé una reacción que tardó poco en llegar:

—Dice la leyenda que los dioses ataron un cordón en el dedo meñique de las personas que estaban destinadas a reencontrarse, a que fuesen almas gemelas en la vida que les hubiese tocado. —El aire dejó de entrar en mis pulmones—. Qué interesante... —murmuró. Quise pensar que solo lo escuché yo—. El gran Arcadiy Bravo. Risueño, con gran bondad en un corazón que apaga otros, con amor por su familia y..., sobre todo, un hombre letal. *Konnichiwa*, Arcadiy-san.

El músculo de mi pecho me bombeó muy fuerte al escuchar que lo llamaba con el sufijo *san*, que lo usábamos para referirnos a alguien con quien no teníamos confianza pero a quien sí le teníamos respeto.

—*Konnichiwa*, señor Tanaka —le respondió el griego con tono extrañado.

A ver cómo le explicaba a una persona escéptica que, a mi parecer, mi padre había visto el hilo rojo del destino que me unía a él. Tenía que aclarar eso con mi progenitor antes de hacer saltar todas las alarmas. Aquello me llevaba a pensar que tan solo estaríamos juntos esa semana, por lo que debía poner un poco en duda el acierto de esa leyenda.

—*Chichiue*..., yo...

Elevó una mano y me detuvo. Me erguí ante él, esperando a que me permitiese hablar. De fondo, aprecié la única decoración que teníamos en la sala. Se trataba de un samurái a tamaño real, vestido con un *kamighimo*, que era la mezcla de un kimono y un *hakama*. La combinación de estos materiales era simple, pues algunos estaban hechos de metal, hierro o acero en la capa de protección que llevaban por fuera, mientras que la segunda capa, la flexible, era de seda, cáñamo, algodón o cuero. De hecho, yo tenía uno hecho a medida, guardado como una auténtica reliquia.

Al lado del samurái, la catana que había pasado de generación en generación en la familia de los Tanaka y que mi padre colgó cuando tuvo aquel incidente para siempre. Poseía una empuñadura de oro con la cabeza de Byakko, el gran tigre blanco, y bajo esta, los cuatro elementos se dibujaban en un pintoresco tallado. Era espectacular. De hecho, rememoré la cantidad de veces que me había quedado embobada mirándola, cuando solo era una niña.

Mi padre palmeó mi mano con mimo y me sacó de mi ensoñación.

—Las dos habitaciones de arriba están preparadas. —Sonrió.

—¿Desde cuándo sabías que vendría? —le pregunté, aún con la congoja en el pecho.

Su mano se deslizó por la mía de nuevo.

—Desde el mismo tiempo que intuyes que tenéis. —Nos quedamos fijos el uno en el otro—. Ve a ver a tu madre. —Miró por encima de mi hombro al griego—. ¿Quieres un té, Arcadiy-san?

Pude notar la incomodidad del hombre que se mantenía callado a mi espalda desde la distancia. Me separé de mi progenitor, busqué a Arcadiy y, en efecto, vi en sus ojos una súplica clara por que no lo dejase a solas con él. Sonreí de medio lado, siendo malvada.

—No lo llames con el sufijo. Estás poniéndolo nervioso. —Arcadiy frunció el ceño—. Y no seas muy duro con él, *chichiue*.

Besé su mejilla y desaparecí de allí, obviando la llamada de socorro de aquel gigante griego que ahora parecía un tigre enjaulado en un salón en el que no sabía adónde mirar. Contemplé con anhelo la sala del té, al estilo *wabi-sabi*, que demostraba la paz, la tranquilidad y la imperfección. La palabra en sí no tenía un término para definirlo, aunque sí podía decir que era un concepto de la filosofía zen, basado en la contemplación de la naturaleza, la aceptación, de su ciclo de nacimiento, crecimiento, decadencia y muerte.

En medio de la sala forrada con el *washitsu*, ahora conocido como tatami, se encontraba el reducido espacio con la esfera en el techo, que llegaba hasta el cuadrado donde un pequeño fuego se encontraba avivado.

Me apresuré a entrar en el único dormitorio que había en la planta baja, el de mis padres. El estilo de la casa era típico japonés, como el resto de la vivienda, zen en cada esquina. Los colores oscilaban entre el blanco, verde, marrón, gris e incluso negro, haciendo alusión a los elementos de la naturaleza y, por ende, a nuestros dioses kami. El interior minimalista confería calma, esa paz infinita que vivía dentro de mí.

En el dormitorio de mi madre sí que había una cama de estilo occidental, pero la de mi padre y las de los dormitorios de arriba eran futones sobrepuestos en un tatami. En el caso de la de mi padre, el tatami era gris. No había decoraciones ni objetos innecesarios, típico también de nuestra cultura nipona. Si no tenían una utilidad definida, no los necesitábamos.

Me acerqué al borde de la cama y rodeé con una mano la suya blanquecina, dormida y apoyada cómodamente en el colchón. Aun teniendo tantísimos conocimientos que me habían inculcado acerca de la muerte, de la vida después de esta y del más allá, verla de esa manera en la que no podía disfrutar del regalo que le habían hecho los dioses me mataba. En ocasiones había pensado que la viabilidad de desenchufarla era lo mejor para nuestra paz mental y la suya, pero en cuanto mis ojos se posaban en la máquina, las piernas me cimbreaban y me veía incapaz de hacerlo.

Recogí su larga melena negra en un lateral de la cama, me acerqué a ella y besé su frente, brindándole todo el cariño del mundo, toda la luz que pudiese traspasarle.

—*Konnichiwa, kaachan.*

Sonreí con ternura al referirme a ella de esa manera. La palabra *kaachan* solo se usaba cuando eras niño o preadolescente para referirte a una madre, aunque yo aquellas normas me las saltaba y me gustaba sentirme arropada por el poder que tenía una simple palabra.

—He venido para sacaros de aquí —le dije, pues sabía que me escuchaba desde donde quisiera que estuviese—. No sé si *chichiue* va a perdonarme todos los códigos de honor que me he saltado, y los que me quedan. Pero... —miré hacia la puerta— creo que le gusta el griego que hay en la entrada. Tendrías que verlo. Es la persona que mejor me ha tratado nunca. De hecho, es la persona que me ha enseñado lo más bonito de la vida, *kaachan*.

Alisé unas arrugas invisibles de las sábanas y suspiré agotada. De nuevo, me incliné para besar su mejilla y permanecí allí muchos minutos en soledad, mimando, tocando su mano hasta que la sentí más cerca de mí. Unos diez minutos después, por el silencio que había en la sala del té, intuí que debía ir al rescate del hombre que me había dejado, con seguridad, siendo investigado por mi padre.

No me equivoqué. Salí del dormitorio de mi madre con una sonrisa en la cara, aunque las circunstancias no fuesen las idóneas para estar feliz. Yo lo estaba. Había vuelto a mi hogar. En efecto, Arcadiy se encontraba sentado en los cojines del suelo, con las piernas cruzadas y cara de circunstancia mientras mi padre lo inspeccionaba con ojos inquisidores, sin decir ni media palabra. Solo lo miraba. Había que reconocer que eso alteraba a cualquiera.

Se levantó como impelido por un resorte al verme. Ensanché las comisuras de mis labios a la vez que él me fulminaba con los ojos y avancé hasta llegar a mi padre. Coloqué una mano con cariño sobre su hombro derecho.

—*Chichiue*, deberías descansar. Es tarde y nosotros tenemos un desfase horario horrible. Está preciosa. —Me refería a mi madre.

Él apretó la mano que lo arropaba y sonrió.

—Sí, siempre está preciosa. Tenéis comida en la cocina. Azumi lo ha dejado en una bandeja para vosotros antes de marcharse.

Azumi era la mujer que llevaba desde el incidente de mis padres en nuestra familia, ayudándolo cuando yo no estaba o mi esposo me requería. Tenía treinta y cinco años, era avispada, morena de cabello largo hasta la cintura y muy cordial.

—Está bien, *chichiue*. No te preocupes. —Le di un beso en la mejilla, él

me lo devolvió en la frente y sonreí porque miró a Arcadiy—. Descansa.

Insté a Arcadiy a que me siguiese al dormitorio que ya tenía asignado, con las reducidas mochilas que habíamos llevado como equipaje y todas las armas resonando escaleras arriba como si entrásemos en una cacharrería. No me pasó inadvertido el repaso que continuó dándole mi padre mientras desaparecíamos de su vista, pues él se mantuvo quieto y expectante en el salón, como si fuese parte de la decoración.

—Me ha puesto muy nervioso. Muy nervioso. ¡Es que no ha abierto la boca! Solo me ha dicho: siéntate. —Arcadiy habló murmurando y puso un tono más grave al final.

Me reí.

—Eiji Tanaka no confía en nadie hasta que le demuestre que es digno.

El griego se detuvo a mitad del pasillo, como si lo hubiesen anclado al hormigón.

—Eso lo dice Tiziano siempre. —Apreté los labios para no reírme de nuevo—. Es que solo me ha mirado. ¿Sabes lo que es que una persona te mire durante los diez minutos que has tardado? ¡Es inquietante!

—Vamos. —Lo insté con la mano a que me siguiese—. Te veo un poco exaltado, gran Arcadiy Bravo. —Señalé la puerta de la derecha mientras continuábamos—. Esa es tu habitación. Está al lado de la mía.

—Ja, ja —dijo con sarcasmo—, mira cómo me río. ¿Por qué pasamos, entonces? ¿Algún detalle más que quieras añadir antes de llegar a la tuya?

Sonreí. No se me escapó el tono pícaro con el que me había hablado.

Accedimos al dormitorio, muy parecido al de mis padres, solo que en el mío el tatami era verde y había una pequeña mesita con una maceta. Lo demás era minimalista, como el resto de la casa.

—Ahí tienes un baño, puedes darte una ducha. Yo iré a por algo de comida y me ducharé en el aseo de la planta baja.

—¿Me traes a tu habitación para ducharme?

—Si quieres, puedes quedarte oliendo a cerdito hasta que amanezca.

Puso mala cara y reí. Me hacía demasiado feliz. Demasiado.

—Yo no huelo a cerdito. Huelo a macho.

La carcajada fue inevitable. Solté las bolsas en el suelo, me encaminé al baño con un ataque de risa y recogí las toallas que después solté de un manotazo en el pecho de Arcadiy.

—Toma, macho alfa.

Aprecié sus labios ensanchados en una clara muestra de felicidad por verme así. Aquello me rompió más. «Una semana». Solo tenía una mísera semana para soñar despierta con lo mejor que me había pasado en mis casi

veintiún años.

Salí sin hacer ruido y me afané en llegar a la cocina, que se componía de un solo mueble para lavar platos y guardar lo necesario para cuatro personas, pese a que eran dos, pues yo casi siempre debía estar en la casa de Haiden, en Tokio. Recogí los cuencos con la comida que había preparada sobre la encimera en una bandeja perfectamente colocada y me marché. No pude evitar meter la mano en el plato de sushi y comerme uno. Cerré los ojos por la delicia que suponía saber que lo había preparado mi padre. Era un excelente chef.

Entré en el aseo de la planta inferior, solté la bandeja en el mueble y me duché a la velocidad de un rayo, sin querer hacer demasiado ruido y sin pretender molestar. Me percaté entonces de que con las prisas no había recordado que debía coger la ropa limpia, por lo que subí con la toalla envuelta escaleras arriba.

Al entrar, vi que Arcadiy continuaba en la ducha. Aceleré mis pasos, solté la bandeja en la mesita y cogí el *yukata* que se encontraba sobre el futón. Aquel kimono podía usarse como pijama por su comodidad, o bien como traje de verano o incluso de baño. Tenía unos dibujos de flores alegres mientras que el fondo era de un azul intenso, y me llegaba por encima del muslo.

No me percaté del momento en el que la ducha se había detenido y un hombre con una toalla alrededor de la cintura salía y me contemplaba con los brazos en jarra. Me quedé embobada al ver cómo las gotas de agua caían de su cabello e impactaban en su fuerte pecho. Inmediatamente me vino el pensamiento de que podría lamer sin ningún reparo aquel recorrido del agua, pero lo borré de un plumazo al creer que eso estaba mal y que estaba colándome con los pensamientos pecaminosos.

—Vaya... —murmuró, sin dejar de mirarme—. Pareces más japonesa de lo que ya eres.

Empezó a andar y a mí se me aceleró el pulso.

—Ni que mis ojos no lo dijesen. —Sonrió con plenitud y las piernas me cimbrearon—. Tienes un pijama en tu habitación. Voy a traértelo —añadí de carrerilla.

Mi intención fue pasar por su lado, sin embargo, me detuvo del antebrazo y me quedé al lado de él. Sus palabras ocasionaron una humedad ya conocida en el centro de mis piernas.

—Duermo desnudo.

Sus intensos ojos azules se tornaron más oscuros que de costumbre. El aliento me faltó y sentí que me mareaba por su cercanía. ¿Había dicho que dormía desnudo?

—Entonces no vas a necesitarlo —susurré atontada.

Mi mirada alternó entre sus esponjosos labios y sus ojos, sin remedio. Como si algo nos hubiese empujado, Arcadiy se apoderó de mis labios sin preguntas ni permisos, como si ya fuera de su posesión. Los devoró con un ansia sobrecogedora, aunque más me asustó ver cómo yo correspondía a esos besos sin miedo.

Enlacé mis manos a su nuca, presionándolo y pegándome todo lo que pude a su piel. No supe en qué momento fue, pero terminé tumbada en el colchón de algodón con su cuerpo sobre el mío. Mis piernas se juntaron a sus costados mientras mis caderas tomaban vida propia para restregarse contra su dureza.

—Arcadiy, mi padre... —Jadeé al sentir su boca en mi cuello.

—El agua aplacará el sonido —añadió jocoso.

Contemplé las ventanas para cerciorarme de que llovía a cántaros en la calle. Ese fue el descuido suficiente para que se colocase a mi lado, de frente. Su toalla había desaparecido y mi nudo estaba siendo deshecho por su mano derecha. Me contempló expectante y a mí me faltó la respiración.

Cuando apartó la tela de mi kimono, me sentí desnuda. Desnuda de verdad, porque ahora sí estaba viéndome en todo mi esplendor, sin una toalla de por medio ni en un arrebato de pasión. No hicieron falta las palabras, pues esperé paciente a que continuase, olvidando que en la planta de abajo se encontraba mi *chichiue*, que le debía un respeto, que... Que todo. Se me olvidó hasta cómo me llamaba.

Sin dejar de mirarme, como si se hubiese quedado hipnotizado o como si no quisiese perderse ningún gesto, deslizó su mano derecha por el centro de mis pechos, descendió por mi vientre y llegó a mi sexo, el cual delineó con dos de sus dedos como de costumbre. Arrastró la humedad con cara de canalla, y me sorprendió que se separasen de su cometido para colocarse delante de mi cara.

—Estás empapada, tigresa. —No supe qué contestar. El corazón me latió más fuerte cuando me dijo—: Abre la boca.

Tragué saliva pero obedecí con sumo gusto. Sus dedos se colaron en mi cavidad y recordé el propio sabor de sus labios en el avión. Me agité en exceso cuando los sacó. Sujetó una de mis manos y delineó mi figura con ella como lo había hecho él, hasta que llegó a mi sexo.

—Tócate. —Tuvo que advertir mi gesto de espanto o de no saber qué hacer, porque continuó con su mano puesta sobre la mía—. Haz lo mismo que yo te hago a ti con la mano. Muévela, investígate. Conócete.

No podía apartar la mirada de él. Se acomodó en su postura, con su mano libre abrió mi pierna izquierda más y comenzó ese baile hipnótico que subió

en forma de cosquillas por mi barriga. Guio la mía de manera incansable mientras tocaba mi clítoris en círculos; después, arriba y abajo. Los descendía hasta que llegaban a la parte inferior y los introducía con delicadeza, restregándolos de nuevo a la hora de subir. Gemí. Sus labios buscaron los míos, sin apartar demasiado el contacto visual, y me sorprendí cuando se colocó en medio de mis piernas. Me observó lascivo y miró cómo me tocaba, ahora sin su mano. Entonces, mis caderas se movieron a un ritmo ágil y salvaje. Sentí que sus dedos bordeaban el contorno de mi cavidad, llevándome a la locura.

Estaba disfrutando viendo cómo me masturbaba. ¿Eso era posible?

Inclinó su cuerpo, me besó de manera casta y murmuró:

—Sigue, tigresa, sigue. Córrete —Introdujo dos dedos y creí morir—. Vamos, frota la mano, siente el deseo que sube por tu garganta. —Los clavó con más brío del que había tenido nunca—. Córrete en mi mano, Natsuki.

Alcé la barbilla cuando supuse que estaba al borde del orgasmo. Miré hacia abajo al ver que se había agachado y que lo que sostenía ahora entre sus dientes era mi pezón izquierdo. Después lo hizo con el derecho y me atraganté al verlo tan enloquecido.

—Arcadiy... —Hice el intento de quitármelo de encima.

No entendía el motivo que me llevó a eso, supuse que el instinto, pero deseé con todas mis fuerzas que me poseyese. Sin embargo, él pareció no enterarse, o más bien no quiso hacerlo, porque presionó mi vientre para que no me moviese y tiró con un mordisco seco de mi pezón. Grité. Él alzó la cabeza por ese grito y yo me regañé mentalmente por el escándalo.

—Mójame más, Natsuki. Mójame ya —me ordenó con fiereza.

¿Cómo podía ser tan tremendamente guapo, sensual y magnético? Froté mi mano sin coordinación ninguna, maltratando de manera ruda mi clítoris mientras sus dedos se afanaban en entrar y salir cada vez más rápido. Viré el rostro a la derecha y sostuve la almohada entre mis dientes, pues él se había erguido para contemplarme desde su posición, sin perder de vista el líquido que salía de ahí abajo. «Por los dioses...». No tenía una definición exacta, pero exploté de una manera que ni siquiera la almohada pudo amortiguar los gemidos descontrolados que me arrollaron.

Exhausta, sentí que mi cuerpo languidecía y que mi respiración se agitaba con más fuerza cuando lo vi aproximarse. Noté su miembro tan duro que pensé que podría partirse y, deseosa, alcé la cadera para rozarme con él. No lo permitió.

Me quedé estática al recibir su gesto. Me besó en la frente, después en los labios y murmuró con una sonrisa:

—Descansa, tigresa.

Con el corazón bombeándome a mil por hora, me quedé perpleja viendo cómo se levantaba, anudaba la toalla en su cintura y salía del dormitorio sin mirar atrás.

19

Un maestro samurái

Eran las tres de la mañana.

Las tres de la mañana y no había podido pegar ojo porque no dejaba de dar vueltas pensando en Arcadiy, en su contención, en todo. Pensaba en todo. Tomé una gran inspiración y de un palmetazo aparté las sábanas.

—Que sea lo que los dioses quieran —murmuré para mí.

Las pisadas fueron, quizá, las más firmes que había dado nunca y también las más temerosas al no saber cómo iba a reaccionar. Estaba siendo todo un misterio para mí, pero también estaba demostrándome el respeto con el que pretendía tratarme.

Pasé de puntillas por el pasillo y llegué a su dormitorio. Corrí la puerta con cuidado, y vi que lo único que alumbraba la habitación eran los grandes ventanales que no tenían bajados los paneles japoneses que le proporcionaban oscuridad. Estaba sentado sobre el futón, mirando los cristales, embelesado tal vez por la lluvia, o quizá por sus pensamientos.

—¿Por qué no estás durmiendo? —me preguntó sin girarse.

Aguanté el aire antes de entrar. Lo hice, cerré y llevé las manos inmediatamente al nudo de mi kimono. Si no lo hacía ya, echaría a correr en dirección contraria, nunca mejor dicho.

—¿Por qué no estás durmiendo tú? —le devolví la pregunta. No se había girado aún.

Desanudé el lazo y la tela del kimono se abrió de manera silenciosa, dejando mi cuerpo al descubierto. Me mordí el labio interior mientras me acercaba al colchón, sintiendo que la humedad me llenaba la parte inferior. Detuve mis pies a su espalda, esperando que se diese la vuelta. Lo hizo de

manera inmediata, por supuesto.

Sus ojos me recorrieron desde los pies hasta mi rostro, enrojecido por la vergüenza que me suponía mostrarme delante de él sin ningún pudor. La claridad que había en el dormitorio era extrema debido a la enorme luna llena que acaparaba el cielo. Entreabrí los labios para coger una bocanada de aire cuando lo escuché preguntar en un murmuro ronco:

—¿Qué haces, Natsuki?...

—Tómame —le dije impulsiva. Coloqué una rodilla en el colchón, quedándome más cerca de él—. Hazme tuya, Arcadiy.

El sonido de mi voz apenas se escuchó, aunque lo que sí percibí fue la agitación que su pecho mostró. Me miró durante lo que me parecieron segundos interminables, hasta que tendió una mano en mi dirección. La acepté sin dudar.

Sus ojos se pasearon sin reparos por mi cuerpo mientras sus manos subían por mis hombros y las dejaba caer en un ritmo suave y sensual, deshaciéndose de la prenda. La dejó arremolinada en mi trasero, uno que agasajó con ansias cuando llegó a él. No sabía qué ocurriría a continuación, cuánto iba a dolerme aquello, cuánto tendría que aguantar, pero me daba igual. Asimilé que el dolor se me pasaría cuando viese la satisfacción reflejada en su rostro.

Me arqueé cuando su mano se recreó en mi zona sensible, arrastrando aquel lubricante que me alteraba la sangre y los sentidos en su conjunto. Me buscó con la mirada, anhelando encontrarse con mis ojos. Los suyos estaban extasiados y eran los de un canalla conocedor de lo que me provocaba.

—¿Por qué has venido, tigresa? —inquirió con la voz tomada por el deseo.

Un dedo me penetró y aguanté un jadeo.

—Ya... ya... te lo he dicho —titubeé, presa del placer.

Asintió con lentitud y los labios apretados. Estaba conteniéndose, podía verlo. Su dedo salió de mí, subió manchándome la piel y detuvo la mano en mi pecho derecho. Entretanto, la otra recorrió mi columna, se deslizó por el contorno de mi costado y acabó estrujando mi trasero.

—Siento decirte que no tengo condones, porque no entraba dentro de mis planes que esto ocurriera.

Su tono fue sereno, bromista y al mismo tiempo comprensible, pese a saber que estaba duro como una piedra. Era consciente de que no estaba bien, pero había llegado allí y no pensaba retroceder como los cangrejos.

—Tomo anticonceptivos desde que era casi una niña.

Me miró durante muchos segundos, de nuevo, poniéndome nerviosa con tanto escrutinio. Estaba debatiéndose consigo mismo.

—Natsuki, ¿estás segura?

No hubo un atisbo de burla en su pregunta, pero sí preocupación.

—Sí —le respondí con media voz. Con un tono que no convencía a nadie.

Cabeceó en señal afirmativa y apretó mi cuerpo para juntarlo al suyo, lo cual provocó que su miembro chocase con la entrada de mi sexo, desesperado. Sostuvo mi nuca, tiró de ella y me devoró la boca como solo él sabía. Me dejé llevar por ese arrollador deseo, moviéndome con sensualidad casi sin darme cuenta de lo que aquellos movimientos ocasionaban en él. Hubo un instante en el que separó sus labios y musitó roncamente:

—No voy a hacerte mía, porque tú eres la dueña de ti misma. De nadie más —sentenció y la vergüenza me llegó de manera instantánea. Me entraron unas ganas tremendas de llorar. ¿Por qué me rechazaba? Mis pensamientos iban por delante de sus explicaciones—. No voy a tomarte porque no puedo beberte. —Eso lo dijo con gracia y sonreí a medias—. Voy a follarte, Natsuki. A follarte hasta que no puedas más.

El pulso se me aceleró. ¿Qué quería decir hasta que no pudiese más? ¿Cuántas horas de sufrimiento me quedaban? En medio de la vorágine de mis pensamientos, Arcadiy alzó mi cuerpo, me tumbó en el colchón y se colocó de rodillas a mi lado. Respiré con dificultad al verlo como un dios griego delante de mí. Era impresionante. Él, en sí, era lo más bonito que había visto en mi vida.

Se acercó a mis labios, los lamió con descaro y los abandonó para apoderarse de mi cuello, de mi clavícula y de mis pequeños senos, que dolían por lo erectos que estaban. Su mano se deslizó entre mis piernas y gruñó como un animal herido. La humedad ya impregnaba mis muslos. Supuse que eso era bueno, porque cada vez que ese líquido aparecía ahí, lo que venía después era grandioso. Claro estaba que lo que sucedería a continuación no sería igual de placentero que todo lo que me había hecho hasta ahora, porque cuando se enterraban en ti..., dolía... Dolía mucho.

Bufó exasperado y lo miré cuando se detuvo a la altura de mi boca. Sus ojos me buscaron de inmediato:

—Detén esta locura y vete, Natsuki. Vete, por lo que más quieras.

No respondí. Su tono fue agónico, lo cual me dio casi un aliciente para que saliese de allí despavorida. Sin embargo, mi cuerpo pareció no querer hacerle caso a esa mente tan sabía que teníamos y, sin esperármelo, comencé a darme la vuelta para ponerme de cara al colchón. Aprecié su confusión antes de que terminase de girar. No sabía tampoco por qué.

—Hazlo —sentencié.

—¿Adónde vas? —me preguntó con extrañeza, y me sujetó del brazo.

A medias de quedar bocabajo, lo miré y pensé que esperaba que usase sus

mismas palabras. Me costó arrancar una barbaridad, aunque me sentí orgullosa de conseguirlo:

—A... a que... a que me... folles.

Enarcó una ceja tanto que casi le llegó al techo, y el momento de tensión se vio solapado por la pregunta estrella que salió con determinación de su boca; desde luego, era único para destensar los nervios:

—¿Y te pones de espaldas a mí porque...? —Movió la mano en círculos en el aire—. ¿Porque no quieres verme? Te prometo que no pongo cara de conejo cuando me corro. —Se llevó una mano al corazón.

—¿Qué? —solté perpleja.

—No te entiendo.

—Yo tampoco.

Tiró de mí hasta que quedé de cara a él. No me dio opción a réplica en esa conversación de besugos, como las había llamado en otras ocasiones. Con una rodilla apartó mis piernas, se colocó en medio de ellas y se acercó. Noté su erección en la entrada y sentí que el aire no llenaba mis pulmones. Sin esperarlo, empecé a estremecerme.

—Natsuki, estás temblando. —Suspiró afligido—. Te juro que no voy a enfadarme si decides salir por esa puerta.

¿Qué me sucedía? Inevitablemente la cara de Haiden me vino a la cabeza y entendí que el culpable de ese pánico atroz no era otro que el que él me había producido. Llevé las manos a los antebrazos de Arcadiy, los presioné un poquito y asentí, dándole a entender que lo hiciese. El cabeceó en señal afirmativa, sin apartarme la mirada. Fue... Fue un momento fascinante, porque me contempló con una pasión desbordante.

Aguanté el aire otra vez y me preparé para la intrusión, la cual se hizo inminente, pues noté cómo el inicio de su falo me presionaba la entrada. Tragué saliva al sentir cómo se deslizaba, apretado y con esfuerzo hacia el interior. Era grande, muy grueso y... y... me produjo un placer que no había experimentado nunca. Ahí verifiqué que Haiden no le llegaba ni a la suela de los zapatos, tal y como había advertido al verlo desnudo en el avión.

Lo observé extasiada cuando llegó al final, pues se quedó quieto, como si no quisiese romper ese momento de conexión tan mágico que habíamos creado. Me llenaba por completo, literalmente, y esa sensación fue tan asombrosa que dejé de temblar casi sin ser consciente. Aparté una mano de su antebrazo y la llevé a su mejilla derecha. Él no tardó en girar el rostro, besarla con verdadero cariño y regresar su atención a mis ojos. Se agachó un poco, dejando que su cuerpo cayera sobre el mío sin aplastarme. Buscó mis labios, los devoró, y entonces noté cómo salía llenándome de gozo y entraba con una

facilidad pasmosa, como si esos segundos hubiesen sido suficientes para adaptarme a su tamaño y absorberlo con facilidad.

¿Qué era aquella sensación tan grandiosa? Sentí que desfallecía, que moría de placer agónicamente cuando el primer orgasmo llegó en menos de lo que esperaba a medida que Arcadiy bombeaba sin descanso dentro y fuera de mí. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Dentro, fuera, dentro, fuera. Mis caderas se balancearon al son de los gemidos de los dos, de las respiraciones de ambos, del sudor que perlaba nuestros cuerpos, de nuestras manos, que se buscaban ansiosas por descubrirse. Y cuando creí que no podría existir un elixir más grande que aquel, sujetó mi trasero y se movió con más brío.

Se quedó sentado en el colchón, me observó a horcajadas sobre él, recogió mi cabello detrás de mi oreja y, finalmente, con las dos manos abarcó la carne de mi trasero. Lo estrujó, incitándome a moverme. Yo me había quedado estática, sin saber qué hacer ni cómo responder a ese cambio de posición.

—Fóllame, tigresa —murmuró en tono ronco, sobrevolando mis labios—. Disfruta todo lo que quieras y más. Mi cuerpo es tuyo.

«Y mi alma es tuya, Arcadiy Bravo». Tragué el nudo de emociones que me atascó la garganta y me vi desbocada buscando un placer que jamás pensé que tendría oportunidad de perseguir. Me moví con garra, presionándolo, dejándome embriagar por la sensación de sentirlo mucho más profundo, más tenso. Cuando casi desfallecía, sus dedos se clavaron con hosquedad en mi cintura y un pequeño jadeo ahogado salió de mi boca.

Su líquido caliente se vertió en mi interior como un caño mientras su boca amortiguaba los gemidos incontenibles en mi cuello, el cual acabó mordiendo movido por el bestial arrebato. Otro orgasmo me arrolló al mismo tiempo que el suyo, a la vez que notaba cómo las descargas de su miembro eran feroces, letales y agudas.

Nos separamos sin poder articular una sola palabra y nos miramos.

Nos contemplamos durante muchos segundos seguidos.

Los rayos de sol entraron por los ventanales como puñales. Entrecerré los ojos cuando sentí un dolor de cabeza punzante. Giré el rostro, me aparté el cabello, que se me había pegado a la sábana, y me encontré con un griego que descansaba plácidamente a mi lado. Se había colocado el antebrazo en los ojos; supuse que cubriéndose del sol y hecho polvo.

Una sonrisa se instaló en mi rostro de manera muy tonta cuando vi que la otra mano se encontraba encima de mi cintura, de la misma forma que se

había acostado hacía tan solo unas dos horas. El exceso de rojez regresó a mi rostro cuando recordé las distintas posturas en las que Arcadiy me había colocado la noche anterior, e inmediatamente me entraron ganas de despertarlo y de no salir del dormitorio en todo el día. Aguanté las ganas todo lo que pude y más, me deshice de su abrazo y reprimí besarlo, que era lo que más me apetecía. «Estás enamorada de este hombre hasta las trancas, Natsuki Tanaka. Hasta las trancas». No quería estar triste. No podía estarlo. Tenía que disfrutar los momentos más efímeros junto a él.

El desfase horario era malísimo, y aunque yo lo arrastraba también, decidí levantarme con cuidado, correr los paneles para que descansase y me dispuse a salir de la estancia sin hacer ruido. Fui directa a mi dormitorio y me duché con urgencia para quitarme los restos de la noche anterior y, por supuesto, el olor desmedido que había a sexo en toda la habitación. Pensé que lo olerían hasta en Tokio.

Era muy temprano. Pese a ello, aprecié que la puerta trasera de la casa se encontraba abierta y me aventuré a buscar quién era la persona que estaba en el campo de los *sakuras*. Sonreí al verlo en el suelo, meditando. Me quedé apoyada en el quicio de la corredera, contemplándolo únicamente. Ese hombre me había dado tanto cariño en la vida que no podía hacer más que amarlo con todo mi corazón.

—Siéntate, Natsuki-chan.

Esbocé una sonrisa. Fui con el nerviosismo de que notase que había ocurrido algo más con Arcadiy, y encima en casa. Me senté cómodamente, pues esa mañana me había vestido con un *iromuji*, un kimono de un único color. En ese caso, negro.

—Buenos días, *chichiue*. ¿Has descansado bien? —Lo besé en la mejilla.

Él continuó con los ojos cerrados.

—Mejor que otros, hija mía. —El primer martillazo llegó a mi pecho. Mi padre no era un hombre de andarse por las ramas. Nunca lo fue, y no debía olvidar quién era—. Agradece a Amaterasu Omikami tu nuevo amanecer y tomemos un té con el desayuno. No cenasteis nada.

Amaterasu Omikami era la diosa del Sol en nuestra religión, la deidad más importante del sintoísmo. Que mi padre pluralizase era porque sabía de sobra que ninguno de los dos habíamos probado bocado.

Inspiré y espiré con la precisión que merecía una pequeña meditación para agradecerles a los dioses, tal y como había dicho Eiji Tanaka. Lo hacía de manera habitual, no con un horario marcado como cuando estaba en Japón, que era normalmente por la mañana, pero siempre agradecía al universo, a los dioses y a la vida por los diversos acontecimientos que me hubiesen brindado

en el día, aunque fuesen malos.

La vida te daba lo mismo que te quitaba.

Eso siempre significaba un detalle más para el destino incierto que nos aguardaba. En el aquí y el ahora tenía que agradecer que un hombre me hubiese descubierto una experiencia maravillosa; agradecer que la vida me lo hubiese puesto en el camino, meses atrás, en aquel contenedor de Yokohama.

Abrí los párpados unos minutos después. Mi padre ya se encontraba mirándome fijamente, leyendo mi alma. No me asusté, aunque sí me intranquilicé por lo que podría suponer una falta como esa para él.

—Come. Necesitarás fuerzas para lo que se avecina.

Empujó la bandeja que tenía a los pies sin quitarme los ojos de encima. Me había acostumbrado a ese escrutinio que en un primer impacto podría parecer incómodo. Solo me quedaba esperar a que él mismo soltase la bomba, que lo haría.

Agarré la bandeja con un hambre famélica que no me había dado cuenta de que tenía hasta que alcancé el primer trozo de *tamagoyaki*, una tortilla que se preparaba en una sartén cuadrada en forma de taquitos a los que se los rociaba con soja, mirín y azúcar para darle el sabor dulce. Lo mastiqué con poca tranquilidad y mi padre mostró su desacuerdo con una simple mirada.

—Tengo hambre —me excusé mientras sujetaba con la mano libre la taza de té.

El té que desayunábamos se llamaba *sencha*. Era muy parecido al té verde, solo que se preparaba de otra forma. Le di un sorbo y mi mano voló al *yakizakana* con arroz. Esa mañana había sido el salmón el que había tenido la suerte de caer en el plato. Delicioso era quedarse corto, pues lo había sazonado y hecho en la parrilla de manera increíble. Mi padre era un cocinero de diez, y estar en una silla de ruedas no le impedía hacer muchas tareas de la casa cuando Azumi no estaba.

El pescado se me atragantó y pareció costarle bajar cuando dijo con normalidad:

—Es lo que tiene el sexo y las horas de desfase horario. —Elevé los ojos sin querer expresar demasiado—. Te has unido a él.

Solté los palillos sobre la mesa sin titubear, pensando en cómo manejar esa conversación con mi padre. No podía obviar que le había faltado al respeto en nuestro hogar, y aquello sería una deshonra para nuestra familia, por nuestras costumbres.

«Te has unido a él». Sonaba más grande y con mucho más significado.

—*Chichiue*, yo... Me gustaría explicarte...

Alzó una mano para que me callase. Lo hice, por supuesto.

—No me vengas con cuentos chinos, Natsuki-chan. —Los ojos se me llenaron de lágrimas por su tono severo—. Nuestras acciones son las que definen nuestro futuro. Son las que nosotros escogemos.

—Por favor, déjame que te explique...

Sostuvo la mano en alto con más severidad y con un tono grave en sus ojos.

—No me interrumpas, Natsuki Tanaka.

Tragué las emociones y las lágrimas apelotonadas. Sin embargo, ese destello no pude ocultarlo cuando unos pies descalzos aparecieron en mi campo de visión. Cerré los ojos, con el aguante impregnado en mi mirada para no derramar las gotas saladas que, desesperadas, deseaban huir.

—Buenos días —saludó Arcadiy con tono titubeante—. ¿Va todo bien?

Esa pregunta fue directa a mí, aunque me vi incapaz de contestarla. Mi padre no lo miró siquiera, pero sí le dio los buenos días por su cuenta:

—*Ohayô gozaimasu*, Arcadiy. Si me disculpas, estoy manteniendo una conversación privada con mi hija.

De repente, alguien a quien no había visto y de quien no me percaté de que estaba allí apareció. Azumi se colocó detrás de Arcadiy, y tras una breve inclinación de cabeza dijo:

—Señor, si me sigue, le indicaré dónde está su desayuno.

Se hizo un silencio incómodo y extenso. No me pasó inadvertida la mirada de Azumi al hombre que se quedó de pie a mi lado. Lo contempló como un cazador esperando a atacar, y entonces me percaté de una cosa que nunca había sentido: celos.

Azumi era muy guapa, una joven morena, delgada, con el cabello negro muy largo recogido en una trenza. Tenía buenos modales, educación y una posición corriente entre la sociedad. Torcí el gesto al pensar que podría ser una posible adversaria. «Arcadiy no es así». Y yo no estaba dispuesta a permitir que le pusiese una mano encima.

—No es necesario —la cortó, sin dejar de mirarme—. Iré a la parte delantera a fumarme un cigarro y a inspeccionar la zona. Te espero allí.

Su tono fue grave, sonó como si estuviese enfadado y preocupado a la vez. Fijó sus ojos en los de mi padre en un claro reto. Les pedí a los dioses kami mentalmente que no hiciese eso, que apartara aquella mirada provocativa de Eiji Tanaka, o se llevarían a matar la semana que tuviesen que convivir.

—El tabaco intoxica tu cuerpo, Arcadiy. Como consejo, deberías dejarlo.

El aire podía cortarse con un cuchillo. El griego alzó la barbilla con temeridad y asintió con lentitud:

—Gracias. Yo también podría darle algunos consejos, pero de momento

prefiero guardármelos para mí.

Sonrió con malicia y entendí que esa frase iba con doble sentido porque quizá había escuchado algo de nuestra conversación. Lo oí marcharse de allí blasfemando para que lo escuchásemos los dos. Mi padre puso mala cara.

—Menudo elemento —rumió por lo bajo. Aguanté las ganas de reírme, porque la situación estaba tensa—. ¿En Grecia no se les tiene respeto a las personas mayores?

Su pregunta me hizo encogerme de hombros y soltar sin pensar lo que me vino:

—No te ha faltado al respeto en ningún momento, papá.

—Papá... —pronunció como si le quemase cada vez que lo llamaba así.

—Bien, pues ponme al día de la conversación privada y después pasemos a lo importante —añadí, habiéndome tragado previamente el nudo de emociones que Arcadiy había disipado con su sola presencia.

Entrecerró los ojos como si quisiese traspasarme.

—Cuando Haiden descubra que has estado con otro hombre, te matará.

De nuevo, el tono de voz me produjo distintas emociones que no supe por dónde saldrían.

—Antes de que eso ocurra, lo mataré yo misma.

—No tiene madera para acabar con los nuestros.

«Con los nuestros». Qué triste era pensar que por las venas nos corría la misma sangre y que nos tuviésemos ese desprecio insano. Asentí, teniendo claro que se refería al hombre que fumaba en la parte delantera de la casa.

—Intentaré entrenarlo lo mejor que pueda.

—No debes intentarlo, Natsuki. —Sonó hosco—. Tienes que hacerlo si quieres sobrevivir. Tú sola no podrás con el ejército del que disponen los Keitaro.

—Un ejército que voy a intentar recuperar, *chichiue*.

Su semblante se relajó cuando lo llamé como de costumbre. Cogió el té con parsimonia, extendiendo esos silencios que me alteraban los nervios, le dio un largo trago y lo depositó sobre la madera antes de continuar:

—¿Irás a visitar al Asahi-san Yamagama? —La voz se le oscureció.

Alcé la barbilla con determinación, una que le gustó. Lo supe por el brillo de sus ojos, pese a no querer expresarlo. Él era así. El gran Asahi-san Yamagama fue uno de los mejores maestros, junto con mi padre, que tuve cuando me enseñaron a ser samurái. Su nombre significaba luz de la mañana, y grandes eran los hombres que habían hecho referencia a ese maestro como el único *shogun* que quedaba en Japón. Alguien que perfectamente podría haber sido el comandante de un ejército samurái en tiempos de guerra.

Alguien que muchos compararon con el gran Miyamoto Mugashi: el samurái invencible.

—Sí. Saldremos antes de que el sol despunte mañana.

—Hace mucho tiempo que se retiró al Santuario de Oarai Isosaki-jinja. Posiblemente no quiera verte.

Mi mirada se agudizó con firmeza, al igual que mis palabras:

—Querrá verme. Y entonces te juro por los dioses kami y por mi honor que el legado Tanaka devorará al Keitaro y lo reducirá a cenizas.

20

¿Qué es la vida sin locura?

Arcadiy Bravo

Tal vez era el cuarto cigarro que me fumaba sentado en la entrada de la casa de Natsuki. No llevaba la cuenta, pero de lo que sí era consciente era de las ganas insanas de café que tenía. Necesitaba inyectármelo en las venas, porque el simple olor a té me revolvía las tripas. O el café, o un buen lingotazo de vodka, que eso te depuraba hasta las entrañas.

Me apoyé en una de las columnas cuadradas de la entrada. A los laterales había unas escaleras; de frente a la casa se inclinaba una rampa; intuí que por la movilidad reducida de Eiji.

Qué mal me caía ese señor.

Me ponía de malhumor pensar en sus inquisidores ojos o en sus palabras envenenadas, que le habría borrado de un disparo en la frente, o en el tono autoritario que había usado con su hija, dándome a entender que mi presencia no era agradable, y en su manera de echarme de la parte trasera... Al igual que la mujer del servicio, a la que había cazado a la primera de cambio revisándome de arriba abajo. Se había mostrado servicial al llegar a ellos, pero lo cierto era que nuestra primera toma de contacto no había sido así, pues las miradas lascivas y las insinuaciones habían empezado desde que me vio bajar la escalera.

Y esas cosas me reventaban.

Que no era un puritano, por supuesto, pero la había pillado al vuelo y esa señora quería ponerme en la boca más cosas que un pescado a la parrilla. El olor me produjo náuseas. Con lo temprano que era, ¿quién coño comía pescado? Puse los ojos en blanco y me preparé para una semana de ayuno intermitente.

Solté el humo pensando en la japonesa que me llevaba por el camino de la amargura. ¿Por qué se había enfadado tanto por separarnos en una semana?

¿Tanto le importaba? Entendía que estaba enseñándole locuras que quizá jamás habría llevado a cabo por ella misma, sin embargo, ¿qué era la vida sin locura?

La noche anterior me había sentido desbordado, no solo por dejarme llevar por ese gesto que ella había tenido al llegar al dormitorio con ese puñetero kimono abierto, sino porque había entendido una realidad aplastante: ella había acudido a mí para mi propio placer, no para el suyo, porque todavía seguía pensando que solo encontraría dolor en un acto tan simple como lo era echar un polvo. Sonreí al recordarlos, en plural.

Iba a ser difícil. Japón, la distancia que me separaba de mi familia, haber tenido el valor de llegar allí solo —porque los Sabello estaban en Tsumago—, el padre de Natsuki, la japonesa al completo y mis sentimientos. Sí, mis sentimientos me daban un miedo atroz y no quería reconocerlos. Comenzaba a experimentar algo extraño revoloteándome. No sabía si eso sería bueno o no, aunque esperaba no descubrirlo demasiado tarde.

Debía admitir que cada vez que rememoraba el temblor de Natsuki, su miedo y todo por lo que habría tenido que pasar que desconocía... Apreté el cigarro tanto que lo partí, como partiría el cuello de Haiden y de todo el que intentase ponerle una mano encima. ¿Eso era lógico? En una semana ya no podría protegerla y eso me consumió sin remedio.

—¿Has desayunado?

Me pareció extraño el efusivo tono de voz con el que me sobresaltó Natsuki, después de haber escuchado repuntes de la conversación tosca con el padre. Me giré para verla entera. Estaba preciosa. Era, jodidamente preciosa.

Negué con la cabeza, empanado con su sola presencia. Portaba una bandeja en las manos y el olor a café casi ocasionó que me desmayara. Se dio cuenta de mi olfateo y sonrió, aunque continué con la mirada fija en su cuerpo, que ahora vestía con una ropa de deporte sencilla y sus particulares botas militares oscuras.

—¿Cuándo te has cambiado de ropa? —le pregunté confuso.

Dio un paso, se sentó a mi lado y colocó la bandeja entre los dos.

—Cuando he puesto la cafetera. —Movió ambas cejas con gracia y reí—. Sé que eres un adicto al café. También te he traído algo de comer. Mi padre preparó esto ayer. Cocina de maravilla.

Aprecié que en la bandeja no había pescado, pero sí una especie de tortilla, algo de carne y arroz. No sabía si sería demasiado pesado, pero me lancé a por el café y coloqué la bandeja sobre mis piernas.

—Adivino que me has investigado a conciencia.

—Adivinas bien —me respondió en tono jocoso.

Le di un sorbo al café y cerré hasta los ojos.

—¿Dónde estaba yo cuando te has cambiado?

—Aquí, fumando como un cosaco mientras me esperabas —añadió con inocencia.

Sonreí ladino.

—Podrías haberme llamado y habría desayunado otra cosa. —Me miró y se sonrojó. Yo ya estaba sonriendo. Golpeó mi hombro con cuidado—. ¿Qué? Le habríamos dado más motivos a tu padre para que no pudiese verme. Y, por supuesto, te habría destrozado el kimono que llevabas antes. Estás más guapa con ropa occidental.

Su rojez se extendió con más brío. Me metí un trozo de carne en la boca, de lo que supuse que sería cerdo. Estaba espectacular, aunque no iba a decírselo por si las paredes me escuchaban.

—Cuidado, que la comida la prepara siempre mi padre. No es tan grave como piensas. —Se refería a la charla con su progenitor.

Casi me atraganté por el primer dato.

—Disculpa si no me lo ha parecido —cuestioné—. No tendrá veneno, ¿verdad? —Estiró las comisuras de los labios y la vi pensativa. Dejé la bandeja a un lado, sin soltar el café—. Natsuki..., si crees que es mejor, puedo quedarme con los Sabello en el pueblo de al lado. Intentaremos hacer la vigilancia por los alrededores para protegeros mientras nos organizamos.

Me mostró una clara confusión.

—¿Quieres marcharte?

Imité su gesto, pero no me dio tiempo a contestarle cuando un tono grave y duro se escuchó desde atrás. Me tensé como una vara de manera inevitable.

—No es necesario que abandones esta casa, Arcadiy. Si mi hija te ha traído, es porque confía en ti. —Puse cara de hastío. Me había quitado hasta el hambre—. Debemos empezar con los entrenamientos.

Avanzó por la rampa hacia abajo, como si fuese a bordear la casa. Observé a la japonesa perplejo y le pregunté:

—¿Qué entrenamientos?

—Necesito que aprendas algunas de nuestras tácticas. Los hombres de Haiden no luchan como vosotros. Tienen otro tipo de disciplina, y si no conoces los movimientos, las posibilidades se reducen para que podamos salir victoriosos.

—Lo de enseñarme a ser un samurái era una coña —espeté con malhumor —. Sé defenderme a la perfección.

Me moví un poco hacia atrás, comprobando que la pistola continuaba en la cinturilla de mi pantalón. Me enfadé más al escuchar a ese señor que parecía

tener más de los ciento cincuenta años que a veces mostraba Natsuki:

—No sabes defenderte como ellos ni estás a la altura de los *asiáticos*. —Recalcó mucho lo último y pensé que para qué abría yo la bocaza. Pero entendí perfectamente por qué enfatizó aquella palabra cuando terminó la frasecita—: Está más guapa con la vestimenta de su cultura. —Encima se había detenido tras descender la rampa, a medio camino, para mirarme con aquellos profundos ojos tan siniestros.

—*Chichiue...* —El tono de la japonesa fue de advertencia.

Lo fulminé con la mirada y él pareció retarme con la suya penetrante. ¡Qué señor más desquiciante!

—Es la verdad, Natsuki-chan. Japón siempre te sentará mejor que Grecia.

Sin añadir ni una sola palabra más, se dio la vuelta y siguió su camino. Apreté los carrillos, mordiéndolos con saña y a punto de pegarme un cabezazo con la columna de madera.

Ella ya estaba fija en mí.

—Discúlpalo. Es...

Solté el café con enfado en el suelo, sin darle tiempo a terminar la frase. Alcancé su nuca con la mano derecha y la empujé hasta que quedó encajada en mi boca. La devoré con ansias, con ganas y con toda la intención de que el *señor Tanaka* viese que me saltaba cien reglas de su estúpida religión, cultura o como mierda quisiera llamarlo.

—Tengo que hacerte gritar tanto después que juro que voy a ganarme la expulsión de tu casa. —Aguantó una risa cuando me levanté con agilidad y le dije con chulería—: Vamos, que voy a tener que darte una paliza para callar al anfitrión.

Mentira.

Una mentira muy gorda, porque media hora después me encontraba bocarriba en el césped con la paliza del quince dada. Me había salido el tiro por la culata, nunca mejor dicho. Solo me consolaba ver lo espectaculares que eran los *sakuras* y cómo formaban ese arco perfecto que podría perderte en el espeso bosque repleto de cañas de bambú.

—Conque mejor que mi hija... —rumió por lo bajo.

Me tenía hasta la polla. Hasta la polla. Se había plantado delante de nosotros, con una caña de bambú más larga que una carretera, y lo único que hacía era cabrearme como un mono con sus absurdas órdenes que Natsuki parecía acatar a la primera y que yo no pillaba ni a la de tres.

Al lado de ella era un puto lerdo. Todavía no me explicaba cómo habíamos tenido esa pelea monumental en Atenas.

—¿Puedes dejarme ganar una vez? —le pregunté en el suelo.

Natsuki me tendió la mano para que me levantase.

—No. Infringiría mi código de honor, Arcadiy Bravo.

Su sonrisa fue corta pero intensa. Al levantarme, me quedé a un escaso palmo de su rostro y busqué su boca con anhelo. ¿Estaría muy mal que la besase porque me apetecía, delante de su padre? Eso podría joderlo bastante y ya empezaba a tocarme las pelotas, así que...

—Para ser un samurái hay que tener la cabeza sobre los hombros. Es indispensable el *haragei* y el *ki*. ¡Y no tiene ninguna!

Miré a la japonesa, aguanté el aire con mucho ruido y ella me pidió una calma que no encontré. Estaba refiriéndose a mí. No sabía qué significaba, pero me daba igual porque me hervía la sangre y el señor Tanaka estaba desatándome. El beso se quedó en mis ganas.

—¿Sabe qué? —Me giré y coloqué las manos en mi cintura—. Es que yo no quiero ser samurái. Yo soy asesino. *Asesino* —recalqué con retintín por si no le había quedado claro—. Me encargaré de llevar armas y no tendré que enfrentarme a unos peleones que se mueven como chicles haciendo volteretas. Fin.

Los ojos del anfitrión se afilaron en mi dirección. Soltó el palo, movió la silla de ruedas con la mano y anunció con una seguridad que me sobrecogió, aunque no lo demostré:

—Van a matarlo. Con los nuestros no sirve un francotirador. —Me miraba a mí, pero le hablaba a Natsuki.

No me dio ningún miedo enfrentarme a ese señor, por supuesto. Di un paso en su dirección, escuchando a la japonesa:

—Yo le enseñaré el *haragei* y el *ki*, *chichiue*. Será complicado que domine la concentración mental y la energía, pero lo intentaré con todo mi empeño. No me gustaría que muriese.

—¡Más quisieran los suyos ponerme una mano encima a mí! —me exasperé.

Eiji Tanaka mostró su inconformismo. Su hija me había dado una paliza con las manos, los pies y tres mil acrobacias. Ligera estaba, desde luego. Me ignoró de nuevo, miró a su hija y sentenció:

—A la hora del té organizaremos el plan. Esto no tiene lógica ni vamos a estar perdiendo el tiempo tontamente. Con que sobrevivas tú, me basta.

Y se marchó.

Sentí algo burbujearme las entrañas, algo tan grande que sería capaz de acabar con él desde la distancia antes de que cruzase la pequeña rampa de subida hacia la casa. Inspiré y espiré, tal y como me había indicado Natsuki para los ataques de ansiedad, que por cierto llevaban días sin darme. Su

pequeña pero letal mano se colocó sobre mi antebrazo y tiró de mí hasta que nos sentamos debajo de un *sakura*, un poco más alejados de la casa, cerca del bosque.

—¿Te encuentras bien? —se interesó, una vez acomodados.

El señor Tanaka había desaparecido de nuestro campo de visión, la criada también, y aquel semiescondite nos concedía una privacidad que empezaba a clamar con ganas. Me giré de cara a ella, tiré de su cintura con mis manos y la encajé a horcajadas sobre mí. Rio, y aquel sonido me pareció el más maravilloso del mundo.

—No me has dejado ganar ni una vez. Ni con trampas. Eso no vale. —Le coloqué un mechón de su oscuro cabello detrás de la oreja derecha.

—Pero te defiendes muy bien —repuso.

—A lo bruto, supongo —renegué, deslizando mis manos por su cintura. No sabía cuándo había comenzado ese movimiento.

—La educación de los samuráis es compleja, *griego*, pero no imposible.

Elevé los ojos al cielo, pues los había mantenido clavados hasta el momento en el horizonte, pensando en la cantidad de hostias que le habría metido al padre de la japonesa.

—¿Acabas de llamarme *griego*? —Me mofé.

La apreté más contra mí y noté el bulto en los pantalones de manera inmediata; ella sonrió al darse cuenta de ese detalle.

—En mi pensamiento lo hago muchas veces.

—Mmm... —Me acerqué a ella despacio y susurré sobre su boca—: ¿Y cuántas veces piensas en mí a lo largo del día?

Entreabrió los labios como si le faltase el aire y respondió en un susurro antes de lanzarse a mi boca:

—Muchas.

Sus manos se habían colocado en mi pecho cuando nuestros labios chocaron. Tiré del inferior con un pequeño mordisco y jadeé al notar que se restregaba insinuante sobre mi polla, ahora protegida por los pantalones. Cuánto deseaba darle rienda suelta a la imaginación, no lo sabía nadie.

Me visualicé quitándole los pantalones de deporte, devorándola allí mismo, follándomela hasta que nos escuchasen en los exteriores de Magome. Sin embargo, alguien se había dispuesto a jodernos el día a base de bien, e íbamos a tardar en descubrirlo un minuto.

Sus manos presionaron mis mejillas mientras seguíamos besándonos como si no existiese nadie más, como si no pudiese vernos nadie más. Noté una sensación extraña, algo que me impedía estar cómodo. Eso no era bueno.

Se separó unos amargos segundos y musitó:

—¿Por qué tengo tantas ganas de ti? Me duele todo, y creo que tengo agujetas por primera vez desde hace años.

Ensanché los labios con pillería. Estaba convencido de que introducir la mano en su interior me verificaría que había una buena cantidad de humedad entre sus piernas.

—Porque has encontrado al amante perfecto.

Reímos: ella por mi tono y yo por mi arrogancia desinhibida.

—Arcadiy... —Masajeé su trasero, instándola con la cabeza a que continuase—: ¿Se nota cuando hacemos... cosas? —Mostré mi confusión con una mirada—. Me refiero a que si se nota cuando... cuando hacemos eso. ¿La gente lo sabe sin más?

Medité las posibilidades de que Alessandro hubiese hecho algún comentario, porque sus dudas no podían provenir de otro sitio, ya que Claudio era lo suficientemente serio como para ponerla contra las cuerdas.

—Si te refieres a los posibles comentarios del pequeño de los Sabello... —Chasqueé la lengua y Natsuki se sorprendió. Aguanté el chascarrillo de decirle que también era vidente—. Es cuestión de tablas. Pero sí, se sabe cuando te gusta una persona.

—Pero ¿no es lo mismo que cuando haces algo con alguien?

Esbocé una amplia sonrisa por el miedo impregnado que marcaban sus palabras para llamar a las situaciones por su nombre.

—Tendría que ser adivino o tener muy buen oído para saberlo a ciencia cierta. ¿Es por tu padre?

Negó con la cabeza, trasteó mi pecho con sus manos y añadió:

—Es simple curiosidad, como todo lo que estás enseñándome.

—Estoy cogiéndole gusto a eso de enseñarte, me parece a mí.

La apresé con afán de las caderas y el beso tomó las riendas de la situación, tanto que se intensificó y se convirtió en algo rudo, salvaje, insostenible, hasta que otro asunto llamó mi atención con más fervor. No separé mi boca de la suya, aun siendo consciente de otra situación de mayor calibre. Solté la mano derecha de su cintura con disimulo, la llevé a la parte trasera de la mía y me preparé como bien sabía. Como bien me habían enseñado.

Aparté a Natsuki de mí, me coloqué delante de ella muy rápido y me levanté de un salto que casi igualó las volteretas de Jackie Chan —para que luego dijese el señor Tanaka—. Le quité el seguro a la pistola al mismo tiempo que lo apuntaba con destreza.

Aplaudía como un demente, como si de verdad le encantase la situación. Pero lo que de verdad marcaban esas palmas era una ironía apabullante. Qué

asco le tenía.

—Así que a esto es a lo que te dedicas, putilla... —Movió el cuello como si fuese una serpiente, y a mí casi se me saltó un latido cuando se refirió a ella con ese despotismo.

—¡No des un puto paso más! —bramé, con el arma firme en las manos y la intención clara de volarle la cabeza.

No escuché la voz de Natsuki y me preocupó. El tío apareció sin ningún arma en las manos, como si se creyese un dios. Pronto entendí que tan dios no se creería cuando diez hombres salieron del espeso bosque y nos encañonaron, salvaguardándole las espaldas al feo. Porque era feo de cojones.

—Contigo no tendría ni para empezar, idiota —escupió, y me miró con muy mala cara.

Ya me tocó los cojones, los putos japoneses y sus malas formas con los occidentales o, en este caso, conmigo. No lo pensé y disparé sin evaluar las consecuencias, aunque sí me aseguré de saber dónde se encontraba Natsuki y las posibilidades que tenía en el caso de necesitar huir. Su cara reflejó el asombro cuando la bala rozó su oreja derecha, la cual le ocasionó una pequeña herida que sangró. Elevé el mentón tanto que casi me partí el cuello.

—¿Seguro? —le vacilé.

Me observó con asco; los hombres con las armas que tenía detrás se acercaron un paso, dándome a entender que una más y me fusilaban. No teníamos ninguna posibilidad, aunque yo intentase ponerme como escudo para que ella escapase.

El capullo elevó una mano para que se detuviesen mientras se encargaba de mirarme con una mezcla de odio y repulsión indescriptible. Me sentí victorioso cuando argumentó algo que yo ya sabía. Sus oscuros ojos asiáticos se encendieron con una pizca de demencia y orgullo antes de que la boca de labios finos en un rostro extremadamente iracundo le preguntase:

—¿A qué estás jugando, cuñadita?

De soslayo, contemplé a Natsuki. No pensaba apartar la atención del capullo que tenía delante.

—No estoy jugando a nada, Iwao. Márchate de aquí.

El nombrado se llevó las manos a la parte delantera de su vientre, tal y como hacía el hijo de puta del hermano. Deseé matarlos a los dos con mucha lentitud.

—Dejaste que los policías escapasen. ¿Crees que no supe desde el primer momento que los habías ayudado tú?

—Eso no es verdad —repuso ella, dando un paso al frente.

Extendí una mano para que se detuviese. Sus finos dedos tocaron los míos

y me transmitieron una paz que no encontraba en mi pecho descontrolado. Conté diez hombres, sin ver mis espaldas. No había escuchado ningún sonido procedente de la parte trasera, aunque eso significaba poco, pues solo tenía esa pistola y ni un puto cargador más.

—Te he visto con ellos. En Italia. —Sonrió con maldad.

La japonesa no perdió el temple. Se llevó las manos a la espalda, irguió la columna en posición de ataque y extrema concentración y clavó sus ojos del mismo negro en el japonés que la contemplaba con desagrado.

—Ellos estaban en Italia. Yo llegué a Italia. Creo que sobra que tengamos esta conversación, Iwao. —Natsuki levantó la mano cuando fue a interrumpirla—. Estás en mi casa. Aquí no eres bienvenido.

Iwao apretó los dientes y se acercó un paso a ella. Presioné más el cañón de la pistola, sabiendo que si era rápido podría volarle la tapa de los sesos, pero del resto... Con el resto iba a ser una ardua tarea para sobrevivir entre tanto árbol y tan poco margen para cubrirse.

—Entra en casa, Natsuki —le pedí sin querer sonar rudo, que no fue el caso.

El japonés sonrió con malicia, se mojó los labios y me ignoró.

—¿Crees que no te he visto en la piscina de ese italiano? Retozando y clamando más con este. —Hizo un movimiento seco con la cabeza, señalándome.

Eso me taladró los pensamientos. ¿Había estado vigilándonos? ¿Cómo no lo habíamos visto? ¿Y en la casa de Tiziano? Aquello me parecía casi imposible. Casi. La tía no perdió el porte ni la paciencia, sin contar con que casi nos había pillado revolcándonos en el suelo de los *sakuras*. Desde luego, era una jodida habilidad.

—Fuera de mi casa, Iwao Keitaro —repitió con fuerza ella.

Él movió sus diminutos pies con desinterés, sonrió y añadió dañino:

—Ya entiendo. Veo que eres una estupenda actriz. Tu marido estará orgulloso de lo que has conseguido, supongo. No sé si estará tan de acuerdo con que un extranjero manosee tu cuerpo, pero bueno. —Se encogió de hombros.

—No pienso repetírtelo —sentenció Natsuki.

Iwao dio un paso más, intimidante.

—Que estés en tu casa no te protege de poder llevarte una buena hostia de esta y llores un ratito. —Le enseñó una mano. A Natsuki le brillaron los ojos de impotencia—. Ya sabes lo mucho que me gusta que pruebes mis golpes. Y mi hermano no está, así que podría oírte llorar. No te mataría por eso.

Sonrió como un demente y a mí me llevaron los demonios. ¿Eso...? ¿Eso

quería decir que Iwao la maltrataba de la misma forma que Haiden lo hacía? Contuve el aire, pero no las intenciones. A mí, eso de mente clara, calma y paz no me llenaba. La aparté de un movimiento ligero hacia atrás, elevé con ganas el puño que tenía libre y el chino mandarín cayó de espaldas al suelo de la hostia que le di. Se recompuso de inmediato con un salto mortal, pero mi pistola ya estaba apuntando a su frente.

—Si vuelves a amenazarla o a insultarla —rechiné los dientes y apreté el puño libre—, ¡te juro por mi vida que te vuelo la cabeza!

Sus ojos rabiosos calcularon el momento en el que me quitaría el arma y trató de distraerme con su palabrería:

—Veo que la zorra de mi hermano te ha calado. —Pareció pensar en algo más antes de decir con cara de pasa revenida—: Una pena, porque todos acabaréis muertos.

Intuí sus próximos movimientos. Se trataba de una patada directa a mi muñeca derecha para desarmarme y una serie de golpes que iban enfocados a mis costillas, porque las miró y yo lo pillé al vuelo. La deslicé hacia atrás cuando fue a dármela y eso no lo salvó de llevarse un rodillazo en la nariz. Para ser un buen asesino, lo primero que nos enseñaban era el lenguaje corporal, y ese sería muy ninja y todo lo que quisiese, pero me chivó sus movimientos sin ser consciente.

Escuché el hueso crujir y fui a rematarlo, cuando la japonesa me sujetó por el antebrazo. Me revolví hasta que lo tuve preso por la camiseta, pero cuando iba a coserlo a hostias, una voz inflexible se escuchó a mi espalda:

—¡¡¡Iwao Keitaro!!!

Me giré para mirar al nuevo espectador. Los pies del chino mandarín ya no tocaban el suelo y lo solté a plomo, buscando que se diese un buen mamporro. «Ojalá te partas una pierna», pensé.

La silla de ruedas apareció más rápido que el viento, aunque el rostro de Eiji Tanaka era el de un guerrero temible, acompañado de un tono que me puso la piel de gallina. Tiré del brazo de Natsuki para colocarla a mi lado; ella se revolvió un poco porque pretendió ponerse delante de mí.

—*Ojisan*. —Iwao hizo una inclinación de cabeza con chulería, saludándolo como su tío. Algunas palabrejas sí me las sabía porque las había pillado cuando Riley veía el anime.

Me dieron ganas de darle un puñetazo para emparejarle la mandíbula y levantarle la cabeza de un leñazo. Me lo imaginé sin dientes y se me antojó más todavía.

—Que seas mi *oigosan*[9] no te da derecho a incumplir el tratado que tenemos. —¿Tratado? La japonesa no lo mostró, yo tampoco, pero había

confusión. Y más que se creó—. Pisas mi suelo sagrado, Iwao. Amenazas a mi hija y a mi invitado...

«A mi invitado... Se ha dado un golpe en la cabeza, o que le caigo mejor que hace unos minutos». Supuse que se había referido a que fuese su sobrino.

—Viejo... —lo interrumpió con prepotencia.

Sin embargo, nadie se esperaba que el torrente de voz de Eiji Tanaka produjese tanto en una persona tan maligna:

—¡¡No vuelvas a faltarme al respeto!! —sentenció con rudeza.

Me fijé en el rostro cuadrado del padre de Natsuki. Sus facciones eran tensas, marcadas por el laborioso trabajo que habría tenido durante toda su vida, y aquellos ojos de distinto color le conferían un aire muy siniestro al que Iwao le tenía miedo. Sí, en efecto, le tenía miedo.

Eiji Tanaka poseía una media melena como la de su hija, anudada arriba por una coleta que únicamente dejaba dos mechones en su rostro. Típico japonés, muy japonés, pero en versión pro. Aunque me cayese mal, debía admitir que había provocado que Iwao casi se meara en los pantalones, y aquello me encantaba.

Las curtidas manos de ese señor se movieron para pasar por delante de nosotros, con el semblante adusto y temerario. Pensé que el señor Tanaka habría sido un buen elemento en sus tiempos mozos. Solo con el timbre de voz y la imposición de sus órdenes se veía que había sido un líder nato, aunque no comprendí cómo Iwao no acababa con él de inmediato, si estaba en una silla de ruedas. ¿Acaso eso que veía era respeto?

El padre de Natsuki elevó un dedo, mostrando aquella piel blanquecina como la de su hija. Qué faltita de sol tenían por aquella parte del mundo.

—La palabra de honor de un Tanaka es tan sagrada como la de un Keitaro —declaró con voz profunda. Elevé el mentón al escuchar armas a nuestra espalda y me temí lo peor—. ¡Tu hermano me dio su palabra! Mi suelo no se pisaba. Mi casa no se tocaba. ¡Mi *kazoku*[10] no se tocaba! ¡Y a mi hija la habéis maltratado! ¡Los dos!

Tenía dos frentes abiertos. Por un lado, observé que el rostro de Iwao cambiaba a la perplejidad; Natsuki continuaba con su postura de señor de ciento cincuenta años, y a Eiji se le marcaban mucho las venas del cuello. Y, por otro, a mi espalda había hombres... ¿Hombres con kimonos rojos y azules y todos con una catana en las manos? Miré automáticamente a los de la parte delantera, que iban ataviados como los militares que nos habíamos encontrado en la interminable ruta; por cierto, preciosa.

No eran los mismos. ¿Quién estaba con nosotros? Apreté la pistola que había bajado cuando Eiji se colocó a nuestro lado. Él mismo añadió:

—No será necesario, Arcadiy-san. —Qué nervioso me ponía aquello, aunque sabía que lo hacía por respeto—. Mi sobrino ya se marcha. —Movió la silla hacia el intruso, que agachaba la cabeza cada vez más—. Mírame a la cara, Iwao.

No entendía nada, pero ahora parecía un niño asustado. Busqué ayuda en Natsuki, quien me observó de soslayo, dándome a entender que más tarde hablaríamos, porque ella tampoco sabía qué sucedía. El Guatayo, como lo habría llamado Riley, no levantó la cabeza. Pero Eiji no iba a dejarlo pasar por alto.

—¡Mira al *miko* de tu familia, Iwao Keitaro! ¡Te he dicho que levantes la cabeza!

De nuevo, su vozarrón autoritario ocasionó que hasta yo me envarase. «Qué bárbaro». Lo del *miko* me dio repelús; no podía engañarme. Los hombres que habían llegado con el primo de Natsuki retrocedieron cuando él dio la orden con un breve movimiento de mano para que bajasen las armas.

Los ojos del japonés parecieron más pequeños de por sí cuando Eiji soltó como si fuese una jodida adivinanza:

—Contempla bien la cara del que no desees, porque el resto de tu vida tendrás que ver.

21

Miko

Llevaba dándole vueltas al asunto cinco minutos por lo menos, sentado en las escaleras de la parte delantera, al lado de dos inmensas figuras que tenían la parte inferior como las de un perro y la parte superior con cabezas de león.

Natsuki se encontraba dando vueltas de un lado a otro, con las manos en posición de sabia, la cabeza muy alta y un rostro oscurecido por el enfado. No me atreví a preguntar, y tampoco a cuestionarme el motivo de haber actuado de manera sobreprotectora con ella al ver que el peligro era inminente. Continuaba pensando en el respeto impreso que había visto en el rostro de Iwao.

Los hombres con kimonos y catanas habían desaparecido del mapa, como si fuesen sombras invisibles que solo llegaban en momentos de necesidad. Y yo creyéndome que estaba solo ante el peligro. Me había equivocado, por supuesto.

—Natsuki-chan. —Los asesinos ojos de la nombrada se fijaron en la rampa. Miré en esa dirección para ver a su progenitor, quien la contemplaba con seriedad—. Hablemos a solas.

No resoplé porque no era el momento, aunque comenzaba a estar un poco cansado de los desplantes de aquel señor, y eso que acabábamos de conocernos. Mis ganas por salir corriendo de allí eran elevadas, sin embargo, pensé en ella. ¿Por qué narices iba a soportar una semana de desaires sin motivos? «Sí que lo sabes, pero no quieres reconocerlo». Negué con la cabeza para apartar esos pensamientos intrusivos que no venían a cuento.

—Si quieres hablar, puedes hacerlo ahora.

La sentencia de Natsuki produjo que la mirase con sorpresa. El gruñido del señor de mi derecha fue sonoro.

—No debo discutir temas familiares delante de un desconocido.

—Ha venido para ayudarnos. Pero, por lo que veo, mi preocupación por

sacaros de una cárcel impuesta no era más que un cuento chino. —Su mandíbula se tensó.

—Aquí no hay cuentos chinos, Natsuki —rugió—. He dicho que vamos a hablar y te contaré...

—¿Y me contarás qué hacen más de treinta hombres protegiendo la casa? Hasta el día de hoy no había nadie de nuestro lado, ¡nadie! —Señaló el aire, porque allí se encontraba el vacío. La osada interrupción a su padre le costó una mirada agresiva por parte de él—. ¿Me contarás qué tratado es el que tienes con los Keitaro que no me has explicado?

Sus palabras fueron escupidas con veneno. Ahora sí que podía decir que el regreso a Japón estaba alterándole la sangre, porque no la había visto de esa manera con tanta frecuencia.

—Te lo explicaré todo si...

—¿Por qué agacha la cabeza Iwao contigo? ¡Jamás nos han tenido tanto respeto!

—¡¡Siempre me han tenido respeto!! —gritó—. ¡No vuelvas a interrumpirme más! No te he educado para que seas una insolente, Natsuki Tanaka.

Ahora entendía lo de los apellidos, al igual que también comprendí que sobraba allí.

—No —murmuró, y apretó los labios; adiviné que con ganas de llorar—. El hombre que me enseñó esos valores también me enseñó que la sinceridad entre la *kazoku* existía.

Podía respirar su dolor. Tenía que hablar con ella de las repercusiones que podría llegar a tener con Haiden cuando el tonto del hermano le dijese lo que había visto. También pensé que la idea de salir hacia Tsumago era completamente viable para que ellos hablasen a solas y yo me despejase lo suficiente como para no asesinar al porculero de mi derecha. Me levanté con tranquilidad de mi asiento.

—Os dejo a solas para que podáis hablar.

—Sí. Al fin dices una frase con sentido.

Me volví para mirar fijamente a Eiji, quien me observaba serio y con esa empatía que le faltaba. Di un paso para estar más cerca de él. Natsuki no se movió del sitio, aunque sí estaba muy pendiente de nosotros.

—Señor Tanaka, no quiero ser yo quien meta el dedo en la llaga, pero he venido desde miles de kilómetros con el fin de ayudar a su hija y a ustedes a abandonar este sitio. Así que solo le pido que muestre un poco más de cordialidad.

—Todos sabemos que no has llegado a Japón para salvarnos a nosotros.

Has venido porque tienes más asuntos que resolver.

El humo iba a salirme por las orejas en breve.

—He venido por más motivos, sí, pero el principal eran ustedes y la seguridad de su hija —mascullé con tonito. Ya era incontenible.

El señor Tanaka elevó el mentón como buen contrincante, fijó sus ojos en los míos de manera dañina y sentenció:

—Pues no necesitamos más ayuda de extranjeros. Ya has visto que entre nosotros nos apañamos y nos comprendemos. Un occidental nunca podrá estar a la altura de nuestra familia, y mucho menos de mi hija.

Eso me dolió.

—¡Papá! —rugió Natsuki con verdadera cólera.

Él pasó por alto el bufido de su hija y continuó, sin apartar la atención de mí:

—Puedes marcharte cuando quieras.

Los ojos de Natsuki se abrieron como platos. Dio un paso atrás, supe que desconcertada por las palabras que su *miko* había dicho. Y digo *miko* porque el primer día cuando llegamos escuché perfectamente lo del hilo rojo, que por gracia o por desgracia sabía lo que significaba. Había escuchado la leyenda y también la había leído. Él estaba invitándome a irme de allí, pese a tener claro ese detalle.

No sabía cómo funcionaba eso de las premoniciones, de la videncia y de los sentidos extrasensoriales que Natsuki y su padre tenían, pero sí estaba empezando a interesarme por el tema, porque Eiji había hecho referencia a eso mientras hablaba con Iwao, lo cual evidenciaba que el Guatayo le tenía pánico a algo que no sabíamos, aunque tenía que ver con ese mundo que desconocía.

Pasé por alto los inquisidores ojos de Eiji, avancé hasta la japonesa, que me contemplaba con expectación, tiré de su mano para envolverla y la atraje hacia mí. Me observó con confusión, como si no pudiera creerse lo que iba a hacer.

Pues sí, ahí que iba.

La besé. La besé importándome una mierda que su padre estuviese detrás.

—Voy a marcharme a Tsumago para comprobar que los italianos están bien y ponernos al día. —No me hacía falta porque teníamos un teléfono por el que no nos habíamos comunicado ni una vez, aunque lo necesitaba—. Volveré.

Apretó la mandíbula y sus ojos brillaron. Tuve que ignorar su tristeza porque me dolía, aunque más lo hacía no quedarme con ella, pero sabía que lo necesitaban. Ambos lo necesitaban. Deposité un casto beso en sus labios y

después lo hice en su frente, tal y como me había acostumbrado. Una sacudida le sobrevino y la miré. Sonreí con debilidad y no me resistí a besarla de nuevo, esa vez ocasionando que durase más de lo permitido.

Cambié mi rostro a uno soberbio y rudo cuando me giré de cara a Eiji, quien me fusilaba con la mirada. Cuando llegué a su altura, antes de entrar en el salón principal, le dije con chulería:

—Espéreme para comer, *señor Tanaka*, que llegaré. Me han dicho que es usted un excelente cocinero.

Juro que vi cómo el hijo de puta aguantaba las comisuras de los labios en su sitio para no reírse.

—Tendré tiempo entonces para charlar contigo sobre los venenos más letales del mundo.

Lo miré de reojo; él ya estaba haciéndolo. Ese detalle de los venenos me recordó a mi hermana y a Aleshka, quien también estaba aprendiéndolos. No me tomé a broma la pullita.

—Claro. Yo podría explicarle las distintas bombas que hay en el mundo y las mil maneras de asesinar a alguien que existen. Diversidad de información, se llama. Está bien saber de todo.

Con arrogancia, continué con mi paso, adivinando la sonrisa que Natsuki sí tendría en la boca. Eiji me echó un último vistazo, pero no rebatió mi condenado descaro. Ese no me ganaba a un pulso por más años que tuviese.

Cuando ya me había descalzado y estaba dentro de la casa, me detuve en las puertas correderas de bambú al oírlo decirme:

—En la parte trasera hay un garaje. Dile a Azumi que te dé las llaves y llévate el coche o la moto que quieras para ir a Tsumago.

Mis labios se ensancharon de punta a punta. «Menudo cabronazo. En el fondo, seguro que le caigo bien».

Una hora más tarde estaba en una pequeña tabernita de Tsumago, una de las pocas que había en esa zona, pues eran muy escasas. Las vistas desde uno de los ventanales del sitio eran espectaculares, ya que podían verse los Alpes japoneses a la perfección. En ese lugar no había una calle que no te sorprendiese. Estaba muy ambientado en el turismo y me impresionó ver que había un hospedaje antiguo, Wali Honjin, ahora cerrado, que fue la casa del jefe del pueblo, quien hospedó durante años a los samuráis.

—Nosotros la hemos visto. Fue restaurada en 1877. Si quieres saber más de tu japo, ahí cuenta la leyenda de los samuráis y toda su vida —anunció

Alessandro, y le dio un trago a su cerveza.

—¿Desde cuándo llevas un puto kimono? —le pregunté.

Abrió las manos en uve como si fuese evidente.

—Hay que adaptarse a la cultura, macho. No voy a ir como este —señaló a Claudio—, que lleva los huevos apretados desde hace dos días.

—¡Eh, tú! —escupió Claudio, soltando su jarra—. Mis trajes los dejas, que yo no me he metido con las pintas de idiota que llevas. Te falta el sombrero.

—Lo tengo en el hospedaje. Y se llama *kasa*, inculto.

—Verás la hostia que te ganas, *bambini*[11], verás. —El tono de Claudio fue el de un orangután.

Chasqueé la lengua, agarré mi bebida, la vacié y fui a pedir otra. Era consciente de que me había durado menos de dos minutos.

—¿Cómo se pregunta si tienen vodka? —inquirí, mirando al joven de la barra para llamar su atención.

Al no escucharlos contestarme, me volví de cara a ellos. Los dos se observaban con descaro. Alessandro dio un golpe en la mesa con la jarra, ocasionando que las pulseras de oro que portaba en la mano izquierda, como su hermano Tiziano, se tambalearan. Se levantó.

—Ya voy yo.

El pequeño de los Sabello desapareció y en su lugar quedó un inquisidor hombre que me observaba con solidez, a la espera de que desembuchase.

—Estoy preparado para ser tu psicólogo sin cobrarte —anunció.

Me desinflé como un globo.

—Estoy jodido.

—¿Jodido al nivel...? —Movió la mano en círculos en el aire.

—Me odia.

Alessandro trajo la botella, la dejó en la mesa e hice una pausa para servirme un buen trago. Había escuchado mi último comentario.

—¿La japo te odia? —quiso saber Alessandro. Entendí que no era necesario dar muchas explicaciones de cuál era el problema y por qué estaba jodido.

Me bebí el vaso de una tacada. Arrugué los labios por el sabor amargo del vodka y añadí de sopetón y sin filtros:

—Su padre me odia. Yo lo odio a él. Qué asco le tengo al señor Tanaka —recalqué bien lo último y los miré con los ojos muy abiertos. Otro vasito cayó—. Quiere que me convierta en un samurái, y yo soy un puto asesino, ¡no un samurái de mierda!

Claudio se irguió y miró en derredor porque varios curiosos nos habían contemplado con intención de saber qué ocurría en esa mesa y por qué un tío

que no paraba de beber como un cosaco levantaba la voz. Alessandro se abrió el kimono un poco, enseñándole la pistola con una sonrisa al de la mesa de al lado.

Por supuesto, yo continué sin esperar ánimos:

—He estado a esto, a esto —les hice un gesto con mi dedo índice y pulgar para especificarles el tamaño—, de dar media vuelta y venirme con vosotros.

—Dos camas de matrimonio tenemos. Si te da reparo meterte con este, puedes dormir conmigo, que soy un osito. Sé hacer la cucharita. —Alessandro.

Rellené mi vaso, ya por quinta vez. Claudio se enderezó en su silla de madera y carraspeó antes de hablar:

—A ver. —Miró a su hermano fatal—. ¿Por qué iba a darle reparo dormir conmigo? —Después me buscó a mí—. ¿Estás así porque te llevas mal con el padre de Natsuki?

—Vamos a ver, te gustan los hombres y Arcadiy está follable. —Alessandro otra vez.

—Te voy a dar una hostia que vas a tener que ponerte todos los dientes de oro.

—Nos hemos acostado —confesé, obviando que el *bambini* estaba sacando de quicio a Claudio—. Ya sabéis toda la historia de Natsuki, lo que ocurrió en la fortaleza, lo que ha ocurrido entre nosotros... —Resoplé, bebí del vaso que llevaba muchos minutos en mi mano y me toqué el estómago—: Tengo algo aquí.

Los dos estaban cabeceando en señal afirmativa, ahora sin hacer ninguna broma ni comentario fuera de lugar. Les había contado lo sucedido en la piscina y en el avión, evidentemente cuando íbamos de camino a Japón y tras mi enorme calentón mal disimulado. Seguí, que había cogido carrerilla:

—Sé que no está bien, que su cultura es muy diferente a la nuestra, pero el carácter de Eiji me desata. Le falto al respeto con algo tan simple como besar a su hija delante de él y me importa una mierda. Me importa una mierda contestarle mal, retarlo con la mirada, me da igual.

—¿Por qué te preocupa tanto la opinión de ese señor? —inquirió Claudio.

Me encogí de hombros y me bebí el vaso entero. Tenía previsto salir de allí a cuatro patas.

—No lo sé. Tampoco sé por qué no le da importancia, según su cultura. —Me observaron con confusión—. He escuchado su conversación mientras desayunaban y el padre sabe que su hija se ha acostado con otro hombre, en su casa, porque nos ha oído, y aun así no ha montado en cólera.

—Su padre sabe que tú eres lo mejor para ella —vaticinó Alessandro.

Me quedé observando la botella y al final terminé poniendo la cabeza en la mesa.

—Si es así, poco o nada lo demuestra. La sirvienta me busca con interés desmedido; vamos, que la he cazado haciéndome revisiones y luego se ha colocado en posturas bastante cuestionables cuando le he pedido las llaves del garaje. —Hice una pausa corta, aún con la cabeza enterrada—. Iwao se ha presentado esta mañana en su casa y he estado a punto de matarlo por faltarle al respeto. De hecho, si llega a tocarla, lo habría hecho sin pestañear aunque me hubiese fusilado.

—¡¿Que qué?! —Alessandro se exaltó y me dispuse a contarle toda la película a los dos.

El benjamín de los Sabello se sirvió un trago de vodka. Al final, terminó yendo a la barra para pedir una botella de *whiskey* y yo levanté la cabeza de mi apoyo improvisado.

—Tenemos un problema si el hermano del psicópata ha estado vigilándonos. Hay que llamar a Tiziano; no deberían haberse colado en la zona privada. Este va a poner hasta vallas eléctricas —rumió Claudio, sacando su teléfono móvil—. Dadme un minuto.

Se levantó y salió raudo bajo nuestra atenta mirada. El pequeño de los Sabello tamborileó los dedos en la mesa tras unos segundos de silencio necesitado. Al final pronunció lo primero que le vino a la cabeza, con muy poquito filtro, como de costumbre:

—Yo, la solución la veo facilísima. Yo me follo a la descarada, Claudio se carga al padre. A balazos, me refiero —apostilló, y tuve que sonreír—. Y tú te llevas a la japo.

—Las cosas no son tan sencillas —repuse.

—Porque no quieres hacerlas sencillas —contratacó.

Me detuve a pensarlo, ya que no tenía cómo rebatir sus palabras. Tal vez, el que estaba complicándolo era yo...

—Creo que no sé cómo canalizar lo que siento. Nunca me ha ocurrido esto, y puede que no esté sabiendo gestionarlo.

—Siempre tiene que haber una primera vez. Y, si me permites, bajo mi punto de vista, no has hecho nada malo. Ahora mismo estás buscando consejos de unos desalmados que no sienten ni padecen.

Busqué a Claudio con la mirada, quien ya colgaba el teléfono en la entrada de la taberna.

—Creo que deberías hablar por ti. Me fío más del criterio de tu hermano. No te lo tomes a mal.

Alessandro sonrió, y esa vez sí que se mordió la lengua y no hizo ningún

comentario sobre el amor que Claudio le profesaba a Dom. Un amor que los había destrozado a los dos por la enemistad de sus familias. Qué triste me había parecido aquello siempre.

—Yo soy cero romántico. Harás bien en fiarte de él.

—Ahora es cuando me dices que no piensas enamorarte en la vida.

Se echó hacia delante en el asiento, sosteniendo el vaso en las manos, tal y como lo tenía yo. Con lentitud y mirándome a los ojos, aseveró:

—Alessandro Sabello no va a enamorarse en la vida. En la vida —subrayó con mucho ímpetu.

—Acabas de echarle un pulso al cosmos, que lo sepas.

Manoteó en el aire como si eso no tuviese importancia y sonreí de manera leve. Moví mi vaso en círculos, pensando, quizá en silencio porque no sabía cómo continuar, o tal vez esperando a ese hombre que ya se acercaba a nosotros.

—La japo ama su país —musité, y bebí un largo trago—. Y yo amo el mío.

—Ya empezamos con el patriotismo —sentenció Claudio, tirando de la silla hacia atrás y con la otra mano puesta en la chaqueta, pegada a su barriga —. Ya he hablado con Tiziano. Dice que si no rajas al Guatayo, te raja él a ti cuando vuelvas. Cito palabras textuales.

Los tres soltamos una pequeña carcajada, pero mi gesto se apagó de inmediato.

—Yo que tú iba preparando una caza de chinos —objetó Alessandro.

—Son japoneeeses —le dije con un falso tono cansado—. Bueno, a Iwao podemos llamarlo chino mandarín.

Reímos de nuevo, aunque la risa se vio aplacada por un extenso silencio.

—Arcadiy, eres el tío más chulo y vivo de toda la *famigghia*. ¿Cuál es el verdadero problema? ¿Qué es lo que te pasa aquí? —Claudio se tocó el estómago.

Cada vez que me incluían en esa enorme familia me alegraban el día, aun sabiendo que siempre lo habían hecho, de una forma u otra. Me fijé en el enorme anillo de oro que Claudio lucía en el dedo corazón de la mano derecha. Eran una C y una D mezcladas, aunque costaba verlas. No argumenté nada porque su situación era peor, y yo llegaba como buen colega a contarle mis mierdas. Decidí cortar por lo sano la conversación:

—No hay que ser un lumbrera para saberlo. De todas maneras, es igual. Vámonos.

Hice el amago de levantarme, pero me sujetó del brazo y me sentó de nuevo.

—No, pero quiero que me lo digas —cizañó el hermano mayor, sin apartar sus ojos de mí.

—Cuidado, que ahí va Cupido a tirarte una flecha. A ver si te vas a confundir y vas a enamorarlo —se jactó Alessandro.

Claudio movió la mano con brusquedad, le empujó el vaso y se lo tiró encima del kimono. Alessandro abrió los ojos como platos, y antes de que pudiese renegar lo amenazó:

—En la siguiente, van dos dientes fuera. —Se los señaló con la mano.

El Sabello mojado puso mala cara y cerró el pico. Fue inteligente, porque yo sabía desde la primera advertencia que lo de la dentadura postiza no era coña.

—Estoy enamorado de la japo —anuncié. Y, por extraño que pareciese, me sentí bien.

—¿Lo sabe? ¿Ella lo sabe?

—No.

—¿Sabes qué es lo que tienes que hacer? —me preguntó con tranquilidad.

—Claudio, Natsuki está luchando por su organización en Japón. No va a venirse a Grecia conmigo porque le diga que estoy enamorado de ella. Eso solo complicaría la situación, más de lo que ya está.

—¿Ella siente lo mismo? —quiso saber Alessandro, por una vez, con verdadera preocupación.

—No lo sé. Joder, no lo sé. —Seguí bebiendo—. En parte pienso que sí, pero por otro lado siento que no. Que lo único que hago es estar a su lado como un mentecato para solventar su curiosidad. Porque yo quiero, por supuesto.

—¿Se lo has preguntado?

Miré a Claudio como si le hubiesen salido cuernos.

—Sois los primeros en saber esto. ¡Claro que no se lo he dicho!

Alessandro se aclaró la garganta, llamando mi atención.

—Dices que la japo es la persona más sincera que te has encontrado en la vida. —Movió las manos como si fuera obvio cuál era el siguiente paso—. Habla con ella. Nos cargamos al Haiden y al Guatayo de los cojones y la chica es tuya.

Alessandro pareció sentirse orgulloso por el rompecabezas que él solo había resuelto. Me eché hacia atrás en mi asiento, me llevé el vidrio a la boca y me mantuve en silencio. Claudio me contemplaba atentamente. Pensé que no lo diría, que no demostraría sus sentimientos en público. Por lo menos, yo nunca lo había escuchado, y me chocó que lo hiciese sin tapujos:

—Cuando nos enamoramos, nos volvemos gilipollas, Arcadiy. Actuamos

de manera inadecuada la gran mayoría de veces.

—Sí, mira el ejemplo de Tiziano —murmuró con hastío Alessandro—. Casi mata a su bambina por capullo rencoroso.

No respondí a eso, porque la historia de esos había sido complicada y porque encima había sido el único que la había apoyado desde el principio. El único de la familia de ella, e incluso así no había actuado adecuadamente por dejarme llevar por Ryan y sus impulsos protectores. Al final lo había arreglado, obvio, pero para eso había tenido que cagarla a base de bien, concretamente llevándomela al país en el que nos encontrábamos. Qué irónica era la vida.

—Ojalá hubiese tenido la oportunidad de hablar con Dom antes de que desapareciese del hospital —declaró Claudio, con la vista perdida en el vaso. Se lo bebió de una tacada también.

—No abandonará a su familia —aseveré, sin querer producirle más daño del que ya cargaba.

—La familia es la que elegimos con el paso del tiempo, Arcadiy —me dijo Claudio—. Y tu familia siempre estará para apoyarte, tomes la decisión que tomes.

—No dejará su país ni su organización. —Me puse zoquete—. ¡Es absurdo!

—Si Dom me llamase para decirme que me fuese a Islandia con él, lo haría. ¿Vale más vivir en Grecia sin ella que en Japón a su lado? Plantéalo así.

Alessandro sacó su teléfono, creyendo que nadie lo había visto, y le preguntó a su hermano:

—¿Puedes repetir que Dom es el amor de tu vida y que lo amas con todo tu corazón?

—Yo no he dicho eso. No tergiverses las cosas, Alessandro. —Se enfadó.

—Tengo que mandar una nota de voz al grupo de casa para que todos oigan la confesión de primera mano —se jactó el otro, y sonreí.

—En la siguiente, te pego, Alessandro, por mi madre que te pego.

—Deja a la *mama* tranquila —lo amenazó con tono italiano, muy al estilo Valentino, su otro hermano. Movió una mano para pasar de Claudio y me miró—. Principito, a mí Japón me mola. Me vendré laaargas temporadas contigo para ser tu compañero de borracheras. Además, he visto a varias que me han hecho ojitos, y aquí, con el kimono y a lo japonés cerrado, soy el rey de las nenas.

Una risotada me sobrevino y Claudio negó con la cabeza, pero también se dejó arrastrar por esa espontaneidad.

—Hablando de todo un poco... Vamos, que quiero enseñarte una cosa.

Claudio se levantó, soltó unos yenes[12] sobre la mesa y se dispuso a salir de la taberna. No me pasó desapercibida la atención que llamábamos caminando por la zona, hasta que el hermano mayor de los Sabello se detuvo en el antiguo hospedaje, Waki Honjin, que había visto antes. Lo observé con extrañeza.

—Lee. —Señaló con un dedo el panel grande, situado en una de las paredes.

En esa gran pancarta se hablaba sobre el arte marcial de los samuráis, llamado *kendo*. Se decía que el sable *kendo* nació de la divinidad y que por eso era uno de los tres símbolos sagrados de Japón. No me asombró ver con mis propios ojos que los samuráis habían nacido para servir, de ahí su nombre, ni que siempre fuesen acompañados de sus espadas. Me enorgullecí tontamente al apreciar ese detalle, pues el recuerdo de Natsuki y su catana me llegó de inmediato a la mente.

—Dicen que una catana solo puede usarla su dueño porque lleva el alma de él. Tampoco puedes insultarla porque se considera una falta de respeto. Es muy interesante la cultura samurái. Y, sinceramente, lo que más me ha gustado ha sido esto.

Señaló con un par de golpes otra parte del gran cartel, aunque leí antes otra zona y en orden. Se hablaba del *bushido*: el código por el que se regían los samuráis, idéntico a la religión en la que creía la japonesa y su familia.

«Honradez, justicia, valentía, compasión, cortesía, sinceridad y lealtad. Llevas el código del sintoísmo en la sangre. Los dioses kami estarían orgullosos de tenerte en sus filas». Las profundas palabras de Natsuki se reprodujeron en mi cabeza. ¿Serían señales del destino?

Me fijé en su educación antes de llegar a la parte que me había indicado Claudio. Los dos estaban muy callados, y eso me escamaba. Cuando nacía un niño en un hogar con esas enseñanzas, se les daba una espada en forma de colgante que llevaban casi siempre en el cinturón, evidenciando que pertenecían a una casa de guerreros samuráis. A los cinco años se les cortaba el cabello, y a los siete recibían su primer pantalón *hakama*.

—¿Por qué todas las mujeres tienen que mirarte más a ti? —le preguntó Alessandro a su hermano.

—Sinceramente, me sudan los cojones, *bambini*. Te recuerdo que me gustan los hombres.

—Me pones como una bestia parda cuando hablas con ese vozarrón. Si no fueses mi hermano... —Una colleja cayó sobre el morrillo de Alessandro y a

mí me desviaron la atención—. ¿Puedes repetir eso de que te gustan los hombres a viva voz?

—¿Para qué quieres que lo repita? —le pregunté.

—Porque tengo que grabarlo y mandarlo en la nota de voz —me respondió como si no fuese evidente, móvil en mano.

—Verás, Alessandro, verás la hostia que te comes hoy. —Claudio puso un gesto hosco, sujetó mi mentón y lo giró hacia el sitio indicado.

Oímos al otro de fondo:

—Qué hijos más guapos tendrías, cabrón. Con que tuviesen el noventa por ciento de ti y el diez de Dom...

Una carcajada me arrastró cuando Claudio le dio una patada que casi provocó que se cayese de espaldas. El otro se quejó, pero escucharlos me daba vida, porque comenzaba a tener mal cuerpo gracias al alcohol y al cansancio mental. Me quedé sin habla cuando advertí la cara conocida del panel.

—Ahora sí que está prestando atención —susurró Claudio, como si no lo hubiese escuchado.

«La leyenda del *miko* más amado del Valle de Kiso: Eiji Tanaka».

—Es... Es... —Señalé la pancarta. Los Sabello asintieron.

Había una foto muy similar al padre de Natsuki. Más joven, pero sin duda era él. Aparecía sentado en una postura de meditación, con los ojos abiertos, claramente visibles: uno negro y otro blanco. Las facciones de su rostro estaban definidas, al igual que la impresionante figura que habían perfilado.

Me quedé estancado, sin poder apartar la mirada de aquel hombre que parecía leerte el alma desde ese dibujo. En ese tablón se hablaba de los años que había servido a todos los pueblos, de que había sido llamado por grandes gobernantes de Japón, por altos cargos que lo habían reclamado para saber de sus visiones. Había visitado muchos países, entre ellos, mi querida Grecia. Repartió consejos y ayuda a cualquier persona que los solicitó, siempre sin olvidarse de su verdadera familia, a la cual adoraba y amaba hasta niveles extremos. «Eso no hace falta que lo jure». Se había dejado la vida en combates, siempre siguiendo su código de honor marcado por el sintoísmo y la fe ciega en su lucha samurái.

Con el paso de los años, su andadura se había perdido, pues aquella tabla contaba que nadie lo había vuelto a ver desde hacía diez años. La gente lo respetaba, lo aclamaba, le tenía miedo, y ahí entendí el motivo. No solo se hablaba de sus habilidades con las premoniciones, sino que también se especificaba que siendo tan sabio era capaz de lanzarte maldiciones que arruinaban o florecían tu vida.

—Por eso Iwao le tiene tanto respeto... —murmuré ojiplático.

—Unos pueden decir que son historias para no dormir, pero... —se pronunció Claudio— a nosotros nos sirve para cargarnos a esa escoria. ¿Tú qué dices? ¿Podrás hablar con él y trazar un plan digno de creencias?

—Todo eso en el caso de que fracasemos con nuestros encantos. —Alessandro sonrió.

—¿Queréis que le diga que monte un circo? —inquirí con estupefacción.

—Queremos tener un plan B. La fiesta en Tokio es pasado mañana. Angelo ha conseguido enterarse de la confirmación. Por lo que se ve, no suelen dar la hora exacta ni el día hasta horas antes.

—De ahí la privacidad y lo que tiene que ser aquello —aseguró Alessandro—. Deberíamos tomarnos dos botellas más y trazar el plan para entrar allí. No va a ser fácil.

Asentí con pesar y con la cabeza abarrotada de tanta historia, de tantos descubrimientos y de no saber qué iba a hacer con todo en general.

Antes de abandonar el sitio, un hombre mayor con el famoso *kasa* sobre la cabeza me habló como si fuese un secreto:

—Se dice que el legendario *miko* del valle vive en las montañas, aunque nadie ha podido verificarlo nunca.

Cabeceé en señal afirmativa, perplejo por lo que había descubierto. «Legendario». Era increíble.

Los habitantes de allí llevaban diez años sin verlo. Pues mejor así, porque a mí me tenía hasta los cojones.

22

Dos caminos

Natsuki Tanaka

Era la hora de comer y mi padre me observaba desde su posición, sentado y sin probar bocado de lo que Azumi le había puesto en la mesita baja. Yo continuaba peleando contra el viento, en técnicas del taichí o incluso en las artes marciales, dependiendo de por dónde me diese el arrebato.

Estaba enfadadísima. Cuando Arcadiy se marchó, me fui directa a la habitación de mi madre y me quedé con ella durante más de dos horas, tiempo en el que el médico de la familia acudió, enviado por Haiden. Puse mala cara cuando mi padre entró en el dormitorio. Me aniquiló con una mirada severa y le correspondí con una rebeldía que no había mostrado nunca.

Con el palo hecho de bambú, giré sobre mí misma y aticé el viento, contemplando de soslayo cómo los ojos de mi progenitor no se apartaban de mí. Sabía el minuto exacto en el que me llamaría; había estado buscándolo en mi mente y le quedaban los cinco segundos que tardaría en realizar dos *katas*13.

Mi cuenta atrás empezó mentalmente en cinco, cuatro, tres, dos, uno...

—Natsuki, siéntate a comer —me ordenó desde la distancia, aunque lo escuché a la perfección.

—No me apetece.

Se hizo un silencio muy largo. Continué con mis golpes, absorbiendo la energía del aire, reteniendo la respiración y expulsándola cuando lo atizaba con severidad.

—He dicho que te sientes. No pienso repetirlo. ¿Acaso el griego te ha enseñado modales nuevos como la desobediencia?

Detuve la caña de inmediato y lo miré con mala cara. Estaba sonriendo

porque había llamado mi atención. La dejé a un lado, cerca del *sakura* de mi izquierda. Bastante tenía con ser insolente con mi padre como para maltratar a la naturaleza también, aunque lo que más me habría apetecido fuese tirarla con fuerza a la otra punta. Iba a ir al *yomi-no-kuni* de cabeza y sin perdón de los dioses.

Me senté delante de él y me crucé de brazos, en postura de desacuerdo. Mi padre tenía una vara de bambú en la mano; no dudó en golpearme con ella.

—¡Ah! —me quejé, y aguanté fulminarlo con los ojos.

—Y ¡oh! Quita esa apostura arrogante de mi cara, Natsuki-chan, o te daré una tunda desde aquí que la recordarás toda tu vida.

Contuve la sonrisa porque sabía que no sería capaz. Él nunca me había puesto una mano encima, ni mi madre tampoco, pese a las duras enseñanzas samuráis. Retomé mi enfado, aunque intenté apaciguarlo:

—¿Qué hacen treinta hombres protegiendo la casa? Empieza a hablar o la impertinencia será peor.

Se había afanado en servir dos tés, pero dejó la tetera a mitad de camino y elevó los ojos en mi dirección antes de verter el líquido. En el centro de la mesa baja ya había varias bandejas con numerosos alimentos.

—*Itadakimas* —pronunció con un breve asentimiento de cabeza.

Lo repetí, porque una cosa era estar enfadada con él y otra muy distinta no agradecer antes de comer. En ese agradecimiento englobábamos todo: los agricultores, los trabajadores, los animales... Era como bendecir la mesa en otros países.

—¿Y bien? —insistí.

—¿Es una amenaza? —inquirió con seriedad, sin embargo, su tono camuflaba una jocosa sorna.

—A mí jamás se me ocurriría mentirte.

—No me has dicho cuáles eran tus sentimientos por el hombre que te ha besado en mi cara. Sabiendo que estás casada —repuso con retintín.

Había tenido miedo por lo que mi padre pudiese pensar, por ser la deshonra de la familia, aunque él nunca lo admitiese. No obstante, sabía leer entre líneas. Sabía leerlo a él. Arcadiy le caía bien, al igual que también tenía muy claro cuál era el designio que me esperaba pese a no habérmelo dicho con claridad.

—Mis sentimientos los he descubierto recientemente. Y permíteme que tenga una objeción respecto a eso, *chichiue*.

Había suavizado mi tono en exceso; actitud que me había conferido la sabiduría de siempre para hablar con calma. Eso le gustó, porque soltó la tetera, extendió la mano y dijo:

—Adelante. Te escucho.

—Arcadiy te gusta. Por eso no ves una ofensa en un gesto como ese. Si no, sabiendo lo que ocurriría el primer día que llegamos aquí, nos habrías impedido entrar en el hogar. —Me sentí victoriosa porque vi en el reflejo de sus ojos que era cierto.

—Cuando vemos el futuro, siempre hay varios caminos, hija mía. En tu caso, hay dos.

—¿Dos caminos? ¿Te refieres a dos futuros diferentes?

Asintió.

Me llevé las rodillas al pecho, indicándole que podía proseguir con lo que quisiera que tuviera que decirme:

—Está bien, creo que ha llegado la hora de contarte algunas partes que desconoces y, por una vez en la vida, decirte qué he visto. Pero antes permíteme que te cuente una historia.

Eiji Tanaka jamás me había hablado de sus premoniciones, aunque se hubiesen cumplido todas y por muy duras que hubiesen sido. Siempre argumentaba que el destino era incierto, que podíamos manejarlo a nuestro antojo, dependiendo de las decisiones que tomásemos, y que, pese a que había situaciones que ya estaban escritas desde tiempos inmemoriales, todo era un conjunto que el ser humano terminaba manejando a su libre albedrío.

—Te escucho —lo imité, como me había dicho él segundos antes.

Sonrió.

—Cuando el miserable de tu tío Ayari nos amargó la vida, tu tía Hana no lo soportó y los abandonó.

Me quedé con los ojos muy abiertos por la nueva información, lo que ocasionó que le preguntase sobrecogida:

—La tía Hana... ¿No murió?

—No. Hana Keitaro desapareció cuando tú tenías quince años. El día de tu ceremonia *gembuku*.

Recordé la fecha. La de mi ascensión como samurái. Era una de las más importantes para los hombres, pero yo no era un hombre. Era una mujer a la que su padre había adiestrado como creía conveniente, para el mundo al que iba a enfrentarse y con los valores que él creyó necesarios. Rememoré el corte de pelo y cómo recibí mi primera espada: mi primera catana, la misma que me había acompañado durante todo ese tiempo y a la cual le puse el nombre de Hiroko Megumi, que significaba generosa o justa bendición. Mi intención siempre había sido impartir la justicia entre nuestros clanes, con nuestras organizaciones, y pensaba conseguirlo.

—La recuerdo... —musité, lejos de allí.

—Tu tía Hana vino a verme días antes de la ceremonia. Yo había tenido una premonición inquietante hacía tiempo, pero ya sabes que nuestras visiones a veces no son inmediatas, sino que pueden pasar años antes de que se cumplan.

»Ella no quería esa familia. No estaba de acuerdo con casar a dos personas de la misma sangre por el egocentrismo de un hombre que no la quiso nunca, que únicamente le implantó dos hijos que se convertirían en monstruos cuando creciesen.

—E imagino que tú tuviste que ver algo en su decisión.

Mostró una mueca satisfactoria. Le dio un sorbo a su té y continuó con el relato:

—Los dos caminos, hija mía. Siempre decidimos nuestros caminos, los que podemos.

—Pero tú dijiste que no hacías predicciones de la familia —objeté.

Su cabeceo afirmativo me desconcertó. ¿Qué veía en sus ojos más allá que una declaración de sucesos? No podía ser...

—Estaba desesperada y lo hice. Si Hana no se hubiese marchado, Ayari la habría matado en una semana desde que se lo anuncié. Los dos supimos que criaría a monstruos desalmados como hijos, y para eso no era necesario ser un *miko*. Ese hombre quiso a tu madre por encima de todo. Estaba loco.

—Y tú quisiste a Hana por encima de todo —vaticiné, repitiendo alguna de sus palabras—. ¿Me equivoco?

Tragó el nudo de unas emociones que no quiso mostrar. Miró hacia la derecha, como si quisiese alcanzar a mi madre desde su postura. Azumi se había marchado unas horas antes y eso nos concedía una privacidad.

—Nos conocimos cuando aún estudiábamos. Fue algo instantáneo, mágico. Algo que no había visto venir hasta pasados unos meses —murmuró, perdido en los recuerdos.

—¿Y por qué te casaste con mi *kaachan*? —le pregunté atónita.

Su rostro se giró hasta que me observó de frente. Sus labios estaban tensos, y cuando los abrió, creí que no era posible que fuese cierto lo que me reveló:

—Porque en nuestro tiempo, e incluso todavía, estaba prohibida una historia de amor como la nuestra, Natsuki. —«Y yo que había pensado que podría ser la deshonra de mi familia». Fruncí el ceño, sin comprender qué estaba diciéndome. Hana no era de la familia hasta que se casó con mi tío Ayari—. Tu madre y Hana mantenían una relación desde hacía meses. Una relación en la que entré yo sin darme cuenta.

—No... entiendo... —balbuceé.

Ni siquiera me dio margen para pensar de qué me hablaba, aunque era

rápida.

—Durante muchos años, nuestra relación se llevó en secreto. No podíamos arriesgarnos a que nadie nos descubriese. Tras años de juventud y romance, fue muy doloroso tener que separarnos, tomar aquella decisión.

»Hana se marchó sin hacer ruido, nos dejó a tu madre y a mí hundidos. Estábamos incompletos, la necesitábamos a ella. Y..., entonces —alzó la barbilla y se atrevió a mirarme—, un terrible día apareció de la mano de tu tío Ayari, quien nos anunció que se desposaban.

Me tambaleé hacia atrás. No podía creérmelo. No había escuchado historias de tres personas nunca. Claro que tampoco es que viviera en otro mundo; es que mi vida se había regido por aprender de otra manera y olvidar que el amor, el sexo o la juventud eran otras formas de vivir aparte de las artes marciales, estudios de nuestra historia y supervivencia. Por desgracia, a mí me había tocado vivir lo último y no había tenido oportunidad de aprender lo más importante de la vida.

—¿Estabais enamorados los tres? —le pregunté perpleja.

—Sí. Los tres éramos el tándem perfecto. —Hizo una pausa larga mientras trataba de digerir sus palabras—. Puede que te parezca confuso por la educación que has recibido, sin embargo, debo decirte que hay personas que no han nacido para amar a una sola.

»Estoy muy arrepentido de haberte enclaustrado tanto en mis enseñanzas, de no haberte dejado vivir, explorar el mundo sin ser la sucesora de un clan que nos ha destruido la vida —parecía verdaderamente afectado—, de haber permitido que te casases con ese malnacido en vez de haberle arrancado la cabeza con mis propias manos al general de la Yacuza o a quien se hubiese puesto por delante. Yo... —Sollozó—. Perdóname, hija mía, perdona todo el daño que te he hecho.

La garganta se me cerró al verlo tan deprimido, derrumbado. No lo reconocí, pero entendí que en ocasiones camuflábamos nuestros sentimientos de una manera desafortunada.

Tragué saliva antes de ser capaz de pronunciarme:

—¿Estás diciéndome que sabes todo lo que he pasado con Haiden? —Los ojos se me llenaron de lágrimas. Mi padre no fue capaz de mirarme a la cara y me vi en la obligación de llamarlo cuando desvió su rostro furibundo hacia la derecha—: *Chichiue*...

Aún continuaba impactada por los descubrimientos de mi tía Hana y de mis padres. ¿Cómo sería llevar una relación de tres personas? ¿Se habrían querido tantísimo como demostraban los ojos de mi progenitor? No albergaba ninguna duda, aunque siguiese pareciéndome lo más extraño y aquello me

hubiese dejado fuera de lugar. Tenía dudas, tenía muchas, y no sabía si era el momento adecuado para preguntarlas a trompicones.

—Él se ha encargado de hacérmelo saber siempre que ha querido dañarme —murmuró, sin mirarme.

No me hizo falta preguntarle para entender tantas otras cosas, como el motivo por el cual, desde que me marché, se había hecho el inválido, el hombre inservible. Era todo un papel para que Haiden no sospechase de otras circunstancias como las que acabábamos de vivir. Como de que tenía un pequeño ejército que sí lo custodiaba.

Era la primera vez en mi vida que veía a mi padre tan abatido. No pregunté qué le había enseñado mi dichoso marido, pues sus puños apretados fue razón suficiente para indicarme que no había sido nada agradable. ¿Cómo se podía ser tan miserable, siendo consciente del sufrimiento que ya de por sí vivía?

—Acabas de mostrarle que tienes un as bajo la manga —musité con pesar. Sus ojos me buscaron—. No sabían que tenías a estos hombres a tu cargo.

Cabeceó de manera afirmativa, con pesadumbre. Elevó una mano en el aire. Ese gesto me bastó para atisbar que un hombre se ocultaba entre las sombras de la casa y desaparecía tras la esquina, aguardando el momento en el que mi padre le dijese que debía mostrarse.

—Hija, sé que tienes muchas dudas y ojalá pudiese resolverlas todas hoy, pero el tiempo apremia. Se agota.

—*Chichiue...*

Elevó la mano de nuevo y me detuve, aunque no lo había interrumpido, ya que había hecho una pausa muy larga.

—Tienes dos caminos en tu vida, Natsuki-chan. Yo elegí el mío mal y no quiero que cometas el mismo error. —Lo observé con más atención, como si quisiese adelantarme a lo que dirían sus labios—. La vida te ha tratado bien mientras tuvimos armonía, pero al cumplir los catorce años una maldición cayó sobre ti. Esa maldición es una peste que lo pudre todo a su paso, un virus que hay que exterminar. Un monstruo creado de otro monstruo que gracias al hombre que te acompaña ahora ya no existe. —Esa apreciación de Arcadiy me llenó el pecho de gozo. Lo dejé continuar, pues su tono se había endurecido y sus ojos se expresaban con una determinación apabullante.

»Mis dos caminos eran: aceptar a tu madre, Kaori, y vivir con la pena de habernos separado de Hana por su absurda decisión, o luchar por ella contra el mundo, nuestra religión y nuestras estúpidas normas. —Negó con pesar—. Decidí mal, al igual que ella también lo hizo cuando se acercó al miserable de tu tío Ayari, creyendo que así estaría más cerca de nosotros.

Ahí descubrí una nueva parte de por qué mi tía se había acercado a mi tío.

Lo que no me esperaba fue lo que salió a continuación de su boca:

—Tu hermana, Sakura... —sus ojos brillaron—, fue concebida por Hana, cuando ya estaba casada con Ayari.

Casi me desmayé. El corazón me brincó con mucha fuerza por otro dato desconocido y que jamás hubiese imaginado. ¿Tantas sorpresas guardaba mi familia? El pecho me retumbó con una fuerza indescriptible.

—¿Qué...? —No supe ni cómo terminar la pregunta.

—Fue un gesto desafortunado. —Parecía enfadado—. Sin embargo, esa noche, los tres nos dejamos llevar por la pasión y cometimos el peor delito que puede cometerse en un matrimonio: la infidelidad.

»No fue hasta que Hana dio a luz cuando tu tío Ayari se enteró de la verdad. Como bien sabes, Haiden fue el primer varón de los Keitaro, después nació Iwao, Sakura y, por último, tú.

—¿Sakura no era mi hermana? —cuestioné ojiplática.

—Sakura siempre fue tu hermana, porque ella nació del amor que nos profesábamos los tres, y si Hana no hubiese tomado aquella decisión, habríamos sido una familia igual. —Hizo una pausa como si le costase continuar—. Cuando Ayari vio que la niña se parecía en exceso a mí, lo descubrió. Casi mató a Hana. —Me quedé sin aliento, sin saber qué decirle—. Tras muchas súplicas, decidió perdonarla si sacaba a la niña de su hogar. Era una vergüenza. Imagínate qué habría dicho la gente de nosotros, cuando ya de por sí se especulaba que Ayari amaba a su hermana y que estaba obsesionado con ella.

Enlacé rápidamente las piezas del puzle que me faltaban antes de manifestar:

—Y ahí comenzó todo. No fue una batalla solo por el amor de Ayari hacia mi *kaachan*. Lo vuestro fue el detonante para que la guerra entre las dos familias estallase.

Me lo confirmó muy despacio, con breves y concisos movimientos de cabeza.

—Lo peor no sucedió el día que nos ordenaron que ambos hijos debían casarse, pues todavía hay algo que no sabes. —No pensé que el odio pudiese resurgir con tanta velocidad de mis entrañas al escucharlo decir—: El detonante de nuestra guerra no fue ese, Natsuki. Fue que Ayari ahogó a tu hermana en el río. No fue un accidente, como siempre has pensado.

Coloqué las manos en el césped y me apoyé sobre él, con la respiración agitada y las lágrimas contenidas a raya en mis rasgados ojos. Mi padre permitió que una sola se deslizase por su mejilla izquierda, la misma que limpió con agilidad. No me atreví a juzgarlo, no podía. Tampoco a expresar,

de nuevo, todo el interés que había resurgido en mí sobre esa relación, sobre cómo se amaron, sobre cómo la dejaron perderse en el tiempo.

Había descubierto tarde que el amor existía de verdad. Que no todos los hombres eran malos, sino que había algunos que verdaderamente apreciaban a la mujer, que la cuidaban y la admiraban, tal y como hacía el hombre que no había regresado.

En medio de aquel caos de confesiones, también empecé a preocuparme por que Arcadiy hubiese pensado que lo mejor era abandonar el barco y marcharse lejos de Japón, lejos del impertinente de mi padre, que parecía sacarlo de sus casillas a todas horas, y lejos de mí. Lo más importante: de mí.

—No debemos buscar venganza, Natsuki. El transcurso de la vida debe fluir como los dioses así lo deseen, y si ellos quieren que nos desquitemos por lo que ocurrió, así será —musitó como si estuviese muy lejos de allí. Su atención se centró en el interior del hogar, concretamente en su habitación—. Y tú debes decidir si ir contra el mundo o quedarte como estás.

La severidad con la que su mirada recayó sobre mí me encogió el pecho. Había compasión y fe, pero sobre todo sabiduría de lo que sucedería en breve.

—No sé si quiero saberlo, *chichiue*, ahora...

Mi voz fue interrumpida por el sonido de un cacharro que se encontraba sobre un mueble de la entrada. Allí había un teléfono: el de mi padre. Los dos miramos hacia esa dirección y su rostro se endureció. Inmediatamente supe de quién se trataba y no dudé en levantarme de mi asiento e ir.

—Natsuki-chan. —Me detuve al escucharlo llamarme de esa manera tan cariñosa y especial—. Eres la mejor guerrera, la mejor samurái que el mundo va a ver en milenios. —Hizo una pausa muy extensa—. Ahora tienes a un aliado poderoso, fuerte, arrogante y con ganas de luchar por tu vida. No permitas que te pisoteen. Olvídate de la organización Keitaro, de nuestro pasado, y busca tu futuro.

Alcé la barbilla con determinación, notando que unas gotas saladas bailaban sinuosas por mi piel, y sentencié:

—Me han enseñado a ser mujer. Y sé hacer muchas cosas a la vez.

No lo vi, pero supe que en sus labios había una enorme sonrisa de orgullo. Llegué al teléfono y descolgué sin miedo, aun sabiendo quién había al otro lado de la línea. No hablé.

—Mi hermosa y amada *sukoshi*... —Expulsó el humo de su cigarro sonoramente—. ¿Dónde estabas? ¿Por qué no te has puesto en contacto conmigo?

Se encontraba en Japón. No me cupo la menor duda.

—Lo perdí todo en Atenas, Haiden. —Casi olfateé la tensión al haberlo

llamado así. De hecho, noté el desconcierto que eso le provocó—. Sabes perfectamente dónde estoy.

—Sí. Eso es cierto. Como bien sabes, mi hermano Iwao se ha encargado de darme diversas noticias que desconocía, ya que tú no me las has contado. ¿Por qué has estado ocultándome información?

Su tono fue duro, pero no me amilanó. Ya no.

—No he hecho nada que no acordásemos en Reino Unido antes de partir de nuevo a Grecia. Te dije que lo traería a Jap...

—*Sukoshi*... —me interrumpió. Sonó a advertencia, a desesperación. No respondí, y entonces añadió—: Júrame por los dioses que no te ha tocado. Que ese malnacido no te ha puesto una mano encima. Que no ha probado tus labios... —Lo último llegó como el susurro de un obseso compulsivo.

Tragué saliva y estuve ligera a la hora de responder antes de que mi silencio evidenciase lo que había ocurrido, a pesar de que Iwao nos había visto y, por ende, se lo habría contado.

—No sé a qué te refier...

Volvió a cortarme, esa vez con un grito desesperado:

—¡¡¡Que me digas que no es verdad!!! ¡¡Que no has dejado que un extranjero te toque!! ¡¡Que todo lo que Iwao me ha contado es mentira —parecía salivar como un perro rabioso al otro lado de la línea—, o te juro por los dioses que iré a la casa de tus padres y os mataré a los dos!!

—¿Serviría de algo que te dijese que no es cierto? —cuestioné con la calma que me habían inculcado.

Miré a mi padre, que ya me prestaba suma atención. Cabeceó en señal afirmativa, alentándome mientras yo escuchaba la última orden de mi esposo al otro lado de la línea:

—Pasado mañana es la fiesta de la que tu amigo italiano ha conseguido entradas para que puedan pasar. Sabes que tú no necesitas acceder con esos extranjeros, así que no me dejes en evidencia. —No me descolocó que lo supiese; mucho había tardado. Tampoco me sorprendió el asco con el que se había referido a ellos—. Tráeme a ese hijo de puta griego y despídete de tu padre. Regresarás a Tokio después de la fiesta, y ya hablaremos de los motivos que te han llevado a no ponerte en contacto conmigo en cuanto has pisado Magome.

Pasé por alto sus amenazas porque no pensaba regresar a Tokio con él. Ya no. Tampoco retuve las palabras en la boca, complaciente:

—De acuerdo, Haiden. Allí nos veremos.

—Pequeña... —me llamó como si fuese un demente antes de que colgase. Esperé a que acabase su frase—: Soy tu *otto*. Tu *otto* —recalcó—. No vuelvas

a llamarme de otra manera.

Mi padre me observaba atento, como si pudiese escuchar la conversación. Con una audacia increíble, añadí:

—Adiós, Haiden Keitaro.

Y colgué.

Mi *chichiue* y yo nos miramos durante unos segundos que se hicieron eternos: él, con orgullo; yo, con miedo a lo que debía contarme. Porque, aparte de haberme dejado claro que Arcadiy era mi futuro —algo que yo ya había visto mucho tiempo atrás de manera difusa—, tenía el conocimiento de que encerraba una confesión más dolorosa y grande que había dejado para el final.

—La guerra se desatará el día que nos encontremos en Tokio —le aseguré—. Si estoy allí, no podré evitar que vengan aquí, *chichiue*.

Extendió una mano, invitándome a que me acercase. Lo hice con firmeza, y aquel hombre que había desaparecido en las sombras reapareció de nuevo con un breve saludo en forma de inclinación de cabeza. Iba vestido con un *iromuji* negro, al contrario de cómo había visto al resto de los hombres, y una cinta del mismo color, en vez de roja o blanca, como solían llevarla en la cabeza, como símbolo de su esfuerzo y constancia. Me fijé en dos garras que asomaban en el inicio de sus hombros.

—Te presento a Chiyo Bushida, el *shogun* del nuevo regimiento de la organización Tanaka.

Que lo anunciase como el nuevo comandante jefe de una organización reciente me dejó fuera de combate, aunque no lo demostré. En otro momento, quizá más tarde, podría preguntarle cuáles eran los fines de Tanaka y qué pasaría con Keitaro-Tanaka, tal y como habíamos pensado desde el principio. Me impactó que el hombre de tez blanquecina, delgaducho y de ojos oscuros tuviese un apellido tan majestuoso y honorable como lo era ese, pues procedía directamente de nuestros antiguos samuráis.

Ambos nos saludamos con una cordial inclinación de cabeza, en la distancia.

—Natsuki-san.

Tras esas palabras que no esperaba, el hombre sacó la catana que llevaba anudada en la cintura de su kimono y se postró con una rodilla en el suelo y las manos apoyadas en la empuñadura del arma. Agachó levemente el rostro y mi padre habló:

—A partir de este momento eres la líder de los Tanaka. Tú decidirás qué hará nuestra organización, a quién servirá y con qué fines vivirá. Nada relacionado con los Keitaro ensuciará nuestro nombre, es lo único que te pido.

—Se llevó una mano al pecho. Entonces borré de mi cabeza a los Keitaro-Tanaka, aun sabiendo que el apellido de mi madre se perdería—. Natsuki, mañana partirás al alba en busca del último maestro *shogun* de nuestro tiempo, pero aquí te esperará un pequeño ejército que morirá por ti y luchará bajo el nombre de nuestros dioses kami y nuestro gran tigre blanco, Byakko. Por tu honor.

Eso era... Eso era lo que había estado haciendo durante tanto tiempo: reclutando a hombres hasta conseguir a una de las personas más letales que fuesen capaces de enfrentarse a los Keitaro, aun sabiendo las consecuencias que eso podría desatar. Lo observé con un orgullo desmedido.

—Chiyo, ¿podrías mandarle la información que tenemos de Goro Yoshida a Alessandro? —El hombre asintió—. Perfecto, te daré su contacto en unos minutos. Gracias.

Asintió con respeto y desapareció. Mi rostro cambió al ver que mi padre se colocaba en la silla de ruedas y entraba en el salón principal. Me acerqué para estar más cerca de él, viendo que sus ojos se habían apagado. Tragó saliva de manera visible antes de pedirme con tono grave:

—Cuando vayas a Tokio, Haiden intentará llevarte a rastras con él. No lo permitas —sentenció—. Ni una sola vez más, Natsuki.

Entendí por sus gestos lo dolido que estaba con aquel asunto, por todo lo que había guardado durante tanto tiempo y por todo lo que habría tenido que sufrir con aquel desgraciado que había provocado su sufrimiento. Además de eso, ya había tenido la certeza de que alguien nos vigilaba en la distancia, y aunque mi primer pensamiento fue para el hermano de Haiden, no había podido confirmarlo hasta esa mañana. Recordé su gesto respetuoso hacia mi padre. Un gesto que comprendí tratándose del *miko* del Valle de Kiso.

—Intuyo que Iwao te respeta por alguna predicción que no le ha gustado.

Ensanchó los labios al verme tan rápida.

—A ese chico van a partirle el cuello antes de lo esperado. Antes tendría que haber ocurrido —rumió, y obvió el tema de por qué le tenía tanto respeto —. Natsuki... Haiden no tendrá la misma deferencia por nuestra casa. Lo destrozará todo a su paso cuando ponga un pie aquí, y ya sabes lo que sucederá.

Me acerqué a él con urgencia, me acuclillé y sujeté una de sus fuertes manos entre las mías.

—No permitiré que os ocurra nada —le dije con convencimiento.

Palmeó mi mano con mimo, me miró durante largos segundos y musitó:

—Tu madre ya está muerta, Natsuki. Ella vive en otro plano distinto al nuestro desde hace mucho y lo sabes. Su corazón bombea únicamente por una

máquina enchufada a la pared. —Me solté de él como si quemase—. Siempre has estado luchando por tu familia, nunca has mirado por ti, y eso debe cambiar.

—No...

Se movió con agitación, descontento por mi reacción.

—El día que te marches a la fiesta, yo mismo la desconectaré. Quise esperar a que regresases para hablar contigo, para pedirte que me entendieses. Para que comprendas que no soporto seguir viéndola inerte en esa cama. —Tardó unos segundos antes de continuar—: Es hora de que te salves tú.

Ya había tomado la decisión. Sin embargo, yo seguía negando con la cabeza, dando pasos atrás como si no quisiese creer que todo por lo que había luchado se destrozase como una torre de naipes. Los ojos se me llenaron de lágrimas de manera inmediata al saber que me hablaba de acabar con la poca vida que le quedaba a mi madre, y con la suya.

—Tú no puedes morir también... —musité con mucho dolor, adivinando sus intenciones.

—Yo ya estoy muerto, Natsuki-chan.

Aquel sufijo no menguó el pesar que sentí.

—Me quedaré sola —agonicé, con un nudo en la garganta que no me dejó respirar.

Él negó con la cabeza, se subió en la silla de ruedas y me indicó que entrásemos.

—No. No lo harás. Ven.

No fue una petición, pues tiró de mi mano con la suya libre, que no empujaba la silla de ruedas, y nos condujo a su dormitorio en silencio, donde ella dormía desde hacía tres años.

—*Chichiue*... —musité, derramando las lágrimas que me impedían ver con claridad el cuerpo de mi madre.

Era una tortura, por mucho que nos doliese, por mucho que no quisiese decirlo en voz alta, porque hacerlo era más angustioso.

—Voy a contarte algunas leyendas del hilo rojo del destino mientras le trenzas el pelo a tu madre. ¿Te apetece?

Lo observé conmovida. Me sorbí la nariz y asentí, rememorando algunos momentos en los que no hacíamos nada excepto hablar, allí, con ella en una habitación en la que no escucharíamos su voz aunque sí le haríamos compañía.

Deslicé la mano por la sábana, subiendo después por su cuerpo hasta llegar al final. Me coloqué detrás de ella y respiré muchas veces antes de ser valiente para observar al hombre que me esperaba, con los brazos apoyados en el

colchón y una de sus manos cogiendo la de mi *kaachan*.

—Lo viste —afirmé, separando los mechones de su larga melena.

Tardó solo unos instantes antes de corregirme:

—Os lo vi.

23

Establezcamos la paz

Arcadiy Bravo

Sake, vodka y *whiskey*.

Esas bebidas las cargaba el demonio si las mezclabas. Más que el arma que tenía en la cinturilla del pantalón.

No sabía qué hora era, pero de lo que sí me percaté fue de que era de noche, que el cielo estaba muy despejado y con muchas estrellas y de que había agarrado una cogorza como hacía tiempo que no.

Me quedé estático en la entrada del enorme jardín repleto de *sakuras*. Había accedido por la parte trasera porque me encantaba ver aquel espectáculo lleno de vida, incluso de noche. De repente, ese tic nervioso que mis dedos experimentaban en forma de ansiedad repiqueteó en dirección a mi brazo derecho. Noté que el corazón me latía con más fuerza de la común y me encontré mirando a la nada, sin saber si entrar o salir corriendo de allí.

¿Por qué reaccionaba así? Siempre había tenido claro que estar enamorado no era nada grave; al contrario, tal vez podría ser lo más bonito que te sucediese en la vida o, en algunos casos, lo más terrible. Entreabrí los labios con urgencia por recabar un aire que no entraba en mis pulmones.

—Ahora voy necesitando tus consejos, Riley... —murmuré como un tarado.

El viento se agitó sin razón y un aire gélido me caló la espina dorsal. Pensé que eran imaginaciones mías, que no era cierto que el vello de la nuca estaba erizándoseme, pero no. Ocurría. Ocurría de verdad. Algo me empujó a dar un paso y fruncí el ceño.

Como si de una aparición se tratase, al elevar el mentón me encontré con un hombre de cabello negro y dos ojos de distinto color, mirándome desde el

final del enorme recorrido.

—Venga ya —me quejé, como si de verdad me creyese que Riley estaba allí, impulsándome al encuentro con Eiji, quien me contemplaba con los labios convertidos en una fina línea.

El aire se había detenido. Había sido momentáneo, sin embargo, algo pareció empujarme de nuevo. Miré hacia atrás y, entonces, al regresar la atención al señor Tanaka, estaba observándome con media sonrisa. ¿Por qué sonreía?

Adelanté el paso para que no viese que dudaba a la hora de acercarme o que pudiera pensar que le tenía miedo. Traté por todos los medios de que no se me notase que iba tocado del ala y que encima la ansiedad había hecho aparición, ahora por algo completamente distinto a la muerte de Riley. A ver cómo le explicaba yo a ese señor de ojos acusatorios que estaba enamorado de su hija.

«La vida», pensé.

—Un poco *cansino*... —lo escuché murmurar, y tras una efímera pausa, concluyó—: Sí, me lo parece.

Me asombré, porque no hablaba conmigo, sino que miraba a mi espalda.

Y solo existía, o había existido, una persona que había usado esas palabras más que nadie. Un escalofrío me recorrió de nuevo.

—¿Me ha dicho algo? —le pregunté con confusión.

La atención de Eiji era íntegra.

—A ti no. —Aquello me sobrecogió y sentí la ansiedad con más fuerza. Escondí la mano para que no lo viese. Tarde—. Empezamos bien si me dices que vas a venir a comer y no llegas ni para cenar. Lo tienes para desayunar. —Apuntilló esto último tras otra breve pausa.

—Me parece correcto, señor Tanaka. Yo habría hecho lo mismo.

Carraspeé, elevé las cejas y me dispuse a dar un paso para entrar en la casa. Era tarde, aunque eso no impediría que buscase a Natsuki. Sin embargo, su padre estaba por tocarme los huevos. Una enorme caña de bambú se interpuso entre la rampa y mis piernas. Las atizó una vez, pero lo hizo con ganas. Lo miré muy mal.

—Siéntate.

Con un movimiento seco de cabeza me indicó el suelo del exterior. No hacía un frío excesivo, aunque tampoco tiempo para quedarse a la intemperie. Aguanté todo el aire en los pulmones. Ese que no me había llegado adecuadamente hacía unos minutos, ahora parecía haberse congregado allí para asfixiarme por sobredosis.

—Aquí, al fresco. Para coger una pulmonía —renegué, pero ya andaba

hasta donde me había indicado.

Me senté en el suelo como un indio y ese señor que tan mal me caía me sorprendió. Apoyó el bambú con una mano en el tatami de la entrada, se sujetó con otra que mostraba más fuerza de la que pensaba y saltó de la silla hasta que se sentó en el suelo. Estupefacto me quedé.

—No hacen falta dos piernas para todo, Arcadiy —añadió, pues no le pasó desapercibida mi perplejidad.

—Ya veo, señor Tanaka.

Bufó exasperado. Con una tensión palpable, en silencio y con el único sonido de fondo de algún desalmado que se atrevía a sobrevolar nuestra cabeza, el señor Tanaka agarró la tetera y creí que me moría cuando ese pestazo a té recién hecho salió en forma de vapor. Me entraron unas arcadas que apenas pude retener.

—¿No te gusta el té? —masculló con tonito.

Ya empezábamos.

—Pues no. —Soné tajante—. Eso son hierbas con veneno, seguro. Solo hay que olerlo.

Esbozó una pequeña sonrisa y de su garganta, sorprendentemente, salió una especie de gruñido risueño. Increíble.

—Dale un sorbo y después me lo cuentas.

—Ni muerto —repuse muy rápido.

Elevó una ceja, la del ojo blanco.

—Nunca digas de esta agua no beberé.

—De esta agua no beberé —recité, echándole un pulso.

Estiró las comisuras de los labios, dejó la tetera y alargó la mano hasta abrir una caja que había a su izquierda. «Oh, mierda». De allí sacó una botella de sake con dos vasos. Colocó los vasitos con fuerza delante de mis narices, sin quitarme los ojos de encima, y los rellenó sin mirar.

Tuve que silbar sin contención, porque de ser por mí lo habría derramado todo en el tatami.

—Impresionante —añadí con desagrado, y seguidamente me jacté—: No sabía que guardase bebidas alcohólicas también, señor Tanaka. Menuda caja de sorpresas está hecho.

—Y yo tampoco sabía que llegarías borracho a mi casa, y aquí estás. —Lo soltó con la tranquilidad digna de su hija.

—No estoy borracho. —Mentí, por supuesto; algo lo estaba.

—Y también tienes ansiedad. ¿Cuál es el motivo? —me preguntó con verdadero interés.

—No tengo ansiedad —le contesté con enfado. ¿Por qué me sacaba de mis

casillas?—. ¿Ahora quiere practicar como terapeuta?

—Te vendría bien meditar. Podrías decirle a mi hija que te enseñase.

—Yo no necesito meditar.

—Todos necesitamos meditar —sentenció.

Cerré los ojos para contener el resoplido que iba a despeinarle los dos pelos sueltos que perfilaban su rostro.

—Señor Tanaka, ¿hay algo que le perturbe y por eso me ha pedido con una amabilidad pasmosa que me siente? —ironicé, y me bebí el vaso de una tacada—. ¿O puedo irme a la cama, con su permiso?

—Has estado en Tsumago. ¿Qué te ha parecido?

Me ignoró. Y no había nada más malo en el mundo que te ignorasen cuando comenzabas a encolerizarte.

—Un pueblo muy bonito. —Se me encendió una bombilla—. No estará temiendo que les diga a los aldeanos que sé dónde vive el *miko* legendario, ¿verdad? Imagínese las colas para entrar en su casa —teatralicé.

Me desconcertó que no me siguiera la broma. También lo hizo su profunda mirada, que me dio la sensación de que traspasaba mi alma, de que la leía, pues la piel se me puso de gallina. No me gustó el camino que estaba tomando esa tensión y pensé en levantarme, pero me lo impidió con una sola pregunta:

—¿De verdad estás enamorado de mi hija? —«¿Cómo coño...?»—. Respóndeme, griego.

Apreté la mandíbula con mucha más fuerza de la permitida.

—¿Qué...? —Negué con la cabeza y sonreí con sarcasmo—. No. ¡Ah, no! No vamos a tener esta conversación. No, no, no y mil veces no. —Me levanté como impelido por un resorte—. Buenas noches, señor Tanaka.

Una mierda para mí. Extendió la vara y me dio otro cañazo en las rodillas. Ahora sí resoplé como un toro y regresé a mi asiento con cara de hastío, aunque el rostro me mudó a otro distinto cuando lo escuché decir:

—He hablado con ella y le he pedido que deje de vivir al amparo de ese tirano. Así ocurrirá y así de claro se lo ha dejado con una simple frase. —Me observó—. Haiden montará una guerra tras la fiesta de Tokio.

—¿Natsuki ha hablado con Haiden? —me interesé, y me maldecí a la vez por no haber estado allí antes.

No quería echarle la culpa a nadie, pero Alessandro había sido el que me había liado.

—Ha llamado a casa. —Elevó una mano para restarle importancia—. Necesito que me prestes suma atención a lo que voy a decirte, pues de ello depende vuestro legado.

—¿Qué legado y qué...?

—¡Calla, Arcadiy-san! —me solicitó con tono severo, interrumpiéndome.

Los nervios me recorrieron las venas al pensar que podría contarme algo de nuestro futuro. Porque eso era lo que había dicho, ¿no?

—Por lo que más quiera, no me hable de...

—Tuve que casar a la única hija que me quedaba, con diecisiete años, con ese miserable malnacido. —Se perdió en sus recuerdos y sellé la boca—. Si Haiden e Iwao hubiesen sido de otra forma, yo mismo habría criado a esos chiquillos, yo mismo habría sido su padre cuando mataste al demonio de Ayari. A fin de cuentas, llevan la sangre de una persona muy importante en mi vida.

Supuse que sería la madre de aquellos dos, que no sabía quién era ni por qué era tan especial para Eiji. No osé interrumpirlo, así que esperé paciente a que terminase esa pausa impuesta que se había marcado antes de proseguir. Haciéndose el interesante, vaya.

—A los catorce años ya teníamos el compromiso acordado, por lo que tomé medidas por si el desalmado de Haiden le hacía algo a mi hija antes de la boda.

Ahí dejé de pensar en bromas, pues no me gustó el último apunte. Me eché otro vaso de sake, casi sin mirar, antes de preguntarle:

—¿A qué se refiere con *algo*?

—Al matrimonio debían llegar vírgenes, como en muchas culturas. Sin embargo, sé cómo funcionan los Keitaro, y ambos han sacado los genes del padre. —Pensar en esa parte me enfurecía y él pareció notarlo—. Le suministré a Natsuki unas hierbas medicinales que preparaban las antiguas ancianas del lugar, y cuando el compromiso se consagró, ella regresó a mí para solicitarme otro brebaje, justo el día después de la noche de bodas.

Apreté los puños a ambos lados de mi cuerpo. Eso también lo vio.

—¿Qué brebaje? —recalqué mucho la pregunta.

—Me pidió que añadiese unas hierbas a los anticonceptivos para que poco a poco fuese quedándose estéril. Sus palabras fueron: «Si me quedo embarazada, me sacaré el niño con mis propias manos» —rememoró, como si la tuviese delante. No era para menos. El desasosiego no hizo más que crecer en mi pecho y sentí la ansiedad resurgiendo. Me tomé otro vaso de sake, tratando de apaciguar el pesar. No sabía qué contestar a eso ni por qué estaba contándomelo. Él continuó—: He modificado los botes por un preparado que limpiará su organismo de ese veneno, por llamarlo de alguna forma, pero necesito que le quites las pocas bolsas que deben quedarle en sus pertenencias.

—No trajo nada de Atenas. No creo que tenga ninguna. —Recordé que ella

me informó sobre sus anticonceptivos—. ¿Por qué no se lo dice directamente?

—Hazme caso, muchacho. Las tendrá guardadas donde menos te lo esperes. Sé a ciencia cierta que no las dejaría perdidas, por lo que pudiese ocurrir.

—No entiendo por qué me pide esto —verbalicé.

Me miró largo y tendido, como si quisiera que lo adivinase con un simple golpe de vista.

—Te lo digo porque si no deja de tomar estas hierbas, será imposible que tengáis la descendencia que marca vuestra alma.

—¡¿Qué mierda...?!

—Serán dos. —Nada, que no me dejaba ni terminar la pregunta. Ni siquiera me permitió la licencia de atascarme por el asombro—. Un niño y una niña —aclaró—. Date por contento, no suelo hablar de mis predicciones con nadie, así que eres un privilegiado. —No me dejó hablar, aunque yo permanecía atónito, boqueando como un pez fuera del agua—. Estoy seguro de que a partir de ahora no permitirás que Haiden la tome ni una sola...

¿Me había dicho que yo, *yo*, iba a ser padre? ¿Con Natsuki? ¿En algún momento de la vida? Tuve que interrumpirlo, pese a encontrarme ojiplático por lo que acababa de decirme:

—Por encima de mi cadáver —sentencié con rudeza a su última connotación.

Sus labios se ensancharon con tristeza debido a la brutalidad de mi afirmación.

—Por eso mismo debes quitárselos sin que se entere. Natsuki es muy tozuda cuando quiere y no correrá riesgos. —Hizo una pausa desesperante en la que solo nos miramos. ¿Qué hacía?—. He visto que, si continúa así, la probabilidad de se cumpla vuestro legado morirá. Me preocupa que eso suceda, Arcadiy.

Abrí y cerré la boca sin ser capaz de decirle lo que verdaderamente pensaba, porque ahora mismo, y aunque no quisiese saber nada de acontecimientos futuros, lo único que deseaba saber era cuándo ocurriría eso. No me dio tiempo a formular una palabra cuando ya estaba sacándome unos sacos pequeños y rellenos. Supuse que eran los mismos que ella tenía. Los había guardado muy cerca del mueblecito donde estaba el sake.

Me dieron ganas de beberme la botella a caño.

—¿Está diciéndome que... —dudé— me tiene sentado delante de usted para hablarme de sus futuros nietos? ¿No le parece una conversación un tanto cuestionable para alguien que le cae mal?

Se giró hasta quedar frente a mí. Alargó una mano, soltó los sacos a mi

derecha y se afanó en coger el vaso de sake. Sin quitarme los ojos de encima, se lo bebió, tal y como había estado haciendo yo.

—Nunca he dicho que me caigas mal.

Alcé las cejas con socarronería.

—Pero habría preferido que un *asiático* apareciese con su hija por esa puerta.

La señalé y él aguantó la mueca burlona. En el fondo, sabía que no le caía tan mal. Su mirada se oscureció en aquel ojo negro como la noche. Me impresionaba verlo de cerca, sentir el repelús que me recorría las venas e, incluso sin creer en misticismos, ser consciente de que no mentía.

—Arcadiy Bravo, eres un hombre que la vida ha curtido a base de dolor, que no ha sentido el mínimo cariño de nadie hasta hace unos años. —El cuerpo se me cortó, pero no lo demostré—. Has anhelado amar y que te amen, sentir, palpar ese amor incondicional que la vida te arrebató cuando tenías seis años. Solo eras un niño... —Ese detalle pareció dolerle—. Eres poderoso, valiente, el líder digno de un ejército que moriría por ti.

No quería que nadie muriese por mí. Simplemente deseaba continuar con mi vida, sobrevivir y hacer lo que mejor se me daba sin perder a nadie en el camino. Ojalá hubiese una manera de retroceder en el tiempo. Sin embargo, esas posibilidades se reducían a nada, y era mejor vivir amando lo que una vez tuvimos, a quien una vez tuvimos, sin olvidarlo jamás. Deseé más que nunca creer en su dogma, pensar que existía un mundo después de morir.

Pensar que, algún día, volvería a encontrarme con mi amigo.

—Pero las volteretas se me dan fatal —añadí para romper la densidad que se había creado y desatascar el nudo de mi garganta.

Sonrió y la tensión entre los dos menguó. Adiviné al instante que se había percatado de mi cambio de pensamientos, pero no dijo nada. Asombrosamente, los respetó.

—Las armas y el cuerpo a cuerpo se te dan mejor —repuso—. Me valdrás. —Asintió complacido.

—Pero no soy asiático —apostillé.

—Me gusta la cultura griega.

Formé una perfecta O con mis labios, indicándole que eso no había sido lo que me había parecido desde que puse un pie en aquella casa.

—Y no pienso beberme esa mierda. —Señalé el té—. Me dan arcadas.

—Lo beberás —aseguró muy tajante.

Me dio miedo tanto aplomo, porque ese hombre era el *miko* legendario, y si tanta gente había acudido en su busca para que los ayudase y viese su futuro..., yo acabaría tomándome el asqueroso té.

—¿Está dándome su bendición para que le diga a su hija mis sentimientos? —cuestioné.

—Estoy estableciendo la paz entre los dos, que ya es mucho.

—Señor Tanaka, me cae usted fatal —añadí con gracia.

Una breve carcajada que no esperaba brotó de su garganta. Me vi imitándolo, sin embargo, su sonrisa se borró al girar la cabeza y enfocar con su mirada heterocromática una habitación del fondo. Supuse que esa era la suya, donde se encontraba su mujer. Todavía no había entrado a verla, y no sabía si tenía ese derecho ni tampoco si debía hacerlo.

—Solo quiero que la ames como se merece.

Su susurro me partió el alma. Atisbé que sus ojos brillaban más de la cuenta. ¿Cuánto dolor habría guardado en medio de aquellas palabras? ¿Cuánto soportaba el alma al tener a una persona postrada en una cama? Quise decirle que era exactamente lo que llevaba haciendo de manera inconsciente desde que la conocía, pero no me dio tiempo cuando él volvió a abrir la boca, sin quitarle los ojos de encima a la puerta:

—Os daré el margen que necesitaréis para salir de Japón.

Eso me envaró. ¿A qué se refería?

—Natsuki ama su país.

—Más te ama a ti.

Desvió su atención a mí. El detalle me dio un respiro, porque aún no sabía cómo afrontar la conversación con ella, aunque sabía que debía decírselo, que no podía guardármelo para mí ni esperar a que la vida lo resolviese por nosotros. Miré con atención a Eiji. Su rostro reflejaba el dolor de los años, e inmediatamente supe que aquel hombre había amado por encima de todo a la persona que se encontraba en la cama, unos metros más alejados de donde estábamos.

—No podrá defenderse solo con los hombres que tiene —le aseguré, sin querer entrar en los detalles que, con seguridad, la japonesa me contaría más tarde.

—Esos hombres no son para mí. Son para su líder. —Alzó el mentón—. Son para mi hija.

El corazón tronó con fuerza en mi pecho.

—¿Y cómo piensa darnos ese margen? —No era muy fácil de adivinar. Eiji no podía ponerse de pie y luchar.

Una sombra cruzó la esquina de uno de los laterales de la vivienda y me puse en guardia. El señor Tanaka sostuvo mi muñeca con fuerza cuando tuve la intención de levantarme. Ese gesto ocasionó que me fijase en la dureza de sus manos, en la fuerza subyacente que albergaban.

—Cuando Haiden sea consciente de que no la tendrá jamás, arrasará con todo y con todos. No dudes en hacer lo correcto.

No entendí lo último, aunque no tardaría demasiado en comprenderlo y en saber por qué no había sido más preciso en sus explicaciones. La respuesta era la persona que se ocultaba entre las sombras.

—Natsuki ha estado luchando por ustedes desde que la conozco. No los abandonará —le aseguré, sintiendo el tacto de sus firmes dedos en mi muñeca.

Mis ojos se fueron a la esquina de la casa sin remedio. ¿Quién había allí, escondido?

—Y tú te encargarás de apartarla de aquí, aunque no quiera hacerlo —me ordenó inflexible.

Busqué su mirada, que se encontraba clavada en la mía.

—¿Quién se esconde ahí detrás, señor Tanaka?

Se mantuvo en silencio. Hice el amago de levantarme, pero ahora, su otra mano se sumó a mi otra muñeca para evitarlo.

—No, Arcadiy. —Lo contemplé con duda—. No puedes ver a alguien que ya está muerto. Confía en mí. —Hizo una pausa extremadamente larga—. Por favor.

Dejé de hacer fuerza sin estar convencido y me senté, pero con todos los sentidos alerta. Por el contorno de la figura que me había mostrado la sombra, intuí que era alguien de la estatura de Natsuki, de complexión delgada y ligera por los movimientos.

—Si se le pasa por la cabeza jugar a dos bandas, señor Tanaka..., por muy *miko* que sea...

Para mi asombro, me interrumpió; no tenían por costumbre hacerlo en exceso, pero cuando cogían carrerilla, no había quien los detuviese:

—Me arrancarás el corazón del pecho, intuyo.

—Es un *miko* legendario, entonces —me jacté, sin desviar mi concentración de él y de la esquina.

Llamó mi atención con un toque en mi brazo. Una caída de ojos fue bastante para que me centrase en él, pero no estaba por la labor de dejar correr que había alguien más que se sumaba a nuestra ecuación y que desconocía.

—Ve a ver a mi hija, Arcadiy. Ahora te necesita más que nunca.

Ahí teníamos una clara y palpable cuestión que ignoraba. El amor nos hacía ciegos, nos volvía idiotas y nos apartaba de lo verdaderamente importante, pues fueron esas palabras en un tono de advertencia justo las que ocasionaron que me levantase y mis piernas se pusiesen en funcionamiento.

No compartimos ni una sola frase más. Me detuve en el principio de las escaleras, apreciando el dolor que recorría el rostro de Eiji. Cerró los ojos, y

antes de subir el primer peldaño, vi con claridad cómo una lágrima descendía por su mejilla.

A veces, el amor también dolía.

Dolía mucho.

No me entretuve en llamar a la puerta de Natsuki, ya que desde el pasillo escuché unos sollozos que me alertaron. Tampoco diré que fui capaz de preguntarle nada cuando me la encontré hecha un ovillo sobre el futón, con lo que me pareció una camiseta pegada a la nariz y un berrinche que no habría esperado ver en ella jamás.

En silencio, me senté en la cama, la atraje hacia mí y se cobijó bajo mi cuello, sin dejar de sollozar. Besé su cabello con mimo, después deposité un casto beso en su frente y esperé con ella entre mis brazos.

La sensación de protección, de cariño, de amor, se intensificó, y me dio un pánico atroz.

«¿Qué has hecho conmigo?...».

24

La puerta de los dioses

Abrí los párpados con los primeros rayos de sol que entraron por los ventanales sin cubrir. Esa mañana tendríamos que hacer un viaje muy largo para el que no sabía si Natsuki estaría preparada.

Elevé el mentón por encima de su cabeza. Se había quedado dormida sobre mi brazo, el cual me cosquilleaba por no haberlo movido durante demasiado tiempo. Mantenía los ojos cerrados, hinchados de haber estado llorando durante más tiempo del permitido. Se había dormido sobre las cinco de la madrugada, por lo que como mucho llevábamos descansando un par de horas.

Me dolía la cabeza horrores. Pensaba que era debido al alcohol, a la información, a la presunta bendición que me había dado Eiji...; ya no lo sabía. Pero de lo que sí era consciente era de que me había quedado esperando a que se durmiese, de que le había dado su espacio, sin interrumpir un llanto que deseé borrar con mis besos, de que no había osado hacerle una pregunta sin que ella fuese la primera en querer contarme lo que le ocurría.

No la conocía lo suficiente, pero me bastaba el tiempo que habíamos compartido para saber que la japonesa no se rendía, que no sucumbía a la tristeza por cualquier situación, y mucho menos permitía que nadie la viese. ¿Sería cierto que estaba enamorada de mí y por eso me había dejado quedarme a su lado? No tenía otra explicación lógica, o no quería encontrarle otra explicación, mejor dicho.

Mi mano derecha se deslizó con suavidad por el contorno de su figura. Se había metido en la cama con unos pantalones y una camiseta negra elástica. Mis dedos soltaron unos pequeños calambres que tuvieron la osadía de despertarla. Cierto era que anhelaban su contacto, que lo deseaban con muchísima fuerza.

Nuestros ojos se encontraron en silencio cuando se giró, quedando

bocarriba mientras yo permanecía de lado, observándola.

Deslicé los dedos por el contorno de su mejilla derecha en un completo mutismo que me asustó porque era consciente de que nos evaluábamos. ¿Podría leer el pensamiento? Me dolía ver el desconsuelo que surcaba sus cuencas, tan marcadas y oscuras que no parecían las de la mujer que había conocido. ¿Seguro que solo estaba enamorado? A mi parecer, había algo mucho más fuerte. Algo que había estado creándose desde que la vi por primera vez.

—¿Por qué piensas tanto? —me preguntó en un susurro.

No desvié mi atención de su piel. No quería ponerla más triste, y el tiempo se nos agotaba. Todo eso si sobrevivíamos, por supuesto.

—No es el mejor momento para hacer preguntas —le contesté en el mismo tono.

—¿Y eso por qué?

—Porque se me ha pegado la sinceridad de alguien y me asusta decir toda la verdad. —Me contempló con los ojos brillantes—. ¿Estás mejor?

Era una absurdez preguntarle si se encontraba bien; obvio que no.

—Intento estar bien, aunque no es fácil.

—¿Quieres contármelo?

Cabeceó en señal afirmativa y la imité, a la espera de que continuase. Mis dedos no detuvieron su labor y ella subió una mano por mi brazo, delineando y surcando cada vena que lo marcaba.

—Mi padre va a desconectar a mi madre.

Detuve mis movimientos. Eso no me lo esperaba. Tampoco supe cómo afrontar un tema de tal calibre.

—¿Por qué ahora? —me interesé.

Continuó el rastro de su mano, ascendió por mi pecho y llegó hasta mi cabello, el cual masajeó con los dedos en una caricia que me extasiaba.

—Dice que mañana, en la fiesta de Tokio, Haiden se volverá loco. —Pareció irse muy lejos de allí—. Lo creo. Mi primo ni vive ni deja vivir, y sé de primera mano que está obsesionado conmigo. No me dejará marchar con tanta facilidad una vez me tenga en sus garras. Ya no.

Me quemaron las entrañas. En cierto modo, lo hacían cada vez que lo mencionaba, aunque tenía muy claro que no pensaba dar lugar a que se la llevase.

—Me ha dicho que te ha llamado. —Mi tono fue un poco gruñón.

—¿Has estado hablando con mi padre? —Se mostró pasmada por el dato y buscó mis ojos.

—Me ha esperado en la puerta, para ver las condiciones en las que llegaba

el extranjero que no acudió ni a la comida ni a la cena.

Reímos a la vez y conseguí aflojar la tensión del momento. Mi mano derecha se deslizó por su brazo en unas caricias que jamás pensé que le proporcionaría a nadie. Eran suaves, delicadas, como quien está con una persona a la que ama tanto que no pretende dañarla, solo adorarla.

—Supongo que te habrá sometido a un tercer grado. —Tras una pausa, la sonrisa se le apagó y a mí me corrió lava por las venas—. Quiere que regrese a Tokio, con él, después de la fiesta. Iwao se lo ha contado todo, Arcadiy, todo.

Detuve mis mimos. No tenía la culpa de que mis instintos extraasesinos resurgiesen con más fuerza cada vez que mencionaba a alguno de esos dos cabronazos. No me hacía falta ser un profeta para cerciorarme de que Iwao —el Guatayo chino mandarín, ya bautizado— la había maltratado de maneras parecidas a las de su hermano por ser quien era. Pensaba hacérselo pagar como fuese.

El pecho me tronó con rabia. Sentí esa presión en la mano y la aparté de inmediato de su contacto, intentando evitar que se diese cuenta de lo que ocurría. No podía permitir que me produjese ansiedad saber que iban a hacerle daño, o estaríamos perdidos. La escuché con atención mientras me contaba parte de la conversación con su padre y, tras eso, la llamada de Haiden y la posterior presentación de Chiyo Bushida. No quise interrumpirla con una salida de tono de las mías, por lo que retuve en la punta de la lengua muchos insultos hacia los Keitaro.

—¿Cómo te sientes después de haberlo retado de esa manera? —le pregunté con tiento. Ya había retomado mis caricias.

Se mojó los labios antes de separarlos. Eso sí, buscó mi mano y entrelazó sus dedos con los míos, las elevó en el aire y los miró. A mí me parecieron el conjunto perfecto y la saliva no descendió por mi garganta. «Estás hecho un moñas», me insulté, muy a mi pesar. Y qué bien me sentí.

—Siempre he querido hacerlo y fui yo misma. Jamás he tenido una mala palabra con él por miedo a lo que pudiera ocurrir, pero ahora... —Lo dejó en el aire, como si no pudiera creerse que hubiese dado aquel paso de gigante.

Ella sí que había vivido en una cárcel. No quería, ni siquiera me cuestioné preguntarle qué hacía cuando se encontraban juntos en Tokio. No de momento, por lo menos.

—Ahora sabes que Eiji tiene razón y que actúa porque comprende que es lo mejor. Aunque te duela —apunté, refiriéndome tanto a lo de Haiden como a lo de su madre.

Se incorporó hasta quedar sentada sobre el futón, se llevó las rodillas al

pecho y se resguardó detrás de ellas. Tras una enorme pausa que me pesó más de lo que habría imaginado, susurró:

—Me han enseñado desde que era una niña que la muerte es el principio de todo. Que es una inmortalidad indefinida y que nunca morimos. Sin embargo, aun sabiendo lo que sé y creyendo plenamente en ello, tengo miedo. Miedo de que tome una decisión desafortunada por querer salvarme.

—Eres su hija, Natsuki. Es normal que quiera salvarte. Siento decírtelo, pero tu madre lleva en esa cama mucho tiempo. La probabilidad de que despierte...

—Lo sé —musitó, sin querer ahondar en el tema—. Hay algo más que no te he contado.

Fui a pedirle que lo hiciese, porque yo también tenía algo en la punta de la lengua y necesitaba soltárselo a bocajarro. Tenía que decirle que estaba enamorado de ella, que no sabía cuándo había sucedido, y por supuesto contarle que su padre pretendía que yo le quitase unos hierbajos, supuestamente venenosos para su organismo o su futuro, dependiendo de cómo quisiésemos verlo. Sin embargo, como todo en esta vida, un enorme golpe en la planta de abajo nos sobresaltó.

En el primero en el que pensé fue en Haiden, pero pronto advertí que lo más normal en esa rata callejera sería mandar al tonto del hermano para que le hiciese el trabajo sucio. Me levanté como si hubiese sido impulsado, cogí el arma del suelo y la cargué sin espera alguna. Natsuki atrapó mi antebrazo para detenerme; atisbé de soslayo que con la catana desenvainada.

—¿Adónde vas? ¡No sabemos quién es!

—Déjame que lo adivine —añadí con hastío.

En efecto, no me equivoqué cuando abrí la puerta y escuché las voces procedentes de abajo. La primera en asaltarnos a mitad de camino fue la de Azumi, que se dirigió con urgencia a Natsuki y no a mí; menos mal, porque la había visto buscándome a la primera de cambio. Rectificó a tiempo.

—Es su *oitokosan*[14], Iwao. Ha amenazado al señor Tanaka y no puedo entrar en el dormitorio de su madre. Alguien ha cerrado la puerta por dentro.

La japonesa se envaró. Presté suma atención a la conversación que Eiji mantenía a voces con su sobrino, sin perder detalle tampoco de la que Natsuki tenía con la chica de miradas insinuantes. Azumi se fijó un par de veces en mi pecho desnudo, hasta que un breve rugido de la garganta de su señora la amenazó. Sonreí como un idiota por esa posesión de la que ni habíamos hablado.

—Mi hermano me ha dicho que deje de temer por tus absurdas visiones. ¡Ya no eres el *miko* que conocimos hace años! —escupió con desdén aquel

delgaducho hombre más feo y desagradable que una escobilla de váter.

Eiji se encontraba en medio de la entrada, sobre la silla de ruedas, con las manos en postura relajada y la mirada penetrante en su sobrino. ¿Qué era lo que le había contado que tanto miedo le daba? ¿Una premonición? Tenía toda la pinta.

—Me parece estupendo, *oigosan*, pero estás en mi casa. Creo que tu madre te enseñó mejores modales que tu padre.

—¡¡Ni se te ocurra nombrar a mi *ohhka*[15]!!

El paso adelantado de Iwao le dio impulso a mis pies para que se pusieran en movimiento, olvidándome de la japonesa, con la pistola en alto y un porcentaje muy grande de acertar. El Guatayo escuchó mis fuertes pisadas y elevó el mentón, no sin antes sacar un arma y apuntar en dirección al anfitrión de la casa.

—El griego... —rumió por lo bajo, pero lo oí—. ¿No te da vergüenza tener a un extranjero en casa? Un extranjero que encima se folla a tu hija.

No sabía cuándo había ocurrido, pero Natsuki había saltado de la primera planta sin tocar las escaleras, se había quedado muy cerca de Iwao, con la catana en alto y una mirada asesina que no auguraba nada bueno.

—Aparta el arma de mi padre —le ordenó con tono letal.

—¡Vaya! —Parecía sorprendido—. Mi hermano me ha dicho que te habías rebelado un poco. No imaginé que tanto.

Afianzó el arma con más coraje. Me mantuve en la distancia, con la puerta del dormitorio de Eiji a mi espalda.

Menudo sorpresón íbamos a llevarnos todos en menos de lo esperado.

—¡Te he dicho que dejes de apuntar a mi padre!

En la entrada vi que a la derecha se encontraban los hombres de Chiyo, mientras que a la izquierda se mantenían en posición de ataque los de Iwao. Parecía una jodida guerra de ninjas, porque estaban todos en el sitio y a la espera de un pistoletazo de salida.

—¡¡No me grites, zorra!! —le voceó Iwao a la japonesa.

Apreté el gatillo sin medir las consecuencias de lo que podría acontecer, aunque sí atisbé la media sonrisa que se perfiló en los labios de Eiji. La bala rozó el muslo izquierdo de Iwao al desviar el cañón a esa zona. Sus ojos se abrieron como platos.

—Si vuelves a faltarle el respeto, te vuelo la tapa de los sesos. —Chasqueé la lengua antes de continuar—: Y, mira por dónde, tengo un noventa y nueve coma nueve por ciento de probabilidades de atinar en medio de la frente.

—Entonces él morirá también. Y ella —cabeceó con desprecio hacia Natsuki— no te lo perdonará en la vida.

La japonesa dio un paso sigiloso por el tatami, aproximándose con fiereza a su presa.

—Puedo asegurarte que no te dará tiempo a apretar ese gatillo cuando ya estés muerto.

La rudeza de mis palabras ocasionó que lo meditase, aunque no bajó el arma. Me moví un centímetro a la izquierda, aguardando el momento exacto en el que pudiese apretar de verdad. Me quedé muy cerca de una puerta que se abrió casi sin que ninguno nos diésemos cuenta.

—Natsuki, ven conmigo. Regresa con Haiden y no lo cabrees más. No te conviene. —Hizo un movimiento desinteresado con los hombros—. Es la única manera de que puedas salvarlos a todos. Incluso a ese.

Un cabeceo fue suficiente para que *ese*, o sea yo, me diese por aludido. Me fijé en el aspecto desaliñado de Iwao; tuve la sensación de que me daba más repelús de lo que por sí me había creado desde que lo conocí. Tan mudito y tan tonto. Resoplé interiormente y elevé con más fuerza el cañón al ser consciente de que la japonesa dudaba cuando tres hombres accedieron por la cocina y casi nos rodearon. *Casi*, que no era lo mismo que *del todo*. Uno de ellos había cogido a Azumi y la llevaba sujeta del cuello, amenazada con un puñal.

—¡No va a irse contigo! —bramé desde la distancia.

Mi tono fue lo suficientemente rudo como para que todos me mirasen, incluido Eiji. Iwao pareció sorprendido por mi arranque.

—¿Qué es eso, Natsuki? —preguntó después de señalarme con el dedo—. Dime que ese hombre no manda ahora en ti, porque mi hermano va a enfadarse y mucho. Mucho. Solo tú logras alcanzar a saber cuánto.

Parecía un muñeco diabólico hablando y me entraron ganas de machacarle la cabeza al estilo Ryan contra el muro de la casa cuando dijo lo último, porque mostró una pérfida sonrisa demencial.

—Nadie manda en ella, ¡gilipollas! —rugí con mal tono—. He dicho que no se va, y no se irá. Así que lárgate de aquí antes de que me arrepienta de haberte permitido respirar.

—¿Piensas que voy a obedecerte? —me espetó con sarcasmo.

Mis ojos se convirtieron en una fina línea y ya me había tocado los huevos mucho.

—Tres —comencé la cuenta, contundente.

Natsuki pareció valorar las opciones que tenía para sacar a su padre del círculo en el que se encontraba, a merced de recibir un disparo. Iwao sonrió con suficiencia. A mí me picaba el dedo.

—Dos —continué.

Su mirada se agrandó más de lo normal, quise pensar que era porque había visto la intención clara de que iba a dispararle. Pero no, no era por eso. De repente, un olor a flor me vino desde la derecha y todo fue muy rápido como para asimilarlo.

Había advertido una presencia más en la casa la noche anterior, aunque no sabía de quién se trataba a ciencia cierta porque no la había visto. Ahora, esa presencia era visible. Tenía cuerpo de mujer y era de la estatura que había intuido en el jardín, con una melena negra por los hombros y con los ojos un poco más grandes, oscuros y profundos, pero hermosos.

En la estancia se palpaba la tensión. No sabía quién era esa mujer ni a quién tenía que apuntar. En medio del caos de miradas circunspectas por parte de mi japonesa y de su primo hacia la mujer que atravesaba la sala con decisión, escuché una voz y vi una cabeza asomar por el lateral que accedía al jardín:

—¿Vas a llegar al uno o qué? —Alessandro. ¿Cuándo habían llegado? ¿Me tenían una cámara puesta?

Iba vestido con otro kimono más colorido y unas deportivas con... ¿con luces? Llevaba unas putas luces en los pies. Claudio salió al descubierto con un rifle en alto y gritó sin contemplaciones:

—¡Eh, tú! ¡Deja de andar, o te quedas sin piernas!

La japonesa desconocida lo miró y sonrió, como si estuviese provocándolo. Claudio entrecerró su mirada, pareciendo mucho más temible de lo que ya era; yo di un paso porque no entendía nada. Ella se colocó delante de Eiji, siendo el cañón de Iwao el que la apuntaba ahora. Ese cañón desapareció en dirección al suelo con una rapidez pasmosa.

—*Ohhka*.. —bisbiseó con perplejidad.

—Iwao —añadió ella, elevando las palmas de las manos en señal de rendición—. Solo quiero verlo.

Esto último lo añadió como si el bando de los Tanaka tuviese que enterarse.

—Estás viva... —Los ojos de él, estupefactos, se fueron a los de Eiji—. Has estado mintiéndome siempre... —El tono adquirió un matiz que no me gustó—. Me has usado como un necio para que no me acercase a tu casa... ¡¡La has tenido secuestrada!!

Pareció atar cabos, hasta que la mujer desconocida habló:

—Hijo, si no te marchas, me matarán.

La firmeza con la que habló me dejó fuera de combate porque no me cuadraba que estuviese delante de Eiji, protegiéndolo, si en realidad iban a matarla o la tenían recluida. Miré a Natsuki, a quien había ido acercándome

casi sin ser consciente. Nuestros ojos se cruzaron unos segundos y creí leer entre líneas que esa parte era la que nos había quedado pendiente de hablar.

Me acerqué a ella hasta colocarla con delicadeza detrás de mi cuerpo, sin olvidar que anteriormente la había mencionado como una posesión mía. No lo había pretendido, pero debía admitir que me gustaba la sensación. No puso ninguna objeción ni guardó la catana, aunque sí se quedó a mi espalda, resguardada por mí. Seguí apuntando, esa vez en dirección a la japonesa que había salido del dormitorio de Eiji.

—Aquí arde Troya —musitó Alessandro en mi dirección, apuntando también a la individua.

A lo lejos del jardín me encontré con Angelo y otro de sus estrafalarios trajes. En esa ocasión era amarillo pollo con ribetes rojos. Parecía la bandera de España. ¿Es que no se miraba en un espejo antes de salir? Tenía a un pelotón de hombres a su espalda y me sonreía, esperando una orden para que todos se tirasen sobre los japoneses enemigos.

Claudio permaneció en su posición, sin dejar de apuntar a la desconocida. Su hermano hacía lo mismo, sin perderme de vista tampoco.

—¡¿Cómo voy a dejarte aquí, después de años sin ti?! ¿Sabes lo que te hemos necesitado? ¡Los dos! —Iwao parecía conmovido.

—Estoy bien —musitó con congoja; quise pensar que haciendo un papel.

—No puedo marcharme sin ti. ¡Eres nuestra madre! ¡Lo único que nos queda!

Aprecié que ella movía los labios para que nadie más se diese cuenta de lo que estaba diciéndole a su hijo. Sin embargo, tanto Natsuki como yo vimos ese movimiento.

Iwao respiró con dificultad. Pareció dudar mucho, pero al final sentenció:

—Cuando Haiden se entere de esto, no quedará rastro de tu familia, Eiji Tanaka —conminó con acidez. Tras eso, su tono cambió a uno de desesperación—: Lo siento, *ohhka*. Lo siento muchísimo.

Añadió algo que no entendí en japonés y después les dio una orden a sus hombres para que abandonasen la zona mientras le lanzaba una mirada de... ¿desconsuelo?, a la que había entendido que era su madre.

Miré a los italianos, apostados en el mismo lugar y sin que les temblase el pulso a la hora de apuntar. Tal vez hubiese sido eso lo que había ocasionado que el papel de la mujer fuese más convincente, porque pareció colar cuando Iwao dio la orden para irse. Bastaron dos minutos en los que escuchamos a la perfección cómo los coches se ponían en funcionamiento y cómo los hombres de Chiyo acordonaban la zona y se cercioraban de que los Keitaro habían desaparecido. Miré a Claudio, aún con la pistola en alto.

Escuché de fondo el susurro agónico de Eiji:

—¿Qué has hecho?...

No le dio tiempo a más, ni siquiera a ser consciente del pánico que mostraban sus palabras. De repente, una sombra pasó por mi izquierda, llegó a la altura de la desconocida y se precipitó sobre ella con una rabia inhumana. No me había dado margen para detenerla.

—¡¡Natsuki, detente!! —le ordenó Eiji a viva voz, exaltándose.

La japonesa le dio una patada que le reventó la boca a la nueva, quien no esperó a que menguara su rabia, sino que respondió con fiereza a los golpes que recibía, esquivando e intentando no hacerle daño a su sobrina.

—¡Le has salvado la vida! ¡Eres una embustera! —voceó Natsuki, arremetiendo de nuevo—. ¡¿Qué haces en mi casa?! ¡¿Por qué estás aquí?!

—¡Natsuki, no! ¡Detente, detente! —gritó su padre, tratando de acercarse.

Sin embargo, los golpes se sucedieron uno tras otro, sometiéndonos a una guerra a los allí presentes en la que ninguno teníamos nada que ver. Angelo desapareció con un gesto militar desde la distancia, Claudio cabeceó en dirección a la salida y Azumi se hizo una gota de agua en el exterior de la vivienda.

—Bueno, amigo mío. —Alessandro palmeó mi espalda—. Comienzan los problemas familiares, y estoy seguro de que todavía no le has dicho que estás hasta las trancas. —Lo miré mal—. Suerte.

—Nos quedaremos cerca por si regresan. Mantén el teléfono a mano, rubiales.

Asentí a la petición de Claudio y los dos salieron sin contarme el motivo por el cual habían llegado allí tan rápido; el benjamín de los Sabello, con una sonrisa arrogante que obvié. De fondo, los golpes, insultos y las malas acciones llenaron la estancia de lo que supuse que era un reencuentro inesperado. Los ojos de Eiji me buscaron con desesperación, pues estaba tratando por todos los medios de llegar a ellas con la silla de ruedas. Sabía que si no intervenía de inmediato se tiraría al suelo, buscando otras opciones.

—Esto se llama abuso de poder —lo increpé, acercándome a las dos matonas—, porque sabe que me van a jopear vivo. Lo sabe —recalqué.

¿Quién se metía en una pelea de mujeres? Pues yo.

Llegaba a la altura de Natsuki cuando su tía le arreaba un guantazo que le movió el rostro hacia la izquierda. Me sentó mal ese golpe, aunque tuviese que entender que se defendía de los ataques de su sobrina que, impaciente, buscaba los puntos que más pudieran dolerle para golpearla. Así fue como, al estirar mi brazo para sostenerla de la cintura y apartarla, mi japonesa chicle dio una voltereta hacia atrás y le propinó una patada en la mandíbula a la

mujer a la que todavía no le había puesto nombre. La nueva japonesa no cayó de espaldas porque Eiji había estado ligero para colocarse detrás.

—Acabas de usarme —le dije en tono bromista para intentar tranquilizarla mientras la apartaba con rapidez de su saco de boxeo.

—¡¡Ya está bien!! ¡Las dos! —Al señor Tanaka iba a darle un infarto.

—¿A qué estás jugando? —escupió Natsuki—. Eso es lo que quieres, ¿verdad? ¡Que mi madre se muera para ocupar su lugar!

—¡¡¡Natsuki!!! —vociferó su padre.

Ahí entendí también que, sí, mucha meditación, pero cuando perdías los nervios, se iba todo a la mierda.

La sujeté con más fuerza. Estaba desatada. Busqué a Eiji con urgencia, con un asombro palpable y un desconcierto por igual. Su tía pareció dolida por el comentario y se tambaleó hacia atrás cuando ya se había apartado de su cuñado.

—¿Cómo puedes decir eso sabiendo que tu madre fue mi primer amor? —cuestionó con resentimiento.

Un momento. ¿Qué primer amor?

—Tu primer amor... —soltó Natsuki con desprecio y resentimiento.

—¡Natsuki, por los dioses, ya está bien! —gritó Eiji, echándole un cable a su... ¿cuñada?

Volví la atención al señor Tanaka, quien las observaba a las dos. Me quedé en silencio, pero al ver que ninguna hablaba, sino que se medían las fuerzas a la espera de que la soltase para iniciar una nueva guerra, añadí:

—Aquí no estamos seguros.

—Aquí estamos seguros de sobra —aseguró la tía con aplomo, y me miró —. Ambos me habéis leído los labios. Le he dicho a mi hijo que esperasen a Tokio. Comprendo que serán inteligentes y atacarán mañana, cuando estéis en la fiesta recuperando la placa base.

¿Por qué esa mujer sabía lo de la placa? Avancé un paso, desconfiando, pero entonces una mano de Eiji se extendió en mi dirección y anunció:

—Es urgente que os marchéis. Tenéis muchas horas de camino y llegaréis muy tarde. Sin el maestro, no tenemos nada que hacer, Natsuki. —Parecía exhausto—. Te prometo que hablaremos de esto a tu regreso.

La miré. Mantenía una postura alterada, la respiración agitada y apretaba los puños con tanta fuerza que pensé que se los partiría. Asintió queda, miró a su tía y dio media vuelta en dirección a la salida. No comprendí nada, así que esperé a que Eiji hablase, pero tampoco lo hizo.

—Le diré a mis amigos y a sus hombres que se queden con Chiyo. —Asintió, como si ya supiese que su hija me había contado algunos detalles.

Miré a la mujer que me observaba mucho—. ¿Seguro?

Por supuesto que me refería a ella. Pareció incluso ofendida por que la pusiese en duda.

—Le confiaría mi vida a Hana, Arcadiy. Ve tranquilo e intenta apaciguar a la fiera que estás despertando.

¿Que yo estaba despertando a una fiera? ¿Cuándo había ocurrido aquello sin enterarme? Me giré, estupefacto por lo que me había dicho, y fui a buscarla. Ya me esperaba cerca de un vehículo que no sabía de dónde había sacado, aunque intuí que el hombre del kimono oscuro y rostro cubierto tenía algo que ver.

—Chiyo —lo saludé con un breve movimiento de cabeza.

El me correspondió de la misma manera. La japonesa se sentó en el asiento del conductor y temí por mi vida. No creía que estuviese capacitada para conducir por el estado de nerviosismo que la avasallaba, aunque tampoco me atreví a pronunciar una sola palabra.

—¿Adónde vamos? —quise saber; no por el maestro, sino por el lugar.

—A la puerta de los dioses.

¿Eso era bueno o malo? Íbamos a descubrirlo en menos horas de las previstas, porque Natsuki pensó que tenía un avión en las manos y no un coche.

25

Luz de la mañana

Natsuki Tanaka

Había soltado el pesar que me carcomía sin ningún reparo, contándole a Arcadiy de principio a fin las partes que no me había dado tiempo de explicarle antes de que Iwao llegase y de que mi tía Hana decidiese que lo mejor era mostrarse, por no hablar de que había estado escondida en mi hogar, a saber durante cuánto tiempo.

No me sorprendió que mi padre le hubiese dicho a Arcadiy que habría cuidado a esos niños como si fuesen hijos suyos, de no haber sido demonios. Con esa información pudo atar los cabos que le faltaban, los cuales añadieron más estupefacción a la recién descubierta información. Me sorprendió que no hiciese ninguna broma con respecto a la situación sentimental de mi padre, por nuestra cultura, sobre todo sabiendo que se llevaban como el perro y el gato.

—Cuatro horas. Increíble —añadió Arcadiy; me pareció atisbar que con los pies clavados en las esterillas del coche, como si quisiese frenar. A mí, la paz que desprendía aquel lugar pareció colárseme por todos los poros de la piel al instante.

Se tardaban más de cinco horas en llegar al santuario de Oarai Isosaki-jinja, un lugar sagrado junto al océano Pacífico desde donde se veía una de las más impresionantes puertas de Torii. Su nombre era Kamiiso No Torii, que significaba «Puerta en la playa de los dioses», y se decía que los mortales tenían prohibido atravesar su arco, pues había sido construida únicamente para dos deidades que descendieron a la Tierra con el fin de formar las islas que componían Japón.

Era espectacular. Contaba con un enorme arco situado sobre una roca en el

mar de Kashima-Nada. De todas las que existían en el país, aquella era la más grande y la más visitada por los turistas, siendo sus atardeceres y sus amaneceres una delicia que no podías perderte si ibas hasta allí.

—Te veo tenso —le dije con gracia, tirando del freno de mano.

Durante todo el camino había respirado muchísimo, tratando de entender a mi *chichiue*, viendo con otros ojos la relación que los tres habían mantenido en su tiempo, convenciéndome de que las intenciones de mi tía, o como narices tuviese que llamarla, no eran malas y reprochándome haberle ocasionado más sufrimiento a mi padre al abalanzarme sobre ella, sin dejarla siquiera mediar una simple palabra. Yo no era así. ¿Por qué actuaba de esa manera? ¿Qué había sucedido? ¿Acaso dejar de ser la sumisa de Haiden conllevaba no saber cerrar la boca? Parecía que sí.

—Y yo te veo con el zapatillo suelto. —Ensanchó los labios y me enamoró un poco más—. Pero estás menos enfadada.

Imité su sonrisa, obviando en mi mente a mi tía, a mi padre y todos los pensamientos malignos que me abordaban. Desmonté; mucho antes de poder ver el enorme lugar sagrado, ya que Arcadiy había bordeado el vehículo y se encontraba delante de mí.

Rodeó mi cintura con las manos, me atrajo hasta su cuerpo y lo miré desde abajo con media sonrisa, notando el extremo calor que irradiaba. ¿Por qué olía tan sumamente bien? Coloqué las manos en su pecho, escuchándolo decir:

—Debo admitir que la historia del señor Tanaka me ha dejado a cuadros. Es todo un donjuán. —Reí por su tono, no por la apreciación a su historia de amor, aunque había esperado alguno de esos comentarios con anterioridad—. Y ahora que lo has soltado todo..., ¿puedo besarte sin que quieras rajarme la garganta?

—¿Sabes que estamos delante de un santuario del año 856 d.C., y que soy una mujer casada y eso es un pecado? —Enarcó una ceja como si no le importase—. ¿Y por qué iba a querer atacarte?

—Tu padre dice que he despertado a una fiera. Pero yo creo que la fiera ya estaba despierta desde el día que me colocó un sai en el cuello —objetó.

—¡Oh, vamos! ¡Olvídalo ya! —Sentí sus manos en mi costado, trasteando para hacerme cosquillas.

—Ese encontronazo fue el peor —apostilló.

—Quisiste tirarme por la borda en Vietnam cuando me conociste —le rebatí.

—No me inspirabas confianza. Voy a besarte, Natsuki Tanaka —cambió de tema, jocoso.

—No puedes besarme aquí. —Reí cuando sus dedos se clavaron en mi

costado—. ¡Arcadiy, para!

Torció el morro, un gesto que me pareció muy gracioso aunque estuviese revolviéndome sin disimulo.

—Sabes que me importa una mierda y que voy a besarte, ¿verdad? Después puedo hacer también que grites en ese arco bestial que tienes a la espalda. Me parece impresionante lo bonito que es. Como tú.

Dio un toque seco con su dedo índice en mi nariz y me encendí por aquella muestra tan insignificante. Sentí un hormigueo en el estómago; también la sensación lujuriosa entre las piernas. Y aunque la situación estaba para echar a correr y no mirar atrás, necesitaba unirme a él de inmediato. Aun así, lo pospuse al atisbar a un hombre en la entrada del lugar sagrado, con las manos entrelazadas y escondidas en las mangas de una larga túnica de color marrón oscuro.

Junté mi rostro al de Arcadiy, quien se había agachado para estar a mi altura, y me fui de su mirada a sus labios de manera alterna. Me recreé muy poco en su piel, lo suficiente como para cerrar los ojos y sentirlo más cerca que nunca. Allí existía una magia que no podía explicar. Era algo que parecía tirar más de ese hilo rojo que mi padre había visto, que parecía acrecentar lo que ambos sentíamos, porque a esas alturas tenía muy claro que el griego estaba igual de perdido que yo.

—Siento decirte que mi contacto está mirándonos —musité con media sonrisa.

Su boca ya se había acercado y tiró de mi labio inferior sin reparos, provocando que un gemido bajito saliese de mi garganta. Sonreí al separarme de él porque lo escuché gruñir como un animal.

—Eso se llama hacer la cobra —farfulló.

—Vamos —lo apremié, soltándome de sus fuertes brazos.

Pasé por su lado e intenté calmar mi respiración agitada, que me pedía a gritos marcharme con él a cualquier rincón del mundo, donde quisiese, para dejarle hacer conmigo lo que le viniese en gana.

Me fijé en el hombre de avanzada edad, frente a la puerta del templo budista que había sido derruido en los combates del siglo xvi, aunque se reconstruyó durante el siguiente siglo. No había rastro de aquella cabellera que tiempo atrás había lucido con esmero y que ahora solo quedaba una calva con dos únicas entradas cubiertas de canas en los laterales de su cabeza, justo en las patillas. Su estatura era poco más o menos igual que la mía, pero, aunque podría engañar por su apariencia flacucha, era el hombre más sabio, más mortífero y astuto que habitaba Japón.

—*Konnichiwa*, Natsuki.

Hizo una breve inclinación de cabeza en mi dirección. Arcadiy se mantuvo detrás de mí, en silencio.

—*Konnichiwa*, Asahi-dono Yamagama. —Imité su gesto, refiriéndome a él con el sufijo usado de manera honorífica y respetuosa que antiguamente usaban los samuráis—. Me alegro de volver a verte.

Su nombre significaba «Luz de la mañana», y eso era lo que había sido para todos sus alumnos. Para aquel lugar sagrado. Había avanzado en el transcurso de la vida como *shogun* y sacerdote.

—Mucho tiempo ha transcurrido desde tu última visita al templo, hija de los Tanaka.

Sus ojos cristalinos, tan celestes que parecían sacados de otro mundo, se desviaron hacia el hombre tenso que se mantenía a mi espalda. No había visto todavía a uno solo de los monjes que habitaban allí, en las salas de culto, lo que permitía a la gente que visitara aquel hermoso santuario. Sin embargo, ese día parecía que nadie tenía ganas de acudir al templo, pues estaba desierto.

—Siento la demora, *shogun*. —Me dirigí a él como lo que era: un maestro samurái. Miré hacia atrás para presentarle al hombre de ceño fruncido que lo inspeccionaba con recelo—. Te presento a Arcadiy Bravo.

—Este hombre no es tu *otto* —añadió, sin sacar las manos de las mangas.

—Cierto, señor Yamagama, pero es el hombre que está ayudándome a salvar a mi familia.

En un principio había pensado que la decisión de acudir al templo con Arcadiy podría ser desafortunada. Ahora casi confirmaba que así era, porque podía ver en los ojos de mi maestro el desacuerdo a que él me acompañara.

Cabeceó quedo. Temí que nos hubiese visto haciéndonos arrumacos en la entrada, que era lo más probable. Me reprendí por ello y por no haber tenido más cuidado.

—Entremos, Natsuki.

Giró sobre sus talones y condujo sus pasos hasta la entrada del santuario, donde se encontraban apostadas a los lados de manera curiosa unas ranas como guardianas, en vez de ser los típicos perros con cabeza de león. La mano de Arcadiy tocó mi codo antes de sujetarlo con delicadeza.

—¿Seguro que este tío es de fiar?

—Claro que sí —susurré, y al girarme casi lo besé.

Me impulsé hacia atrás para evitar esa cercanía, con el corazón latiéndome a mil por hora. Todavía estaba pensando de qué manera pedirle a mi maestro, al hombre que me enseñó junto con mi padre todo lo que sabía, que necesitaba de sus hombres más preparados para derribar a la escoria que tenía por marido. No encontraba las palabras exactas ni la petición correcta, y lo peor

de todo es que la cercanía del griego no hacía más que empeorarlo.

—¿Y si Haiden lo ha comprado? ¡La gente se vende por dinero! —se exaltó cuando comencé a caminar—. ¡Natsuki!

Volvió a sujetar mi codo para detenerme. Me giré de cara a él para tranquilizarlo, teniendo en cuenta que debía dejarlo en la calle mientras hablaba con Asahi.

—Espérame aquí.

—¡¿Qué?! ¡Y una mierda! —se quejó con un tono más elevado—. No me fío y no pienso dejarte sola. Se lo prometí a tu padre.

—¿A mi padre? ¿Cuándo le has prometido tú eso a mi padre? —Aquel detalle no me lo había contado.

—Bueno, en cierto modo se lo prometí —se entrompó, y su rostro se endureció—. No vas a ir sola.

Traté de soltarme, sin éxito. En medio de nuestra riña tonta oí el estruendoso suspiro de alguien muy cercano. Me envaré, rezándoles a los dioses kami y suplicándole a Arcadiy que me soltase del codo, porque esa cercanía ya no tenía explicación. Sin embargo, el griego estuvo más rápido. Elevó la vista y anunció con urgencia, delatándose:

—¡Aquí no pasa nada, señor Yamagacha!

Aguanté la risa por su equivocación. Añadí en voz muy muy baja:

—Yamagama.

—¿Qué? —me preguntó Arcadiy entre dientes, con las manos en alto como si alguien estuviese apuntándolo con un arma.

—Que es Yamagama, no Yamagacha.

Contuve la carcajada con más fuerza al ver que se desencajaba, pese a saber que ese detalle podría mandarlo todo al traste si mi maestro se enfadaba o pensaba que nos reíamos de él, pero es que estar con Arcadiy era eso o nada. Y adoraba poder sonreír y reír sin miedo. Estirar las comisuras de mis labios hasta que me doliesen, por lo patoso que pudiera llegar a ser con mi cultura, nuestros nombres o cualquier cosa que se relacionase con Japón.

—¡Oh, mierda! —bisbiseó con hastío. El *shogun* puso mala cara porque lo oyó—. Disculpe, señor Yamagama.

Tras un enorme resoplido que resonó por todo el santuario y llegó hasta el torii, mi maestro alzó la mano derecha, indicándonos que podíamos entrar los dos. Sonreí de medio lado cuando Arcadiy se pegó a mi oído y dijo:

—¿Lo ves? Al final les caigo bien. Es solo que tú no me dejas desenvolverme con los japoneses.

Ahora sí que reí con alegría, aunque en voz baja y tapándome la boca como una adolescente, porque era único. Golpeé su pecho en broma y se

quejó de manera fingida mientras caminábamos por el extenso pasillo del santuario, en dirección a la parte trasera.

—Habéis hecho un viaje muy largo desde Magome, mi querida *deshi.* Así que, como era conocedor de vuestro camino, os hemos habilitado la casa de las afueras del santuario para los dos. —Se detuvo y miró a mi acompañante de arriba abajo—. Evidentemente, con camas separadas.

Me conmovió que se refiriese a mí como cuando era su alumna, que a fin de cuentas era lo que significaba aquella palabra, aunque más bien siempre la había usado como si quisiera llamarme discípula. Cabeceé en señal afirmativa, sin embargo, la duda salió de mi boca antes de que la contuviese:

—¿Cómo sabía que vendría hoy, maestro Yamagama?

Sonrió antes de continuar con su paso, todavía sin sacar las manos de las mangas de su túnica.

—Tu padre me lo dijo.

Miré a Arcadiy con la estupefacción reflejada en los ojos.

—¿Cómo dice? —inquirí, por si no lo había escuchado bien.

Me aventuré con descaro hasta colocarme a su lado, sintiendo la presencia del griego a mi espalda. Lo busqué con la mirada, deseosa de que me contase cómo era eso posible y por qué motivo mi padre no me había dicho nada.

—Me honra saber que el gran Eiji Tanaka le ha traspasado su legado a nuestra *deshi*, porque, a fin de cuentas, siempre fuiste y serás una hija para mí. —Su mirada me sobrecogió porque demostraba el cariño que me tenía—. Pero siento decirte que necesito que me demuestres que estás del lado de los Tanaka, y no de los Keitaro.

Eso me confundió. No me atreví a echar la vista atrás para que no apreciase mis dudas, aunque sí las tuve porque no tenía claro a qué se había referido. Entonces, ¿por qué me había preguntado por Haiden? ¿Por qué había parecido tan reacio a la hora de dejar entrar a Arcadiy? «Porque está poniéndote a prueba», me dijo mi subconsciente, ese que nunca se equivocaba.

No supe en qué momento se había detenido en mitad de un enorme jardín japonés en el que no había reparado. Mis ojos se elevaron cuando el silbido del hombre del que estaba enamorada hizo eco por el lugar.

—¡Oh!, señor Yamagama, va usted a tener que disculpar mi conducta, pero le tengo un asco a este tío que no puedo con él.

Sin anestesia, Arcadiy me atravesó por la izquierda y abrí los ojos como platos al ver sus intenciones. Cuando llegó a su altura, le asestó un puñetazo en la boca del estómago a la persona que había colgada en una barra que imitaba la enorme puerta del torii. Mi maestro pareció no inmutarse por su

gesto.

—Tu padre ha sido un hermano para mí, Natsuki. Yo sabía que acudirías a mí, y tu *chichiue* también. —Hizo una pausa en la que Arcadiy le reventó el labio inferior de otro puñetazo—. El tiempo apremia. Todos lo sabemos. Al igual que sabemos que Iwao Keitaro es una parte fundamental para Haiden, porque están solos.

—Solos con los monstruos que los acompañan —musité, mirando cómo se tambaleaba con una cinta americana en la boca.

En la esquina vi a Chiyo, con las manos a la espalda, a la espera. Encajé las piezas e intuí que sus hombres lo habrían capturado al salir de Magome, esa misma mañana tras nuestra disputa. Asahi me lo confirmó con un asentimiento breve, como si me hubiese leído la mente.

—Todo lo ocurrido estos días da a entender que no estás con Haiden. Que no estás con tu *otto*. —Contempló con seriedad a Arcadiy—. Te enseñé lo mejor que pude, lo mejor que supe, Natsuki, y no pienso desaprovechar mi tiempo con la gentuza que mató a los monjes que hace años vivían en paz con los dioses. Aquí —cabeceó en señal al templo—, sin molestar al resto de la humanidad.

—¿Cómo...? —intenté preguntar, estupefacta.

—Los hombres de Haiden entraron de noche hace un año —añadió con rabia, sin dejar de observar, ahora, a Iwao— y les rajaron el cuello mientras dormían porque no accedí a que mis guerreros se sumasen a sus filas.

El corazón se me encogió. Siempre había sabido que no éramos el bando de los buenos, pero tampoco de los sanguinarios que no tenían ni una pizca de bondad. No matábamos por matar, no matábamos por no llegar a acuerdos.

—Los Tanaka no somos así.

—Tu padre *no* es así —enfatizó.

—Ella tampoco —aseguró Arcadiy con rudeza.

Me coloqué delante de mi maestro, apreté la empuñadura de mi catana y sus ojos se fueron en esa dirección, tal vez pesarosos por pensar que había llegado allí para robarle lo poco que le quedaba, pese a que mi padre hubiese intercedido por mí.

—Has podido engañar a tu padre, hija mía. Entiéndeme —no dejó de mirar mi mano—, por amor cometemos muchas locuras. Y Haiden es tu *otto*.

Tragué saliva porque tampoco fui capaz de contener lo que mi garganta pedía a gritos que expusiera delante de todo el mundo. Ya me daba igual si Iwao corría a contárselo a su hermano, si se enteraba o no, aunque pocas esperanzas de vida tenía si estaba cautivo allí. Arcadiy se había acercado a nosotros, quedándose casi al lado del *shogun*.

—Haiden será mi marido por obligación, pero... —Miré al griego de manera inevitable, sintiendo que los ojos se me llenaban de lágrimas sin motivo aparente. Las retuve—. Pero yo amo a otra persona que no es él.

Creí apreciar que Arcadiy se tambaleó, siendo consciente de lo que acababa de declarar. Eso era un pecado gigantesco, uno que no se podía perdonar, y supe que llevaba grabada en la frente la infidelidad que había cometido, no solo al acostarme con Arcadiy, sino al haberlo dejado entrar en mi corazón de una manera arrolladora.

Mi maestro no mostró convencimiento alguno. Movió su barbilla de manera queda, lo que ocasionó que me girase para ver qué ocurría. Dos hombres descolgaron a Iwao de sus ataduras, le quitaron la cinta y lo dejaron con las muñecas atadas como única retención a sus posibles ataques.

—¿Cómo has podido?... —escupió con desdén—. Eres una zorra de mierda. ¡Haiden te descuartizará cuando sepa lo que acabas de confesar!

Me cuadré con galantería, estirando todos mis músculos, otorgándoles una perfecta sintonía para un próximo ataque. A las personas como yo no nos detenían unos amarres en las muñecas, y sabía que Iwao era capaz de soltarse sin ninguna dificultad.

—Tendrás que ganarte el salir de este recinto, Iwao —anunció mi maestro.

—Estoy en desventaja, ¡viejo de mierda! —le dijo con asco.

Asahi no se inmutó por los insultos.

—Te doy mi palabra de que ni Chiyo ni ninguno de mis hombres interferirá en vuestra lucha por sobrevivir. Mi palabra es mi honor, Iwao Keitaro.

No me pasó desapercibido el claro retintín con el que le había hablado. Acababa de darme cuenta de que mi maestro me había puesto a prueba desde que había llegado al santuario, de que mi padre callaba más de lo que pensaba, y también era consciente de que lo hacían para que yo misma tuviese una evolución en solitario.

Mis ojos se tornaron en una oscuridad prohibida. No podía verlos, pero sí sentir cómo me quemaban por la cólera que, con total seguridad, se había plasmado en forma de vetas rojas que llegaban hasta mis iris.

—Ya he golpeado a esta puta hasta la saciedad. ¿Cuánto cree que va a durar su *deshi*? —se burló del apelativo con el que mi maestro me llamaba.

Asahi extendió una mano en mi dirección, apartándose. Arcadiy me miró sin ninguna duda y eso me ensanchó el pecho y las ganas de matarlo. Ni siquiera había un atisbo de incertidumbre en su mirada; al contrario, todo lo que percibí fue una plena confianza en que lo conseguiría, por no hablar del brillo que bordeaba sus ojos; intuí que debido a mis palabras, que claramente

iban dirigidas a él. ¿Lo amaba? Claro que lo amaba, más de lo que me había imaginado.

—Hazlo papilla, tigresa —murmuró con arrogancia. Le lanzó un vistazo a Iwao lleno de despotismo y se colocó al lado del *shogun*.

El que había sido mi cuñado maltratador durante años hizo una breve pausa, deshaciéndose, tal y como había supuesto, de las últimas cadenas que le quedaban para ser libre. Sus ojos sanguinarios me contemplaron con demencia, aun sabiendo que, si me asesinaba, su hermano lo mataría.

Pero Iwao siempre había sido el perrito faldero de Haiden, el niño tonto que cuando había podido se había saltado las normas para ir en contra del mundo, como estaba haciendo ahora. Sopesé qué le habría dicho a su hermano de lograr asesinarme —que no sería el caso—. Con seguridad, se habría excusado diciendo que él no había sido. Era un mentiroso compulsivo que humillaba sin descanso a las mujeres, a los hombres y a todo ser que osase cruzarse en su camino. Un amargado que debería haber muerto hacía mucho tiempo.

No dejé que la rabia por todo el ultraje que había pasado en la vida me carcomiese. Esa no era mi enseñanza y no pensaba recular. No pensaba fallar porque, otra cosa no, pero estaba segura de que esa guerra iba a ganarla. De que iba a ganarme la plena confianza de mi maestro y la que los Keitaro habían roto, la cual no pensaba arrastrar.

Acentué mi mirada en él antes de decir:

—Tus respiraciones terminarán hoy, Iwao Keitaro. Yo te sentencio a muerte.

26

Su alma

Tenía claro que no debía entretenerme con Iwao, porque aquello podría significar problemas en otros lugares que no fuesen tan lejos de mi hogar, pero necesitaba lidiar solo un poco con la parte que tanto sufrimiento había recibido por su culpa.

Lo dejé danzar, creerse que casi podría golpearme, sin embargo, no permití que un solo movimiento de sus manos me lastimase.

Ya lo habían hecho suficientes veces.

Iwao apretó los dientes y su mano derecha recorrió un sencillo camino hasta pasar por el lado de mi mejilla izquierda. Lo visualicé a cámara lenta, como si de un hombre con efecto retardado se tratase. Mi gesto: imperturbable. Mantuve los labios sellados, el rostro relajado, las manos a la espalda... Cuerpo y mente trabajando al mismo ritmo, danzando con la misma energía, sintiendo cómo los elementos de la naturaleza se intensificaban.

Cada pisotón de Iwao en el suelo era tierra que llegaba a mí; cada golpe al viento, aire que me acariciaba; cada gota del sudor que perlaba su frente, agua que impactaba con mis botas. Cada mirada, cargada de ira, era el fuego abrasador que le quemaba las entrañas y que componía los cuatro elementos. Cuatro elementos que recargaban mi espíritu, sin que él lo supiese.

Continuaba sin notar tensión en el ambiente, pues mi maestro Asahi se encontraba tranquilo, a la espera de ver cuál sería mi reacción. Chiyo descansaba de pie en el otro extremo, sin desviar la vista de mí. ¿Y... había dicho en voz alta que amaba a otro hombre, mirando a Arcadiy? ¿Yo había hecho eso?

—¡¡¿A qué estás jugando?!! —me gritó exacerbado, con los dientes fuera y salivando como un perro rabioso.

Apreté los dedos a la espalda, con las manos entrelazadas. Lo miré fijamente. Aquel gesto pareció menguar a Iwao, porque su rostro cambió.

—¿Quieres que te corresponda? —cuestioné—. Te gusta golpear a las mujeres, Iwao Keitaro. ¿Por qué deseas que te lo ponga difícil?

Rio como un desquiciado.

—Una perra como tú —me señaló— no será capaz ni de rozarme.

—Menudo fantasma —escuché a Arcadiy de fondo.

No desvié la atención, pero supe que mi maestro había sonreído.

—Creo que confundes los términos, Iwao. A mi parecer, el que no ha sido capaz de darme un solo golpe has sido tú. Y llevas más de un minuto intentándolo.

Me enseñó los dientes, y oí de nuevo a Arcadiy:

—Esa es mi chica. No. No he dicho chica, es mi amiga. Mi conocida. No hablo más.

También supe que esa retahíla para intentar arreglarlo habría sido por la severa mirada de Asahi, que ya había percibido que sabía más de lo que decía.

—Mi hermano te matará...

—Ahora Haiden no está aquí, Iwao. Ahora —subrayé—soy libre de enfrentarme a ti sin temor a que me lastime tu hermano.

—¡¡Traidora!! ¡¡Eres de nuestra familia!! ¡No puedes matarme!

Torcí el cuello un poco para mirarlo con más claridad y provocación.

—¿Eso es miedo, Iwao?

—¡¡¡Arrrggg!!!

Tras ese grito de guerra, se abalanzó sobre mí. Rememoré los puñetazos en la mejilla, los tirones de pelo, cómo me había golpeado con un hierro para que entrase en la habitación de su hermano, cómo me había insultado...

Elevé una mano y detuve sin moverme su muñeca, retorciéndola y ocasionándole una fractura posterior en el codo al girarle el brazo con un brevísimo movimiento. Ni siquiera me había desplazado del sitio.

—¡¡Putaaaa!! —gimió de dolor, con una rodilla en el suelo.

—Tus actos han sido denigrantes. Vuestros —rectifiqué— actos. No te debo nada, Iwao Keitaro. Ni a ti ni al miserable de tu hermano.

Rio de nuevo, haciendo el amago de levantarse. Cuando estuvo frente a mí, yo había retomado mi postura zen, con las manos a la espalda y la barbilla muy alta. Elevó el brazo sano, pero antes de que llegase a efectuar siquiera el movimiento, desplacé mi peso libremente, de manera precisa y casi perfecta. Extendí las manos hacia atrás, como si fuese un ave a punto de tomar el vuelo, y asesté un golpe de impacto certero en el centro del pecho de Iwao.

Cayó de espaldas con un sonoro golpe, tosiendo y casi sin poder incorporarse. Me miró desde abajo. Un hilo de sangre comenzó a deslizarse desde la parte trasera de su cabeza. Al darse cuenta de aquello, me contempló

horrorizado y aseveró:

—Siempre has sido más que un caballo para Haiden. Has sido su arma letal... —murmuró.

Había sido su arma letal, aunque Haiden nunca me había usado para sus fines. Y ahora lo agradecía enormemente, porque me habría convertido en un monstruo como ellos. Agradecía de forma infinita no haberme involucrado, haber recibido todos esos golpes y desprecios, porque, de una manera irónica, me habían salvado la vida.

—Los caballos son muy ágiles en un tablero de ajedrez, Iwao. Tienen la facilidad de saltar grandes tramos. Se mueven con sigilo y son determinantes casi siempre para ganar. —Ambos nos miramos fijamente a los ojos, como si quisiésemos decirnos más de lo que hablábamos. ¿Pude ver arrepentimiento en su mirada?

—Pero los caballos son animales que pueden manejarse, que puedes humillar. —Rechinó los dientes, incorporándose—. Son figuras que usas a tu antojo hasta que te cansas de explotarlos.

Su cuerpo escuálido quedó a un palmo de mi rostro. No me moví. No le tenía miedo. Aquella mirada oscura, aterradora y llena de pecados imperdonables lo consumirían en la siguiente vida.

—Hasta que se rebelan y ya no puedes manejarlos. Se convierten en animales salvajes que luchan por su vida.

El silencio se extendió. Tuve claro que el desvanecimiento de las fuerzas de Iwao había sido porque le habían bastado unos minutos para ser consciente de que no tenía nada que hacer conmigo si yo así lo quería.

Rio con maldad, negó con la cabeza y señaló con desprecio a Arcadiy.

—¿Vas a hacer tu vida con un extranjero? ¿Ese es el hombre al que amas, por encima de mi hermano?

No dudé en responder con serenidad:

—Yo nunca he amado a Haiden. Nunca.

La rabia subió por sus mejillas. Atisbé de soslayo que sacaba un puñal de un lado de su pantalón. Yo aún llevaba la catana colgada, aunque no pensaba utilizarla para mancharla de su sangre.

Con un golpe certero del canto de mi mano en su antebrazo sano, el arma cayó mucho antes de que lograse levantarla para clavármela. Elevé la rodilla izquierda, y a continuación se sucedieron una serie de movimientos y golpes que Iwao no consiguió detener. Mis manos y mis piernas parecían una sola energía, moviéndose en una sincronización perfecta, al estilo del *kung-fu*. Hipnótico, majestuoso, impresionante e imparable.

No consiguió frenar ni un solo ataque, viéndose recluido a una esquina del

patio arenoso en el que nos encontrábamos. El terror invadió cada rincón de su níveo semblante. Ya no sabía adónde mirar, qué acometida tratar de frenar o siquiera dónde pisar. Mi último asalto fue una patada en el aire acompañada de un giro de ciento ochenta grados que lo tumbó. Pude escuchar el crujido de su mandíbula, al igual que vi cómo varios dientes eran desperdigados por la arena.

—Sé que va a pedirme una prueba a mí también, ¿me equivoco, señor Yamagama?

Fue una pregunta directa de Arcadiy a mi maestro. No lo vi, aunque supe que había asentido porque el hombre del que andaba perdidamente enamorada apareció por mi derecha y se colocó detrás de un Iwao que intentaba levantarse, sin éxito. El que fue mi antiguo cuñado —porque no lo había tratado nunca como tal— hincó una rodilla en el suelo y me observó con rencor. Entonces, como si ese hilo del que mi *chichiue* hablaba me tirase, levanté la barbilla y allí estaban esos impresionantes ojos celestes que me enloquecían, pidiéndome un permiso sencillo con una breve mirada. El pecho me ardió con tanta fuerza que amé muchísimo más el acto que Arcadiy estaba a punto de ejecutar.

—Que los dioses kami te perdonen, Iwao Tanaka.

El viento se llevó mi último susurro cuando llevé mis manos a la espalda, en la posición que tanto le gustaba al griego. Lo contemplé con adoración, sintiendo las pisadas sólidas, determinantes y dispuestas a terminar con un ser despreciable para la humanidad.

—Natsuki... —agonizó Iwao, con los ojos cristalinos, a punto de desbordarse.

Lo miré con todo el dolor del mundo. No dolor por su muerte, sino porque no había sabido apreciar la vida que los dioses le habían regalado. La había desperdiciado y pagaría por ello, no me cabía la menor duda.

Arcadiy sujetó su cabeza, sin apartar su fiera mirada de mí, y le partió el cuello en un movimiento seco. Eso me recordó a las palabras de mi padre, a las que yo no le había dado la importancia que en realidad tenían.

El cuerpo sin vida de Iwao cayó a plomo y el silencio reinó en el patio durante unos segundos en los que nadie abrió la boca.

—Chiyo —lo llamé, y acudió con una pronta reverencia—. Parte a Magome de manera inmediata. En cuanto los hombres de Haiden descubran que su hermano ha muerto, irán a por mi padre.

—Como ordenes.

Un cabeceo bastó para que se marchase de allí sin hacer ruido. Me giré hacia Asahi, a la espera de que se pronunciase. Su mueca conforme fue

suficiente; entendí su agradecimiento por lo ocurrido con el resto de los monjes del santuario. Aun así, se lo hice saber:

—Lamento mucho lo ocurrido en tierra sagrada, Asahi-dono Yamagama. Sigo y seguiré siendo leal a los dioses kami. Espero que esta prueba sea suficiente. —Le señalé el cuerpo sin vida de Iwao.

—A diferencia de los Keitaro, a nosotros todavía nos queda alma. —Elevó una mano para llamar a los monjes que quedaban—. Prepararemos su funeral. Ahora, mi querida *deshi*, debo entregarte un regalo.

Arcadiy se mantuvo al margen, aunque sin perder detalle de lo que podría suceder, mientras los monjes entraban y recogían el cuerpo de Iwao. Antes de que se lo llevasen, el griego, que no se había visto resarcido con solo haberle partido el cuello, preguntó:

—¿Es importante que el cuerpo esté entero para el entierro?

Ambos detuvimos nuestros pasos. Mi maestro se giró para mirarlo con una sonrisa siniestra.

—La venganza es un acto que debemos aprender a perdonar, Arcadiy.

—No busco venganza, señor Yamagama. —Se detuvo y me miró—. Pero sí un mínimo de sufrimiento por el daño que han causado estos cabrones. —Señaló a Iwao.

Entendí que estaba refiriéndose a mi situación con ellos, y eso que no sabía ni la mitad, porque habíamos hablado en muy pocas ocasiones de las contadas veces que me habían maltratado. De nada servía envenenarlo con la vida que había llevado al lado de los Keitaro.

—Como precises, entonces. Si es por ella, no pondré objeción.

Asahi se dio la vuelta, como si no le molestara lo que quisiera que fuese a hacer el griego, sin embargo, yo sí me quedé embobada con sus ojos celestes, que no me quitaron la atención hasta unos segundos después. Se acercó sin pensárselo a mí, como si estuviese pidiéndome permiso de nuevo, y al final me solicitó:

—¿Me dejas tu catana?

Aquello me sorprendió, e inmediatamente llevé la mano a la empuñadura.

—Las catanas guardan el alma de las personas que la portan. No puedes usarla. —Toqué su antebrazo con cariño—. Está bien, Arcadiy, no tienes que hacer nada más. Yo estoy bien.

De soslayo, vi cómo mi maestro se detuvo, pero no se giró para mirarnos. Arcadiy resopló un poco y me hizo gracia.

—¿Y si te doy algo a cambio por que me la prestes? —me ofreció.

El maestro comenzó a darse la vuelta.

No lo entendí, aunque estiré las comisuras de los labios.

—¿Qué vas a darme para que te deje la catana? Ya te he dicho que...

Me interrumpió y di un paso atrás:

—Mi alma. Te doy mi alma para que la guardes junto a la tuya.

No osó tocarla hasta que no moví la cabeza de manera leve en un asentimiento que apenas percibí. ¿Había dicho que me daba su alma? Tal vez no llegase a entender lo que significaba para alguien tan espiritual como yo que te dijesen eso. Pude ver la perplejidad en el rostro de Asahi, quien no apartó la mirada de nosotros ni por un instante.

Arcadiy dio un paso hacia mí, el mismo que yo había retrocedido, llevó la mano a la empuñadura y tiró de Hiroko Megumi con celeridad hasta que la desenvainó. Regresó sobre sus pasos, sujetó el pelo de Iwao, le cortó la cabeza sin dudar y se la entregó a uno de los monjes. Limpió la hoja en la camiseta del muerto antes de caminar hasta mi posición. Sin mediar palabra, la enfundó y depositó un beso en mi frente, con un cariño que sobrepasó los límites de lo permitido.

—Esperaré aquí.

Se apartó, aunque supe que había una clara advertencia a mi maestro. Si sus intenciones eran malignas, ya sabía a qué podría atenerse con él. Yo no dudaba de Asahi, pero entendía que Arcadiy no lo conocía.

Con un mutismo necesitado, ambos entramos en una sala de rezo donde nos quedamos solos. Se acercó a un mueble de madera en el centro y de allí sacó un sobre blanco con mi nombre escrito en la parte delantera. Tendió su mano en mi dirección.

—¿Qué es esto? —le pregunté al cogerlo.

Se tomó sus segundos para responderme:

—Tu padre no ha hecho nada a tus espaldas, así que no te enfurezcas con él. Solo ha adelantado los acontecimientos. Lleva mucho tiempo haciéndolo, y tú también has estado mucho tiempo fuera de casa, hija.

—He estado buscando a la persona que les arrebató la felicidad —repuse.

—Y has estado buscando erróneamente. —No lo comprendí—. Peter Callum fue el que quiso eliminar a tus padres, eso es completamente cierto, pero he de decirte que la persona que ordenó aquella ejecución sin justicia fue la familia Keitaro. Aunque eso tú ya lo intuías.

Asentí, sin sacarlo de su error. Siempre supe que todo había sido orquestado por Ayari y sus hijos. O más bien por su hijo Haiden, con el fin de liderar todo.

Asahi habló de nuevo:

—En efecto, todo por el poder de una organización que blanquea dinero, trafica con órganos y está metida en la corrupción política. ¿Sabes cuántos

amigos tiene tu *otto* ahora mismo?

—No.

—Muchos, mi querida *deshi*, y para acabar con ellos tienes que hacerlo de manera premeditada, con cuidado, siendo limpia y precisa. Es más, el nuevo comienzo está por despertar con el clan Tanaka. Sé que harás las cosas de manera distinta.

—¿Aunque eso signifique continuar siendo los malos de la historia?

—El bien y el mal es una balanza que siempre está en desequilibrio y que nosotros tenemos que equilibrar, Natsuki. Con este acto —señaló hacia fuera, indicando a Iwao—, estás acabando con más mal del que te imaginas. Siempre hay personas peores que nosotros. No te fustigues por eso.

Despegué la tapa del sobre y saqué unos documentos que había en el interior. El primero ocasionó que me diese un vuelco el corazón. Lo miré con sorpresa, con los ojos abiertos por el asombro. No pude hablar, pero él sí que lo hizo:

—Llevas viviendo en una cárcel desde que tenías catorce años, aunque la pesadilla comenzase de verdad en tu decimosexto cumpleaños. Tu padre y yo hemos luchado por tu libertad, hemos coincidido en ayudarte hasta nuestra última respiración para derribar a los Keitaro. Sabemos que para ti esto es una parte fundamental.

»No eres ni nunca serás una deshonra, y rezaré por ti todos los días de mi vida para que los dioses kami te perdonen los pecados cometidos antes de que tuvieses este documento. —Aguantó una sonrisa, pero a mí me latía el corazón con mucha fuerza—. Eres libre de hacer tu vida como te plazca, Natsuki. De entregarle tu amor a quien verdaderamente ames. De ser feliz.

»Al alba, te esperaré frente a Kamiiso No Torii, con los hombres que lucharán por ti. Ahora, descansad. Uno de los monjes ya se ha encargado de entregarle la llave de la casa donde dormiréis al hombre que te ha entregado su alma.

Había hecho un apunte muy grande al final de su explicación, como si todo el mundo hubiese sido conocedor de lo que sentía por Arcadiy con solo mirarme, mucho antes de haberlo puesto en mi boca delante de todos.

Cuando el maestro estuvo a un solo paso de abandonar la estancia, aún con el papel de mi divorcio en la mano, le pregunté:

—Si siempre has creído en mí, ¿por qué me has puesto a prueba?

Giró el rostro lo justo para que le viese la sonrisa de satisfacción y anunció con orgullo:

—Porque quería comprobar que mis enseñanzas todavía vivían en ti. Que no habías cambiado. Honradez, justicia, valentía, compasión, cortesía,

sinceridad y lealtad —recitó—. Yo jamás dudaré de ti, Natsuki-dono Tanaka. Jamás.

Las piernas me temblaron cuando añadió aquel sufijo arcaico que solo utilizaban en películas o excepcionalmente para dirigirse a los verdaderos samuráis. No solo significaba eso, sino que también guardaba un respeto absoluto por la persona a la que estabas nombrando. Tragué saliva y guardé el papel del juzgado de Tokio.

No sabía cómo lo habían hecho, tampoco quería averiguarlo, pero de lo que sí podía estar segura era de que, por fin, era libre de las garras de Haiden y de que, ahora más que nunca, podría saltarme las normas de nuestro impuesto matrimonio. Era libre. «Libre...». No significaba nada, materialmente hablando, pero de una forma emocional sí. Por mi cultura, sí, aunque mi padre no le diese importancia, para mí la tenía.

Salí de la estancia en busca del único hombre que comprendería la emoción que me recorría por las venas y lo encontré apoyado en una columna de madera, fumándose un cigarro en un recinto en el que estaba prohibido, a mi espera. Bajó la pierna que tenía flexionada en el palo, me miró como si acabase de llegar su salvación y caminó hacia mí con largas zancadas. Sus dedos tocaron los míos en una caricia suave, los entrelazó y tiró de mi mano para que lo siguiese hasta lo que supuse que era el hospedaje que los monjes nos habían dejado. Abrió la puerta con rapidez, me empujó al interior y cerró de un puntapié. Me quitó el sobre de las manos, lo dejó sobre un recibidor de la entrada y me contempló durante demasiado tiempo.

A la izquierda advertí que había una bañera en forma de luna, llena de agua y preparada con unas velas aromáticas de luz tenue. A la derecha de esta, un futón enorme, al contrario de lo que había aseverado Asahi. Los ojos de Arcadiy se tornaron oscuros, o fue el destello del atardecer lo que ocasionó que lo apreciase más peligroso.

—Estamos en una zona sagrada —murmuré como una tonta, embobada y sintiendo que las piernas me cimbreaban.

—Para ser una zona sagrada, se han esmerado bastante. —Apuntó con el dedo índice hacia la bañera.

Dio un paso.

Yo lo retrocedí y entrelacé las manos con nerviosismo.

Había visto esa mirada antes, la de perder el juicio, la de la locura, y no tenía claro si pensaba desatarla o no. Sin embargo, la incertidumbre no era lo que me hacía retroceder, sino las ganas de tirarme a sus brazos, las ansias por que me besase, la necesidad que tenía de decirle a los cuatro vientos que lo amaba de verdad. Y, por muy contradictorio que pareciese, retrocedía porque

tenía miedo. Pánico a que me rechazase, pavor a haber malinterpretado sus palabras. «Te doy mi alma para que la guardes junto a la tuya». ¿Había sido un juego de palabras?

Otro paso suyo.

Otro paso atrás mío.

—¿A qué hombre amas, Natsuki? —inquirió y me descolocó. El corazón pareció querer salírseme del pecho e incluso creí que la habitación me daba vueltas.

—¿Para qué quieres que guarde tu alma con la mía? —cuestioné, esquivando su pregunta.

Detuvo el siguiente paso que iba a dar. Me observó con los ojos entrecerrados, dándome a entender algo que ya sabía: nosotros siempre nos decíamos la verdad. Siempre seríamos sinceros.

—¿A qué hombre amas, Natsuki? —repitió con mucha lentitud.

No sabía el motivo, no entendí la reacción tan nerviosa que me recorrió la garganta hasta que pude vocalizar un tenue:

—A ti.

Avanzó, se agachó para quedarse a escasos centímetros de mi boca y añadió:

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

Su tono fue ronco, profundo y tan alentador que sentí que mis pies levitaban.

—¿Por qué quieres que guarde tu alma junto a la mía, Arcadiy Bravo? —musité, envuelta en la magia de sus movimientos lentos, de sus fascinantes ojos...

—Porque quiero que mi alma se fusione con la tuya. —Hizo una pausa que me erizó la piel—. Porque yo te amo a ti, Natsuki Tanaka.

Una lágrima descontrolada salió de uno de mis ojos. Él la arrastró, haciéndola desaparecer en mi piel.

—¿Cómo sabes eso? —murmuré.

Elevé una mano para tocar su muñeca, pues la suya todavía continuaba en el aire, ahora acariciando mi piel con mimo.

—Lo sé porque estoy enamorado de ti. Lo sé porque no respiro si no estás cerca. —Cogió aire con dificultad, momento en el que atisbé el gran esfuerzo que estaba haciendo por contenerse y no abalanzarse como un salvaje—. Lo sé porque te necesito a cada puto segundo del día.

Temblando como una hoja, deslicé su muñeca derecha hacia abajo, entrelacé mis dedos con los suyos y musité:

—¿Y cómo vamos a unificar tantos kilómetros?

Me apenó aquella pregunta, pero era tan real, tan palpable, había tanta distancia, que me dolió en lo más profundo del alma saber que ese podría ser el detonante que destrozase algo tan bonito como lo que había nacido entre los dos sin darnos cuenta.

—Desmontaremos el mundo si es necesario, tigresa. Lo desmontaré por ti, si tú quieres.

Me olvidé de respirar. ¿Qué iba a hacer ahora que poseía una confesión tan grande? ¿Cómo no desmoronarme a sus pies si era lo que más había querido en la vida? Le importaba a alguien más que a mi familia, me quería cerca una persona que jamás habría imaginado. El mejor hombre con el que me había topado en mis veinte años pensaba ponerme el mundo a los pies si se lo pedía. No pude contener la emoción que me apretaba la garganta.

Fue suficiente una frase que lo dijo todo, que lo ratificó todo con el peso más grande que el de una montaña. Sin abismos, sin temores, con amor y pasión. Con un sentimiento tan puro que me asustó, porque sentí que de verdad había llegado a mi destino, que estaba en mi hogar. Que él era mi hogar.

—Mi alma es tuya, mi griego.

—Mi alma es tuya, mi tigresa.

27

Venciendo al miedo

Sujetó mi nuca sin previo aviso y me pegó a él tanto que mis manos aterrizaron en sus hombros para no perder el equilibrio. Jadeé en sus labios, presa de la desesperación que atenazaba mi entrepierna, al igual que la suya, que se abultaba a pasos agigantados.

—Arcadiy... —Gemí en su boca cuando nuestras lenguas se mezclaron.

Anduve de espaldas hasta toparme con el recibidor donde había soltado los documentos de mi divorcio. La cintura me impactó con la madera, aunque mis piernas tardaron poco en despegarse del suelo para entrelazarse en su cadera. Mi figura se movió insinuante en busca de los roces, las caricias y los mimos que tanto deseaba.

Mis caderas subieron y bajaron solas, como si alguien estuviese empujándolas para ser lascivas, desesperadas. Mis manos volaron con un impulso feroz hasta el filo de su camiseta, del cual tiré aunque nos separase momentáneamente. Nos miramos con tanta intensidad que el pecho me brincó.

—¡Vale! —Elevó las manos en el aire como si estuviese apuntándolo con una pistola. Mi confusión fue palpable—. Respeto que estamos en un lugar sagrado. —Miró de reojo la bañera, poniéndolo en duda. Reprimí la risa—. Pero sobre todo te respeto a ti, y si crees que esto es una falta a cualquiera de tus dioses, yo...

—Arcadiy... —lo interrumpí, y me prestó atención. Ya se había llevado las manos a la cintura en aquella pose tan chulesca—. Quiero que tú también seas libre. De la manera que sea. Conmigo.

Sus ojos se clavaron en los míos, y la separación de centímetros que había impuesto la acortó como un bestia, sin soltarme; como ese mismo animal

salvaje que había visto en ocasiones en su mirada, como ese hombre que no podía contener sus instintos más primitivos, los cuales se había negado a dejar salir con tal de no perjudicarme. Yo ya estaba dispuesta a permitir que me enseñase quién era de verdad, en todos los sentidos.

Solté las manos de la madera, afiancé su cintura con las piernas de nuevo y buscó la manera de tirar de mi camiseta mientras estaba colgada de él como un mono. No fui consciente del paradero de sus pies hasta que escuché un pequeño caño, el que salía de una de las esquinas de la enorme bañera, adornada también con unas flores flotantes que olían a jazmín.

Depositó mi cuerpo con brusquedad sobre el filo del mármol, se separó para establecer una distancia y, sin preguntar, agarró el cuello de mi camiseta con las dos manos y tiró de ella, lo que ocasionó que la partiese por la mitad. Aprecié cómo mi pecho subía y bajaba descompasado al ver el salvajismo con el que había roto la prenda.

Su mirada enloquecedora me hizo muchas promesas para lo temprano que era. Antes de lo esperado, sus manos habían sacado mis pechos del sujetador para agasajarlos y lamerlos sin descanso mientras sus dedos tiraban de mi pantalón hacia abajo, habiéndose desecho de mis botas ya.

No tenía ni idea de cuál había sido el truco, pero él ya estaba completamente desnudo y listo para enterrarse en lo más profundo de mí. El único impedimento que había entre los dos eran mis braguitas, las cuales miró de reojo al separarse de nuevo.

—No deberías pedirme que sea yo. —Sonó desesperado.

—¿Por qué? —Jadeé, con las pulsaciones a mil.

—Porque me vuelvo un pirado, Natsuki Tanaka.

Sonreí, fijándome en el enorme tatuaje tan particular, con aquella calavera atravesada por el rayo de Zeus, junto a todas esas esculturas griegas. Me sorprendí al darme cuenta de que estaba mordiéndome el labio inferior, insinuante, justo antes de introducir el pie libre en la bañera, instándolo a entrar con un breve cabeceo.

Mi atención se desvió hacia el enorme miembro que esperaba ansioso ser recibido y tragué saliva sin saber cómo pedirle que me enseñase más. Que quería aprender más sobre el sexo, sobre él. De cómo complacerlo hasta el extremo.

Quise creer que se había percatado de ese detalle, pues entró en la bañera sin apartarme la mirada, se sumergió y se colocó de rodillas, frente a mí.

—Pues vuélvete mi pirado, Arcadiy Bravo —musité juguetona.

¿Qué había hecho conmigo y por qué me había vuelto así? Rugió como un león, sujetó mi pantorrilla y tiró de ella hasta que me quedé muy cerca de la

erección que no dejaba de llamarme como la miel a las abejas. Lo pillé con las cejas alzadas a la espera de mi pregunta.

—Yo... —titubeé, y señalé su miembro—. ¿Puedo hacer más cosas, como tú?

—¿Como yo? —Entrecerró los ojos.

—Tú... Tú haces eso ahí.

Apunté mi sexo con los ojos, como si fuese evidente a qué me refería. Todavía me costaba hablar con más claridad, y deseaba que con el tiempo y con él me acostumbrase. Qué bonito y cuánto color vi esa noche en nuestro futuro. Lo que no sabía es que ni sería tan fácil pero sí muy incierto.

Sus manos llegaron hasta los dos extremos de mi ropa interior, tiró con fuerza de ambos lados y la partió, dejándome expuesta. Sentí que la humedad se deslizaba entre mis muslos por ese gesto arrebatado.

—Claro que puedes, pero... ¿Estás segura? —cuestionó; creí que al borde del infarto.

—No tengo miedo, Arcadiy. —Me llevé una mano al pecho, como si estuviese jurándoselo—. Te prometo que no lo tengo. No contigo.

Inspiró con mucha fuerza y soltó el aire contenido unos segundos después. Atisbé cómo tragaba saliva antes de asentir. Desapareció debajo del agua, para mi sorpresa, y se acercó a mí. Cuando levantó la cabeza, lo hizo después de darme un mordisco en los labios inferiores, y di un salto seguido de una risa histérica cuando aterrizó en mis pechos. Besó la punta de mi nariz al subir, empapado de agua. Me quedé sin palabras, admirando las diminutas gotas que caían sobre mi piel, desde su frente, su cabello... Por los dioses, era perfecto.

Su impresionante cuerpo salió de la bañera para sentarse en el mármol del otro extremo, dejando a la derecha el chorrito de agua. Me acerqué a él a gatas, sin perder de vista su bonita mirada azul, enturbiada, pasional, y me quedé de rodillas delante de él. Movió de manera muy breve su poderoso mentón, indicándome que podía comenzar a explorar.

Mi pequeña mano derecha subió por su misma pierna en una caricia lenta —tenía la piel tersa, firme, tanto como lo era él—, hasta que llegué a la cúspide que andaba buscando. Recorrí con mis dedos la base, masajeando sus testículos y averiguando por primera vez que se movían de un lado a otro cuando los presionaba. Mi asombro no tuvo que pasar desapercibido para él porque lo escuché reír.

—No seas malo —le pedí con media sonrisa.

—Recuérdame que te haga una medalla a la mejor exploradora. —Lo pellizqué en esa parte y se quejó—. ¡Ah! ¡Eso es de mala!

—No te burles de mí, Arcadiy Bravo.

Rio con gracia, aunque su sonrisa se borró de un plumazo cuando mis dedos subieron por la longitud de su erección hasta la cabeza húmeda, perlada con algunas gotitas de su propia excitación.

Contuve la respiración, tal vez con el miedo implantado de no saber darle el mismo placer que él a mí. Sin embargo, como siempre, Arcadiy estaba ahí para disipar todas mis dudas y hacer que fuese más fácil.

—La tranquilidad es una de las cualidades de mi tigresa. —Sonreí, mirándolo desde abajo. Una caída de ojos me bastó—. Yo te guiaré. Y si hay algo que no quieras hacer, con decir *no* es suficiente.

Asentí, porque quería hacerlo todo. Todo. Saqué la punta de la lengua, bordeé el contorno de su glande y di un lametón arriba. Era grande, vigorosa, con algunas venas muy marcadas y estaba rígida, preparada para mí. Estaba así por mí.

Sentí su mano en mi nuca, la cual subió con tacto suave hasta que sus dedos se enredaron en mi cabello mientras deslizaba la lengua por el tronco. Me envaré al notar ese agarre, estrujando mis cabellos en un puño. No me hizo falta decirle nada porque lo notó y soltó el amarre como si hubiese cometido un delito.

—¡No! —Lo detuve antes de que apartara la mano de mi cabeza. Mis ojos buscaron los suyos y noté el breve temblor en los dedos que me sujetaban—. No, Arcadiy. Hazlo. —Dudó. Dudó mucho. Y atisbé un reflejo de ira acumulada en sus perlas—. Por favor.

No dijo nada. Sin dejar de mirarme a los ojos, me sujetó otra vez. Le aguanté el pulso, porque sabía que de no ser así se levantaría y se marcharía de allí. Cuando tuvo el puño de nuevo, mi pecho bombeó con mucha fuerza e intenté por todos los medios apartar los pensamientos desafortunados que pretendían colarse por mi mente para molestar. Lo conseguí cuando mis ojos viajaron hasta el inicio de lo que había dejado a medias, donde lamí de nuevo cada resquicio de su falo.

—Abre la boca, tigresa.

Su tono fue ronco, ansioso, pero cargado de una cautela que jamás habría imaginado en un hombre como él. Subí, me quedé en el glande y obedecí, introduciéndomela después en la boca despacio, acomodándola, degustando su sabor, su longitud, el tamaño que ocupaba cada resquicio de mi cavidad. Experimentando por primera vez algo que no pensé que fuese a gustarme tantísimo.

Al principio fue lento, pausado, me permitió que investigase, sin embargo, la mano que mantenía apoyada en el mármol me indicó por sus nudillos

blanquecinos la contención que tenía. Recordé que sus movimientos eran sincronizados cuando él me lo hacía a mí, que se volvían más agresivos, más rápidos, al igual que sus dedos cuando me tocaban, cuando buscaban el placer absoluto, así que me afané en succionar con velocidad, aumenté mis acometidas y profundicé hasta donde podía.

—Joder, Natsuki... —gruñó al mismo tiempo que llevaba su mano libre a la mía que estaba apoyada en su rodilla derecha.

La colocó en la base, que no me entraba en la boca, y comenzó a moverla de arriba abajo, protegiéndome con la suya para guiarme en los movimientos acelerados. La sentí más firme que antes, más dura. El puño en mi cabeza se tensó cuando lo impulsó con celeridad hacia abajo, acompañando a ese movimiento sus caderas, que ya se levantaban para penetrarme con descaro. Me volvía loca escucharlo gemir, porque eso significaba que tan mal no estaba haciéndolo.

Sin embargo, la perplejidad llegó a mí con rapidez cuando me apartó con brusquedad, jadeando, y se lanzó al agua para acorralarme. Lo observé. Él sonrió; creí que al borde del colapso.

—No puedo más. Otro día seguimos con las clases —me dijo de manera apresurada, y reí.

Besó y chupó mis labios hasta la saciedad, sin importarle que acabase de estar saboreándolo a él. Era cierto que también pensé que no debería ser escrupuloso en ese sentido, porque yo misma había probado mi sabor cuando él me había lamido.

Se separó sin darme tiempo de reacción, me giró de cara a la bañera y tiró de mis piernas hasta que las coloqué como si fuese un gato. Atrajo mis caderas hacia arriba, dejándome completamente expuesta. De forma momentánea, sentí una vergüenza tremenda al estar así, y di gracias a los dioses por que no me viese la cara.

Sin decir ni media palabra, noté que su lengua pasaba en toda su extensión desde mi clítoris hasta mi agujero, lasciva, deseosa, feroz. No supe cómo reaccionar cuando su lengua se coló... allí. Me tensé, lo que ocasionó que mostrase en mi interior la rigidez del nuevo descubrimiento. No respiré, pero sí que fui consciente de cuándo salió.

—Tranquila, tigresa. Solo voy a explorarte hasta que veas las estrellas.

—Me gustan las estrellas —musité agónica, sin pensar.

Rio.

—Eres una perversa encubierta y has estado engañándome para volverme loco...

Tampoco me dio tiempo a rebatirle, porque introdujo la lengua como si

estuviese penetrándome mientras sus dedos buscaban mi clítoris, el cual masajeó en círculos, de arriba abajo sin reparos, descontrolándome. Me sentía tan húmeda que dejé de escuchar por el momento cómo me decía lo bien que sabía, las ganas de follarme que tenía y lo mucho que deseaba que me corriese en su boca. ¿Cómo podía hablarme así? Sentí envidia de no ser capaz de expresarme igual, con libertad y sin avergonzarme, porque esa boca sucia me alteraba muchísimo.

—Vas a correrte, tigresa —susurró al sacar la lengua—. Vas a correrte en mi boca hasta que me empapes de ti.

Por supuesto que lo hice, segundos después de que esa lengua viperina entrase y saliese una, dos, tres, cuatro... Afiancé las manos al filo de la bañera, a punto de partirme los nudillos y reteniendo el grito demoledor que me subió por la garganta hasta casi hacerme un agujero profundo del mismo gustazo.

Cinco, seis, siete, ocho...

—Oh, por favor, Arcadiy... —Gemí con desesperación.

—Voy a reventar. Me tienes al borde del puto infarto, joder —se quejó.

Creí desfallecer cuando desapareció de allí. Mis ojos se clavaron en el tatami, lleno de agua por todos lados, y me dio un poco de vergüenza que los monjes hubiesen escuchado la escandalera que habíamos armado. Solo un poco.

Las manos de mi hombre subieron por mis costados, con la intención de girarme. «Mi hombre. Mi griego». Qué bien sonaba aquello. Adiviné que pretendía darme la vuelta, sin embargo, sabiendo que había sido capaz de afrontar que me sujetase del cabello, auné todas mis fuerzas y se lo impedí.

—No. —Casi palpé la tensión—. Así. —Giré el cuello para mirarlo—. Quiero que... Quiero que... —Aguantó la risa y me dieron ganas de ahogarlo —. ¡Arcadiy!

—¡¿Qué?! —Soltó mi cintura y elevó las manos en el aire, riéndose.

—¡No te rías de mí! —Le di un golpe seco con mi trasero y abrió los ojos como platos, con gracia.

—Uuuh, ¿estás insinuándome algo, tigresa? —Su tono había cambiado, aunque todavía lo marcaba un deje de broma.

—Quiero que lo hagas así —le pedí con tono neutro.

Me miró mucho, quizá intentando leerme el pensamiento.

—Natsuki... —La rudeza había vuelto, pero iba enmascarada porque estaba a punto de soltar una negativa.

—Hazlo así —repetí—. Eres la única persona que va a borrar mis miedos, griego. Lo siento aquí. —Solté una mano y me toqué el corazón.

Cogió mucho aire. Sabía que para él también era muy difícil hacer todo lo

que estaba pidiéndole en unas horas, pues había sufrido la amargura de tener que ver en persona cómo me hacían cosas horribles. Busqué su mano bajo el agua, colocada a cuatro patas, con la libre sujeta a la bañera. La alcancé, tiré de ella hasta mi cintura y le dije de carrerilla y sin titubear:

—Fóllame, Arcadiy.

Me miró con detenimiento, como si estuviese planteándoselo con seriedad. Yo sabía que no aguantaba más, que lo tenía al límite, así que empujé mi trasero por segunda vez, dando de lleno donde quería. Gruñó, se acercó a mí y asintió muy despacio, como si no estuviera de acuerdo. Fue a alzar un dedo en el aire, pero me adelanté, pues tenía una única duda:

—Solo dime si dolerá. Sé que si no quiero, solo tengo que decirte que no. Lo comprendo —añadí a galope.

Despegó los labios, los frunció, se quedó sin aire en los pulmones y negó con la cabeza. Me sorprendió que al final dijese, justo antes de que girase mi rostro en dirección a la pared:

—El sexo no duele, Natsuki. El sexo se disfruta. El sexo es libre y placentero, no doloroso. Mírame. —Retrocedí el movimiento de mi cuello—. Y no dejes de mirarme en ningún momento.

Quería ver mi expresión por si le mentía. Lo entendía, de verdad que lo hacía. Por eso mismo obedecí, sin apartarle los ojos cuando noté que su falo se aventuraba en mi cavidad, dilatada y lista para recibirlo. Entreabrí los labios de puro placer cuando se incrustó, y sentí que no existía una sensación más maravillosa en el mundo que cuando nos uníamos. Ya me había demostrado que el sexo no era serio, sin sentimientos, sin delicadeza. El sexo con él estaba lleno de momentos inesperados, de risas, de lujuria, de tensión sexual, de ganas de conocernos a fondo. Y eso me sobrecogió el pecho.

Apreté la mandíbula al sentir cómo salía y entraba, al principio con lentitud, sosteniendo mis caderas con firmeza, sin consentir que se moviesen. El agua salía y salía hacia la superficie, nuestros sexos chocaban, otorgándole música al momento. El sonido de nuestras pieles rozándose, amándose sin límites.

—Es... —Gemí—. Es... impresionante —le dije de manera entrecortada.

Una mano se separó de mi cadera, subió por mi espalda y delineó mi columna entera hasta mi cuello, provocándome un escalofrío. Separé los labios con ganas de besarlo hasta desfallecer, y lo escuché decir alto y claro:

—Déjame que lo haga más impresionante todavía.

La mano desapareció, presa de la urgencia por tocar mi cuerpo, hasta que se aferró a mi trasero. Masajeó mis cachetes y terminó en la entrada de mi ano. Estaba tan excitada que sentí su dedo presionar sin reparo alguno, sin

contención y con ganas de trastocarme los sentidos, porque un orgasmo me arrolló con atrocidad. Me revolví en el agua, sin conseguir mantenerme de rodillas durante más tiempo. Lo noté tensarse en mi interior y le supliqué, antes de que lo hiciese:

—Quiero verte...

No dudó.

Alargó la mano, sujetó mi brazo y tiró de mí hasta que se colocó en el mismo sitio donde lo había probado. Me acomodó en medio de sus piernas, todavía de rodillas. Notaba los espasmos del orgasmo recorrerme las venas, las manos me temblaban y el pulso me latía con mucha fuerza.

Había apoyado mis manos en sus rodillas mientras él se maltrataba con la mano derecha el miembro, arriba y abajo, en movimientos incesantes y ágiles. Jadeando, sin dejar de observarme. No quise interrumpirlo, pero necesitaba besarlo con urgencia, por lo que busqué prioridades en mi mente y supe que, si él había sido capaz de regalarme un orgasmo con su boca, yo también debería poder hacerlo.

Vi cómo fruncía el ceño, como si hubiese adivinado mis intenciones, en el instante en el que detenía su mano y no lo pensaba. Bajé la cabeza, me la introduje en la boca y succioné con tanta agilidad como pude, imitando sus libidinosos movimientos.

—Natsuki... —me advirtió, y tiró de mi cabello hacia atrás, sin llegar a separarme—. Tigresa, aparta. Me corro...

Se endureció tanto que sentí un enorme chorro caliente entrar en mi boca, pues no había consentido apartarme al instante. Lo hice después de recibir el primer impacto, sin dejar de masajear con mi mano el miembro que vibraba al son de las acometidas de mis dedos. Ahí vi cómo ese mismo caño salía de su glande, manchándome las manos e incluso salpicando en el agua mientras el cuerpo de Arcadiy se retorcía de placer y gemía y blasfemaba al mismo tiempo.

En el último resquicio de su placer, descendí mi boca y chupé unas cuantas veces más, con una satisfacción que no lograría explicar nunca. Quité mi atención de su erección cuando terminó de convulsionar y vi que se había llevado un antebrazo a la frente. Su pecho subía y bajaba con velocidad.

—¿Estás bien? —le pregunté con preocupación.

Se quitó la mano que lo cubría y allí se encontraban esos ojos que me perdían; a la vista estaba. No me contestó, pero sí se abalanzó sobre mí con la clara intención de besarme durante un largo rato. También tuvo la clara intención de repetir en la bañera, y aquello causó que nos quedásemos casi sin agua por el combate.

Había sido la experiencia más maravillosa en mucho tiempo.

Estábamos en el futón, tumbados, con la comida esparcida por todos los lados y los cuerpos desnudos enredados. Arcadiy se había empeñado en llenarme de *noodles* y chuparlos, por lo tanto, eso había derivado en que las sábanas se pusiesen de distintos colores menos blancas.

Me había reído mucho cuando uno de los monjes trajo algo para comer antes de que el sol terminase de ponerse. Acabábamos de salir de la bañera y, por ende, mi griego no había tenido ningún reparo en abrir la puerta con una toalla liada en la cintura. Yo lo había advertido de que podrían echarnos, pero él rebatió que en el coche también se dormía bien y también se podían hacer muchas *guarrerías*. Me reí lo indecente con sus salidas de tono.

—¿Qué sientes? —me preguntó, pues estábamos hablando de los papeles del divorcio. Los dedos de Arcadiy se encontraban enredados en algunos mechones de mi cabello.

—Nada —le respondí, apoyada en su pecho. La mano que tenía libre siguió recorriendo su cincelado vientre con suaves caricias—. Pero para mi estabilidad emocional lo necesitaba. No sé si lo entiendes.

—No comprendo tu cultura. Tenemos muchas disimilitudes en general, pero respeto tus pensamientos y lo que sea correcto para tu paz mental.

Elevé la barbilla y lo miré con atención.

—Serías un estupendo yogui, que lo sepas.

—¿Yogui?

Sonreí y me acomodé de nuevo.

—Sí. Verías la vida de otra manera, comprenderías la energía, los elementos... Ya sabes, las cosas de los *chalados* —me jacté por las palabras que había usado con anterioridad.

Me pellizcó el brazo y me revolví salerosa.

—No quise ofenderte, así que deja de tirarme pullitas, o vas a hacer que te castigue.

—No te tengo mieeedo —canturreé.

—Me parece bien —Rio—. Pero me parece mejor que venzas al miedo.

Alcé la barbilla de nuevo para mirarlo. Estaba pensativo. Sus ojos se fijaron en mí. Tenía la mandíbula tensa y su cuerpo se había convertido en un bloque sin apenas darse cuenta.

—¿Qué ocurre, Arcadiy?

Carraspeó, tragó saliva y se incorporó un poco hasta apoyarse en la pared.

Me erguí al ver que se desplazaba, y aunque creí que pondría distancia entre los dos, lo que hizo fue sujetar mis manos hasta indicarme que me colocase a horcajadas sobre él.

—Oye —se detuvo, apartó la vista un segundo y la regresó—. Yo... Yo no sé cómo se hace esto. Ni siquiera sé qué quieres que seamos. No sé si me explico.

Un nudo me amenazó el pecho.

—¿Quieres decir que te arrepientes de lo que has dicho?

Los ojos me brillaron debido a las emociones que llegaron de golpe a mi mente, haciéndose las películas que todavía no se habían verbalizado a través de su boca. Negó con la cabeza, se mojó los labios y habló:

—Eres la primera persona del mundo a la que le expreso mis sentimientos de manera abierta. También eres la primera persona a la que sé que amo de verdad y...

—A lo mejor solo sientes atracción por mí —musité, al borde del colapso.

Él se dio cuenta. Se mantuvo en silencio, enmarcó mis mejillas con las manos y afirmó tajante:

—Estoy enamorado hasta las trancas de ti. E-na-mo-ra-do —enfatizó muy despacio—. Sé que no te quiero; sé que te amo. Lo sé aquí. —Se tocó el corazón—. ¿Por qué te entristeces? —Coloqué las manos en sus muñecas, tratando de apartarlas con delicadeza—. Natsuki, no hagas eso.

Entendí que el gesto de apartarlo de mí le dolía más que nada, por lo que dejé las manos donde estaban. Besé primero una palma y después otra antes de responderle:

—Tú me has enseñado a reír. —No contuve las lágrimas que salieron de mis ojos. Sonreí y me imitó. Tenía los ojos brillantes—. Eres la primera persona que me ha dicho que me ama, la primera que me ha hecho sentir y la primera que me ha dado vida, Arcadiy. Vida. Si ahora decides marcharte, yo...

—La primera y la última —sentenció con posesividad y gracia.

—La primera y la última —repetí con una triste sonrisa.

—Eso no es cierto —me dijo, limpiándome las lágrimas con los pulgares —. Será la primera y la última siempre que tú quieras. Recuerda que te perteneces a ti misma, a nadie más. ¿Lo entiendes? —Asentí, pero no hablé—. Simplemente quería que supieses que no tengo tablas en relaciones con ninguna mujer, que no sé si seré un zoquete, un petardo para hacer la comida, alguien a quien no soportarás cuando se enfade por que se ponga como un niño de cinco años... En fin, lo que viene siendo la vida.

Prensé los labios al ser consciente de que esas dudas eran las mismas que tenía todo el mundo cuando comenzaba una relación.

—Si te sirve de consuelo, yo soy una novata en una relación sana.

—¿Sana te refieres a estar con un asesino a sueldo que va trotando por el mundo? —Enarcó una ceja mucho y reí.

—Te recuerdo que soy una samurái que puede dejarte KO de un movimiento, Arcadiy Bravo.

—Entonces podríamos formar un buen equipo, ¿no crees? —se jactó, tirando de mi cintura para pegarme más a él.

Besé sus labios castamente y murmuré sobre ellos, notando que su miembro crecía con rapidez:

—¿Y si dejamos que pase y ya está?

Sus manos se colocaron en mi trasero, me impulsaron hacia arriba y se coló sin ningún esfuerzo en mi cavidad, ensanchando mis paredes con decisión.

—Pero prométeme que no vas a obligarme a tomar té. Bastante tengo ya con tu padre.

Reí a mandíbula batiente, balanceándome de manera suave sobre él. Me llevé una mano al pecho:

—Te juro por los dioses kami y te doy mi palabra de honor que no te obligaré a beber té. ¿Qué te pasa con mi padre? En realidad, le gustas.

El gesto le pareció gracioso y yo vi a un dios griego delante de mí.

—Sí, le gusto tanto que me afirmó que *bebería* del té. Creo que me lanzó un embrujo o algo, porque también me dijo que tendríamos un niño y una niña.

Me detuve de sopetón, sin romper nuestra unión, coloqué una mano en su pecho y lo miré con los ojos muy abiertos.

—¿Que te dijo qué? Mi padre no hace predicciones a la familia.

—Ya, pues ahí me dejó claro que no le caigo tan bien porque no soy de la familia y quiso darme en los morros. —Se jactó.

—¿Esa descendencia es nuestra? —cuestioné, con el corazón a trote.

Le dio un palmetazo a mi nalga derecha e impulsó su cadera para que me moviese.

—Eso parece —añadió como si no fuese un tema importante—. Por cierto, cuando acabemos este asalto que me has hecho —abrí la boca de manera desmesurada, haciéndome la ofendida porque había sido él—, tenemos que hablar de un asunto que me pidió tu padre y que me veo en la obligación de contarte. Sinceridad para siempre, Natsuki Tanaka.

Esbocé una sonrisa y lo besé con mimo, demasiado feliz para que fuese verdad.

—Sinceridad para siempre, mi griego.

28

Lealtad Tanaka

Arcadiy Bravo

Dormir estaba sobrevalorado y los dos teníamos demasiadas emociones a flor de piel. Habíamos hablado de tantas cosas durante la noche que casi nos habíamos quedado sin voz. Me había deleitado con su cuerpo, con sus gemidos, con sus caras al perder el control de ella misma, con verla reír. Eso me había sobrecogido en muchos momentos, porque yo sí entendía que la vida se disfrutaba más a base de sonrisas divertidas.

Me coloqué la ropa que nos habían dejado en una de las sillas de la estancia, como si todo estuviese premeditado. Eran dos *tomesode*, según la japonesa, dos kimonos que usaban para asuntos más formales. No sabía qué sería lo que ocurriría frente al torii, pero ya comenzaba a erizárseme la piel como si vaticinase que sería algo grandioso.

Mi vestimenta era de color azul oscuro con algunos dragones rojos dibujados en la tela; el de mi tigresa era blanco con los mismos dragones en plata, y apenas se diferenciaban. «Mi tigresa». No alcanzaba a saber lo bien que sonaba eso en mi cabeza.

—Ni loco me pongo esas pantuflas —le dije, señalándolas con el dedo como si fuesen el diablo.

Natsuki sonrió. Era muy grande aquella tontería de verla estirar las comisuras de los labios. A ella, a la tía más seria sin gestos ni movimientos del rostro que había conocido en todos mis años.

—No son pantuflas —dijo acercándose a mí—. Se llaman *geta*, y es el calzado tradicional japonés.

—Con calcetines —repuse cuando sus manos se fueron al cuello de mi kimono—. Yo quiero mis botas militares negras.

—También puedes ir descalzo. —Se puso de puntillas y me dio un beso en el cuello.

—No pienso ponerme esa cosa fea. Me niego.

Se separó de mí, dio un golpecito en mi pecho con ambas manos y sonrió.

—¿Fase de niño de cinco años? —ironizó, sin borrar la sonrisa.

Puse morros, claro que los puse. Me encantaba verla tan relajada, sin miedos a tocarme como y cuando quisiera. De hecho, habíamos hablado mucho durante la noche acerca del tema, de que, si íbamos a una, no quería que tuviese barreras ni dudas para conmigo. La consideraba una mujer lista, una guerrera que sabía dónde debía estar y dónde no.

Declarándole mi amor a alguien... ¿Quién iba a decírmelo hacía solo unos meses? La respuesta era nadie. Y allí me encontraba, con la sensación en el pecho más grandiosa que había experimentado. Con ganas de besarla a cada momento, de tocarla, de quererla. Si eso era amor del verdadero, no deseaba desligarme del sentimiento nunca.

—Ya te advertí. Soy muy irritable. —Me crucé de brazos—. No pienso ponérmelos.

Ella iba descalza; según había dicho, para sentir la naturaleza, la vida del lugar sagrado en el que nos habíamos declarado los dos. No era supersticioso ni místico, pero ¿eso podría significar algo? Quería comprenderla, lo haría con todas mis fuerzas pese a tener mis reticencias, aunque lo haría por ella.

Un último vistazo bastó para indicarme que debíamos salir de allí, pues el sol comenzaba a despuntar en la ventana que había por encima de un gran espejo. Contemplar el cristal me dio escalofríos, ya que recordé que había puesto a la japonesa, que alcanzaba la puerta, de pie y desnuda delante de mí para que se viese, para que apreciase la belleza que tenía por fuera, la que estaba oculta a sus ojos.

Inevitablemente, la seguí tras calzarme mis botas negras, por supuesto. El día de recuperar la placa base en Tokio había llegado, y esa noche debíamos establecer un plan que nos llevaría a todos de cabeza a la boca del lobo. Al puto Haiden de los huevos, a quien tenía ganas de estamparle la cabeza hasta verle los sesos.

No me había quedado a gusto partiéndole el cuello a su hermano, pero sí que lo haría retorcerse un poco cuando viese su cabeza, si es que tenía remordimientos. Estaba todo más que planificado respecto a eso, pues esa cabeza había salido en dirección a Tokio, con hora de entrega, mientras Natsuki había entrado en la sala de culto con el maestro Asahi Yamagama, al cual pensé que ya le caía mucho mejor que al principio. Qué raritos eran los asiáticos y cuánto estaba costándome ganarme su confianza.

—¿Qué ocurre? —le pregunté al verla detenida en el acceso que daba a las grandes escaleras del santuario.

Se giró con un signo de duda en su rostro que no reconocí.

—¿Tú crees que estoy preparada para esto? —Me asombré y se me notó—. Quiero decir —movió las manos en el aire—, para liderar el clan de mi familia. Ya no tenemos organización, deberíamos crearla de nuevo, y yo no tengo tablas en eso. Me asustan los pensamientos de mi padre, no solo con respecto a mi madre, sino con él mismo. ¿Y si no sé liderar a los hombres que se quedarán a mi cargo? ¿Y si le fallo a mi maestro también? ¿Y si...?

Me planté delante de ella, puse los ojos en blanco y extendí una mano para taparle la boca. Me contempló con confusión al interrumpirla. Sabía que no era común en ella las interrupciones, pero, como ya la había avisado la noche anterior, yo tenía muchos defectos.

—¿Y si dejas de decir tonterías? —Alzó una ceja y sonreí—. No te he visto dudar nunca, ni siquiera cuando te encontré en el contenedor de mercancías, por mucho que te hicieses la tonta —apostillé, y solté su boca despacio.

—¿Vas a olvidarlo ya? —me preguntó con gracia.

—No quiero que te conviertas en una Natsuki dudosa. Tú no eres así. Y si el motivo de tus dudas empiezo a ser yo —se envaró y señalé la puerta de torii con humor—, atravieso esa puerta para que me parta un rayo.

—No puede partirte un rayo. —Rio.

—Bueno, pero se supone que está prohibido pasar. Así que la paso —le vacilé.

—Eres muy tonto, Arcadiy Bravo.

Dio un golpe seco en mi pecho, se aventuró a ponerse de puntillas y besó mis labios. Ese beso se vio interrumpido cuando alguien a nuestra espalda nos dio los buenos días de manera amigable, con un carraspeo de advertencia:

—*Ohayo*.

—*Ohayo,* Asahi-dono Yamagama.

—*Kalimera*, maestro Yamagama. —Me reí al darle los buenos días en griego. Aquello parecía la ONU.

El *shogun* sonrió según avanzaba por delante de nosotros. Escuché un claro «Por lo menos tiene humor», así que entendí que había comprendido el idioma a la perfección. Lo seguimos con pasos acelerados hasta un rellano en el que no había nadie, muy cerca de la maravillosa puerta. Eran impresionantes las vistas cuando amanecía, porque parecían sacadas de un cuento de hadas. De hecho, el lugar en sí ya transmitía una magia difícil de explicar. Continué viendo a Natsuki nerviosa.

Asahi se detuvo en el borde de las rocas, donde casi el agua calaba su larga túnica. Mantenía las manos ocultas bajo las mangas, como el día anterior. Podíamos decir que el señor parecía tener doscientos años. Cuántas cosas estaba aprendiendo en Japón, cuánto respeto y cuánto de todo.

—Natsuki, acércate.

Me quedé a un lado, a la espera de lo que fuera que quisiese hacer aquel monje-samurái-maestro, porque ya no sabía cómo llamarlo. Sabía de todo y me pareció alguien sumamente interesante.

De repente, un sonido que no esperaba se escuchó a mi espalda, como si fuesen muchos pies caminando en silencio. Metí la mano por la abertura de mi kimono para alcanzar la pistola antes de volverme como un huracán.

Al girarme, me encontré con al menos cincuenta hombres, todos vestidos con kimonos y *hakamas*, e incluso con las caras cubiertas por una tela del mismo color negro. ¿Habían salido del bosque? Sí, en efecto, habían salido de allí. La piel se me erizó, porque Natsuki todavía no se había virado para verlo. Ojiplático, busqué la atención de Asahi, que habló con voz fuerte y atronadora, impidiéndole mirar hacia atrás:

—Natsuki Tanaka, hija de Eiji y Kaori Tanaka de Magome, de la *kazoku* samurái, con sangre de nuestro *miko* legendario. —Eso me impactó más, aunque ya lo había visto en Tsumago—. Frente a uno de los lugares más sagrados de Japón, nosotros te consagramos nuestra vida, como líder del clan Tanaka, bajo el amparo de nuestra bestia sagrada, Byakko, el gran tigre blanco.

Regresé la vista al aluvión de personas que se había detenido a mi derecha, detrás de ella, y vi que todos tenían en la espalda ese tigre del que había hablado, asomando las garras en los hombros. Se me erizó la piel de nuevo, porque la situación era, cuanto menos, pintoresca. Parecía que iban a nombrarla caballero de la corte, y casi casi estuve en lo cierto.

El maestro se giró hacia un cofre de madera que acababan de dejar dos monjes en las rocas. Era muy largo, y acerté al pensar que contenía un arma. Yo ya había visto esa arma, porque se encontraba en un enorme tablón de madera en la casa de Natsuki. ¿Cómo había llegado hasta allí? Mi japonesa dio un paso atrás, estupefacta. No le veía la cara, así que adelanté dos pasos y me mojé las botas. Entonces sí vi que tenía los ojos brillantes, la expresión contraída y que su pecho subía y bajaba a mucha velocidad. Bastaron dos segundos para que alguien más se sumase a aquel descampado.

El corazón me latió con mucha fuerza, y eso que me caía fatal por tiempos. El señor Tanaka estaba allí, llevado en su silla de ruedas por Hana, la tía-mujer o amante, no sabía muy bien cómo calificarla, seguidos de Chiyo y

algunos de sus hombres, casi todos. Cruzamos nuestras miradas; la suya iba impregnada de un orgullo que no conseguía describir. Llegaron a mi lado en un silencio sepulcral, prestando atención a las palabras del maestro:

—Aquí, en Kamiiso No Torii, con Ōnamuchi-no-Mikoto, el kami guardián de la puerta, de los negocios y la familia, nosotros te juramos lealtad, Natsuki-dono. —Abrió el cofre, extrajo la catana familiar y las lágrimas de mi japonesa comenzaron a correr libertinas por sus mejillas. Me dieron ganas de borrarlas con mis besos, pero me contuve—. Este regalo es de tu *kazoku*, porque eres digna de llevarla, de nombrarla y de hacerla tuya hasta el fin de tus días.

Lo último me removió las entrañas. Miré a Eiji, conmovido por la situación. No había que ser muy listo para adivinar que si había pertenecido a él y estaba regalándosela a su hija, pese a llevar tiempo en el salón, era porque la decisión de marcharse con su mujer al otro supuesto mundo iba a ser taxativa. Me afectó en el pecho y en el temblor de mi mano derecha más de lo que hubiese imaginado. Aunque traté de disimularlo, fue en vano porque escuché que susurraba:

—Calma, Arcadiy-san. Sé que estará bien en tus manos.

No supe qué contestar. Entendía que se sentía un inútil en una silla de ruedas. A mí no me lo parecía y había muchas maneras de andar de nuevo. La tecnología avanzaba, aunque su cultura, su religión o lo que fuera por lo que estaba rigiéndose para tomar esa decisión no lo aceptase. Ahora tenía una nueva oportunidad con Hana, aunque eso significase que fuese a faltarles alguien esencial como lo era Kaori.

Hana apretó su hombro con media sonrisa, pero era triste. Muy triste. El *miko* le correspondió y le prestó atención al maestro cuando dijo en voz alta, para que todos se enterasen:

—¡Por los dioses kami!

Todo el mundo se llevó la mano a la empuñadura de las catanas. Los vellos se me erizaron hasta el cielo. Un grito corto y atronador resonó por todo el campo, como si fuera la breve amenaza de una batalla, algo como un «Jum», muy alto y muy claro. No había contemplado nada más hermoso en la vida.

—¡Honradez!

Las catanas se desenvainaron a medias, y no solo la del maestro, sino las de todo el ejército a la espalda de Natsuki, e incluso la de su padre y su tía. Sentí que el pecho me galopaba con mucha fuerza cuando se giró y vio lo que había detrás de ella.

—¡Justicia! —Otro grito por parte del elenco, y las catanas salieron completas—. ¡Valentía! —Dieron un paso adelante, espada en alto—.

¡Compasión!

En este caso, sujetaron el extremo de la hoja con una mano, mientras que la otra se mantenía en la empuñadura, de manera horizontal, como si le ofreciesen el arma a ella. La pose de Natsuki era erguida. Las lágrimas habían desaparecido, aunque estaban contenidas porque atisbó a su padre a mi lado. No se detuvo en ese punto, sino que continuó observando a los hombres que estaban jurándole la vida.

—¡Cortesía! —vociferó el maestro, y todos apuntaron con la catana hacia el suelo—. ¡Sinceridad! —Recogieron la empuñadura en el centro del pecho y miraron hacia el frente con honestidad. Tragué saliva visiblemente cuando acabó con su código de honor—: ¡Lealtad!

Como si fuesen una jodida partida de dominó, todos, absolutamente todos al mismo tiempo hincaron las catanas en el suelo y posicionaron una rodilla en la tierra, agacharon la cabeza y lo repitieron, tal y como habían estado haciendo desde que Asahi anunció el código del sintoísmo.

El aire dejó de entrarme cuando el padre de Natsuki apartó la catana, la apoyó en la silla de ruedas y, sin miramientos, se lanzó al suelo en la misma posición en la que estaban los hombres de su hija. Porque ya eran suyos. Colocó el arma y se mantuvo como el resto de los allí presentes. Busqué la mirada de mi japonesa, la cual estaba clavada en su padre con adoración y un orgullo difícil de ocultar.

Pensé que todo había acabado, que a partir de ahí podría respirar, sin embargo, me di cuenta de que no. A lo lejos, las figuras de tres hombres conocidos para mí aparecieron. Hombres a quienes tenía que preguntarles cómo habían acabado en Magome cuando Iwao apareció y, como era evidente, qué hacían allí. Se habían quedado rezagados y por eso no los había visto, pero pronto aligeraron sus pasos entre los hombres de rodillas mientras el maestro decía:

—Que los dioses kami te bendigan, Natsuki Tanaka. Que bendiga a tu ejército y lo cuide para que pueda servirte durante el tiempo que perdure tu legado.

Claudio se detuvo a mi izquierda, mojándose también. Se mantuvo con las manos por delante de su vientre, pareciendo más mafioso de lo que ya era, mientras Alessandro se colocaba a su lado en la misma posición, solo que este no iba ataviado con un traje chaqueta ni con un kimono, sino que se había vestido con su habitual ropa informal: pantalón vaquero y camisa celeste. Angelo... De Angelo no hablábamos, porque ya sabíamos cómo era. El color de ese día había sido el morado, en todo su esplendor.

La japonesa se giró, desenvainó la catana de su funda y la clavó en el

suelo, en la misma posición que su clan. Se arrodilló, mostrando esa humildad, esa empatía que la caracterizaba y la hacía diferente en el mundo de villanos en el que vivíamos, y se colocó como sus hombres.

—¡Por el clan Tanaka! —dijo firme y alto.

Todos lo repitieron y se me detuvo el corazón. Era una verdadera líder, e iba a demostrarlo con creces.

—Me pinchan y no sangro —musitó Alessandro—. ¿Nosotros por qué no hacemos eso?

Claudio gruñó. Entendí que su manera de consagrar a alguien dentro de su mafia era muy distinta a lo que vivimos ese día. No pude reprimirme en medio de tanta tensión, quizá porque la congoja de felicidad estaba asfixiándome.

—Pues anda que nosotros. Que es pum, muerto y te relevo —apostillé.

Alessandro se tapó la boca para no soltar una carcajada, pues Asahi estaba cerrando la ceremonia de fondo. Claudio nos llamó la atención de nuevo, esa vez con un gruñido un poco más alto, por si no lo habíamos oído. De los cuatro, desde luego era el más sensato, aunque el más impertinente de todos todavía no había abierto la boca. Me encontré con los oscuros y rasgados ojos de la mujer a la que amaba, a la que había amado durante toda la noche sin descanso.

—Nosotros no podemos ofrecerle lealtad a tu clan, Natsuki, nos debemos a nuestra *famigghia*. Estaremos aquí mientras él lo esté. —Claudio movió la cabeza en mi dirección.

Me sobrecogí cuando ella regresó su atención a mí, pues la había desviado momentáneamente a Claudio. Asintió sin objetar nada, supuse que entendiendo la situación.

Nunca le había debido lealtad a nadie, porque nosotros, Micaela, Jack, Ryan, Riley —aunque ya no estuviese, para nosotros siempre estaría— y yo, no habíamos formado ninguna organización ni mucho menos una mafia. Éramos criminales a sueldo, personas que en ocasiones trabajaban con la policía para sus fines, pero no teníamos ni una cosa ni la otra. No éramos como los Sabello, quienes sí eran una mafia. Las diferencias entre mafias y organizaciones eran abismales, no tenían nada que ver; los criminales como nosotros, mucho menos.

—Arcadiy-san Bravo —me llamó Asahi. Me exalté, aunque no lo demostré—. ¿Tu alma sigue siendo suya?

Los ojos de Natsuki brillaron. No supe el motivo de hacer aquello, pero busqué a Eiji, quien ya me miraba. Sin embargo, mi atención se fue al pequeño de los Sabello cuando habló:

—No abandonas a tu familia por eso, principito —musitó para que solo lo

escuchásemos su hermano y yo.

—Por fin dices algo con sentido —apuntó Claudio, ajustándose la chaqueta del traje azul marino.

Regresé la atención al padre de la mujer que continuaba sobre la roca, con el ejército a sus pies, postrado en el suelo en señal de lealtad. Entreabrí los labios, sin saber qué decir.

—¿Señor Tanaka? —le pregunté, sin tener claro el motivo.

—¿Arcadiy Bravo? —Me miró desde el suelo, con el mismo tonito que usaba siempre.

—¿Qué tengo que hacer? —musité, aunque vi de soslayo la sonrisa de Natsuki.

Eiji puso los ojos en blanco como si le hastiase mi pregunta. Yo me sentía presionado con tantísima gente a nuestro alrededor, aunque no estuviesen observándonos.

—¿Quieres a mi hija? —inquirió con dureza.

—La amo —le respondí sin dudar.

—¡La hostia!, pues ya no es un secreto —bisbiseó Alessandro, pero los ocho que estábamos allí nos enteramos.

—¡Alessandro! —lo regañó Claudio.

Eiji me contempló durante un largo rato que se me hizo eterno. Cabeceó en señal afirmativa y sus palabras me dejaron estupefacto. No sabía si era lo que esperaba o no, ni siquiera por qué había tenido el impulso de buscarlo a él, aunque pensé que podría haber sido ese halo de respeto que se respiraba en todo el país y, ahora, en ese lugar sagrado.

—Haz siempre lo que te dicte el corazón, hijo mío. —Que usase ese apelativo me tambaleó—. Os doy mi bendición.

Pude escuchar el resoplido de Alessandro y Angelo, porque habían estado aguantando la respiración.

—Estoy a punto de llorar de la emoción —argumentó el italiano que aún no se había pronunciado; imaginé que por el sobrecogimiento que causaba la escena en sí.

—Pues aguanta, que no tengo clínex —le dijo con socarronería Alessandro.

Claudio bufó exasperado. Los dejé atrás porque di un paso adelante en busca de la japonesa. Contuve todo el aire en el pecho, miré de reojo a la multitud que continuaba de rodillas sin inmutarse y sujeté las manos de mi tigresa.

—Sabes que no entiendo mucho de vuestras costumbres. —Barrí el campo de un vistazo y ella mantuvo la sonrisa a raya—. Pero cuando te dije ayer que

mi alma era tuya, lo hice con el corazón en la mano, Natsuki.

—No hace falta que hagas na...

Dejó de hablar en cuanto levanté una mano para interrumpirla:

—Quiero unirme a ti, a tu clan, a tu vida, a tus costumbres sin el té —oí una risa ronca de fondo y supe que era Eiji—, pero quiero hacerlo de verdad. No es una imposición. Simplemente, es ser nosotros. Poco a poco.

Cabeceé, como si eso fuese una señal obvia para que lo entendiese. Ella asintió, sin embargo, el maestro Yamagama no estaba por la labor de dejar algo en el aire, ningún cabo suelto. Regresó a su cofre, desde donde había venido la catana, por lo tanto, era del señor Tanaka. De allí sacó una botella de sake, dos vasos y dos... ¿rosarios? Miré a Natsuki con el ceño fruncido de manera inevitable. Ella abrió los ojos como platos y negó con la cabeza.

—Hoy es día once —anunció Eiji, y nos giramos.

—Por favor, que alguien le diga a esa gente que se levante, que me duele la rodilla de verlos —susurró Alessandro, mirando a Natsuki. Claudio retuvo el aire en el pecho y Angelo soltó una risilla.

La japonesa desvió sus ojos un instante a sus hombres y les ordenó a viva voz:

—¡Descansad! —Se elevaron a una y Natsuki miró atónita a su padre—: *¿Chichiue?...*

—¿Qué quiere decir que es día once? —preguntó Angelo antes de que me diese tiempo a mí.

—¡Que os calléis, cojones! —Claudio reventó y los dos cerraron el pico.

El grupito pequeño de esa zona hicimos como que no habíamos escuchado nada. El pecho se me comprimió un poco más al escuchar al señor Tanaka:

—No quiero que penséis que es una encerrona, pero sé que vuestro amor traspasará fronteras. De hecho, ya ha sido así sin que os percataseis de ello. Perdonadme si no quiero abandonar este mundo sin ver a mi hija segura, con nuestras tradiciones y nuestras costumbres, aunque sea a medias.

—El día once es un día sagrado para los japoneses, Arcadiy —me explicó el maestro, y pareció que me encontraba en un partido de tenis. Natsuki continuaba con mis manos cogidas, sin embargo, le temblaban mucho—. No es once de noviembre, pero nos sirve.

—¿Para qué nos sirve? —cuestioné al ver a todo el mundo más tenso que una vara.

Se hizo un silencio extenso que me puso nervioso. Miré a Natsuki, buscando la respuesta.

—No puedes pedirme esto... —le suplicó a su padre. Más intranquilo me puso.

—¿El qué no puede pedirte? —le pregunté, aunque ella permaneció con los ojos llenos de lágrimas, mirando a su progenitor.

Mi pregunta se perdió en el aire y lo entendí todo cuando el maestro habló:

—Tenemos el día, el santuario. —Señaló la puerta y el templo—. Tenemos los *juzos* —se refería a la especie de rosarios que había sacado del baúl de los recuerdos— y tenemos el sake para el *San Sakudo*.

—¿Qué coño es el *San Sakudo*? ¿Alguien va a hablar mi mismo idioma?

Silencio otra vez, y ya comenzaban a desesperarme. Solté las manos de Natsuki, la agarré por los hombros y busqué sus ojos, que me esquivaban.

—Eh, tigresa, mírame —le pedí, y lo hizo—. Haz como si toda esta gente que habla chino no estuviese aquí. —Sonrió—. ¿Qué coño es todo eso? —Intenté sonar distendido, pero lo cierto era que estaba histérico.

—*San Sakudo* significa que los novios beben tres veces, tres vasos de sake... —Tragó saliva—. El número tres es un número de la suerte en Japón. Ese acto representa la unión del cuerpo, la mente y el espíritu. Es el acto más importante, aparte de intercambiarnos los *juzos*.

Mi cabeza pareció borrar la última frase, a partir del acto, porque me fui directo a por la botella. El maestro Asahi esbozó una sonrisa que no entendí, y Natsuki continuaba muy tensa.

—Bueno, unirnos, *unirnos*, nos hemos unido un rato. —«Valga la redundancia», aunque lo musité—. ¿Qué importancia tiene beber tres vasos de esto? —Moví la botella en el aire. En la otra mano aguantaba los vasitos, que terminé colocando en la roca de mi derecha—. Que nos llamen novios da igual, eso no tiene importancia. Pues novios somos y punto —dije acelerado, llenando los vasos. Le ofrecí uno que ella no cogió—. Vamos, tigresa, que no es té, pero dejas a tu padre contento.

Eso sí que lo susurré mucho más para que no me escuchase el *miko*, pues todavía no me fiaba de que fuese capaz de lanzarme alguna maldición. Pero yo no creía en nada de eso, cuidado —véase la ironía—.

—Arcadiy..., quieren casarnos.

29

San Sakudo

Si digo que casi me caí de espaldas, es porque casi me caí de verdad, porque si no llega a ser por que la japonesa me sujetó del antebrazo, me habría desnucado.

—Mátame ya, Claudio —oí a Alessandro de fondo, como si fuese un zumbido.

Intenté enfocar la atención en Natsuki, pero la desvié con mucha velocidad hacia Eiji, que se encontraba imperturbable en la silla.

—¿Quieres casarme? —le pregunté al señor Tanaka con ferocidad en el tono.

—Ya te has unido a ella, ¿qué importancia tiene que hagas eso? —Me señaló la botella que todavía tenía en la mano.

La solté como si quemase en la roca donde estaban los vasos. Coloqué los brazos en jarra y me giré de cara a Natsuki primero.

—¡A tu padre se le ha ido la pinza! —Presté atención a Eiji, quien me contemplaba mal—. ¡Nos has hecho una encerrona!

—Eso no es del todo cierto —intervino el *shogun*.

Me di la vuelta para mirarlo, acalorado.

—Pero intuyo que tampoco es del todo incierto —farfullé.

—Arcadiy...

—¡Ni Arcadiy ni pollas! —estallé en dirección al padre de la japonesa. Atisbé que Alessandro ponía caritas y Claudio se tensaba—. ¿Sabes la cantidad de años que te quedan para morirte?

—Menos de lo que crees.

El semblante de Eiji se ensombreció. Entrecerré los ojos, dándole a entender que no era correcta la decisión que pensaba tomar. Él me ignoró

como mejor sabía, aunque me sorprendió la conexión que habíamos tenido casi de manera inmediata. Hana, quien se había levantado como el resto de los hombres del ejército, recogió una lágrima traicionera que se deslizó por su mejilla. Ahí caí en la cuenta de que no me había enfadado, aunque sí desconcertado durante un instante. Sin embargo, desvié la mirada un centímetro hasta encontrarme con los ojos de mi tigresa.

Una corriente de aire me atravesó la espalda. Era distinta, de esas sensaciones que te envaraban el cuerpo como si alguien a quien no veías estuviese contigo. Sin saber cómo ni por qué, un pensamiento me cruzó la mente «Idiota. Deja de hacer el tonto y escúchate». No mostré confusión aunque sí la sentí, porque aquella era la voz de mi Riley. En mi puñetera cabeza. ¿Estaría volviéndome loco?

El frío fue más palpable en mi espalda y abrí la boca sin pensar:

—¿Tú quieres esto?

El silencio tras mi pregunta fue demoledor y me asusté porque el miedo se reflejó en su mirada. Ella sí había estado casada, encima con un tirano que no la había hecho más que sufrir y utilizado para sus fines. Ahora, si aceptábamos, ella sería la que gobernase por encima de mí, de todos los que le hubiesen jurado lealtad, y aquella vuelta de tuerca me convenció más que el resto. La razón era muy sencilla: por ella. Porque brillaría tanto que no habría quien la apagase.

—Yo... —Se calló—. Yo... No sé qué decir. —Su atención se fue a su padre y regresó muy rápido a mí.

Seguí viendo ese terror implantado por Haiden y me reventó. Aquello me destrozó. No quería ni siquiera pensar en la ínfima posibilidad de que me viese a mí como a él.

—¿Podemos decirle al público que se marche? —pregunté al aire, sin saber quién me respondería.

Mi tigresa fue la que alzó dos dedos en el aire, los movió, y todos se pusieron en guardia seguidos de Chiyo, en dirección al santuario. ¿Dónde iban a alojar a tanta gente en Magome? Aparté ese pensamiento inapropiado, tratando de calmar los nervios que habían hecho que me temblase la mano más de una vez.

—No quiero meteros prisa, pero... —interrumpió Asahi— el día despunta y debemos preparar el plan para esta noche si queréis conseguir la placa base y entregársela a tus amigos de Londres.

Lo miré fatal, porque sí estaba metiéndonos prisa. Angelo puso caritas; comprendí que de acuerdo conmigo. Menudo traje morado llevaba el elemento. Me pasé una mano por el mentón con desesperación, después me

froté la frente y terminé llevando las dos a las diminutas y blanquecinas de Natsuki, que se mantenían lacias a ambos lados de su cuerpo. Las arropé con mimo, con tiento.

¡Por Dios, aquello era una jodida locura! «¿Y qué era la vida sin locura?». Me mordí la lengua antes de decir embalado e intentando rebajar la tensión:

—Esto de los matrimonios se te ha dado fatal, admítelo.

—Arcadiy...

Levanté una mano para que me dejase terminar:

—Mírame a mí, Natsuki. A mí. —La solté y me di un golpe en el pecho—. Al griego deslenguado, al bruto, al que no se pone unos zapatos de esos feos japoneses con los kimonos y al que odia el té. Sobre todo, el odio al té. —Esto último lo dije con voz alta para que me escuchase bien su progenitor—. Mírame, por favor.

—Ya lo hago —musitó con congoja.

Y yo que pensaba que era de hielo y que no sabía llorar... Cuántas veces juzgábamos a las personas sin darle la mínima oportunidad de conocerlas a fondo, aunque solo fuese un poquito.

Busqué su mano derecha y la levanté hasta colocarla en mi corazón, con la mía cubriendo la suya. Los ojos le brillaron. Yo pensé que nos habíamos quedado solos porque no se escuchaba ni el aire ni las olas ni nada.

—Tienes miedo —murmuré, acercándome a ella—. Y a mí no me tenías, ni tienes ni tendrás miedo, Natsuki. Mírame bien.

Di un paso y me quedé a un escaso palmo de ella. Mi mano libre viajó hasta rozar su mejilla. Cerró los ojos, deleitándose con ese momento, moviendo su rostro para acariciar con sus labios mi palma.

—No tienes por qué hacerlo —musitó—. Podemos ir poco a poco. Eso es lo que hemos dicho hace unas horas.

Continuó con los ojos cerrados. Dirigí mi atención hacia el patriarca de los Tanaka, quien se encontraba compungido en la silla, y por primera vez fue incapaz de mantenerme la mirada. La parte que me tocaba de mi equipo me contempló con orgullo, incluido Alessandro, que murmuró un «Te van a matar cuando se enteren». Sabía que se refería a mi familia, y no dudaba de que más de una hostia iba a caerme. Aguanté el aire, quité la mano de su mejilla y abrió los ojos de golpe.

No me lo pensé. Me apoderé de su boca sin importarme quién hubiese delante, mientras que con una mano sostenía su cintura y con la otra tiraba de su nuca para pegarla lo máximo posible a mí. Al separarme, discerní en sus ojos que se encontraba tan borracha de amor como yo. Entendí que tenía el mismo miedo que yo a cometer una locura. Una locura que íbamos a llevar a

cabo.

—Te juro por mis dioses y por los tuyos que jamás te haré daño, que intentaré darte la mejor versión de mí y que siempre seré leal a tu clan.

Las gotas saladas salieron de sus ojos como una corriente de agua. Sabiendo que era incapaz de hablar, hinqué una rodilla en el suelo, sin dejar de mirarla, sin saber por qué estaba dejándome llevar por lo que mi corazón me pedía. Ese músculo que bombeaba frenético en mi pecho, el mismo que casi me provocó un infarto.

—Conmigo no habrá miedo que no puedas superar ni obstáculo que no podamos enfrentar —continué—. Te prometo que moriré por ti antes de que nada ni nadie te dañe, Natsuki Tanaka.

La garganta se me cerró con una rapidez pasmosa, pues no veía intenciones por su parte para reaccionar a lo que estaba diciéndole. La tensión podía cortarse con un cuchillo, e incluso tuve miedo de que le diese una embolia al señor Tanaka.

Como si me hubiese leído el pensamiento, se colocó de rodillas también. Se limpió las lágrimas, sujetó mis manos, miró a su padre por encima de mi hombro y me buscó a mí. Tras soltar el aire contenido, apretó mis manos con cariño y musitó:

—Esto es una locura muy grande. Lo sabes, ¿no?

—La culpa es de tu padre —repuse, sabiendo que era mentira, que las palabras me habían salido de lo más profundo del corazón.

La pausa se prolongó durante unos segundos en los que solo nos miramos. Ella extendió una mano hacia atrás, y Asahi, con una sonrisa deslumbrante en los labios, le tendió los dos rosarios. Me entregó uno a mí, mientras que el otro se lo quedó ella.

Soltó una de sus manos, se llevó la derecha al corazón en su gesto habitual y expuso:

—Arcadiy Bravo, en la puerta de los dioses te juro por ellos y por mi honor que te honraré como esposa, compañera y amante hasta el fin de mis días. Antepondré mi vida a tu muerte y lucharé contigo, sean cuales sean nuestros enemigos.

Esbocé una breve sonrisa. Ella fue a darme el rosario, y cuando lo acepté tiré de su cintura, dándole el mío e impactando mi boca contra la suya, escuchando de fondo que el *shogun* decía:

—Estamos haciéndolo todo fatal. Yo no sé si esto tendrá algún valor.

Una risa histérica nos sobrevino mientras nos besábamos, aunque sí tuve que apostillar:

—Retira lo de anteponer tu vida o no me caso.

—Pero si ya se han casado, ¿no? —preguntó Alessandro de fondo.

Natsuki sonrió mucho más. Me gustó que su semblante cambiase, que el temor desapareciese.

—Eres un personaje, Arcadiy Bravo. —Tiró del cuello de mi kimono y me besó de manera casta—. Pero te amo. Y sé que voy a amarte más.

—Eso espero, porque si no estamos jodidos, según los espóileres del *miko* Tanaka.

Oí risas a mi espalda y supe que era él. Le había contado a Natsuki lo de las hierbas y habíamos acordado que las cambiaría cuando llegásemos a Magome, aunque hacía solo un par de días que no las había tomado.

—¿De qué espóiler hablan? —Ese fue Angelo.

Alargué una mano hasta que llegué a la botella. Me senté en la roca, tiré de su mano derecha y la coloqué a horcajadas sobre mí. Mi tigresa aguantó la risilla; su padre puso mala cara y Asahi también.

—Cosas peores se hacen en la intimidad, os lo aseguro —me jacté, y me sentí hinchado como un pavo. Ahí la llevaban, por hacernos esa encerrona.

Le tendí la botella y alcancé los vasos también, bajo la atenta mirada de todos. Sin quitarnos los ojos de encima, hicimos el aclamado y especial *San Sakudo*. Así hasta tres veces, sin apartar la conexión que nos había unido. Cuando pensé que todo había terminado, vi que Eiji se acercaba, movido por Hana. Al llegar a nuestro lado, su hija saltó de mis piernas. Sonreí porque no era lo mismo tenerlo en la distancia que a un palmo. Agradecí que no llevase la caña de bambú para darnos un varazo.

—Espero que os gusten.

Me entregó una caja de terciopelo dorado e hizo una inclinación con la cabeza en señal de respeto. La sostuve con la respiración entrecortada, y cuando fue a marcharse lo detuve:

—Conque no era del todo cierto, ¿no, señor Tanaka?

Me miró con media sonrisa.

—Eres espabilado, Arcadiy-chan.

La mirada de Natsuki brilló, y supe que fue por el sufijo que había usado. Ya no estaba el *san* respetuoso. En su lugar se había implantado el *chan*, como si fuese uno de sus hijos, con el mismo cariño y la misma fraternidad que un padre daría. Aguanté el nudo en la garganta y ese hombre me cayó mejor, sin duda. Acabábamos de dar otro paso más.

Saqué los anillos de oro blanco de la caja, fijándome en que en los dos ya había un grabado con nuestros nombres y la fecha en la que estábamos. Alcé el rostro y miré a mi japonesa, desconcertado.

—¿Tú lo sabías? —le pregunté, colocando el anillo en su dedo anular

izquierdo.

Ella hizo lo mismo.

—Sí.

No me refería al momento en sí, sino a sus capacidades extrasensoriales, que después de aquello no podía poner en duda respecto a ninguno de los dos.

—No pienso preguntar. No pienso preguntar —me repetí antes de levantarme y arroparla entre mis brazos.

Deposité un beso en su frente, atisbando que cerraba los ojos con dulzura, como si aquel gesto le encantase. Me apunté mentalmente hacerlo todos los días de mi vida, aunque eso llevase proporcionándoselo casi desde que la conocía.

—Por el poder que me han brindado los dioses kami, yo os declaro marido y mujer en este lugar sagrado, frente a la puerta de los dioses, con vuestra familia como testigo y cerrando vuestra unión. Juntos seréis uno. —Asahi elevó los brazos al aire—. Que los Kami os acompañen, os protejan y bendigan a vuestra futura familia.

Tiré de ella hasta estrecharla entre mis brazos, ahora con las tensiones fuera de combate y los nervios a flor de piel. La besé pausadamente, y escuché unos aplausos eufóricos de Alessandro, Angelo e incluso Claudio. Hana también aplaudía, con más cautela, mientras que Eiji y Asahi sonreían felices; supuse que por el momento que les habíamos regalado *de casualidad.*

«Gracias», musité al aire en un susurro que solo escuchó Natsuki, pues esa corriente de aire regresó y entendí que él estaba conmigo. Que nunca me dejaría. Deseé que ese hilo rojo del destino también me hubiese unido a Riley para toda la eternidad.

Mi tigresa se separó de mí y esbozó una enorme sonrisa.

—No quiero saberlo —le dije con socarronería antes de que apostillase cualquier cosa.

—Tú ya lo sabes —repuso, y me besó.

Habíamos abandonado el santuario unas horas después, las necesarias para organizar un viaje de regreso a Magome, lo que había dado paso a la planificación que habían estado ejecutando entre los italianos y la familia de Natsuki. Los hombres del clan Tanaka se habían recluido en los alrededores de la casa de Eiji y nosotros nos encontrábamos en el salón con planos y documentos sobre la mesa.

Ya había disipado mis dudas con respecto a los italianos, quienes me

confirmaron que habían visto a Iwao y a sus hombres en dirección a Magome, por lo que no dudaron en subirse a los coches y salir tras ellos cuando sucedió el asalto en la casa de los Tanaka. Del tema de haberse presentado en el santuario... Eso era obvio, pero también verificaron que Eiji se había puesto en contacto con ellos para contarles sus planes, entre ellos los de la supuesta improvisada boda. De supuesta nada, aunque se emperrasen en decirme que el *miko* lo había visto, tiempo atrás.

Cabía destacar que había tenido que hacer una pequeña parada de camino a Magome, pues el matrimonio no estaba consumado y eso era algo que no podía consentir. Todavía no me creía que estuviese casado. Yo. Porque, aunque faltasen los papeles del juzgado, nos habíamos casado. Del resto ya se encargaría el señor Tanaka, que había sido muy eficiente.

—Todos estos dispositivos son nuestros —explicó Alessandro—. Nuestro Riley los tenía a buen recaudo, y su hermana Eiren ha conseguido localizar la procedencia de donde los traía, así que estamos salvados.

—Este es el colega al que Haiden le ha dado la placa base para que la guarde. Se llama Goro Yoshida —golpeó la foto con el dedo índice—, y tiene un ático que te cagas en el centro de Tokio. Creo que son unos seiscientos metros entre las zonas exteriores y la vivienda.

—¿Seiscientos metros de ático? —cuestioné a las palabras de Angelo.

—Correcto, amigo. Y la seguridad es impresionante. Como buenos chinos que son.

—Japoneses —lo corrigió Claudio.

—Pues eso —dijo Angelo como si nada—. Tendremos a Enzo y a Piero en la línea B, o sea, por el pinganillo, para posibles imprevistos.

Dos de los hermanos Sabello nos mantendrían activos desde Sicilia, apagando, encendiendo y desbloqueando accesos para que pudiésemos llegar a la sala donde se encontraba la placa base, en una caja fuerte. El nivel de exposición debía ser mínimo, y por ello Angelo se había encargado de ocultarnos. Me reí a mandíbula batiente cuando nos repartió.

—¡¿Que yo voy de dragón?! —se enervó Alessandro—. ¿Y por qué no vas de dragón tú?

Era una fiesta de máscaras para ocultar los rostros de los políticos a los que Natsuki debía derribar si queríamos que Haiden dejase de tener los apoyos suficientes en Japón y, de esa manera, destruir el legado de los Keitaro. No habíamos tenido tiempo de hablar en exceso de otros asuntos que no fuese el plan de esa noche, ni siquiera ella había tenido tiempo de sentarse con su padre para hablar de lo que había ocurrido, de la información de las hierbas... De todo en general.

—Este dragón mola más que el chino. Parece una serpiente. Si lo miras por el lado positivo, es superimportante para los japoneses. Es una criatura mítica —añadió Angelo al refunfuño de Alessandro.

—Poder, sabiduría y éxito. Lo tiene todo —apuntó Eiji, con media sonrisa.

Era consciente de que se reía porque debajo de ese dragón gigante iba yo con el pequeño de los Sabello, uno en la cabeza y otro en la parte trasera, mientras que Angelo se pavoneaba con sus trajes estrafalarios y Claudio se ocultaba tras su máscara para que nadie supiese que andaba por allí.

—Chiyo se quedará aquí con el maestro Asahi y mi padre. —Natsuki se metió en la organización del plan—. Por si algo se tuerce.

Bajo la postura de señor de ciento cincuenta años había pavor por lo que Eiji pudiese hacer en su ausencia; o, peor aún, por lo que pudiese despertar cuando la ira de Haiden se desatase al ver la cabeza de Iwao. Habíamos valorado la opción de Alessandro, para que el *miko* se inventase una falsa premonición. Sin embargo, nos la había quitado de la cabeza en cuanto la expusimos, pues aseguró que Haiden estaba hecho de otra pasta y no tenía ningún parecido a su hermano.

—Estas son las máscaras. —Claudio soltó una bolsa sobre la mesa. Todas eran de dragón, como indicaba en las invitaciones—. Los extranjeros debemos pasar desapercibidos, así que, no abráis la boca a no ser que sea estrictamente necesario, o el plan se irá a la mierda si nos descubren allí. Os recuerdo que el único invitado es Angelo.

Era el italiano hortera el que entraría, evidentemente por los negocios que se traía entre manos con el mundo entero. Claudio accedería con la invitación de un hombre al que previamente habían secuestrado y encerrado en Tsumago para no ser cazados a la primera de cambio. Los italianos-sicilianos se habían encargado de hacer el resto de las gestiones en los ratos que no habíamos estado juntos, perfeccionando los equipos con los que nos comunicaríamos esa noche.

—¿Todo claro? —pregunté en general.

El asentimiento por parte de los allí presentes bastó para dar la reunión por finalizada, recoger la cantidad de documentos que habíamos lanzado sobre la mesa y ponernos manos a la obra con el cargamento que debíamos disimular en nuestro cuerpo.

Natsuki esperó paciente a que cada uno se marchase a la parte trasera de la vivienda, dejándonos a su padre, a Hana y a mí solos. Los ojos de mi japonesa se desviaron a su tía con algo de rencor. Imaginaba que todavía no llegaba a comprender la relación que habían mantenido en secreto. La advertencia sonó alta y clara:

—No vas a tocar a mi *kaachan* hasta que regresemos. Hasta que no esté aquí contigo. —Le costó decirlo, pero al final lo hizo. Se me encogió el pecho—. He pensado en lo que me dijiste, y aunque no lo comparta, sé que es lo correcto.

Su tía pareció desubicada. Por un momento, me dio la sensación de que no lo sabía. La tensión se había palpado en el ambiente desde que habíamos puesto un pie en Magome, sin embargo, no pensaba que mi japonesa lo tuviese tan enquistado que necesitase sacarlo cuanto antes.

—Natsuki, ahora no es el momento de...

—¡No! —lo interrumpió su hija—. Nunca es el momento, *chichiue*. Pero te recuerdo que has estado ocultándome que esta mujer estaba aquí a saber desde cuándo. Como comprenderás, permíteme que tenga mis reticencias a lo que quieres hacer, seguramente por ella.

Intenté acercarme para frenar aquel tono enfadado que iba subiendo de decibelios. No quería que se marchase de allí con la congoja inundándola, pues eso solo acarrearía desconcentración y problemas de última hora.

—¿De qué está hablando? —quiso saber Hana, al lado de Eiji.

—De nada —le respondió el señor Tanaka con demasiada rapidez.

En efecto, no lo sabía. Me apoyé en la mesa de madera porque se avecinaba tormenta y eso no había quien lo frenase.

—No te hagas la tonta, Hana. Bastante tiempo llevas haciéndolo ya. —Fue dañina y me sorprendió, pero también lo entendí. Kaori era su madre, y ella, la desconocida. Regresó la atención a su padre—. Se lo ordenaré expresamente a Chiyo para que nadie entre en el dormitorio.

Me sentí orgulloso, porque había tardado menos de un día en hacer efectivo su poder ante el resto. Intenté disimularlo porque el patriarca me caía mejor, pero se me dio fatal.

—¿Con quién te piensas que estás hablando, niña? —le preguntó su padre con enfado, moviendo la silla de ruedas hacia delante para estar mucho más cerca de ella—. No seas impertinente conmigo, Natsuki Tanaka, ¡soy tu padre!

Su hija agachó el rostro para estar a la altura de un Eiji muy enfadado. Ella no dudó en fruncir el ceño para evidenciar su molestia, y entonces sí que despegué el culo de la madera para acercarme. Toqué su antebrazo, pidiéndole permiso, pero estaba más rígida que una tabla.

—Natsuki... —la llamé, aunque no surtió efecto.

Su tono bajó, como si se hubiese dado cuenta de que había perdido los papeles con la persona que la había mimado por encima de todo durante su vida:

—Y yo soy tu hija y aun así me ocultaste que esta mujer estaba en tu vida. Perdóname si solo entiendo que quieres desconectar a mi *kaachan* para estar con ella.

Algo cayó al suelo, haciéndose pedazos. Eiji cerró los ojos con pesar, y al retornar la mirada hacia las manos de Hana, descubrí que el vaso que había mantenido en sus manos se le había caído hasta acabar destrozado. Dio un paso, con los ojos llenos de lágrimas, en dirección al señor Tanaka.

—Eiji...

Por primera vez vi la derrota de un hombre en un breve movimiento de cabeza cuando la agachó y suspiró. No buscó ayuda en nadie, ni siquiera en mí, que me quedaba al margen para no interferir en una disputa familiar en la que no me pertenecía entrometerme.

—Hana... Kaori...

Intentó explicarse, pero no lo dejó:

—¿Ibas a desconectarla sin decírmelo?

—No. Pensaba contártelo cuando llegase el momento...

—¡¿Cuando llegase el momento?! ¿Cuando tu hija te lo prohibiese? —se envaró—. ¿Cómo has podido?...

—No te hagas la mártir. Ninguno —azuzó con violencia Natsuki—. Los dos lo sabíais y yo he sido la última en enterarme.

Hana pareció explotar y eso me preocupó, porque era una parte fundamental de nuestro plan, ya que las dos debían entrar juntas en esa fiesta, esa jodida noche.

—¡Entérate bien, niñata! ¡Tu madre fue mi primer amor! ¡No tu padre!

Los puños de Hana se apretaron a ambos lados de su cuerpo e incluso dio un paso para acercarse a mi japonesa, uno que la otra no retrocedió, sino que enfrentó. Ahora, los ojos de Eiji sí que me contemplaron suplicantes.

—No consiento que me faltes al respeto en mi propia casa. —Las manos de Natsuki se fueron a sus mangas, de donde sacó los sais.

Me coloqué en medio con las palmas en alto, a riesgo de que me apuñalara.

—¡Vale, vale, vale! Oye, mírame —le pedí, pero sus ojos estaban inyectados en sangre—. Natsuki, mírame, por favor.

Pareció entrar en sí, bajó los sais con lentitud y me enfocó con sus rasgados ojos. Asentí, respirando una tensión que envenenaba. Los pasos de Hana se escucharon detrás de mí, encaminándose directos al dormitorio de Kaori. Con una templanza que no sabía que podría existir, anunció:

—Puedes mandar a tu ejército si así te place para que me asesinen con tu madre. Moriré tranquila con la única persona que no me ha mentido desde que la conozco.

Ese último dardo envenenado fue para Eiji, quien le mandó una mirada reprobatoria. Natsuki se tensó; yo aumenté la presión en el antebrazo que previamente le había tocado al bajar los sais. Se deshizo de mi agarre con suavidad, y sin objetar nada más, ambas desaparecieron, la tía en la dirección que había dicho y mi tigresa hacia la parte trasera de la casa.

La vi alejarse recta, firme, sin dudar, entre medio de los *sakuras*, empapándose con la lluvia torrencial que había comenzado hacía tan solo unas horas. Torcí el semblante, sin saber muy bien cómo actuar.

Eiji ya estaba mirándome.

—Menudo pollo ha montado a unas horas de que tengan que irse juntas.

—Haberle puesto la mano en la boca. Ahora es tu deber.

—Como si tuviese que domarla —objeté con mal tono y arrogancia.

Por su rostro, sabía que también había soltado ese comentario para amenizar la tensión que continuaba flotando en el ambiente, sobre todo después del portazo que Hana había dado en el dormitorio. En eso no se parecía a Natsuki.

—Al paso que va... —Dejó en el aire el comentario y negué con la cabeza.

—¿Usted ha visto los sais que lleva su hija en las mangas de la ropa, señor Tanaka?

—Son inofensivos.

Extendí la mano como si estuviese invitándolo.

—Pues adelante, lo dejo que se ponga primero y probamos.

Rio a mandíbula batiente. Pensé que fue por los nervios, porque también lo seguí como un desquiciado y sin entenderme a mí mismo. Negó con la cabeza, miró hacia el lugar por el que había desaparecido su hija y murmuró:

—No te queda nada, Arcadiy Bravo...

—Me cae fatal, señor Tanaka. Fatal.

30

¿Quién es tu kazoku?

Natsuki Tanaka

No me había sentido tan mal nunca con mi familia, ni siquiera recordaba haber perdido los papeles de esa manera cuando era una cría y me castigaban. Me costaba respirar en el mismo vehículo que mi tía Hana. El aire era denso, me atascaba los pulmones, me había desequilibrado todos los *chakras* y ahora tenía las emociones a flor de piel.

Había salido a la parte trasera de mi hogar para sentarme en uno de los *sakuras* del final del jardín e intentar tranquilizarme mediante mis meditaciones cortas, acompañadas de sus regulares respiraciones que me proporcionaron un aliciente para no cortarle el cuello a la mujer que estaba a mi lado, sin hablar.

Durante el interminable trayecto de cuatro horas había mantenido los labios sellados, la vista fija en la carretera y la mirada severa e imperturbable. Sin embargo, había atisbado cuando se montó en el coche que sus ojos estaban enrojecidos. Había llorado mucho, y la mueca de tristeza de mi *chichiue* desde la entrada de la casa me confirmó que no se hablaban.

Yo intenté marcharme con morro y sin decirle adiós, pese a que siempre nos habíamos dicho algo que llevábamos al pie de la letra: «Nunca te marches de casa sin darme un beso o un abrazo. No sabemos si la vida nos pondrá a prueba y no volveré a verte, Natsuki-chan. Da igual que estés enfadada, que no te apetezca o que no quieras. Jamás te marches sin eso hecho; podría suponer el arrepentimiento el resto de tus días». No podía olvidarme de que había estado muchísimos meses fuera de casa, de que solo llevaba una semana en Magome.

Y ahí me llegaron los remordimientos, porque yo había impulsado la pelea y me había marchado de mi hogar sin cumplir lo que debía. Pero ¿quién me entendía a mí?

Habría preferido un millón de veces meterme debajo de aquel dragón con él y no ir vestida como una señora elegante. Habría preferido ese millón de veces con él porque las cuatro horas hubiesen sido amenas, llenas de risas y me hubiesen hecho olvidar el altercado.

—¿Me escucháis todos bien? —preguntó el italiano estrafalario al otro lado del pinganillo.

—Sí —respondí de manera escueta, en la zona del aparcamiento, detrás del enorme edificio.

Daba vértigo mirarlo, pues tenía como cincuenta plantas. Era un impresionante rascacielos en pleno centro de Tokio.

—Entrando —informó Claudio—. Que nadie se salga del plan.

Arcadiy me había advertido unas diez veces de lo mismo; también me había preguntado la misma cantidad de veces si no prefería quedarme en casa con mi padre y solucionar la disputa que habíamos tenido. Aseguró que ellos podrían apañárselas estupendamente para recuperar la placa y regresar sin daños, sin embargo, y aunque no dudaba de sus habilidades, no quería permanecer a la espera de saber que todo iría bien. «De pensar que podría ocurrirle algo». Sobre todo teniendo en cuenta que Haiden iba a encontrarse en el mismo lugar que él. La piel se me puso de gallina, porque tenía un pálpito que no auguraba nada bueno, e iba a tardar menos de lo previsto en enterarme.

—Nos encontramos en la parte trasera. Los dragones y las dragonas —apuntó Arcadiy con guasa, y sonreí.

Desmonté del coche, me coloqué el vestido de gala negro hasta los pies, con pequeñas tablas cortadas que llegaban a la mitad de mis muslos para facilitarme la tarea en el caso de ser necesario. Iba subida a unos enormes tacones cuadrados, pues no estaba acostumbrada a salir de las botas, y aquello era una tortura que había aprendido a llevar por el bien de mi estatus social cuando estaba con Haiden.

Los *dragones* habían tomado avanzadilla antes que nosotras porque tenían que retener a los animadores que llevarían el dragón japonés y suplantarlos. Entretanto, Angelo y Claudio se mezclarían en la fiesta, donde había más de doscientos invitados.

—Dragonas en camino —dije.

—Piero y yo os tenemos a todos organizados. Vuestros puntitos están rojos y en condiciones. Este friki era un fenómeno con los cacharros estos —añadió Enzo, otro de los hermanos Sabello.

Ese era el tercer hijo, mientras que Piero era el séptimo. Una familia particular, porque cada uno parecía ser de una manera distinta, ya que Enzo

tenía un carácter vivaracho, más agradable y con sentido del humor, pese a lo que le había ocurrido hacía relativamente poco. Un altercado del que, según mi griego, todavía se recuperaba. Mientras tanto, Piero era el extremo de la cuerda, una mezcla entre Claudio y Romeo, aunque más serio que el resto, quizá porque sus emociones se encontraban reprimidas bajo esa fachada de abogado del diablo.

—Os recuerdo que escuchamos todo. No desconectéis los interfonos en ningún momento. No los toquéis —recalcó Piero—. Si sucede algo, podéis ayudaros para pasar a la siguiente fase.

Mi tía iba vestida de la misma forma que yo, solo que su vestido era blanco. Anduvimos el camino asfaltado hasta bordear el rascacielos, con cuidado de que nadie que no debiera nos viese. Y, por supuesto, con las máscaras en la mano.

Arcadiy se encontraba al lado del coche, vestido con un pantalón blanco y una camisa del mismo color. Llevaba una especie de fajín grande en el centro del vientre, y los pies... Tuve que reírme sin reparos al verlo con los *tabi*16 blancos y los *geta*. Alessandro estaba en su salsa, como él decía, más ancho que largo, luciendo un aspecto divino que le quedaba fantástico.

El bufido de Arcadiy me despeinó los tirabuzones con los que me había peinado. Fui a hacerle un comentario, pero lo retuve cuando me miró mal. Sin embargo, sus ojos cambiaron en el instante en el que me observó de arriba abajo.

—¿Dónde te has dejado el kimono y esas costumbres tan japonesas? —bromeó.

—En la ciudad es más usual ver menos kimonos y costumbres japonesas de lo que te imaginas —le respondí con un poco de vergüenza y media sonrisa.

Sus ojos se fueron a mi escote en forma de barco, donde me había encargado de subir mis pechos para que el conjunto fuese espectacular. Asintió con la cabeza, aprobando que le gustaba esa nueva modalidad de vestir.

—Estás tan preciosa que vas a llamar la atención demasiado —musitó con verdadero cariño, embobado—. Te recuerdo que eso es lo que menos debes hacer.

Me recogí el cabello detrás de la oreja, como una quinceañera, y me acerqué a él.

—Gracias. Tú no estás nada mal, aunque te enfades. —Toqué la punta de su nariz—. Y no voy a llamar la atención, o por lo menos lo intentaré.

Gruñó, mientras que mi yo interior se jactaba de lo último que acababa de

decirle.

—Mis botas las quiero a un palmo de mí. No hagas un comentario. —Pareció acordarse de algo y abrió mucho los ojos—. ¡A tu padre ni media palabra de esto!

Reí abiertamente, pegada a su pecho. Sujetó mi mano derecha con cariño y la besó, después lo hizo con la izquierda, justo donde teníamos los anillos de casados.

—Si lo hacemos bien, no debemos tardar. Normalmente, la parafernalia del dragón se hace al principio para montar el espectáculo, y ahí es cuando Goro hablará.

Hana estaba al margen, más cerca de Alessandro que de nosotros, que se encontraba en la cola del dragón, por fuera todavía. Me junté más al cuerpo de mi griego, sintiendo su calor.

—Ya no eres tan bajita —objetó con socarronería y golpeé su pecho en ese gesto característico en nosotros. Su rostro se ensombreció—. Ten cuidado, Natsuki-chan. No hagas tonterías y evita acercamientos. Ahora no es el momento, lo haremos bien. ¿De acuerdo?

Pensaba llevar el plan al dedillo. El problema era que, quizá, Haiden me encontraría a mí antes de lo que nos pensábamos.

—De acuerdo, Arcadiy-chan —me reí, muy cerca de su boca—. Tú tampoco te salgas del dragón y no dejes que nadie vea la cabellera rubia, o te cazarán al vuelo —lo advertí.

—¿Tienes algún problema con mi pelo? —Movió la cabeza en un gesto gracioso. Apretó mi mano, que se mantenía pegada a su pecho—. Tenemos que sobrevivir a esto, imagínate que me quedo viudo a las pocas horas de haberme casado. Eso es un trauma de por vida.

—Y sin noche de bodas —apuntó Alessandro mientras se fumaba un cigarro.

—Y sin noche de bodas, sin viaje de novios...

El tono bromista de Arcadiy se quedó en el aire cuando escuchamos de fondo a Enzo preguntar:

—¿Que te has casado? ¿Cómo que te has casado?

—¿Quién se ha casado? —Ese fue otro hermano que no reconocí, pero no era Piero.

El rostro de Arcadiy se contrajo e hizo una mueca de desagrado por bocazas.

Alessandro se llevó una mano a la frente.

—¡Enzo! —Ese fue Claudio—. Dile a la maruja de Romeo que cierre la puta boca. Tú cierra la puta boca, Piero que cierre la puta boca y vosotros no

habéis escuchado nada hasta que no lleguemos.

—Romeo saliendo por la puerta de mi habitación. Va a por unas cacerolas para que se entere toda la casa —retransmitió Enzo.

Arcadiy suspiró, aunque soltó una carcajada. Quise pensar que era porque sabía que no se trataba de ningún farol.

—Estamos todos en Catania. Todos —puntualizó Piero, por si no nos habíamos enterado bien.

Arcadiy se pasó por el forro de los pantalones la conversación, como decía algunas veces, tiró de mi cintura y me besó con mimo. Apoyó su frente en la mía, la besó y me dijo:

—Por favor, ten cuidado. —Movió las manos en el aire para indicarme que el vestido tenía que arrancármelo y me reí—. Después.

Ese detalle fue el último antes de que me separase de él, sin ganas, y accediese con mi tía Hana. Era un peligro, una llamada de atención, pero debíamos entrar con mi nombre, con el nombre de Natsuki Keitaro, aunque ya no fuese así. Recordé que ni siquiera se me había pasado por la cabeza qué íbamos a ser ahora. ¿Tomaría el apellido de Arcadiy? ¿Me quedaría con el mío? ¿El aceptaría cambiar el suyo?

—Acabo de ver el acceso de la primera planta, por si no puedo entrar contigo.

Hana abrió la boca después de horas:

—No nos pondrán impedimentos. Haiden está aquí.

Mostrar mi nombre en la entrada era ser el cebo, llamar la atención del demonio y que me cazase si no actuaba con la mayor rapidez posible.

En efecto, no me hicieron falta nada más que esas dos palabras en la entrada para no necesitar más preguntas. Notifiqué que mi tía me acompañaba, aunque no dije que era ella ni mucho menos. No me pusieron un mínimo impedimento para entrar al rascacielos. Nos montamos en un ascensor colmado de gente, hasta que llegamos a la última planta, donde el lujo, el derroche y la riqueza rebosaron por las paredes.

Me coloqué la máscara mientras subíamos; Hana se la había puesto mucho antes de llegar a la entrada del rascacielos.

—Recuerda que no pueden verte —le dije, aunque era un dato innecesario.

—Sí. Intentaré que el único monstruo de la familia que creé no sepa que estoy aquí.

Su tono mortífero me sobresaltó. Olvidé de manera momentánea que todos estábamos escuchando lo que ocurría alrededor, lo que decíamos y lo que no. Alcancé una copa de champán de uno de los camareros que pasaba por nuestro lado cuando salimos del ascensor.

—¿Acaso no sientes resquemor por volver a verlo? —Me refería a Haiden.

Se detuvo para observarme. En realidad, parecía una *geisha* por sus suaves facciones, aquel rostro tan fino y perfecto, al que lo acompañaba una boca de labios finos y lengua viperina. Era hermosa por fuera, sin embargo, no podía decir lo mismo de su interior, ya que no la conocía.

—Durante años, Ayari me maltrató. Mis hijos me maltrataron, me humillaron, al mismo tiempo que lo hacía su padre. ¿Y sabes qué, Natsuki? —No respondí—. La única persona que me apoyó para que abandonase a mi *kazoku* fue tu madre.

—Debiste imponer tus reglas —murmuré, sin saber qué contestar. Ahora me sentía peor que antes, porque sabía el tipo de maltrato del que me hablaba.

Yo lo había sufrido con sus dos hijos.

Continuamos mezclándonos con la gente, muy juntas. Aunque manteníamos una conversación, no perdí detalle de las máscaras, difíciles de identificar, pero sabía que eran esos altos cargos de los que Asahi me había hablado.

—Impuse mis normas, Natsuki. Y conseguí algo, por increíble que parezca. —La miré—. Tanto Iwao como Haiden se volvieron locos cuando los abandoné. Tal vez nadie pueda llegar a entender cómo una madre olvida a sus hijos, pero por aquel entonces ellos ya habían pasado la adolescencia y lo último que soporté fue que... —Negó con la cabeza—. Vamos, no debemos entretenernos con esto ahora.

Fue a adelantarme, sin embargo, la detuve por el codo. Me observó como si ya supiese qué iba a preguntarle:

—¿Qué ocurrió?

Dudó mucho, tanto que me estremecí al ver que su semblante se tensaba y adquiría una dureza impertérrita, que seguramente le habría costado adquirir a base de tiempo y sanación.

—Una noche, Iwao llegó borracho a casa. Él siempre mostró pasión por mí, los dos, de hecho, pero él más que nadie. —El corazón golpeó con violencia mi pecho, porque adiviné lo que venía—. Me forzó. —Pareció avergonzarse de algo de lo que ella no había tenido culpa—. Y en esa agresión me dijo que tu tío tenía intenciones de asesinarme, que él no iba a consentirlo, pero que debía ser suya porque me amaba.

Si en todas las familias se cocían habas, en la nuestra eran habones muy grandes, porque no había explicación para tanto trauma. Mi tío Ayari, enamorado de su hermana —mi madre—, y mi primo y cuñado Iwao, obsesionado con su madre. Mi padre y yo los *raros* de la familia —raros a los que todos pedían opinión sobre nuestras premoniciones, sobre todo a mi padre

—, y ahora sumábamos la inusual relación entre mi madre, mi padre y mi tía.

—No sé qué decir —musité como toda respuesta.

Admiré en el gran escenario del salón principal a un hombre tocando un *koto*: un instrumento de cuerda de tamaño grande, colocado en el suelo, desde donde manejaba las cuerdas en sentido horizontal. Había otros tantos instrumentos japoneses que se sumaron a él para acompañar esa melodía.

—No es necesario que digas nada, Natsuki. Sé que Iwao está muerto. Tu padre me lo contó. —La observé de golpe—. Y sé que matarás a Haiden cuando tengas la oportunidad. —Se detuvo unos segundos antes de decir—: No seré yo la que te lo impida. Vamos.

A lo lejos vi que el dragón ya había salido de su escondite; Arcadiy y Alessandro danzaban con gráciles movimientos por el salón, cubiertos por el cuerpo de aquella bestia mítica.

Había cortado la conversación justo en el momento en el que Goro Yoshida, el traficante de armas más solicitado de Asia, se subía al escenario donde tocaban y sujetaba el micrófono con fuerza. A Haiden todavía no lo había visto, y eso me alteró porque no estaba controlado.

En la parte de arriba se abría un enorme hueco desde donde podía ver el salón sin tener que estar allí, y las personas se encontraban apoyadas en la barandilla de oro que bordeaba el frente y las dos esquinas con amplias escaleras.

De la boca del dragón, salió fuego.

De la pared, espolvorearon una purpurina estrafalaria con muchos colores vivos.

De frente vi a Claudio, con una copa de champán y la mano apoyada en la barandilla, mirándome y buscando a nuestros objetivos por cada rincón. Angelo se había mezclado con la gente, como si estuviese allí verdaderamente para hacer negocios.

—En tierra. —Escuché la voz de una mujer al otro lado de la línea.

No hice caso de eso y continué detrás de mi tía, tratando de apartarme lo justo para pasar desapercibidas entre la multitud. Al caminar hasta mi destino, el dragón pasó por mi lado y la persona que iba a la cabeza estiró su mano para rozar la mía, la que no sujetaba la copa de champán. Sonreí, y sin venir a cuento susurré:

—En esta vida y en las siguientes, griego.

Pensé que no respondería, y caí en la cuenta de que ya había más personas de lo permitido en ese pinganillo que escuchaban absolutamente todo.

—En esta vida y en las siguientes, tigresa.

Me colé por el pasillo de la derecha con una sonrisa bobalicona en los

labios. Había sido todo muy rápido, una verdadera locura, aunque una locura que se había cocido tan a fuego lento que ni siquiera habíamos sido conscientes.

Respiré aliviada cuando Enzo nos advirtió:

—Acabo de colarme en el sistema. Piero ha localizado a Haiden en la terraza, junto a la piscina. Está entretenido, así que procedo a desactivar la cerradura del despacho de Goro.

—Entrando en el pasillo dos —anuncié, sonriéndole de manera falsa a la pareja que salía de él.

Allí no había nada. La decoración era más extravagante de lo común en Japón, por lo menos en las zonas rurales como la mía. Pasillos beis, madera en el suelo y ningún mueble, solo algunos cuadros del dueño del ático mostrando su egocentrismo.

Caminé con decisión hasta la última puerta que Arcadiy había señalado en el mapa con permanente rojo y una equis gigante. En el otro extremo, Hana apareció con la misma firmeza a la hora de caminar. No dudaba de la fortaleza de aquella mujer, sobre todo al ser la única espectadora de lo que ocurrió al segundo de mirarnos.

Uno de los hombres de seguridad apareció por detrás de mi tía y anunció con voz rotunda:

—¡Eh, señora! ¡No pueden estar aquí! —Era obvio que me había visto a mí también.

Ni siquiera cambió su gesto imperturbable y sereno. Elevó la mano izquierda, golpeó la cara del hombre que ya se encontraba detrás de ella y automáticamente se agachó, extendió la pierna hacia abajo y barrió el suelo con el tipo. Para rematarlo, golpeó su cabeza de un puntapié y lo dejó inconsciente.

No oculté la muestra conforme que se reflejó en mis ojos.

—¿Enzo? —pregunté al otro lado de la línea.

—¿He aprobado? —cuestionó ella con sorna.

—Es posible —le dije con el rostro serio, aunque en el fondo me dieron ganas de decirle que me había parecido espectacular.

—Chicas, tenéis ocho minutos para sacar la placa y salir antes de que las cámaras retomen su curso —nos informó Piero.

—La caja se encuentra detrás del cuadro que hay sobre la chimenea. Es reconocible.

Angelo rio tras el comentario. Los italianos habían conseguido *hackear* el sistema de seguridad del ático hacía unos días, y estaban más que estudiadas las probabilidades para entrar, salir e incluso escapar si era necesario.

Sin embargo, no todo era ni tan fácil ni tan bonito.

Caminé con urgencia hasta la pared. Era un despacho grande y muy lleno de objetos que no usaría. Distaba mucho con la decoración del resto del ático. Descolgué el cuadro del señor Goro, y allí estaba la caja fuerte. Hana se acercó con pasos rápidos hasta mi espalda, dobló el antebrazo derecho y comenzó a poner la numeración de la caja fuerte, la cual habíamos adivinado gracias a que el dueño de la casa la abría como diez veces al día, con el único fin de sacar dinero. Me extrañaba que Haiden le hubiese dejado algo de tanto valor a un descuidado como aquel, pero después pensé que tal vez eso se debía a un trato. La información era poder siempre.

Mi atención se desvió hacia un enorme cuaderno que había sobre la mesa. Entrecerré los ojos, escuchando de fondo decir a mi tía, aunque caminé hacia allí:

—Natsuki, no podemos entretenernos.

—Un momento... —le pedí, elevando la mano.

—¡La tengo! —exclamó ella, con aquel chip en alto.

Le habíamos confiado el poder de la placa base en mi hogar, pues ahora ella saldría del ático sin ser vista, se la entregaría a Claudio, y los italianos junto a su equipo partirían esa misma noche hacia Italia con el fin de entregarle la información a Aarón y Noa para destruir a Peter Callum. Había tenido mis reticencias al principio, aunque los ojos de mi padre no habían dudado. Y si él no dudaba, yo tampoco.

Como ocurrió en el torii, en la puerta de los dioses. No quería analizar ese momento porque la piel se me crispaba. Por una parte, sentí tanto miedo de que el círculo de la vida de casada se me repitiese que yo misma me acobardé. Sin embargo, si Eiji Tanaka había actuado así, siempre siempre era por algo. De hecho, era consciente de que sus palabras guardaban mucho más de lo que había dicho, porque yo sí las había retenido.

«Perdonadme si no quiero abandonar este mundo sin ver a mi hija segura».

—¡Tenemos que irnos, Natsuki! —me alertó mi tía.

Deslicé las páginas del cuaderno marrón con tapas de cuero y mi mirada brilló de entusiasmo.

—Son todos los invitados de la fiesta. Sus nombres... —Repasé las hojas con mi dedo en un susurro.

—Japo, tenéis que salir. —Ese fue Enzo a través del pinganillo.

—¡Natsuki! —me llamó Hana con más fuerza, mirando de vez en cuando hacia la puerta cerrada.

—Sus apellidos, sus direcciones. Todo... —murmuré absorta, y alcé la barbilla—. ¿Tienes posibilidad de llevarte esto?

Abrió los labios para renegar, sin embargo, al final terminó cogiendo una especie de chal que había sobre uno de los sillones, se acercó presurosa, agarró el cuaderno y lo lío, para seguidamente coger mi mano. Nos separaba la mesa.

—Natsuki tenemos que irnos ya —me urgió.

Justo cuando íbamos a salir, la voz de Piero nos alertó:

—Llegan cuatro gorilas por ambas esquinas. Me temo que el dueño ha visto algún movimiento raro.

—No puede ser... —se quejó Enzo—. ¡Revisa los sistemas! ¡¡Romeo, Romeo!!

—Natsuki... —El tono de Piero no me gustó.

Lo sabía. Sabía que aquello sucedería, que me cazaría. Miré a mi tía con urgencia. Ahora tiré de su mano yo y me fui hacia la ventana de detrás del escritorio.

—Pasamos al plan B —le dije acelerada—. ¡Vete!

—Natsuki... —dudó, y miró de nuevo hacia la puerta.

—¡Que te vayas! —la apremié.

Tiré de la falda desmontable de su cintura, dejando a la vista unos pantalones elásticos blancos, mientras sacaba de mi escote una pistola de diminutas dimensiones, suficiente para anclar el disparo en el edificio de enfrente, a muy pocos metros el uno del otro. Aquello nos facilitaba una huida de emergencia, pues Hana desaparecería de allí con lo que habíamos ido a buscar.

Se apoyó en la ventana, ya con unos guantes que se había sacado del escote para no quemarse las manos con el cable. Apunté con precisión y disparé, dando en el centro de un balcón. Prensé el anclaje del arma al marco de la ventana y la insté a que se marchase.

—Por favor, *misaki*, ten cuidado.

Saltó mientras yo me atragantaba y me sentía peor por haberla tratado así, sin darle una oportunidad. Me había llamado *misaki*, que significaba bonita flor. ¿Por qué? ¿Por qué esa dulzura si no era nada suyo? La había despreciado en exceso, pero no me dio tiempo a pensarlo demasiado.

Entendí el último «Cuidado» de mi tía Hana cuando los vellos de la nuca se me erizaron mientras aunaba todas mis fuerzas para no pestañear ni mostrar un nerviosismo que no debía tener, aunque el temor siempre estaba ahí hasta que no lo superabas.

—¡Joder, joder, joder! —dijo alguien.

—¿No estaba en la puta terraza? —ese fue Alessandro.

—Activamos el plan C. —Claudio. Y escuché sus pasos.

Sin embargo, al que no oía respirar era a Arcadiy, y eso me preocupaba.

La puerta se abrió un segundo después de que me hubiese dado tiempo a soltar el cable, tirar la pistola por la ventana y ver que Hana se colaba por la balconera que Angelo había abierto ese mismo día, mucho antes de que nosotros llegásemos a Tokio.

Mis ojos impactaron con los suyos. Su sonrisa se amplió y elevó la mano, ordenándoles a los cuatro hombres que iban con él que esperasen fuera. Cerró la puerta con delicadeza, como si no tuviese prisa, y se acercó a mí con lentitud.

—Estás radiante, pequeña. —Su voz silbante me crispó.

—Haiden.

«Respira».

Barrió la estancia con la mirada, sin encontrar nada fuera de lugar. No habló, pero sí que continuó avanzando hasta donde me encontraba, apoyada en el marco de la ventana que no había podido cerrar. Su cuerpo me rozó cuando se asomó por el quicio abierto.

«Temple, Natsuki, temple». Podría haberlo tirado por el mismo hueco, pero aquello era salirse de los planes que tanto me había recalcado Arcadiy, y por supuesto cabía la posibilidad de que no lo consiguiese. Haiden no era cualquier espadachín que pudiese tomarse a la ligera.

—¿Qué hace mi esposa aquí?

Aguanté las ganas de vomitar que me produjo su caro perfume, su cercanía, su mano sosteniendo mi barbilla... Lo miré fijamente, como nunca había hecho.

Desafiante.

Letal.

—Necesitaba despejarme.

—¿Y vienes a despejarte al despacho del dueño de esta fiesta? —Asentí, su tono fue de burla, pero no me importó—. ¿Y cómo has abierto la puerta?

—Estaba abierta.

Me miró durante tantos segundos que no dudé en aguantarle el pulso.

—Estás distinta, *sukoshi*... —Hizo una pausa—. ¿Por qué?

Mis manos continuaron aferradas al borde de la ventana. Me dieron ganas de decirle muchas cosas, sin embargo, tuve que retenerlas en la boca. A través del pinganillo no escuchaba una simple respiración.

—¿Qué quieres, Haiden? —le pregunté con cansancio.

—No te recordaba tan altanera y poco respetuosa. —Se acercó mucho más.

Contuve la respiración cuando sentí que sus labios descendían por mi cuello sin llegar a tocarlo. Lo escuché olerme, como si estuviese buscando un

rastro que me delatase. Entonces, todo ocurrió a una velocidad difícil de asimilar, y los esquemas se me rompieron, demostrándome que el mundo no era un lugar feliz.

Era un sitio sobrio, lleno de maldad y penurias. Un lugar en el que los verdaderos monstruos se comían los finales felices y destrozaban tu vida.

Haiden me sujetó del cuello, me giró, estampó mi rostro contra el escritorio, haciendo un ruido monumental, y cuando fui a tirar de mis piernas hacia atrás, las suyas apretaron las mías para que no pudiese moverlas. Mis manos cayeron sobre la mesa en un sonoro golpe.

—¿Sabes qué? Te he visto entrar con una mujer. ¿Quién era?

—¡Suéltame! —Pataleé e intenté dañarlo con mis manos, pero no llegaba.

Tiró de mi vestido hacia arriba y descubrió alguna de las armas que llevaba atadas a los muslos. Sus manos trastearon hasta dar con mi ropa interior mientras yo me revolvía como una salamanquesa.

—Y también he advertido que has traído al griego, que está escondido debajo del dragón, y... no encuentro a mi hermano. Casualmente, la última visita que hizo fue en tu casa. ¿Sabrías decirme dónde está?

Palmeé la mesa con ganas e intenté girarme, sin dejar de gritarle que me soltase. Moví las piernas con agilidad, pero él fue más listo y las atrapó de manera que volví a quedar encajada entre su cuerpo. Como había dicho, no trataba con cualquiera.

—¡Haiden, suéltame ahora mismo! ¡¡Que me sueltes!!

Su rostro se acercó tanto a mi oído que podría haberle soltado un bofetón con todas las fuerzas que tenía. De soslayo, aprecié que sus ojos se enturbiaban justo cuando su mirada recayó sobre mi mano izquierda, concretamente en la alianza que ahora cubría mi dedo anular.

—¡¿De quién es ese anillo?! —bramó, y detuve mis movimientos cuando dejó de presionar, petrificada por el giro de los acontecimientos. Jamás me había colocado nuestra alianza de casados y él no había puesto objeción—. ¡¡¡Contéstame!!!

Estampó con más vehemencia mi cabeza contra la mesa, partiéndome el labio.

—Púdrete, Haiden —escupí con rabia, con la misma mirada asesina con la que él me aniquiló.

—¿Quién es tu *kazoku*, Natsuki?

Apreté los dientes, rabiosa. No cejé en mis movimientos, aun a sabiendas de que las fuerzas me fallaban porque estaba asfixiándome con su cuerpo.

—¡¡¡Déjame en paz!!! ¡¡Apártate de mí!!

—¡¡Contéstame!!

—¡¡Tú no!! —me dejé la garganta.

Se aproximó más y más, sujetó mis brazos con fuerza sobre la mesa, golpeando mis extremidades cada vez que podía, y con el rostro del muñeco diabólico que era, añadió:

—Mis hombres están en Magome, en tu hogar, esposa —bisbiseó con inquina—. Y aquí tengo a cuatro de ellos apuntando al dragón que danza por el salón como si se pensase que somos imbéciles. Y... vamos a hacer las cosas por partes, mi pequeña. Porque necesito resarcirme de todo el tiempo que no has estado conmigo, pero sí que has permitido que otro te toque.

—No te atrevas a tocar a mi familia —añadí en tono amenazante—. No te atrevas a entrar en mi casa, o...

Casi me salió espuma por la boca cuando me interrumpió:

—¿O qué, zorra? —Su tono fue mortífero.

Tragué saliva cuando sonrió, y ahí vi la oportunidad perfecta de abalanzarme sobre él y que fuese lo que los dioses quisiesen. Sin embargo, el destino me dio otro revés, dejándome estática y con la respiración acelerada cuando sentenció:

—Van a entrar en tu casa. Van a quemar viva a tu familia... Van a gritar tanto que al miko legendario se le escuchará en todo el Valle de Kiso. —Me observó con saña—. Y tú vas a volver conmigo en cuanto acribille al griego con el que has estado demasiado tiempo, sukoshi...

—¡Eres un malnacido! —bramé con rabia.

—Y tú una estúpida que ha creído que podría jugar conmigo. —Tiró de mis bragas hasta que las rompió. Escuché el sonido de la cremallera de su pantalón mientras su tono se convertía en algo hilarante, en el de un desquiciado que iba a hacerme mucho daño—: Vas a pagar por ello durante el resto de tu vida, porque voy a dejarte sin nada, amada mía.

Continuará…

Agradecimientos

Es maravilloso poder terminar uno de los libros más especiales que he escrito, en un día de lluvia, gris y amenazador, como lo son las últimas páginas de esta historia. Una novela con demasiados frentes abiertos que me ha hecho sentir tantas emociones que soy incapaz de describirlas. Necesitaría mil lives para explicar que es el libro más IMPRESIONANTE que he escrito, por la parte romántica que me toca. El amor de Arcadiy y Natsuki no ha surgido en un capítulo, lo ha hecho a fuego lento, despacio, sin darse cuenta, y para ello han necesitado un largo camino lleno de obstáculos hasta conseguir la ferocidad de sentimientos que han relucido en las páginas que has leído.

Estoy, simplemente, maravillada con esta historia, y de forma automática pasa a mi lista de libros favoritos.

Como siempre, me gustaría agradecer de manera infinita a las personas que me han apoyado desde el primer momento, durante el proceso de locura y hasta el final de sus páginas.

A mi familia, la que siempre está ahí para ofrecerme ese espacio que tanto necesito. A mi madre, Mercedes; a mi hermana, Patricia; a mi marido, Luis, y, cómo no, a mis polluelos a los que tanto tiempo les quito: Bryan, Eidan, Freya, William y Ellery. El día que conozcáis el poder de la magia, la amaréis tanto como yo.

Al pilar fundamental de cada una de mis novelas, el que quiero y deseo con todas mis ganas que se quede para siempre: Beatriz Jiménez y Lola Pascual, alias mis Mafiosas intensas, bautizadas de por vida. Gracias, mis villanas. Por las emociones, por los audios interminables, por las sensaciones que me habéis transmitido con tanta intensidad que me habéis saltado las puñeteras lágrimas, por ponerles motes a los personajes, por las ganas inmensas de seguir y seguir. Habéis formado parte de ellos, los conocéis como si viviesen en vuestra casa, y lo más bonito de todo es que me habéis hecho un hueco en vuestras vidas que se quedará para siempre en mi corazón. Gracias por existir y por enseñarme que hay personas con luz todavía. Os quiero mucho.

A mi medio limón, Noelia Medina. Pocas palabras tendría que decirle a ella, porque cada día intento demostrarle un poquito más que nuestra amistad merece la pena, que llevamos muchas buscándonos y que por fin hemos tirado de ese hilo rojo del destino, esta vez a lo grande. Te quiero muchísimo, no te separes de mí nunca.

A Sara Maher, por ser mi maestra terrenal, por quererme de una manera tan bonita y por estar siempre que lo necesito para escucharme, sea cual sea la hora y el día; por permitirme entrar en su vida como un todoterreno sin frenos. A Steffany Kennels, por convertirse en alguien que se ha colado como una ladrona, por ser una obsesiva compulsiva de los espóileres como yo y porque nos tabú mucho durante esta vida y las demás. Son mi equipo Yogurt, dos grandes autoras que el mundo tiene que conocer. Dos grandes talentos que, juntas, han hecho que formemos el tándem perfecto.

Al enorme grupo editorial que forma Entre Libros Editorial, porque nunca decaen, porque siempre me miman y porque jamás dicen NO a una nueva locura. Empiezo la ristra desde todo el equipo de edición, logística y dirección, y abarco también a mi maravillosa Carol Santana: mi correctora. La que siempre me da margen, tiempo, facilidades y casi la vida para respirar. Por supuesto, a mis niñas bonitas de BW: Rebecca y Giulia. Sois unas de mis personas favoritas, a las que también doy gracias a la vida por haberos puesto en mi camino.

A mis queridos lectores, que comenzasteis siendo provocadoras y acabasteis siendo villanas y villanos del mundo de Angy Skay. Gracias por seguir mis pasos, por apreciar y admirar tanto cada historia. Por ser compasivos con los tiempos, por darme las fuerzas suficientes para seguir cada día. Os adoro infinito y lo sabéis.

Angy Skay

Agradecimientos infinitos

Un gracias enorme a todxs los villanxs que forman parte de esta aventura. Sois increíbles.

July Fernández, Iria Knight, Angela Lectoravoraz, Aniibook, Laura Castro, Nuria Daza, Sara Cazadora de libros, Mel V. Novoa, Jessica Gelabert, Vero Librosigualamagia, La biblioteca de Pat, Gloria Morales, Rebk Manal, Rocío Martínez Caballero, Reyes García Naval, Beatriz Zamora, Lorena Navarro Olmos, Irene Molina Marín, Elianbooks, Almudena García López, Mamizulaxymarcos, Eva Rodriguez10, Patricia Reguera, Carolina Domínguez, Tania Negrín, Eva Pulido Rubio, Marisa Busta, Ana Belén Rodriguez, María José Quiles, Alexandra Estévez Martínez, Vicky Martín, Mariana Roldán, Rhoda Ann León, Vanessa Cledera, Mari Carmen maaaca79, Maria JoséLm1910, Marisol Fábrega, Ester Coca, Ana Blanca, Ángela Halcón, Marisa García, Mila García, Mónica Zapatero, Lorena Fénix, Melani Menacho, Beatriz Díaz de Cerio, Aly_gar_c, Oñi Roses, J. T. Mary, Susana.ng, Cristina Fonseca, Laura Ponce, Siempre leyendo y desconectando, Jacqueline Gallego, Ana Zamora, Cristina Pastor, May Zimmerman, María Alejandro Caraballo, Silvia Grande, Brenda María González Valverde Rico, Sandra Besada, Silvia EV, Teresa Lorente, Dunia Estévez, Mira, Génesis Rodríguez, Micahevan, Isabel Cruz Ríos, Enri García Gómez, Silvia Garaz, Soledad Botella, Alejandra Lasmilvidasdeale, Coconut, Argiñe de Trespuentes, Pilar Camacho Rodríguez, La cocinillas de mi casa, Bea Higuera, Alicia Badia, Anitxumosteiro, Rocío Soto, Ascensión Sánchez Pelegrín, Montse Carrillo, Miriam Padilla Rabaneda, Erikar292, Andrea Ascensión Guerrero, Melania Prieto, Lotsofbookss, Sonia Gálvez M, 73.6972, Arlenoviedo11, Priscila Sobera, Irene González López, Uni13, Las hojas mágicas, Ofelia Izquierdo, Yolanda Faura, Judith Figueroa Alvarado, Alicia Pígner, Patricia Álvarez Vereda, Anabel Raya Fernández, Suadmi.books, Elena Roda, Fer_nati91, María Horcajada, Paloma1 Sánchez, María José Díaz, Selena28 Castillo, Catherine Uscátegui Molina, Carolinesarai, Angélica Blanco Gil, Veigaselisa, Tanguera099, Pilar Sanabria, Readlikeapleasure, Camila Arraño, Lourdes Romero, Josefi84, Maria López, Lola Araque Izquierdo, Sheiliefe, Yolanda Lazcano, Evelyncuba94, Beatriz Martín de Oliva, Maite Sáez Martínez, Yiny Charry, Inés Ruíz, Yuliana Rodríguez

Ramírez, Graciela Salas, Maialen Garmendia, Fátima Reimundez, Raquel RocBel, Olga MGD, Katherine Jiménez, Lucy Marrob, María Vilaparra, Jorvickpolo, Estefanía L. Carricarte, Daniela, Arantxa Vilches, Ritaseoane, Cynthia Fernández, Gabriela Rodelo, Sara Roigé, Mónica Fernández, Dora Olimpia, Ganadora de mi propia vida, Susana Segarra, Devani Barrientos, Triciatorres, Mayra Salvador, Mila González, Chari García, Rocío Ordoñez, Rosamary Tenza, Patricia Grabowski, Alexandra Mora Bertozzi, Toño Fuertes, Antonias literarias, Alejandra Cavazos, Yashairaivonn, Yessica Alejandri, Patry Davilav4, Claudette Baires, Beita Díaz, Rosalía nails_rosi, Marita Cobra, Valeria Quintana, Ana Castilla, Crisma 1959, Mar Vargas Sánchez, Patricia Cortés Bermúdez, Keka Sariego, Anams666, Begoña Sánchez, Carla Paniagua, Paqui Alemay Verdu, Cristina Iguiño, Julissa Molinares, Victoria Puchetta, Elena Bandera, Virginia Becerra, Lola Belmonte, Roxana Parraguirre, Merche Cortés, Txiki, Eclair Montserrat, Susana Viola de Rosario, Lauraalaar, Mily Miranda 716, Irene García, Lucre Espinoza, Isabel Romero, Cristina Betes, Gery, Jessy Louzano, sobera_priscila, Melissa Andrade, Gianella Masciovecchio, Vanesa Barbero, Gemma Pastor Mateo, Lina Martínez López, Lourdes Andrés García, Brújula de Libros, Katherin Loaiza, Evelyn Rogers, Noemí Costilla26, Estibaliz Molina, Lorena Carrasco García, Marianela Saltos, Mari Hoyos López, María del Mar López Sánchez, Mabi Morelos, Luisa Gilabert, Chairmaine Sanabria, Dulcibh, Marga Ferrer, Mary Solzelher, Nago24, Liliana Rodelo, Arianyely Subero, Rocío Vera, Virginia Camacho, Constanza Vásquez M., Raquel Guerrero, Lizeth Rozo, Claudia Cmarro, Ana Valdés Wiccana, Leles Coca, Pamarin85, Teresa Meler Isla, Susana Guerrero, Silvia González69, Eva María Pinto, Mkrisb, Núria Barroso, Loretronky, Newin bookstagram, Silvya Rodado, Eva Ríos 501, Jennis A Ureña Román, Rey Manoli, Alibugabg, Himiko90, Elizabeth Caravaca, Rosa Mariatenza, Jessica Cerdá, Sandra Molinero Barrientos, Elena Blanco, Viviana Pinedo Rojas, Marisa T., Montse Ramírez, Flore Astrid, María Bibiana Pérez, Ana García, Mª Elena Escobar Llorente, Lis Sardiñas Blanco, Viridiana Argáez González, Rosalía Díaz, Caroline Sarai Cabrera Meneses, Rosario Esther Torcuato Benavente, Albina Fernández, Miriam Cordero, Karla Serrano, Eitvidé Barkute, Helena López Reyes, Pili Palomares, Encarna Prieto, Susana Marcos García, Rebeca Manal, María José Gómez, Norma Moncada, Yazmin Lee, Nines Rodríguez Guerra, Elvira Montse Bulma, Silvia Rocino, Eugenia Ramírez, Fina Vidal García, Aurora Mañez Paredes, Mariam Ruíz, Emilia Villanueva Pividal, María Ávila, Paz Uralde, Teresa Meler Isla, Tamara Cabello, Laura Lara Honrado, Beatriz Maldonado, Maite Echeverría Margüello, Diana Tello, Almudena

García López, Ruby Navas, Pucha Fernández, Esther Cayuela, Marta Escalada, Maite Rius, Alejandra Cantabile, Gemma Molina Benitez, Helen García, Rosalía Díaz, Mercé Adriá Ferrando, Fontcalda Alcoverro Castel, Arimadi Cruz, Jennis A Ureña Román, Diana Palafox Castillo, Alba Hermoso, Lidia Madueño, Mónica Montero, Silvia Segovia, Elena Ramos Conejo, Isabel María Ramos Conejo, Ana María Gómez Reyes, Salu Lo, Isabel Sepúlveda, Carmen Jiménez, Juana Ramírez, Margarita Cristina Muñoz, Fati Reimundez Alvarez, Antonia Ros Sánchez, Alicia García Carretón, Anabel Jiménez, J Mary Jurado Nieto, Mary García García, Loly Cano Mazuela, Rocío Navarro Montoya.

Biografía de la autora

Angy Skay, Valladolid de 1990.

Reside en Almería con su bonita familia desde hace más de treinta años. Comenzó su carrera en 2014, y en la actualidad tiene publicadas más de una veintena de novelas donde el romance, la comedia, el *thriller* y los villanos son su devoción. La perseverancia y el esfuerzo de la autora son un claro ejemplo de que los sueños pueden cumplirse.

Esta soñadora nata, apasionada por conocer mundo, amante de los animales y cinéfila del terror es trabajadora en el mundo literario y tiene un Máster en Edición y Gestión Editorial con la Universidad de Valencia y el Grupo Planeta. También realizó su formación como guionista, dada la pasión que desencadenó el mundo del cine en su vida. Una de sus finalidades es nunca callar las voces de sus personajes, pues cree que el mundo debe conocerlos.

Tu opinión nos importa

Llegados a este punto nos gustaría pedirte que, si puedes y lo deseas, no olvides dejar tu valoración en cualquier plataforma para contarnos tus impresiones. Gracias a eso podremos mejorar y ayudarás a muchos autores.

Tu opinión sí nos importa.
Muchísimas gracias.

Entre Libros Editorial

Notas

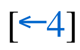


Verdadero: traducción del italiano.

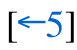

Pequeña: traducción del japonés.

[←3]

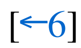
Esposo: traducción del japonés.



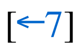
Mafia siciliana de la trilogía Tiziano, de Angy Skay.



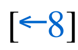
Papá: traducción del italiano.



Jefe de la mafia italiana.



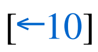
Personaje de la trilogía Mi obsesión, de Angy Skay.



Mi niña: traducción del griego.



Sobrino: traducción del japonés.



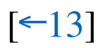
Familia: traducción del japonés.



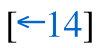
Niño pequeño o bebé: traducción del italiano.

[←12]

Moneda japonesa.



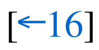
Secuencias o movimientos de las artes marciales japonesas.



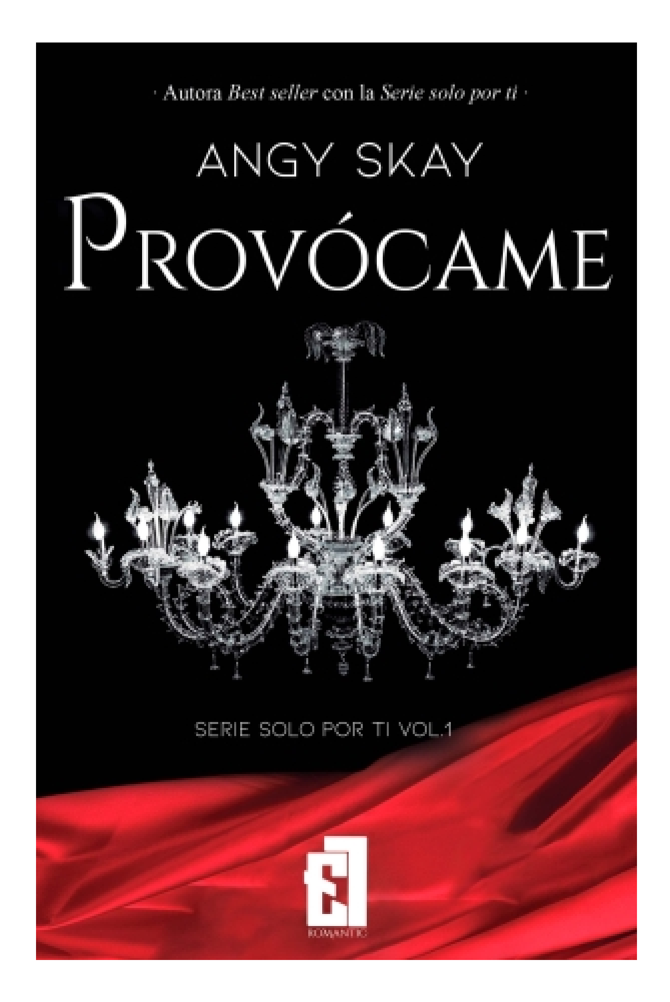
Primo: traducción del japonés.


[←15]

Madre: traducción del japonés.



Calcetines que suelen ponerse con el zapato típico japonés.

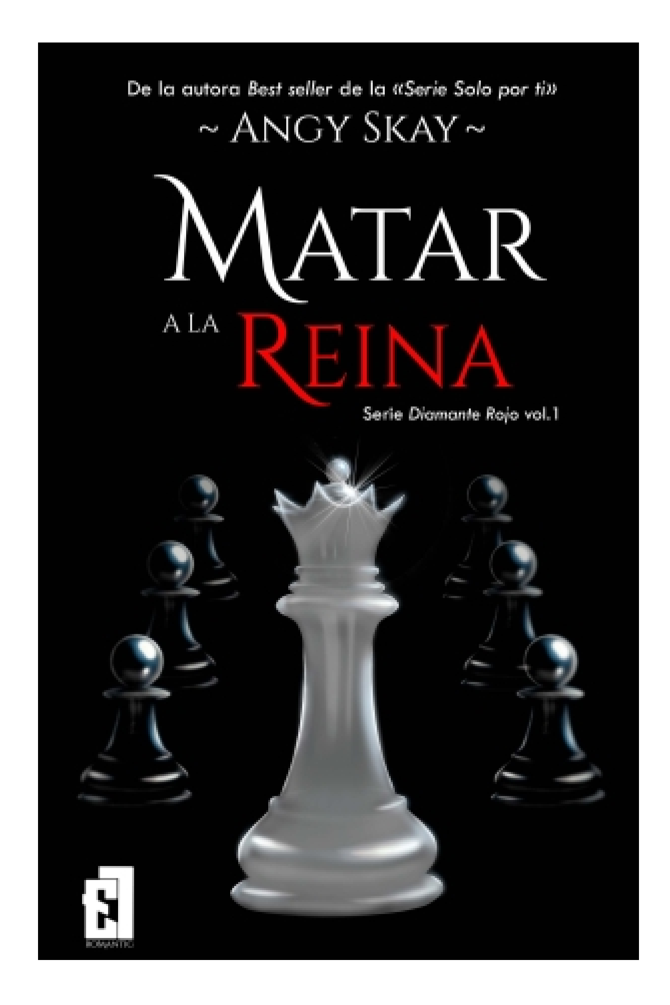


Provócame

Skay, Angy 9788494383212
494 Páginas Cómpralo y empieza a leer

¿Qué hacer cuando el destino te pone a prueba? ¿Serias capaz de sacrificar a otra persona por ti? ¿De destrozar su vida? El irresistible y misterioso Bryan Summers se trasladará a Marbella para cerrar un trato e, inevitablemente, Annia Moreno, una mujer que trabaja como personal shopper en la ciudad malagueña, se cruzará en su camino haciendo que todas sus alarmas exploten. La palabra "peligro" aparecerá reflejada en ella, pero él será incapaz de cejar en sus empeños por conquistarla, hasta que poco a poco descubra el camino

de espinas que deberá de atravesar. Lujuria, desenfreno y un oculto pasado lleno de dolor crearán una mezcla explosiva entorno a su historia prohibida. ¿Quieres saber algo más? Todo esto y mucho más lo descubrirás en esta fascinante historia. Provócame, el primer volumen de la Serie Solo por ti. ¿Te atreves a provocarme?



Matar a la Reina

Skay, Angy 9788417160661
520 Páginas Cómpralo y empieza a leer

· Bienvenido al mundo de la reina de los villanos · Las alegres Navidades de Micaela Bravo se ven interrumpidas cuando, con solo doce años, alguien a quién creía de su familia le arranca la infancia acabando con lo que más quiere. Todos sus seres queridos son asesinados sin piedad y, ella, ultrajada y agredida hasta tal punto que sus agresores piensan que han terminado con su vida. En su último aliento, su alma se impregna de un sentimiento vengativo que la hará tomar las riendas de su vida unos años después, por un oscuro y

tenebroso mundo donde las mafias y el peligro son algo constante. En otra parte del planeta, un asesino a sueldo recibe una llamada que hará cambiar su existencia por completo cuando descubra una lista con seis nombres, teniendo que asesinar a cada persona por orden correlativo, según su antiguo instructor, Anker Megalos. Matar a la Reina es la primera parte de la serie Diamante Rojo, donde la mafia, los asesinatos, la acción y un amor peligroso se juntarán, dándole lugar a las personas que, al parecer, nunca tienen oportunidad de vivir un futuro a su antojo: los villanos. En esta ocasión, "El objetivo, eres tú".

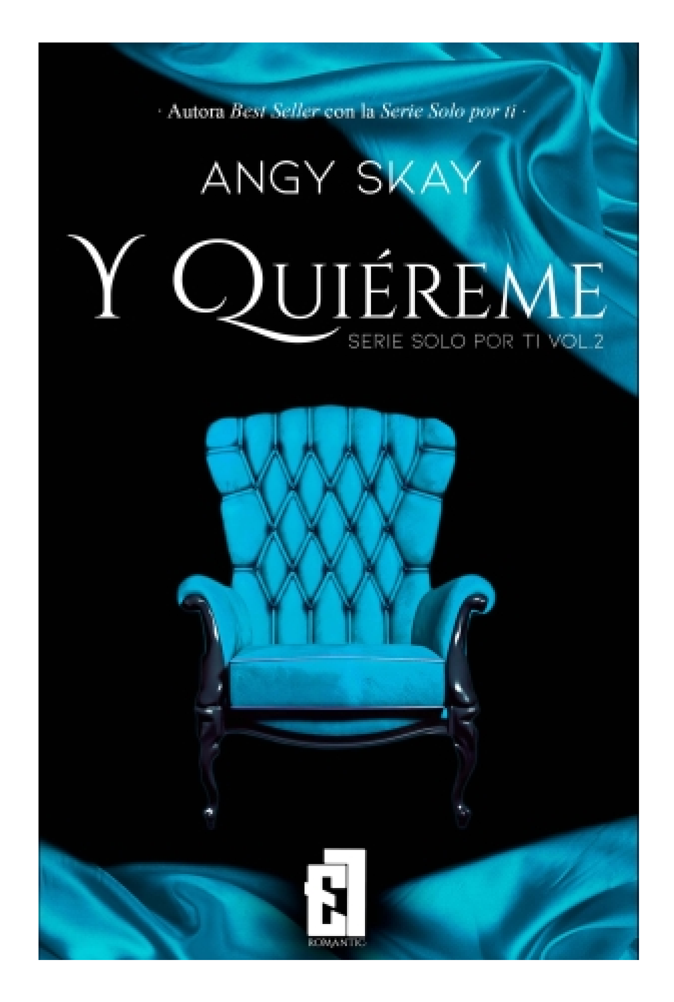


Te robé un beso

Skay, Angy 9788494383274
333 Páginas Cómpralo y empieza a leer

Sara Martínez tiene veintinueve años. Es soltera, una mujer de armas tomar, aunque muy insegura de sí misma. Huye del amor por una turbia relación del pasado y busca una vida normal, tranquila y sin ataduras. Le encanta su trabajo y vivir el día a día junto a su mejor amiga; Patricia. César Fernández tiene treinta años. Es soltero, de mirada inolvidable y un cuerpo que incita al pecado. Un don Juan en toda regla. El típico "chico malo" al que su padre intenta encarrilar sin éxito alguno. Con una vida desahogada, gracias a un "golpe de

suerte". Sus caminos se juntan sin esperarlo y una atracción letal les arrastra por completo. Lo que Sara no sabe es que César oculta un pequeño secreto que ella jamás esperaría y un encuentro en el pasado que no recordaba. ¿Podrá un ladrón de corazones robarle un beso y derribar las barreras de su corazón? Comienza la serie ¿Te atreves a quererme? Y tú, ¿te atreves a empezarla?

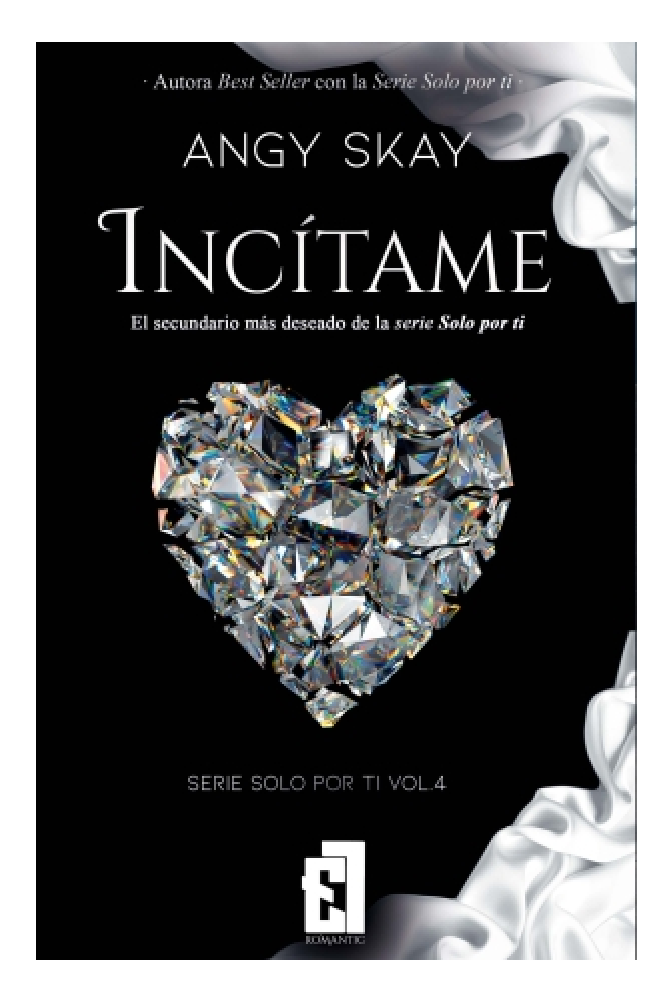


Y quiéreme

Skay, Angy 9788494383229
460 Páginas Cómpralo y empieza a leer

Cuando el amor golpea devastadoramente tu corazón y se hace paso sin pedir permiso, la pasión y el desenfreno ciegan detalles muy significativos de una pareja. Detalles que cuando salen a la luz atormentan. Bryan no podrá vivir sin ella, pero ¿y ella? ¿podrá vivir con inesperados y sorprendentes percances que transcurrirán, dejándola fuera de lugar? Conoceremos a Annia por completo, sin embargo, ¿qué pasa con Bryan? Esta historia abrirá muchos caminos y, con ellos, demasiadas dudas. Tras el impresionante Provócame,

llega la esperada segunda parte de la Serie Solo por ti. ¿Podrás quererme?



Incítame

Skay, Angy 9788494436277
444 Páginas Cómpralo y empieza a leer

El atractivo e irresistible Máximo Collins viaja a la ciudad donde su mejor amigo, Bryan Summers, esconde su identidad junto a su familia. En ese trayecto casi atropella a una mujer de ojos negros como la noche y, aparentemente de lengua afilada. Pero lo que Max desconoce, es que esa mujer es una heroína. Tras la apariencia de hombre divertido, sexy y romántico, se encuentra un alma rota, junto a un corazón desintegrado que tendrá que enfrentarse a su mayor temor: el pasado. Un último amor, una familia oculta y un trauma

persistente provocarán que los días de Máximo Collins sean un calvario difícil de resolver. ¿Será capaz Max Collins de afrontar todas las trampas que le depara el destino?